CHRISTIAN
JACQ

Ramsés 4

La dama de Abu Simbel

PLANETA DeAGOSTINI

Colección: Biblioteca Christian Jacq
Director editorial: Virgilio Ortega
Coordinación: Pilar Mora
Realización: Macarena de Eguilior
Diseño cubierta: Hans Romberg
Realización gráfica: Noemí Reyes

Título original: *Ramsés, La dame d'Abou Simbel*
Traducción: Manuel Serrat

ISBN: 84-395-8890-9
Depósito legal: NA. 169-2001

Imprime: Rodesa (Rotativas de Estella, S.A.)
Villatuerta (Navarra)
Distribuye: Logista
Aragonés, 18 – Polígono Industrial Alcobendas
28108 Alcobendas (Madrid)
Printed in Spain – Impreso en España

Edición Digital Diciembre 2004 por Kory

1

Matador, el león de Ramsés, lanzó un rugido que dejó petrificados de espanto tanto a los egipcios como a los rebeldes. La enorme fiera, condecorada por el faraón con un fino collar de oro por los buenos y leales servicios prestados durante la batalla de Kadesh contra los hititas[1], pesaba más de trescientos kilos. Medía cuatro metros y lucía una melena llameante y espesa al mismo tiempo, tan lujuriante que le cubría la cabeza, las mejillas, el cuello, parte de los hombros y del pecho. El pelaje, ralo y corto, era de un tostado claro y luminoso. La cólera de *Matador* se percibió a más de veinte kilómetros a la redonda, y todos comprendieron que era también la de Ramsés que, tras la victoria de Kadesh, se había convertido en Ramsés el Grande. ¿Pero era real esa grandeza, cuando el faraón de Egipto no conseguía, pese a su prestigio y su valor, imponer su ley a los bárbaros de Anatolia?

La actitud del ejército egipcio había sido decepcionante durante el enfrentamiento. Los generales, cobardes o incompetentes, habían abandonado a Ramsés, dejándole solo ante millones de adversarios, seguros de su victoria. Pero el dios Amón, oculto en la luz, había escuchado la plegaria de su hijo y había dado al brazo del faraón una fuerza sobrenatural.

Tras cinco años de tumultuoso reinado, Ramsés había creído que su victoria en Kadesh impediría a los hititas levantar la cabeza por mucho tiempo y que el Próximo Oriente entraría en una era de relativa paz. Pero se había equivocado gravemente, él, el todopoderoso, el amado de la Regla divina, el protector de Egipto, el Hijo de la luz. ¿Merecía esos nombres de coronación, frente a la revuelta que rugía en sus protectorados tradicionales, Canaán y Siria del Sur? Los hititas no sólo no renunciaban al combate sino que, además, habían lanzado una gran ofensiva, aliados con los beduinos, desvalijadores y asesinos que ambicionaban, desde siempre, las ricas tierras del Delta.

El general del ejército de Ra se aproximó al rey.

—Majestad... La situación es más crítica de lo que preveíamos. No es una rebelión ordinaria. Según nuestros exploradores, todo el país de Canaán se levanta contra nosotros. Superado este primer obstáculo, habrá un segundo, luego un tercero, luego...

—¿Y pierdes la esperanza de llegar a buen puerto?

—Nuestras pérdidas pueden ser muy graves, majestad, y a los hombres no les apetece que los maten por nada.

—¿Es motivo suficiente la supervivencia de Egipto?

—No quería decir que...

—¡Y, sin embargo, es lo que has pensado, general! La lección de Kadesh fue inútil. ¿Estaré condenado a verme rodeado de cobardes, que pierden la vida porque quieren salvarla?

—Mi obediencia y la de los demás generales no tiene fisuras, majestad, sólo queríamos poneros en guardia.

[1] Lejanos antepasados de los turcos.

—¿Nuestro servicio de espionaje ha obtenido alguna información sobre Acha?

—Por desgracia no, majestad.

Acha, amigo de la infancia y ministro de Asuntos Exteriores de Ramsés, había caído en una celada cuando visitaba al príncipe de Amurru[1]. ¿Había sido torturado, seguía vivo, consideraban sus captores que el diplomático podía ser canjeado?

En cuanto supo la noticia, Ramsés había movilizado sus tropas, apenas recuperadas del enfrentamiento de Kadesh. Para salvar a Acha debía cruzar regiones que se habían vuelto hostiles. Una vez más, los príncipes locales no habían respetado su juramento de fidelidad a Egipto y se habían vendido a los hititas, a cambio de un poco de metal precioso y de falaces promesas. ¿Quién no soñaba con invadir la tierra de los faraones y gozar de sus riquezas, consideradas inagotables?

Ramsés el Grande tenía tantas obras que proseguir, el templo de millones de años en Tebas, el Ramesseum, Karnak, Luxor, Abydos, su morada de eternidad en el Valle de los Reyes, y Abu Simbel, el sueño de piedra que deseaba ofrecer a su adorada esposa, Nefertari... Y ahora se encontraba aquí, en el lindero del país de Canaán, en la cima de una colina, observando una fortaleza enemiga.

—Majestad, si me atreviera...

—¡Sé valeroso, general!

—Vuestra demostración de fuerza fue muy impresionante... Estoy convencido de que el emperador Muwattali habrá comprendido el mensaje y ordenará que liberen a Acha.

Muwattali, el emperador hitita, era un hombre cruel y astuto, consciente de que su tiranía se basaba sólo en la fuerza. A la cabeza de una vasta coalición, había fracasado en su empresa de conquistar Egipto, pero lanzaba un nuevo asalto, por medio de beduinos y rebeldes. Sólo la muerte de Muwattali o la de Ramsés pondría fin a un conflicto cuyo resultado sería decisivo para el porvenir de numerosos pueblos. Si conseguían vencer a Egipto, el poderío militar hitita impondría una cruel dictadura que destruiría una civilización milenaria, elaborada desde el reinado de Menes, el primero de los faraones.

Por un instante, Ramsés pensó en Moisés. ¿Dónde se ocultaba aquel otro amigo de la infancia, que había huido de Egipto tras haber cometido un asesinato? Su búsqueda había sido en vano, algunos afirmaban que el hebreo, que con tanta eficacia había colaborado en la construcción de Pi-Ramsés, la nueva capital edificada en el Delta, había sido devorado por las arenas del desierto. ¿Se habría unido Moisés a los rebeldes? No, nunca sería un enemigo.

—Majestad... Majestad, ¿me oís?

Contemplando el rostro miedoso y bien alimentado de aquel oficial que sólo pensaba en su comodidad, Ramsés vio el del hombre que más detestaba en el mundo, Chenar, su hermano mayor. El miserable se había aliado con los hititas, esperando apoderarse del trono de Egipto. Chenar había desaparecido cuando era trasladado de la gran prisión de Menfis al penal de los oasis, aprovechando una tempestad de arena. Y Ramsés estaba convencido de que seguía vivo y de que todavía tenía la firme intención de perjudicarle.

—Prepara las tropas para el combate, general.

El oficial superior dio media vuelta y desapareció muy apenado.

[1] Líbano

Como le hubiera gustado a Ramsés disfrutar junto a Nefertari, su hijo y su hija, de la dulzura de un jardín; como habrían saboreado la felicidad de cada día, lejos del estruendo de las armas. Pero tenía que salvar a su país de la marea de hordas sanguinarias que no vacilarían en destruir los templos y pisotear las leyes. El envite le superaba. No tenía derecho a pensar en su propia calma, en su familia; debía conjurar el mal, aunque fuera a costa de su propia vida.

Ramsés contempló la fortaleza que cerraba el camino para acceder al corazón del protectorado de Canaán. Los muros de doble pendiente, de seis metros de altura, albergaban una importante guarnición. En las almenas se divisaba a los arqueros. Los fosos estaban llenos de cortantes restos de alfarería que herirían los pies de los infantes encargados de poner las escalas. Un viento marino refrescaba a los soldados egipcios, reunidos entre dos colinas abrasadas por el sol. Habían llegado hasta allí a marchas forzadas, gozando sólo de cortos descansos e improvisados campamentos. Sólo los bien pagados mercenarios se resignaban al despanzurramiento; los jóvenes reclutas, lamentando ya la idea de abandonar el país por un tiempo indeterminado, temían perecer en horribles combates. Todos esperaban que el faraón se limitara a reforzar la frontera nordeste en vez de lanzarse a una aventura que podía terminar en desastre.

Antaño, el gobernador de Gaza, la capital de Canaán, había ofrecido un espléndido banquete al estado mayor egipcio, jurando que nunca se aliaría con los hititas, esos bárbaros de Asia de legendaria crueldad. Su hipocresía, demasiado evidente, había provocado ya náuseas a Ramsés; hoy, su traición no sorprendía al joven monarca de veintisiete años que comenzaba a saber penetrar en el secreto de los seres.

Impaciente, el león rugió de nuevo.

Matador había cambiado mucho desde el día en que Ramsés le había descubierto, moribundo, en la sabana nubia. El cachorro había sido mordido por una serpiente y no tenía posibilidad alguna de sobrevivir. Una simpatía profunda y misteriosa se había establecido, enseguida, entre la fiera y el hombre. Afortunadamente, Setaú, el curandero, amigo de infancia también y compañero de universidad de Ramsés, había sabido encontrar los remedios adecuados. La formidable resistencia de la bestia le había permitido superar la prueba y hacerse un adulto de terrible poderío. El rey no podía soñar con mejor guarda de corps. Ramsés pasó la mano por la melena de *Matador*. La caricia no tranquilizó al animal.

Vestido con una túnica de piel de antílope, con múltiples bolsillos llenos de drogas, píldoras y redomas, Setaú trepaba por la ladera de la colina. Achaparrado, de mediana estatura, con la cabeza cuadrada y el cabello negro, mal afeitado, sentía verdadera pasión por las serpientes y los escorpiones. Gracias a sus venenos, preparaba eficaces medicamentos y, en compañía de su mujer, Loto, una arrebatadora nubia cuya simple visión alegraba a los soldados, proseguía incansablemente sus investigaciones.

Ramsés había confiado a la pareja la dirección del servicio sanitario del ejército. Setaú y Loto habían participado en todas las campañas del rey, no por amor a la guerra sino para capturar nuevos reptiles y cuidar a los heridos. Y Setaú consideraba que nadie estaba más capacitado que él para ayudar a su amigo Ramsés, en caso de desgracia.

—La moral de las tropas no es muy buena —advirtió.

—Los generales desean retirarse —reconoció Ramsés.

—¿Qué puedes esperar, dado el comportamiento de tus soldados en Kadesh? No tienen rival en la huida y la desbandada. Como de costumbre, tomarás la decisión a solas.

—No, Setaú, a solas no. Con el consejo del sol, de los vientos, del alma de mi león, del espíritu de esta tierra... Ellos no mienten. Debo captar su mensaje.

—No existe mejor consejo de guerra.

—¿Has hablado con tus serpientes?

—Ellas también son mensajeras de lo invisible. Sí, se lo he preguntado y han respondido sin vacilar: no retrocedas. ¿Por qué está tan nervioso *Matador*?

—Por el encinar, a la izquierda de la fortaleza, en el camino que debemos recorrer.

Setaú miró en aquella dirección mordisqueando un brote de caña.

—No huele bien, tienes razón. ¿Crees que han preparado una encerrona, como en Kadesh?

—Funcionó tan bien que los estrategas hititas han previsto otra, y esperan que sea eficaz. Cuando ataquemos, quebrarán nuestro impulso mientras los arqueros de la plaza fuerte nos diezman a voluntad.

Menna, el escudero de Ramsés, se inclinó ante el rey.

—Vuestro carro está listo, majestad.

El monarca acarició largo rato a sus dos caballos, *Victoria en Tebas* y *La diosa Mut está satisfecha*; habían sido, junto con el león, los únicos que no le traicionaron en Kadesh, cuando la batalla parecía perdida. Ramsés tomó las riendas ante la incrédula mirada de su escudero, de los generales y del regimiento de élite de los carros.

—Majestad —protestó Menna—, no vais a...

—Pasemos ante la fortaleza y lancémonos hacia el encinar —ordenó el rey.

—Majestad... ¡Olvidáis vuestra cota de mallas! ¡Majestad!

Blandiendo un corpiño cubierto de pequeñas placas de metal, el escudero corrió en vano tras el carro de Ramsés, que se había lanzado, solo, hacia el enemigo.

2

De pie en su carro lanzado a toda velocidad, Ramsés el Grande parecía más un dios que un hombre. Alto, de frente ancha y despejada, tocado con una corona azul que se adaptaba a su cráneo, con los arcos superciliares abultados, espesas cejas, la mirada penetrante como la de un halcón, la nariz larga, delgada y curva, las orejas redondas y de fino dibujo, potente la mandíbula, carnosos los labios, era la encarnación de la potencia. Cuando se acercó, los beduinos ocultos en el encinar salieron de su escondrijo. Unos tendieron sus arcos, los otros blandieron las jabalinas.

Como en Kadesh, el rey fue más rápido que un fuerte viento, más vivo que un chacal recorriendo en un instante inmensas extensiones; como un toro de acerados cuernos que derriba a sus enemigos, aplastó a los primeros agresores que se pusieron a su alcance y disparó flecha tras flecha, atravesando el pecho de los rebeldes.

El jefe del comando beduino consiguió evitar la furiosa carga del monarca e, hincando la rodilla en tierra, se dispuso a lanzar un largo puñal que se clavaría en su espalda. El salto de *Matador* dejó petrificados a los sediciosos. Pese a su peso y su tamaño, el león pareció volar. Mostrando sus garras, cayó sobre el jefe de los beduinos, le clavó los colmillos en la cabeza y cerró las mandíbulas.

La escena fue tan horrible que numerosos guerreros soltaron las armas y huyeron para escapar de la fiera, que ya estaba destrozando los cuerpos de otros dos beduinos, que habían intentado, en vano, ayudar a su jefe. Los carros egipcios, seguidos por varios centenares de infantes, alcanzaron a Ramsés y terminaron, sin dificultad alguna, con el último islote de resistencia.

Cuando *Matador* se calmó, empezó a lamerse las ensangrentadas patas y miró a su dueño con dulzura. El agradecimiento que descubrió en los ojos de Ramsés provocó un gruñido de satisfacción. El león se tendió junto a la rueda derecha del carro, ojo avizor.

—Es una gran victoria, majestad —declaró el general del ejército de Ra.

—Acabamos de evitar un desastre; ¿cómo es posible que ningún explorador haya sido capaz de descubrir un destacamento enemigo en el encinar?

—No... No le dimos importancia a ese lugar.

—¿Acaso un león debe enseñar a mis generales el oficio de las armas?

—Sin duda, vuestra majestad deseará reunir el consejo de guerra para preparar el asalto a la fortaleza...

—Ataque inmediato.

Por el tono de voz del faraón, *Matador* supo que la tregua había terminado. Ramsés acarició la grupa de sus dos caballos, que se miraron el uno al otro, como para alentarse.

—Majestad, majestad... ¡Os lo ruego!

Jadeante, el escudero Menna tendió al rey el corpiño cubierto de pequeñas placas de metal. Ramsés aceptó ponerse la cota de mallas, que no deslucía demasiado su túnica de lino de anchas mangas. En las muñecas llevaba dos brazaletes de oro y lapislázuli, cuyo adorno central estaba

formado por dos cabezas de patos silvestres, símbolo de la pareja real semejante a dos aves migratorias que emprendían el vuelo hacia las misteriosas regiones del cielo. ¿Volvería Ramsés a ver a Nefertari antes de emprender el gran viaje hacia el otro lado de la vida?

Victoria en Tebas y *La diosa Mut está satisfecha* piafaban de impaciencia, ansiosos por lanzarse hacia la fortaleza. En la cabeza llevaban un penacho de plumas rojas y punta azul, y el lomo lo tenían protegido por una gualdrapa azul y roja. Del pecho de los infantes brotaba un canto compuesto, instintivamente, tras la victoria de Kadesh y cuyas palabras tranquilizaban a los cobardes: «El brazo de Ramsés es poderoso, su corazón valiente, es un arquero sin igual, una muralla para sus soldados, una llama que abrasa a sus enemigos».

Nervioso, el escudero Menna llenó de flechas los dos carcajes del rey.

—¿Las has comprobado?

—Sí, majestad; son ligeras y robustas. Sólo vos podréis alcanzar a los arqueros enemigos.

—¿Ignoras que el halago es una falta grave?

—No, ¡pero tengo tanto miedo! ¿Acaso, sin vos, no nos habrían exterminado esos bárbaros?

—Prepara una buena ración para mis caballos; cuando volvamos tendrán hambre.

En cuanto los carros egipcios se acercaron a la fortaleza, los arqueros cananeos y sus aliados beduinos dispararon nubes de flechas que murieron a los pies de los tiros. Los caballos relincharon, y algunos incluso se encabritaron, pero la tranquilidad del rey impidió que sus tropas de élite cedieran al pánico.

—Tensad vuestros grandes arcos y aguardad mi señal —ordenó.

La manufactura de armas de Pi-Ramsés había fabricado varios arcos de madera de acacia, cuya cuerda de tensión era un tendón de buey. Estudiada con cuidado, la curva del arma permitía lanzar una flecha, con precisión, a más de doscientos metros en tiro parabólico. Esa técnica hacía inútil la protección de las almenas tras las que se refugiaban los soldados.

—¡Todos juntos! —aulló Ramsés con voz tan estentórea que liberó las energías.

La mayoría de los proyectiles alcanzaron el blanco. Heridos en la cabeza, con los ojos reventados, la garganta atravesada de parte a parte, numerosos arqueros enemigos cayeron, muertos o gravemente heridos. Los que tomaron el relevo sufrieron la misma suerte.

Seguro de que sus infantes no perecerían bajo las flechas de los rebeldes, Ramsés les ordenó que se lanzaran hacia la puerta de madera de la fortaleza y la derribaran a hachazos. Los carros egipcios se aproximaron, los arqueros del faraón afinaron más aún el tiro, impidiendo cualquier resistencia. Los cortantes trozos de alfarería que llenaban los fosos fueron inútiles; contrariamente a lo habitual, Ramsés no haría que se colocaran escalas sino que iba a pasar por el acceso principal.

Los cananeos se amontonaron detrás de la puerta, pero no consiguieron contener el empuje de los egipcios. El enfrentamiento fue de espantosa violencia; los infantes del faraón pisoteaban montones de cadáveres y, como una devastadora oleada, se lanzaron al interior de la fortaleza. Los sitiados cedían terreno poco a poco; con sus grandes acharpes y sus túnicas a franjas, manchadas de sangre, caían unos sobre otros. Las espadas egipcias atravesaron cascos, quebraron huesos, cortaron flancos, hombros y tendones, hurgaron en entrañas.

Luego, un silencio brutal cayó sobre la plaza fuerte. Algunas mujeres suplicaban a los vencedores que respetaran a los supervivientes, agrupados a un lado del patio central.

El carro de Ramsés hizo su entrada en la reconquistada ciudadela.

—¿Quién manda aquí? —preguntó el rey.

Un hombre de unos cincuenta años, con el brazo izquierdo amputado, salió del miserable grupo de vencidos.

—Soy el soldado de más edad... Todos mis jefes han muerto. Imploro la clemencia del dueño de las Dos Tierras.

—¿Qué perdón se le puede conceder a quien no respeta su palabra?

—Que el faraón nos ofrezca, al menos, una muerte rápida.

—He aquí mis decisiones, cananeo: los árboles de tu provincia serán talados y la madera llevada a Egipto; los prisioneros, hombres, mujeres y niños, serán trasladados al Delta y empleados en trabajos de utilidad pública; los rebaños y los caballos de Canaán son ahora de nuestra propiedad. Por lo que a los soldados supervivientes se refiere, serán alistados en mi ejército y, en adelante, combatirán a mis órdenes.

Los vencidos se prosternaron, satisfechos de haber salvado la vida.

Setaú no estaba descontento. El número de heridos graves era poco importante y el curandero disponía de bastante carne fresca y apósitos de miel para detener las hemorragias. Con sus manos rápidas y precisas, Loto unía los labios de las heridas con tiras adhesivas colocadas en cruz. La sonrisa de la hermosa nubia atenuaba los dolores. Los camilleros llevaban a los pacientes hasta la enfermería de campaña, donde se les trataba con ungüentos, pomadas y lociones antes de ser repatriados a Egipto.

Ramsés se dirigió a los hombres que habían arriesgado su vida para defender su país, luego convocó a los oficiales superiores, a quienes reveló su intención de proseguir hacia el norte para recuperar, una a una, las fortalezas de Canaán que habían caído bajo control hitita, con la ayuda de los beduinos. El entusiasmo del faraón fue comunicativo. El miedo desapareció de los corazones y se alegraron ante la noche y el día de descanso que se les concedía. Ramsés, por su parte, cenó con Setaú y Loto.

—¿Hasta dónde piensas llegar? —preguntó el curandero.

—Al menos hasta Siria del Norte.

—¿Hasta... Kadesh?

—Ya veremos.

—Si la expedición dura demasiado, nos faltarán remedios —advirtió Loto.

—La reacción de los hititas fue rápida, la nuestra debe serlo más aún.

—¿Concluirá algún día esta guerra?

—Sí, Loto, cuando el enemigo haya sido derrotado por completo.

—Me horroriza hablar de política —comentó Setaú gruñón—. Ven, querida; vayamos a hacer el amor antes de salir en busca de algunas serpientes. Siento que la noche será propicia para la cosecha.

Ramsés celebró los ritos del amanecer en la pequeña capilla que habían levantado junto a su tienda, en el centro del campamento. Un santuario muy modesto comparado con los templos de Pi-Ramsés; pero el fervor del Hijo de la Luz era idéntico. Su padre Amón nunca revelaría a los humanos su verdadera naturaleza, nunca se encerraría en una forma cualquiera; sin embargo, la presencia de lo invisible era sensible para todo.

Cuando el soberano salió de la capilla divisó a un soldado que sujetaba un orix con una correa y dominaba al cuadrúpedo con dificultad.

Extraño soldado, realmente, con sus largos cabellos, su túnica coloreada, su perilla y su mirada huidiza. ¿Por qué habían introducido aquella bestia salvaje en el campamento, tan cerca de la tienda real? El rey no pudo hacerse más preguntas. El beduino soltó el orix, que se lanzó hacia Ramsés, con los puntiagudos cuernos dirigidos hacia el vientre del desarmado soberano.

Matador golpeó al antílope en el costado izquierdo y le clavó las zarpas en la nuca; muerto en el acto, el orix cayó bajo el león. Atónito, el beduino sacó un puñal de su túnica, pero no tuvo tiempo de utilizarlo; sintió un violento dolor en la espalda y luego, una helada niebla le cegó, obligándole a soltar el arma. Moribundo, cayó de cabeza con una lanza clavada entre los omóplatos. Loto había dado pruebas de sorprendente habilidad. La hermosa nubia, tranquila y sonriente, ni siquiera parecía conmovida.

—Gracias, Loto.

Setaú se unió a ellos enseguida. Mientras el león devoraba su presa un numeroso grupo de soldados salieron de sus tiendas y descubrieron el cadáver del beduino. El escudero Menna se lanzó desolado a los pies de Ramsés.

—¡Lo siento, majestad! Os prometo identificar a los centinelas que han dejado entrar al criminal en el campamento y castigarlos con severidad.

—Reúne a los trompeteros y ordena que den la señal de partida.

3

Cada vez más irritado, contra sí mismo sobre todo, Acha pasaba los días contemplando el mar por la ventana del primer piso del palacio donde estaba prisionero. ¿Cómo había podido, él, jefe de la red de espionaje egipcio y ministro de Asuntos Exteriores de Ramsés el Grande, caer en la trampa que le habían tendido los libaneses de la provincia de Amurru?

Hijo único de una familia noble y rica, Acha, que había seguido brillantemente los mismos estudios que Ramsés, en la universidad de Menfis, era un hombre elegante y refinado, tan aficionado a las mujeres como ellas se aficionaban a él. De rostro alargado, con las extremidades delgadas y finas, los ojos brillantes de inteligencia, la voz hechicera, le gustaba crear nuevas modas. Pero tras el árbitro de la elegancia se ocultaba un hombre de acción y un diplomático de altos vuelos, que hablaba varias lenguas extranjeras, especialista en los protectorados egipcios y el Imperio hitita.

Tras la victoria de Kadesh, que parecía haber frenado definitivamente la expansión hitita, Acha consideró oportuno dirigirse enseguida a la provincia de Amurru, aquel lánguido Líbano que se extendía a lo largo del Mediterráneo, al este del monte Hermon y de la mercantil ciudad de Damasco. El diplomático deseaba convertir la provincia en una base fortificada de la que partieran los comandos de élite para contrarrestar cualquier intento de avance hitita hacia Palestina y las marcas del Delta. Al penetrar en el puerto de Beirut, a bordo de un bajel cargado de regalos para el príncipe de Amurru, el venal Benteshina, el ministro egipcio de Asuntos Exteriores no sospechaba que sería recibido por Hattusil, el hermano del emperador hitita, que acababa de apoderarse de la región.

Acha había evaluado a su adversario. Bajo, de enclenque apariencia, pero inteligente y astuto, Hattusil era un enemigo temible. Había obligado a su prisionero a redactar una carta oficial para Ramsés, con el fin de atraer el ejército del faraón a una emboscada; pero Acha había utilizado un código con la esperanza de despertar la desconfianza del faraón. ¿Cómo reaccionaría Ramsés? La razón de Estado le exigía abandonar a su amigo en manos del adversario y lanzarse hacia el norte. Conociendo al faraón, Acha estaba convencido de que no vacilaría en golpear a los hititas con la mayor violencia posible, fueran cuales fuesen los riesgos que corriera. ¿Pero no significaba una excelente moneda de cambio el jefe de la diplomacia egipcia? Benteshina pensaba que Egipto pagaría por Acha una buena cantidad del precioso metal.

Escasa esperanza de vida, en verdad, pero Acha no tenía otra alternativa. Aquella forzada inacción le hacía irritable desde su adolescencia, nunca había dejado de tomar la iniciativa y le resultaba insoportable tener que sufrir así los acontecimientos. Tenía que actuar, de un modo u otro. Tal vez Ramsés creyera que Acha había muerto, tal vez había intentado lanzar una ofensiva de gran envergadura tras haber equipado a sus tropas con armas recientes. Cuanto más reflexionaba Acha, más convencido estaba de que no tenía otra solución que liberarse a sí mismo.

Un criado le sirvió un copioso almuerzo, como cada día; el egipcio no podía quejarse de la intendencia de palacio, que le trataba como a un huésped de calidad. Acha saboreaba un trozo de buey asado cuando resonaron los pesados pasos del dueño del lugar.

—¿Cómo se encuentra nuestro gran amigo egipcio? —preguntó Benteshina, príncipe de Amurru, un gordo cincuentón de espesos bigotes negros.

—Tu visita me honra.

—Me apetecía beber vino con el jefe de la diplomacia de Ramsés.

—¿Por qué no te acompaña Hattusil?

—Nuestro gran amigo hitita está atareado.

—Que bueno resulta tener sólo grandes amigos... ¿Cuándo podré verlo?

—Lo ignoro.

—¿De modo que el Líbano se ha convertido en una base hitita?

—Los tiempos cambian, querido Acha.

—¿No temes la cólera de Ramsés?

—Entre el faraón y mi principado se yerguen, ahora, infranqueables murallas.

—¿Acaso todo Canaán ha caído bajo el control hitita?

—No me preguntes demasiado... Has de saber que tengo intención de cambiar tu preciosa existencia por ciertas riquezas. Espero que nada enojoso te suceda durante ese cambio, pero...

Con una fea sonrisa, Benteshina anunciaba a Acha que sería eliminado antes de poder contar lo que había visto y oído en Amurru.

—¿Estás seguro de haber elegido el bando adecuado?

—¡Seguro, amigo Acha! A decir verdad, los hititas han impuesto la ley del más fuerte. Y, además, se habla de las numerosas preocupaciones que impiden a Ramsés gobernar con serenidad... Un complot o una derrota militar, o las dos cosas juntas, acabarán con él o será sustituido por un monarca más conciliador.

—No conoces Egipto, Benteshina, y todavía conoces menos al propio Ramsés.

—Sé juzgar a los hombres. Pese a la derrota de Kadesh, Muwattali, el emperador hitita, triunfará.

—Arriesgada apuesta.

—Me gustan el vino, las mujeres y el oro, pero no soy jugador. Los hititas llevan la guerra en la sangre, los egipcios no.

Benteshina se frotó las manos suavemente.

—Si deseas evitar un lamentable accidente cuando se produzca el cambio, mi querido Acha, deberías pensar seriamente en cambiar de bando. Imagina que le das a Ramsés falsas informaciones... Después de nuestra victoria, serías recompensado.

—¿Me pides a mí, el jefe de la diplomacia egipcia, que traicione a Ramsés?

—¿No depende todo de las circunstancias? Yo también juré fidelidad al faraón...

—La soledad impide mi reflexión.

—¿Deseas acaso... una mujer?

—Una mujer fina y cultivada, muy comprensiva...

Benteshina vació su copa de vino y se pasó el dorso de la mano diestra por los húmedos labios.

—¿Qué sacrificio no haría yo para mejorar tu reflexión?

La noche había caído, dos candiles de aceite iluminaban débilmente la alcoba de Acha, que estaba tendido en el lecho vestido sólo con un taparrabos.

Un pensamiento le obsesionaba: Hattusil había salido de Amurru. Aquella partida no coincidía con una expansión hitita por los protectorados de Palestina y Fenicia. Si el empuje de los guerreros anatolios había sido espectacular, ¿por qué abandonaba Hattusil su base libanesa, desde la que podía controlar la situación? El hermano de Muwattali no podía arriesgarse a ir más al sur; probablemente habrían regresado a su país, ¿pero por qué razón?

—Señor...

La vocecita temblorosa turbó a Acha. Se incorporó y, en la penumbra, vio a una muchacha que vestía una corta túnica, con los cabellos sueltos y los pies desnudos.

—Me envía el príncipe Benteshina... Me ha ordenado... Exige...

—Siéntate a mi lado.

Ella obedeció, vacilante. Tenía unos veinte años, era rubia y rolliza, muy apetitosa. Acha le acarició el hombro.

—¿Estás casada?

—Sí, señor; pero el príncipe me ha prometido que mi marido no sabría nada.

—¿Cuál es su oficio?

—Aduanero.

—¿Tienes alguna ocupación?

—Clasifico los despachos, en el centro de correos.

Acha hizo resbalar los tirantes de la túnica, besó a la rubia en el cuello y, luego, la tumbó en la cama.

—¿Recibes noticias de la capital de Canaán?

—Algunas... Pero no puedo hablar de ello.

—¿Son numerosos, aquí, los guerreros hititas?

—Tampoco puedo hablar de eso.

—¿Amas a tu marido?

—Sí, señor, sí...

—¿Te disgusta hacer el amor conmigo?

Ella volvió la cabeza hacia un lado.

—Responde a mis preguntas y no te tocaré.

La muchacha contempló al egipcio con los ojos llenos de esperanza.

—¿Tengo vuestra palabra?

—Por todos los dioses de la provincia de Amurru, la tienes.

—Los hititas no son numerosos todavía; unas decenas de instructores que entrenan a nuestros soldados.

—¿Se ha marchado Hattusil?

—Sí, señor.

—¿Hacia dónde?

—Lo ignoro.

—¿Y la situación en Canaán?

—Incierta.

—¿No está la provincia bajo control hitita?

—Circulan rumores contradictorios. Algunos afirman que el faraón se ha apoderado de Gaza, la capital de Canaán, y que el gobernador de la provincia murió durante el asalto.

Acha sintió que un nuevo aliento llenaba su pecho, como si renaciera a la vida. Ramsés no sólo había descifrado su mensaje sino que también había

contraatacado, impidiendo a los hititas que se desplegaran. Por ello Hattusil había ido a avisar al emperador.

—Lo siento, preciosa.

—¿No... No cumpliréis vuestra promesa?

—Sí, pero debo tomar ciertas precauciones.

Acha la ató y la amordazó; necesitaba unas horas antes de que diera la alarma. El diplomático descubrió el manto que ella había dejado en el umbral de la habitación y entrevió un modo de salir de palacio: se puso la prenda, se cubrió con el capuchón y se lanzó hacia la escalera. En la planta baja estaban celebrando un banquete. Algunos invitados, ebrios, dormitaban; otros se libraban a febriles retozos. Acha saltó sobre dos cuerpos desnudos.

—¿Adónde vas?

Acha no podía correr. Varios hombres armados custodiaban la puerta de palacio.

—¿Has terminado ya con el egipcio? Ven aquí, hija mía...

A pocos pasos, la libertad. La pegajosa mano de Benteshina le quitó la capucha.

—Mala suerte, mi querido Acha.

4

A Pi-Ramsés, la capital edificada por Ramsés en el Delta, se la llamaba «la ciudad de turquesa» por las tejas barnizadas de azul que adornaban la fachada de las casas. Los que paseaban por las calles de Pi-Ramsés se quedaban maravillados ante los templos, el palacio real, los lagos de recreo, el puerto; se extasiaban a la vista de los vergeles, los canales llenos de peces, las mansiones de los nobles y sus jardines, las avenidas bordeadas de flores; degustaban las manzanas, las granadas, las aceitunas y los higos, apreciaban el sabor afrutado de los grandes caldos y cantaban la canción popular: «Que alegría vivir en Pi-Ramsés, el pequeño es mirado como el grande, la acacia y el sicomoro conceden sus sombras, los edificios resplandecen de oro y turquesa, la brisa es suave, trinan los pájaros alrededor de los estanques». Pero Ameni, el secretario particular del rey, compañero de universidad e indefectible servidor del monarca, no compartía esa alegría de vivir. Sentía, como tantos otros habitantes de la ciudad, que el júbilo habitual no reinaba ya porque Ramsés estaba ausente.

Ausente y en peligro.

Sin escuchar consejo alguno de prudencia, sin aceptar ningún aplazamiento, Ramsés se había lanzado hacia el norte para reconquistar Canaán y Siria, arrastrando a sus tropas hacia una aventura de incierto final.

Portasandalias oficial del faraón, Ameni era bajo, enclenque, flaco y casi calvo, de huesos frágiles, tez pálida y manos largas y finas, capaces de trazar hermosos jeroglíficos, aquel hijo de yesero mantenía con Ramsés vínculos invisibles. Era, según la antigua expresión, «los ojos y los oídos del rey», y permanecía en la sombra, a la cabeza de un servicio de unos veinte funcionarios, devotos y competentes. Trabajador infatigable, dormía poco y comía en exceso aunque no conseguía engordarse, Ameni salía pocas veces de su despacho, presidido por un portapinceles de madera dorada que Ramsés le había regalado. En cuanto tocaba aquel objeto, en forma de columna coronada por una flor de lis, su energía renacía, y se lanzaba de nuevo al asalto de un montón de expedientes que habrían desalentado a cualquier escriba. En su despacho, que él mismo limpiaba, los papiros estaban cuidadosamente ordenados en cofres de madera y jarras, o encerrados en estuches de cuero depositados en estantes.

—Un correo del ejército —anunció uno de sus ayudantes.

—Que entre.

El soldado estaba cubierto de polvo y parecía agotado.

—Traigo un mensaje del faraón.

—Muéstramelo.

Ameni identificó el sello de Ramsés. A pesar de que le faltaba el aliento, corrió hasta palacio.

La reina Nefertari recibía al visir, al gran intendente de la Casa del rey, al escriba de cuentas, al escriba de mesa, al superior de los ritualistas, al jefe de los secretos, al superior de la Casa de Vida, al chambelán, al director

del Tesoro, al de los graneros y otros muchos altos funcionarios, deseosos de recibir directrices concretas para no tomar ninguna iniciativa que careciese de la aprobación de la gran esposa real, encargada de gobernar el país en ausencia de Ramsés. Afortunadamente, Ameni la secundaba sin descanso y Tuya, la madre del rey, la ayudaba con sus valiosos consejos. Más hermosa que las más hermosas, con los cabellos negros y brillantes, los ojos verdeazulados, el rostro luminoso como el de una diosa, Nefertari se enfrentaba a la prueba del poder y de la soledad. Dedicada a la música en el templo, amante de los escritos de los sabios, había deseado una existencia meditativa; pero el amor de Ramsés había transformado a la tímida muchacha en la reina de Egipto, decidida a cumplir sus funciones sin debilidad.

La administración de la Casa de la reina exigía por sí sola un pesado trabajo: aquella institución milenaria incluía un pensionado donde se educaban egipcias y extranjeras, así como una escuela de tejido, talleres donde se fabricaban joyas, espejos, jarrones, abanicos, sandalias y objetos rituales. Nefertari reinaba sobre un numeroso personal, compuesto por sacerdotisas, escribas, administradores de las rentas rurales, obreros y campesinos, y había querido conocer personalmente a los principales responsables de cada sector de actividad. Evitar injusticias y errores era su obsesión.

En aquellas angustiadas jornadas, mientras Ramsés arriesgaba su vida para defender Egipto contra una invasión hitita, la gran esposa real tenía que multiplicar esfuerzos y gobernar el país, fuera cual fuese su fatiga.

—¡Ameni, por fin! ¿Tienes noticias?

—Sí, majestad: un papiro que ha traído un correo del ejército.

La reina no se había instalado en el despacho de Ramsés, que permanecería vacío hasta su regreso, sino en una vasta estancia decorada con loza de un azul claro y que daba al jardín donde Vigilante, el perro dorado del rey, dormía al pie de una acacia.

Nefertari hizo saltar el sello del papiro y leyó el texto redactado en escritura cursiva y firmado por el propio Ramsés. El grave rostro de la reina no se iluminó con una sonrisa.

—Intenta darme ánimos —confesó.

—¿Ha progresado el rey?

—Canaán ha sido sometido, el gobernador felón ha muerto.

—¡Hermosa victoria! —se inflamó Ameni.

—El rey prosigue hacia el norte.

—¿Por qué estáis tan triste?

—Porque proseguirá hasta Kadesh, sean cuales sean los riesgos. Antes intentará liberar a Acha y no vacilará en poner en peligro su existencia. ¿Y si le abandona la suerte?

—Su magia no le fallará.

—¿Cómo sobreviviría Egipto sin él?

—En primer lugar, majestad, sois la gran esposa real y gobernáis de maravilla; luego, Ramsés volverá, estoy seguro de ello.

Un ruido de pasos precipitados se oyeron en el pasillo. Llamaron a la puerta, Ameni abrió. Apareció una comadrona, presa de gran excitación.

—Majestad... Iset está a punto de parir, y os llama.

Iset la bella tenía los ojos de un verde chispeante, la nariz pequeña y los labios finos; por lo común, su rostro poseía una infinita seducción. En aquellas horas de sufrimiento, conservaba el encanto de la juventud, que le había permitido seducir a Ramsés y ser su primer amor. Pensaba a menudo

en la choza de cañas, en el lindero de un trigal, donde el príncipe Ramsés y ella se habían entregado el uno al otro.

Pero Ramsés se había enamorado de Nefertari, y Nefertari era reina en el alma. Iset la bella se había apartado, porque ignoraba la ambición y los celos; ni ella ni cualquier otra podían rivalizar con Nefertari. El poder asustaba a Iset, y el único sentimiento que perduraba en su corazón era el amor que sentía por Ramsés. En un momento de locura, había estado a punto de conspirar contra él, por despecho; pero, incapaz de perjudicarle, se había apartado enseguida de las fuerzas del mal. ¿Acaso su más hermoso título de gloria no era haber dado vida a Kha, un muchacho de excepcional inteligencia?

Tras haber dado a luz una muchacha, Meritamón, Nefertari ya no podía tener más hijos. La reina había exigido que Iset la bella diese al monarca un segundo hijo y otros descendientes. Pero el rey había creado la institución de los «hijos reales», que le permitiría elegir, en las distintas capas de la sociedad, jovencitas o muchachos para ser educados en palacio. Su número sería una prueba de la inagotable fecundidad de la pareja real e impediría cualquier dificultad sucesoria.

Pero Iset la bella viviría su pasión por Ramsés ofreciéndole un nuevo hijo; gracias a las pruebas tradicionales[1], ya sabía que iba a tener un niño.

Paría de pie, ayudada por cuatro parteras a las que denominaban las «suaves» y «las de los pulgares firmes». Se habían pronunciado las fórmulas rituales, para apartar los genios de las tinieblas que intentaban impedir el nacimiento. Gracias a fumigaciones y pociones, el dolor se había atenuado.

Iset la bella sintió que el pequeño ser salía del lago bienhechor donde había crecido durante nueve meses. El contacto de una mano tierna y un perfume de lis y jazmín hicieron creer a Iset la bella que acababa de entrar en un jardín paradisíaco donde el sufrimiento ya no existía. Volvió la cabeza hacia un lado y advirtió que Nefertari acababa de ocupar el lugar de una de las parteras. La reina secó la frente de la parturienta, con una tela húmeda.

—Majestad... No creía que vinierais.

—Me has llamado, y aquí estoy.

—¿Tenéis noticias del rey?

—Son excelentes. Ramsés ha reconquistado Canaán y no tardará en someter a los demás insurrectos. Se está adelantando a los hititas.

—¿Cuándo volverá?

—¿No va a estar impaciente por ver a su hijo?

—¿Amareis vos... a ese hijo?

—Le amaré como a mi propia hija, como a tu hijo Kha.

—Temía que...

Nefertari estrechó con fuerza las manos de Iset la bella.

—No somos enemigas, Iset; debes vencer en el combate que libras.

De pronto, el dolor se hizo más fuerte; la parturienta lanzó un grito. La partera principal se atareó. Iset quería olvidar el fuego que desgarraba sus entrañas, sumirse en un profundo sueno, dejar de luchar soñando con Ramsés... Pero Nefertari tenía razón; era preciso concluir la obra misteriosa que se había iniciado en su seno.

Nefertari recibió en sus manos al niño, mientras una partera cortaba el cordón umbilical. Iset cerró los ojos.

—¿Es un muchacho?

—Sí, Iset. Un muchacho hermoso y fuerte.

---

[1] Por ejemplo, si la orina de la mujer hace germinar la cebada, dará a luz un muchacho; si hace germinar el trigo, una niña. Si no germinan ninguna de las dos cosas, no tendrá hijos.

5

Kha, el hijo de Ramsés y de Iset la bella, copiaba en un papiro virgen las máximas del viejo sabio Ptah-hotep que, a la edad de ciento diez años, había considerado oportuno dejar por escrito algunos consejos destinados a las generaciones futuras. Kha tenía sólo diez años, pero detestaba los juegos infantiles y se pasaba el tiempo estudiando, a pesar de las dulces reprimendas de Nedjem, el ministro de Agricultura, preocupado por la educación del muchacho. A Nedjem le habrían gustado que se distrajera más, pero las aptitudes intelectuales de Kha le fascinaban. Aprendía deprisa, lo recordaba todo y escribía ya como un escriba experimentado.

Cerca, la hermosa Meritamón, hija de Ramsés y Nefertari, tocaba el arpa. A los seis años, daba pruebas de estar muy bien dotada para la música, y mostraba una coquetería de buena ley. Mientras trazaba los jeroglíficos, a Kha le gustaba escuchar a su hermana desgranando melodías y cantando tiernas canciones. El perro del rey, Vigilante, suspiraba de satisfacción con la cabeza apoyada en los pies de la niña, cuyo parecido con Nefertari era deslumbrador.

Cuando la reina entró en el jardín, Kha dejó de escribir y Meritamón de tocar el arpa. Inquietos e impacientes, ambos niños corrieron hacia ella. Nefertari los besó.

—Todo ha ido bien, Iset ha tenido un muchacho.

—Seguro que mi padre y tú ya habréis elegido su nombre.

La reina sonrió.

—¿Crees que podemos preverlo todo?

—Sí, porque sois la pareja real.

—Tu hermano menor se llama Merenptah, «El amado del dios Ptah», patrón de los artesanos y señor del Verbo creador.

Dolente, la hermana mayor de Ramsés, era una mujer alta y morena, perpetuamente fatigada; su piel grasa la obligaba a utilizar muchos ungüentos. Ociosa durante mucho tiempo, presa del tedio de una joven noble y rica, había encontrado un ideal cuando el mago libio Ofir le había hablado de las creencias del rey hereje, Akhenatón, partidario del dios único. Ciertamente, el mago se había visto obligado a matar para salvaguardar su libertad, pero Dolente aprobó su gesto y aceptó ayudarle, sucediera lo que sucediese.

Aconsejada por el mago, que había encontrado refugio en el propio Egipto, Dolente había vuelto al palacio y había mentido a Ramsés para que la perdonase. ¿No la había raptado el mago, no la había utilizado para salir del país? Dolente había proclamado su alegría por haber escapado de lo peor y haber recuperado a su familia. ¿Había creído Ramsés en esa versión de los hechos? Por orden suya, Dolente debía permanecer en la corte de Pi-Ramsés. Eso era lo que ella esperaba, para poder informar a Ofir en cuanto se presentara la ocasión. Puesto que el rey había partido a guerrear en las provincias del norte, ella no había tenido posibilidad de volver a verle para intentar ganarse su confianza.

Dolente no ahorraba esfuerzo alguno para seducir a Nefertari, consciente de la influencia que ésta ejercía sobre su esposo. En cuanto la reina salió de la sala del consejo, donde acababa de entrevistarse con los responsables de los canales, Dolente se inclinó ante la soberana.

—Majestad, permitidme que me ocupe de Iset.

—¿Qué deseas exactamente, Dolente?

—Velar por su servidumbre, purificar cada día su habitación, utilizar un jabón extraído de la corteza y la madera del balanites[1] para lavar a la madre y al hijo, limpiar cada objeto con una mezcla de cenizas y sosa... Y he preparado para ella un cofre de aseo con botes de maquillaje, pocillos llenos de delicadas esencias, khol y estiletes aplicadores. ¿No debe Iset seguir siendo hermosa?

—Será sensible a tu afecto.

—Si acepta, yo misma la maquillaré.

Nefertari y Dolente caminaron juntas por un pasillo decorado con pinturas que representaban lises, acianos y mandrágoras.

—Parece que el bebé es espléndido.

—Merenptah será un hombre muy robusto.

—Ayer quise jugar con Kha y Meritamón, pero me lo prohibieron. Sentí una profunda pesadumbre, majestad.

—Son órdenes de Ramsés y también mías, Dolente.

—¿Durante cuánto tiempo, aún, se desconfiará de mí?

—¿Acaso te extraña? Tu escapada con el mago, tu apoyo a Chenar...

—¿No he tenido ya mi cupo de desgracia, majestad? Mi marido fue asesinado por Moisés, ese maldito mago ha estado a punto de apoderarse de mi espíritu, Chenar me ha detestado y humillado siempre, ¡y yo soy la acusada! Ahora sólo aspiro al reposo y me gustaría tanto recuperar el afecto y la confianza de los míos... He cometido graves faltas, lo admito, ¿pero siempre se me considerará una criminal?

—¿No conspiraste contra el faraón?

Dolente se arrodilló ante la reina.

—Fui esclava de hombres malvados y sufrí su influencia. Pero, todo ha terminado. Deseo vivir sola, en palacio, como Ramsés exige, y olvidar el pasado... ¿Seré perdonada?

Nefertari se sintió conmovida.

—Ocúpate de Iset, Dolente; ayúdala a preservar su belleza.

Meba, el adjunto al ministro de Asuntos Exteriores, entró en el despacho de Ameni. Diplomático de carrera, heredero de una rica familia de embajadores, Meba era naturalmente altivo y condescendiente. ¿No pertenecía, acaso, a una casta superior que poseía poder y riqueza y le impedía mezclarse con la gente del vulgo? Sin embargo, Meba había sufrido una dura prueba cuando Chenar, el hermano mayor del rey, le había quitado su puesto de jefe de la diplomacia egipcia. Humillado, marginado, había creído que nunca volvería a estar en primer plano, hasta el día en que una red de espionaje hitita, implantada en Egipto, se había puesto en contacto con él.

Traicionar... Meba no había tenido tiempo de pensar en ello. Recuperando la afición a la intriga, conociendo bien los meandros, se había ganado la confianza de las autoridades y obtenido nuevas funciones. Antiguo superior de Acha, se había convertido, aparentemente, en su fiel subordinado. Pese a su agudo espíritu, el joven ministro se había dejado

[1] Árbol rico en saponina.

engañar por la fingida humildad de Meba. Tener un hombre experimentado, y antigua víctima de Chenar por añadidura, como colaborador, había incitado a Acha a bajar la guardia.

Desde la desaparición del mago Ofir, jefe de la red de espionaje hitita, Meba aguardaba consignas que no llegaban. Aquel silencio le alegraba y lo aprovechaba para consolidar su red de amistades en el ministerio y en la alta sociedad, sin olvidar seguir vertiendo su hiel. ¿Acaso no había sido víctima de injusticias? ¿No era Acha un intelectual brillante, pero peligroso e ineficaz? Meba acababa olvidando a los hititas y su traición.

Mientras mordisqueaba un higo seco, Ameni redactaba una carta de reprimenda para los directores de los graneros y leía la queja de un jefe de provincia sobre la carestía de leña.

—¿Qué ocurre, Meba?

El diplomático detestaba al pequeño escriba rugoso y maleducado.

—¿Estáis demasiado ocupado para oírme?

—Os escucho, pero sed breve.

—¿No sois vos quien regís el imperio en ausencia de Ramsés?

—Si tenéis algún motivo de descontento, solicitad audiencia a la reina: su majestad en persona aprueba todas mis decisiones.

—No juguemos al más astuto: la reina me remitirá a vos.

—¿De qué os quejáis?

—De la inexistencia de directrices claras. Mi ministro está en el extranjero, el rey combate, mi administración es presa de la duda y la incertidumbre.

—Aguardad el regreso de Ramsés y de Acha.

—Y si...

—¿Si no regresan?

—¿No debemos contemplar esa horrenda hipótesis?

—No lo creo.

—Sois categórico...

—Lo soy.

—Así pues, esperaré.

—Es la mejor iniciativa que podéis tomar.

Haber nacido en Cerdeña, haber sido jefe de una famosa pandilla de piratas, haberse enfrentado a Ramsés, deberle la vida y convertirse en jefe de su guardia personal era el extraordinario destino de Serramanna. Ameni había considerado sospechoso de traición al gigante de conquistadores bigotes, pero reconoció que se había equivocado y se había ganado de nuevo su amistad.

Al sardo le hubiera gustado combatir contra los hititas, destrozar cráneos y atravesar pechos. Pero el faraón le había ordenado que se encargara de proteger a la familia real, y Serramanna se consagraba a esta tarea con el mismo ardor que ponía, antaño, en lanzarse al abordaje de los ricos navíos mercantes.

Para el sardo, Ramsés era el más formidable jefe guerrero que nunca había conocido, y Nefertari la mujer más hermosa y más inaccesible. La pareja real era un tan gran milagro cotidiano que el ex pirata no podía evitar servirles. Estaba bien pagado, gozaba de abundantes alimentos de primera calidad, aprovechaba la compañía de mujeres soberbias, y estaba dispuesto a dar su vida por la continuidad del reino.

Sin embargo, había una sombra en aquel cuadro: su instinto de cazador le torturaba. El regreso de Dolente a la corte le parecía una maniobra que podía perjudicar a Ramsés y Nefertari; consideraba a la

hermana del rey una desequilibrada y una mentirosa. A su entender, el mago que la manipulaba seguía utilizándola, aunque no tuviera pruebas de ello.

Serramanna continuaba investigando sobre la mujer rubia cuyo cadáver había sido hallado en una mansión perteneciente a Chenar, el hermano felón de Ramsés, que había desaparecido en una tempestad de arena cuando era transferido al penal de Khargeh.

Las explicaciones de Dolente habían sido bastante ambiguas; el sardo aceptaba que la víctima hubiera servido de médium, pero le parecía inverosímil que Dolente fuera incapaz de decir nada más sobre aquella infeliz. ¿Se debía su silencio al deseo de ocultar la verdad? Dolente fingía que la perseguían para ocultar mejor hechos importantes. Pero como se había congraciado con Nefertari, Serramanna no podía acusarla a partir de simples presunciones.

La obstinación formaba parte de las cualidades de un pirata. El mar permanecía vacío durante días enteros y, de pronto, aparecía la presa. Y era preciso, además, navegar en la dirección correcta y recorrer los sectores abundantes en caza; por ello había lanzado a sus sabuesos, tanto en Menfis como en Pi-Ramsés, provistos de fieles retratos de la joven rubia asesinada.

Alguien acabaría hablando.

6

La Ciudad del Sol[1], edificada por orden del faraón herético, Akenatón, ya sólo era una ciudad abandonada. Vacíos los palacios, las moradas de los nobles, los talleres, las casas de los artesanos, silenciosos para siempre los templos, desierta la gran avenida por donde pasaba el carro de Akenatón y Nefertiti, las calles comerciales y las callejas de los barrios populares.

En aquel desolado paraje, en la vasta llanura a orillas del Nilo, al abrigo de un circo montañoso que formaba un semicírculo, Akenatón había ofrecido un dominio al dios único que se encarnaba en el disco solar, Atón.

Nadie frecuentaba ya la olvidada capital. Tras la muerte del rey, la población había regresado a Tebas, llevándose consigo objetos preciosos, muebles, utensilios de cocina, archivos... Aquí y allá quedaban restos de loza y, en el taller de un escultor, un busto inconcluso de Nefertiti.

Con el transcurso de los años, los edificios se deterioraban. La pintura blanca se resquebrajaba, el yeso se deshacía. Construida con excesiva rapidez, la Ciudad del Sol no resistía las lluvias tormentosas y las tempestades de arena. Las estelas, grabadas por Akenatón para proclamar los límites del territorio sagrado de Atón, se borraban; el tiempo haría que los jeroglíficos fueran ilegibles y arrojaría a la nada la loca aventura del místico.

En el acantilado se habían excavado las tumbas de los dignatarios del régimen, pero ninguna momia reposaba allí. Al abandono de la ciudad se había añadido el de las sepulturas, sin alma ni protección ahora. Nadie osaba aventurarse por allí, pues se afirmaba que los espectros se habían apoderado del lugar y quebraban la nuca a los visitantes en exceso curiosos.

Allí se ocultaban Chenar, el hermano mayor de Ramsés, y el mago Ofir. Habían fijado su domicilio en la tumba del sumo sacerdote de Atón, cuya sala hipóstila se reveló confortable; en los muros, algunas evocaciones de templos y palacios conservaban la imagen del esplendor perdido de la Ciudad del Sol. El escultor había inmortalizado a Akenatón y Nefertiti venerando el disco solar, del que brotaban largos rayos terminados en manos que daban vida a la pareja real.

Los ojillos marrones de Chenar miraban con frecuencia los bajorrelieves que representaban a Akenatón, encarnación del sol triunfante. De treinta y cinco años de edad, con el rostro redondo, casi lunar, las mejillas hinchadas, los labios gruesos, los huesos pesados, Chenar, sin embargo, detestaba ese sol, astro protector de su hermano Ramsés. Ramsés, aquel tirano al que había intentado derribar con la ayuda de los hititas, Ramsés, que le había condenado al exilio en la penitenciaría de los oasis, Ramsés, que quería hacerle comparecer ante un tribunal de justicia del que saldría hacia la muerte.

---

[1] Akhet-Atón, «el prodigio de la luz de Atón», en el Medio Egipto, a mitad de camino entre Menfis, al norte, y Tebas, al sur.

Durante su traslado de la gran cárcel de Menfis a la penitenciaría de los oasis, una tempestad de arena, en medio del desierto, le había proporcionado a Chenar la posibilidad de huir. El odio que sentía contra su hermano y su deseo de vengarse le habían permitido salir vivo de la prueba. Chenar se había dirigido hacia el único lugar donde estaría seguro, la ciudad abandonada del rey herético.

Allí lo había acogido Ofir, su cómplice, el jefe de la red de espionaje hitita. Ofir el libio, con el perfil de ave de presa, de salientes pómulos, nariz prominente, labios delgados y pronunciado mentón, el hombre que debía convertir a Chenar en el sucesor de Ramsés.

Rabioso, el hermano del faraón cogió una piedra y la lanzó contra una representación de Akenatón, dañando la corona del monarca.

—¡Malditos sean, y que desaparezcan para siempre, los faraones y su reino!

El sueño de Chenar se había quebrado. Él, que debería haber reinado sobre un inmenso imperio, de Anatolia a Nubia, se veía reducido al estado de paria en su propio país. Ramsés debería haber sido derrotado en Kadesh, los hititas deberían haber invadido Egipto, Chenar debería haber ocupado el trono de las Dos Tierras, colaborado con el ocupante y luego, haberse librado del emperador hitita para convertirse en el único dueño del Próximo Oriente. Ramsés el náufrago, Chenar el salvador: esa era la verdad que debería haber impuesto a los pueblos de la región.

Chenar se volvió hacia Ofir, que estaba sentado al fondo de la tumba.

—¿Por qué hemos fracasado?

—Un período de mala suerte. El destino cambiará.

—¡Mediocre respuesta, Ofir!

—Aunque la magia sea una ciencia exacta, no excluye lo imprevisible.

—Y ese imprevisible fue el propio Ramsés.

—Vuestro hermano tiene cualidades excepcionales y una facultad de resistencia rara y fascinante.

—Fascinante... ¿Estáis cayendo bajo el encanto de ese déspota?

—Me limito a estudiarlo para destruirlo mejor. ¿No acudió en su ayuda el dios Amón durante la batalla de Kadesh?

—¿Acaso dais crédito a tales monsergas?

—El mundo no está hecho sólo con lo visible. Secretas fuerzas circulan por él y son las que forman la trama de lo real.

Chenar dio un puñetazo a la pared en la que figuraba el disco solar, Atón.

—¿Adónde nos han llevado vuestros discursos? Aquí, a esta tumba, ¡lejos del poder! Estamos solos y condenados a perecer como miserables.

—Eso no es del todo cierto, puesto que los partidarios de Atón nos alimentan y garantizan nuestra seguridad.

—Los partidarios de Atón... Una pandilla de locos y místicos, prisioneros de sus ilusiones.

—No andáis errado, pero nos son de utilidad.

—¿Pensáis convertirlos en un ejército capaz de vencer al de Ramsés?

Ofir dibujó extrañas figuras geométricas en el polvo.

—Ramsés ha vencido a los hititas —insistió Chenar—, vuestra red ha sido desmantelada, ya no tengo partidarios. ¿Qué otro destino nos queda salvo pudrirnos aquí?

—La magia nos ayudará a modificarlo.

Chenar se encogió de hombros.

—No habéis conseguido eliminar a Nefertari, habéis sido incapaz de debilitar a Ramsés.

—Sois injusto —dijo el mago—. La reina salió dañada de la prueba que le infligí.

—Iset la bella le dará otro hijo a Ramsés, y el rey adoptará tantos herederos como desee. Ninguna preocupación familiar impedirá reinar a mi hermano.

—Acabará acusando los golpes.

—¿Ignoráis que un faraón de Egipto se regenera al cabo de su trigésimo año de reinado?

—Falta mucho todavía, Chenar; los hititas no han renunciado al combate.

—¿No quedó destruida en Kadesh la coalición que habían formado?

—El emperador Muwattali es un hombre astuto y prudente; supo batirse en retirada cuando llegó el momento y organizará una contraofensiva que sorprenderá a Ramsés.

—Ya no me apetece soñar, Ofir.

A lo lejos se oyó el ruido de un galope. Chenar tomó una espada.

—No es la hora en que los atonianos nos traen alimento.

El hermano de Ramsés corrió hacia la entrada de la tumba que dominaba la llanura y la ciudad muerta.

—Dos hombres.

—¿Vienen hacia nosotros?

—Salen de la ciudad y se dirigen al acantilado... ¡Hacia nosotros! Será mejor que salgamos de la tumba y nos ocultemos en otra parte.

—No nos precipitemos, sólo son dos. —Ofir se levantó—. Tal vez sea el signo que aguardaba, Chenar. Mira bien.

Chenar identificó a un partidario de Atón; la presencia de su compañero le dejó estupefacto.

—¿Meba... Meba aquí ?

—Es mi subordinado y nuestro aliado.

Chenar dejó la espada.

—En la corte de Ramsés, nadie sospecha de Meba; hoy es preciso olvidar nuestras diferencias.

Chenar no respondió. Sólo sentía desprecio por Meba, cuya única ambición era preservar su fortuna y su comodidad. Cuando el diplomático se le había presentado como el nuevo agente hitita, Chenar no había creído en la sinceridad de su compromiso.

Los dos jinetes descabalgaron a la entrada del camino que llevaba a la tumba del sumo sacerdote de Atón. El partidario del dios solar se quedó con los caballos, Meba se dirigió hacia la guarida de sus cómplices.

Chenar tenía un nudo en la garganta. ¿Y si el alto funcionario los había traicionado y se había adelantado un poco a la policía del faraón? Pero el horizonte siguió vacío. Meba estaba tan crispado que no utilizó las habituales formas de cortesía.

—Me arriesgo mucho viniendo aquí... ¿Por qué me habéis enviado un mensaje ordenándome que viniera a veros?

La respuesta de Ofir chasqueó.

—Estáis bajo mis órdenes, Meba; iréis donde os diga que vayáis. ¿Qué noticias traéis?

Chenar se quedó sorprendido. Así pues, desde el fondo de su guarida, el mago seguía dirigiendo la red.

—No muy buenas. El contraataque hitita no es precisamente un éxito; Ramsés ha reaccionado vigorosamente y ya ha reconquistado Canaán.

—¿Se dirige hacia Kadesh?

—Lo ignoro.

—Es preciso que seáis eficaz, Meba, mucho más eficaz, y que me proporcionéis más información. ¿Han respetado los beduinos su compromiso?

—La revuelta parece general... Pero debo mostrarme muy prudente para no despertar la desconfianza de Ameni.

—¿No trabajáis en el Ministerio de Asuntos Exteriores?

—La prudencia...

—¿Tenéis posibilidades de acercaros al pequeño Kha?

—¿El hijo mayor de Ramsés? Sí, pero por qué...

—Necesito un objeto que le sea especialmente querido, Meba, y lo necesito enseguida.

7

Moisés, su esposa y su hijo habían abandonado la región de Madian, que se hallaba al sur de Edom y al este del golfo de Aqaba. Allí se había ocultado el hebreo durante un largo período, antes de abandonar su retiro para regresar a Egipto, pese a la opinión de su suegro. ¿No cometía una locura entregándose a la policía del faraón cuando estaba acusado de un crimen? Sería encarcelado y condenado a muerte.

Pero ningún argumento había convencido a Moisés. Dios le había hablado, en el corazón de la montaña, y le había ordenado que sacara de Egipto a sus hermanos hebreos, para permitirles vivir la verdadera fe en una tierra que les perteneciera. La tarea parecía imposible, pero el profeta tendría la fuerza de llevarla a cabo.

Su esposa, Cippora, también había intentado, en vano, disuadirle. Y la pequeña familia se había lanzado a las pistas, en dirección al Delta. Cippora seguía a su marido, que, provisto de un gran bastón nudoso, caminaba con paso tranquilo, sin dudar nunca sobre el camino a seguir.

Cuando una nube de arena anunció que se acercaba un grupo de jinetes, Cippora estrechó a su hijo en sus brazos y se refugió detrás de Moisés. Grande, barbudo, ancho de pecho, éste tenía aspecto de atleta.

—Debemos ocultarnos —imploró.

—Es inútil.

—Si son beduinos, nos matarán; si son egipcios, te detendrán.

—No seas miedosa.

Moisés permaneció inmóvil, pensando en sus años de estudios en la Universidad de Menfis, durante los que había sido instruido en la sabiduría de los egipcios, mientras vivía una profunda amistad con el príncipe Ramsés, futuro faraón. Tras haber ocupado un no desdeñable puesto en el harén de Mer-Ur, el hebreo había hecho de maestro de obras en la construcción de Pi-Ramsés, la nueva capital de las Dos Tierras. Al confiarle esta misión, Ramsés había convertido a Moisés en uno de los primeros personajes del reino. Pero Moisés se sentía atormentado. Un fuego abrasaba su alma desde que era joven; y sólo cuando encontró la zarza en llamas, que ardía sin consumirse, desapareció el dolor. El hebreo había descubierto por fin su misión.

Los jinetes eran beduinos. A su cabeza iban, Amos, calvo y barbudo, y Baduch, alto y delgado, los dos jefes de tribu que habían mentido a Ramsés, en el paraje de Kadesh, para atraerle a una trampa. Los hombres se colocaron en círculo alrededor de Moisés.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Moisés. He aquí a mi mujer y mi hijo.

—Moisés... ¿Eres el amigo de Ramsés, el alto dignatario culpable de un crimen que huyó al desierto?

—Ese soy yo.

Amos descabalgó y se dirigió al hebreo.

—¡Entonces estamos en el mismo bando! Nosotros también combatimos contra Ramsés, el hombre que fue tu amigo y quiere hoy tu cabeza.

—El rey de Egipto sigue siendo mi hermano —afirmó Moisés.

—¡Divagas! Su odio no deja de perseguirte. Beduinos, hebreos y nómadas tienen que aliarse con los hititas para derribar al déspota. Su fuerza se ha hecho legendaria, Moisés; ven con nosotros y acosemos a las tropas egipcias que intentan invadir Siria.

—No voy al norte sino al sur.

—¿Al sur? —se extrañó Baduch, suspicaz—. ¿Adónde quieres dirigirte?

—A Egipto, a Pi-Ramsés.

Amos y Baduch se miraron estupefactos.

—¿Te estás burlando de nosotros? —preguntó Amos.

—Os digo la verdad.

—Pero... ¡Serás detenido y ejecutado!

—Yahvé me protegerá. Debo sacar a mi pueblo de Egipto.

—Los hebreos fuera de Egipto... ¿Te has vuelto loco?

—Esa es la misión que Yahvé me ha confiado, esa es la misión que llevaré a cabo.

Baduch descabalgó a su vez.

—No te muevas, Moisés.

Los dos jefes de tribu se alejaron para dialogar sin que el hebreo los oyera.

—Es un insensato —estimó Baduch—; su larga estancia en el desierto ha arrojado su espíritu en la demencia.

—Te equivocas.

—¿Equivocarme yo? Ese Moisés es un loco, está claro.

—No, es un hombre astuto y decidido.

—Ese infeliz, perdido en una pista del desierto con una mujer y un niño... ¡Magnífica astucia!

—Sí, Baduch, magnífica. ¿Quién va a desconfiar de un miserable como este? Pero Moisés sigue siendo muy popular en Egipto y piensa fomentar una rebelión de los hebreos.

—¡No tiene posibilidad alguna de conseguirlo! La policía del faraón no se lo permitirá.

—Si le ayudamos, podría sernos útil.

—Ayudarle... ¿De qué modo?

—Haciéndole atravesar la frontera y procurando armas a los hebreos. Probablemente serán exterminados, pero habrán sembrado el desconcierto en Pi-Ramsés.

Moisés respiraba a pleno pulmón el aire del Delta; aunque ahora se había convertido en su enemiga, esa tierra le hechizaba todavía. Debería odiarla, pero la ternura de los cultivos y la suavidad de las palmeras le maravillaban, recordándole el sueño de un muchacho, amigo y confidente de un faraón de Egipto, un sueño que consistía en permanecer toda una vida junto a Ramsés, en servirle, ayudarle a transmitir el ideal de verdad y de justicia que había alimentado a las dinastías. Pero aquel ideal pertenecía al pasado; en adelante, sería Yahvé quien guiara los pasos de Moisés.

Gracias a Baduch y Amos, el hebreo, su mujer y su hijo habían penetrado en territorio egipcio durante la noche, evitando las patrullas que circulaban entre dos fortines. Pese a su miedo, Cippora no se había opuesto; Moisés era su marido, le debía obediencia y le seguiría a donde fuera.

Con la salida del sol y la resurrección de la naturaleza, Moisés sintió que su esperanza se fortalecía. Aquí libraría su combate, fueran cuales fuesen las fuerzas que se le opusieran. Ramsés tendría que comprender que

los hebreos exigían su libertad y manifestaban el deseo de formar una nación, de acuerdo con la voluntad divina.

La pequeña familia se detuvo en aldeas donde, como de costumbre, se recibía con benevolencia a los viajeros. El modo en que se expresaba Moisés demostraba que era egipcio de nacimiento, y los contactos con los aldeanos se veían así facilitados. De etapa en etapa, el hebreo, su mujer y su hijo llegaron a los arrabales de la capital.

—Yo construí buena parte de esta ciudad —le dijo a su esposa.

—¡Qué grande y hermosa es! ¿Viviremos aquí?

—Por algún tiempo.

—¿Dónde nos alojaremos?

—Yahvé proveerá.

Moisés y los suyos penetraron en el barrio de los talleres, donde reinaba una intensa actividad. El dédalo de callejas sorprendió a Cippora, que añoraba ya la apacible existencia de su oasis. Se voceaba, se gritaba por todos lados; carpinteros, sastres y fabricantes de sandalias trabajaban con ardor. Asnos cargados con jarras llenas de carne, pescado seco o quesos avanzaban sin prisa.

Más allá se encontraban las casas de los ladrilleros hebreos. Nada había cambiado. Moisés reconocía cada morada, oía los cantos familiares y dejaba que en él nacieran recuerdos donde la revuelta se mezclaba con el entusiasmo de la juventud. Se había detenido en una plazuela en cuyo centro había un pozo cuando un viejo ladrillero le miró cara a cara.

—Te conozco, tú... Pero... ¡No es posible! ¿No serás el famoso Moisés?

—Lo soy.

—¡Te creíamos muerto!

—Os equivocabais —dijo Moisés sonriendo.

—Cuando tú estabas aquí, los ladrilleros éramos mejor tratados... Los que trabajan mal se ven obligados a procurarse personalmente la paja. ¡Tú habrías protestado! ¿Te das cuenta? ¡Obligados a procurarse paja! Y cuantas discusiones para obtener un aumento de sueldo.

—¿Tienes al menos una vivienda?

—Querría una mayor, pero la Administración retrasa mi demanda. Antaño, me habríais ayudado.

—Te ayudaré.

La mirada del ladrillero se hizo suspicaz.

—¿No te acusaron de un crimen?

—En efecto.

—Según dicen mataste al marido de la hermana de Ramsés.

—Un chantajista y un torturador —recordó Moisés—. No pensaba suprimirle, pero el altercado fue por mal camino.

—De modo que le mataste... ¡Te comprendo, sabes!

—¿Aceptarías alojarnos, a mi familia y a mí, por esta noche?

—Sed bienvenidos.

Cuando Moisés, su esposa y su hijo se hubieron dormido, el viejo ladrillero abandonó la yacija y, en la oscuridad, caminó hacia la puerta que daba a la calle. Al abrirla, emitió un chirrido. Inquieto, el ladrillero permaneció inmóvil un rato. Seguro de que Moisés no se había despertado, se deslizó hacia el exterior. Si denunciaba al criminal a la policía, obtendría una buena recompensa. Apenas había dado algunos pasos por la calleja cuando una poderosa mano le pegó a la pared.

—¿Adónde ibas, canalla?

—Me... Me ahogaba, necesitaba aire.

—¿Pensabas vender a Moisés, no es cierto?

—No, claro que no.

—Merecerías que te estrangulara.

—Déjale —ordenó Moisés apareciendo en el umbral de la casa—; es un hebreo, como nosotros. ¿Quién eres tú, que así me ayudas?

—Mi nombre es Aarón.

Era un hombre de edad, pero vigoroso; tenía una voz grave y sonora.

—¿Cómo has sabido que me encontraba aquí?

—¿Existe alguien, en el barrio, que no te haya reconocido? El consejo de ancianos desea verte hoy.

8

Benteshina, el príncipe de Amurru, tenía un delicioso sueño. Una joven noble, originaria de Pi-Ramsés, completamente desnuda y perfumada con mirra, trepaba por sus muslos como una liana de amor. De pronto, vaciló y comenzó a bambolearse, como un navío a punto de zozobrar. Benteshina se agarró a su cuello.

—¡Señor, señor! ¡Despertad!

Cuando el príncipe de Amurru abrió los ojos descubrió que estaba a punto de estrangular a su mayordomo. La luz del alba iluminaba la habitación.

—¿Por qué me molestas tan temprano?

—Levantaos, os lo ruego, y mirad por la ventana.

Vacilante, Benteshina siguió las recomendaciones de su sirviente. El peso de sus blandas carnes le molestaba al caminar. Ni el menor resto de bruma en el mar: el día se anunciaba espléndido.

—¿Qué debo mirar?

—¡La entrada del puerto, señor!

Benteshina se frotó los ojos. En la entrada del puerto de Beirut había tres navíos de guerra egipcios.

—¿Y las vías de acceso por tierra?

—Cerradas también; ¡se ha desplegado un enorme ejército egipcio! La ciudad está sitiada.

—¿Se halla en buen estado Acha? —preguntó Benteshina.

El mayordomo agachó la cabeza.

—Se le encerró en un calabozo, como vos ordenasteis.

—¡Tráemelo!

El propio Ramsés había alimentado a sus dos caballos, *Victoria en Tebas* y *La diosa Mut está satisfecha*. Los dos soberbios animales nunca se separaban, unidos tanto en el combate como en la paz. Ambos apreciaban las caricias del monarca y no dejaban de relinchar con orgullo cuando éste les felicitaba por su valor. La presencia de *Matador*, el león nubio, no les inspiraba el menor temor; ¿acaso no se habían enfrentado, en compañía de la fiera, a miles de soldados hititas?

El general del ejército de Ra se inclinó ante el rey.

—Majestad, el dispositivo se ha emplazado ya. Ni un habitante de Beirut puede escapar. Estamos listos para atacar.

—Interceptad todas las caravanas que pretendan entrar en la ciudad.

—¿Debemos preparar un asedio?

—Es posible. Si Acha sigue vivo, le liberaremos.

—Sería una suerte, majestad, pero la vida de un solo hombre...

—La vida de un solo hombre es, a veces, preciosa, general.

Ramsés pasó toda la mañana con los caballos y el león. Su tranquilidad le pareció de buen augurio; de hecho, antes de que el sol llegara a lo más alto de su carrera, el ayuda de campo del rey le llevó la noticia que esperaba.

—Benteshina, el príncipe de Amurru, solicita audiencia.

Vestido con una amplia túnica de seda multicolor que ocultaba su panza, perfumado con esencia de rosa, Benteshina parecía sonriente y relajado.

—Salud, oh, Hijo de la Luz, al...

—No me apetece escuchar los halagos de un traidor.

El príncipe de Amurru no perdió su aparente buen humor.

—Nuestra entrevista debe ser constructiva, majestad.

—Elegiste mal vendiéndote a los hititas.

—Tengo un argumento decisivo: vuestro amigo Acha.

—¿Crees que su presencia en un calabozo me impedirá arrasar la ciudad?

—Estoy seguro. ¿Acaso no alaban todos los pueblos el sentido de la amistad de Ramsés el Grande? Si un faraón traicionara a sus íntimos provocaría la cólera de los dioses.

—¿Sigue vivo Acha?

—Lo está.

—Exijo una prueba.

—Vuestra Majestad verá a su amigo y ministro de Asuntos Exteriores en lo alto de la torre principal de mi palacio. No niego que la estancia de Acha en prisión, por intento de fuga, haya podido causarle ciertas molestias físicas, pero nada grave.

—¿Qué exiges a cambio de su libertad?

—Vuestro perdón. Cuando os entregue a vuestro amigo, olvidareis que os he traicionado y haréis público un decreto afirmando que seguís confiando en mí. Es mucho, lo admito, pero necesito salvar mi trono y mis modestos bienes. Ah... Si se os ocurriera la lamentable idea de hacerme prisionero, vuestro amigo sería ejecutado, claro.

Ramsés permaneció largo rato silencioso.

—Necesito reflexionar —dijo con calma.

Benteshina sólo temía una cosa: que la razón de Estado prevaleciera frente a la amistad. La vacilación de Ramsés le hizo temblar.

—Necesito tiempo para convencer a mis generales —explicó el rey—; ¿crees que es fácil renunciar a una victoria y perdonar a un criminal?

Benteshina se tranquilizó.

—¿No es «criminal» un término excesivo, majestad? La política de alianzas es un arte difícil; puesto que pido perdón, ¿por qué no olvidamos el pasado? Egipto representa mi futuro y daré pruebas de mi fidelidad, no lo dudéis. Si me atreviera, majestad...

—¿Qué pasa?

—La población y yo mismo veríamos con malos ojos un bloqueo de la ciudad. Estamos acostumbrados a vivir bien y la entrega de vituallas forma parte de nuestro pacto. A la espera de que redactéis vuestro decreto y que él pueda ser liberado, el propio Acha se sentiría feliz de ser bien alimentado.

Ramsés se levantó. La entrevista había terminado.

—Ah, majestad... Si pudiera saber cuánto durará vuestra reflexión...

—Unos días.

—Estoy convencido de que llegaremos a un acuerdo tan beneficioso para Egipto como para la provincia de Amurru.

Ramsés meditaba frente al mar con el león tendido a sus pies. Las olas iban a morir junto al rey, unos delfines jugaban en mar abierto. El viento del sur soplaba con fuerza. Setaú se sentó a la diestra del monarca.

—No me gusta el mar, no tiene serpientes. Y ni siquiera se ve la otra orilla.

—Benteshina me somete a una extorsión.

—Y vacilas entre Egipto y Acha.

—¿Me lo reprochas?

—Te reprocharía lo contrario, pero conozco la solución que debes adoptar, y no me gusta.

—¿Tienes algún proyecto?

—¿Por qué turbar, si no, la meditación del señor de las Dos Tierras?

—Acha no debe correr riesgo alguno.

—Me pides demasiado.

—¿Hay alguna posibilidad real de que tengas éxito?

—Una, tal vez.

El mayordomo de Benteshina procuraba satisfacer los incesantes deseos de su dueño. El príncipe de Amurru bebía mucho y sólo soportaba los mejores caldos; aunque la bodega de palacio se aprovisionaba sin cesar, los numerosos banquetes la vaciaban rápidamente. De modo que el mayordomo aguardaba con impaciencia cada entrega.

Cuando las tropas egipcias sitiaron Beirut, estaba esperando la llegada de una caravana que debía entregar en palacio un centenar de ánforas de vino tinto del Delta. Benteshina exigía ese vino y no aceptaba otro. ¡Cuál no sería la satisfacción del mayordomo al ver entrar en el gran patio una hilera de carros cargados con ánforas de vino! Así pues, habían levantado el sitio. Gracias a su extorsión, Benteshina había vencido a Ramsés.

El mayordomo corrió al encuentro del conductor del primer carro y le dio instrucciones: parte de las jarras a la bodega, otra a la despensa cercana a la cocina y una tercera a la alacena contigua a la sala de banquetes. Comenzó la descarga, acompasada por canciones y chanzas.

—¿Tal vez podríamos... probarlo? —sugirió el mayordomo al jefe del convoy.

—Buena idea.

Ambos hombres entraron en la bodega. El mayordomo se inclinó hacia una jarra, imaginando el sabor afrutado de aquel caldo. Mientras acariciaba el panzudo vientre de la vasija, un violento golpe en la nuca le derribó.

El jefe de la expedición, un oficial del ejército de Ramsés hizo salir de las jarras a Setaú y los demás miembros del comando. Provistos de ligeras hachas de dorso vacío, fabricadas con tres espigas sobresalientes hundidas en el mango y sólidamente fijadas, suprimieron a los guardias libaneses, que no aguardaban un ataque desde el interior.

Mientras algunos miembros del comando abrían la puerta principal de la ciudad, dando entrada a los infantes del ejército de Ra, Setaú corrió hacia los aposentos de Benteshina. Cuando dos libaneses intentaron cerrarle el paso, soltó unas víboras furiosas por haber permanecido mucho tiempo metidas en un saco. En cuanto Benteshina vio el reptil que blandía Setaú, empezó a babear de miedo.

—Libera a Acha o morirás.

Benteshina no se hizo de rogar. Tembloroso, jadeando como un buey fatigado, abrió personalmente la puerta de la habitación donde estaba encerrado Acha. Cuando comprobó que su amigo estaba a salvo, Setaú se

sintió tan conmovido que hizo un gesto involuntario: su puño se abrió y, libre, la víbora saltó hacia Benteshina.

9

Dirigiéndose dulcemente hacia los cincuenta, delgada, con la nariz fina y recta, grandes ojos almendrados, severos y penetrantes, la barbilla casi cuadrada, Tuya, la reina madre, seguía siendo la guardiana de la tradición y la conciencia del reino de Egipto. A la cabeza de un numeroso personal aconsejaba sin ordenar, pero velaba por el respeto de los valores que habían convertido a la monarquía egipcia en un régimen inconmovible, puente entre lo visible y lo invisible.

Ella, a quien las inscripciones oficiales denominaban «la madre del dios, que dio vida al toro poderoso, Ramsés», vivía en el recuerdo de su difunto marido, el faraón Seti. Juntos habían edificado un Egipto fuerte y sereno que su hijo tenía el deber de mantener en el camino de la prosperidad. Ramsés tenía la misma energía que su padre, la misma fe en su misión; y nada le importaba más que la felicidad de su pueblo.

Para salvar Egipto de la invasión, había tenido que guerrear contra los hititas. Tuya había aprobado la decisión de su hijo, pues pactar con el mal sólo conducía al desastre. Combatir era la única actitud aceptable. Pero el conflicto duraba demasiado y Ramsés no dejaba de correr riesgos. Tuya rezaba para que el alma de Seti, convertida en estrella, protegiera al faraón. En su mano derecha sostenía el mango de un espejo que tenía la forma de un tallo de papiro, jeroglífico que significaba «ser verdeante, floreciente, joven»; cuando el precioso objeto era depositado en una tumba, aseguraba al alma de su propietario una eterna juventud. Tuya orientó el disco de bronce hacia el cielo y preguntó al espejo el secreto del porvenir.

—¿Puedo molestaros?

La reina madre se volvió lentamente.

—Nefertari...

La gran esposa real, con su largo vestido blanco ceñido al talle por un cinturón rojo, estaba tan hermosa como las diosas pintadas en las paredes de las moradas de eternidad de los Valles de los Reyes y las Reinas.

—¿Nefertari, me traes buenas noticias?

—Ramsés ha liberado a Acha y recuperado la provincia de Amurru; Beirut está de nuevo bajo control egipcio.

Las dos mujeres se abrazaron.

—¿Cuándo regresa?

—Lo ignoro —repuso Nefertari.

Mientras las dos mujeres seguían hablando, Tuya se sentó a su mesa de maquillaje. Con la yema de los dedos se dio un masaje en el rostro utilizando una pomada cuyos principales componentes eran miel, natrón rojo, polvo de alabastro, leche de burra y semillas de fenogreco. El remedio hacía desaparecer las arrugas, afirmaba la epidermis y rejuvenecía la piel.

—Estás preocupada, Nefertari.

—Temo que Ramsés haya decidido seguir adelante.

—Hacia el norte, hacia Kadesh...

—Hacia una nueva trampa que le tenderá Muwattali, el emperador hitita. Permitiendo que Ramsés reconquiste, con mayor o menor facilidad,

los territorios pertenecientes a nuestra zona de influencia, ¿no estará el anatolio atrayendo a nuestro ejército a una celada?

Los jefes de tribu se habían reunido en la vasta morada de ladrillos crudos de Aarón. Habían impuesto silencio a todos los hebreos; de ello dependía la seguridad de Moisés, cuyo regreso debía ignorar la policía egipcia.

Moisés seguía siendo popular; muchos confiaban en que sabría, como antaño, dar prestigio al pequeño pueblo de los ladrilleros. Pero no era esa la opinión de Libni, el superior nombrado por sus iguales para mantener una relativa cohesión entre los clanes.

—¿Por qué has vuelto, Moisés? —preguntó el anciano de voz rugosa.

—En la montaña vi una zarza ardiendo que no se consumía.

—Una ilusión.

—No, el signo de la presencia divina.

—¿Estás perdiendo la cabeza, Moisés?

—Dios me llamó a la zarza y me habló.

Los ancianos murmuraron.

—¿Qué te dijo?

—Dios ha oído las quejas y los gemidos de los hijos de Israel, sometidos a la servidumbre.

—Vamos, Moisés, somos trabajadores libres y no prisioneros de guerra.

—Los obreros no son libres en sus actos.

—¡Claro que sí! ¿Pero adónde quieres llegar?

—Dios me dijo: «Cuando hayas sacado de Egipto al pueblo de Israel, rendiréis culto a Dios en esta montaña».

Los jefes de las tribus se miraron consternados.

—¡Salir de Egipto! —exclamó uno de ellos—. ¿Qué significa eso?

—Dios ha visto la miseria de su pueblo en Egipto, quiere liberarlo y conducirlo hasta una región vasta y fértil.

Libni se indignó.

—Tu exilio te ha hecho perder la cabeza, Moisés. Nos instalamos aquí hace ya mucho tiempo, tú mismo naciste en Egipto, y este país se ha convertido en nuestra patria.

—He pasado varios años en Madian, trabajé allí como pastor, me casé y tuve un hijo. Estaba convencido de que mi existencia había dado un giro definitivo, pero Dios ha decidido otra cosa.

—Te ocultabas después de haber cometido un crimen.

—Maté a un egipcio, es cierto, porque amenazaba con matar a un hebreo.

—Nada puede reprocharse a Moisés —intervino un jefe de tribu—; ahora nos toca protegerle.

Los demás miembros del consejo lo aprobaron.

—Si deseas vivir aquí —declaró Libni—, te ocultaremos; pero debes abandonar tus insensatos proyectos.

—Sabré convenceros, uno a uno si es necesario, pues esta es la voluntad de Dios.

—No tenemos la intención de abandonar Egipto —afirmó el jefe más joven—; poseemos aquí casas y huertos, los mejores ladrilleros acaban de recibir un aumento, todo el mundo puede comer. ¿Por qué abandonar esa comodidad?

—Porque debo llevaros a la Tierra Prometida.

—No eres nuestro jefe y no nos dictarás nuestra conducta —objetó Libni.

—Obedecerás porque Dios lo exige.

—¿Sabes con quién estás hablando?

—No tenía la intención de ofenderte, Libni, pero no tengo derecho a disimular mis intenciones. ¿Hay algún hombre lo bastante vanidoso como para creer que su voluntad es más fuerte que la de Dios?

—Si eres realmente su enviado, tendrás que probarlo.

—Abundarán las pruebas, no lo dudes.

Tendido en una cómoda cama, Acha se dejaba dar un masaje por Loto, cuyas acariciadoras manos disipaban dolores y contracturas. La hermosa nubia, pese a una aparente fragilidad, daba pruebas de sorprendente energía.

—¿Cómo os encontráis?

—Mejor... Pero en la parte baja de los riñones, el sufrimiento sigue siendo intolerable.

—¡Pues tendrás que tolerarlo! —gruñó la voz de Setaú, que acababa de entrar en la tienda de Acha.

—Tu mujer es divina.

—Tal vez, pero es mi mujer.

—¡Setaú! No estarás imaginando que...

—Los diplomáticos son astutos y mentirosos, y tú más que ninguno de ellos. Levántate, Ramsés nos aguarda.

Acha se volvió hacia Loto.

—¿Podéis ayudarme?

Setaú agarró violentamente a Acha del brazo y le obligó a ponerse en pie.

—Ya estás recuperado. ¡No necesitas masaje!

El encantador de serpientes tendió al diplomático un taparrabos y una camisa.

—Apresúrate, al rey le horroriza esperar.

Tras haber nombrado un nuevo príncipe de Amurru, un libanés educado en Egipto cuya fidelidad no sería, tal vez, tan fluctuante como la de Benteshina, Ramsés había procedido a una serie de nombramientos en Fenicia y Palestina. Quería que los príncipes, los alcaldes y los jefes de aldea fueran autóctonos que se comprometieran, por juramento, a respetar su alianza con Egipto. Si no cumplían su palabra, la intervención del ejército egipcio sería inmediata. A estos efectos, Acha había puesto a punto un sistema de observación e información del que esperaba mucho: presencia militar escasa, pero red de corresponsales bien remunerados. El jefe de la diplomacia egipcia creía en las virtudes del espionaje.

Ramsés había desplegado un mapa de Oriente Medio en una mesa baja. Los esfuerzos de sus tropas se veían recompensados: Canaán, Amurru y Siria del Sur formaban, de nuevo, una vasta zona interpuesta entre Egipto y el Hatti. Era la segunda victoria que Ramsés obtenía sobre los hititas. Ahora debía tomar una decisión vital para el porvenir de las Dos Tierras.

Setaú y Acha, menos elegante que de costumbre, hicieron por fin su entrada en la tienda del consejo donde se habían acomodado generales y oficiales superiores.

—¿Han sido desmanteladas todas las plazas fuertes enemigas?

—Sí, majestad —dijo el general del ejército de Ra—; la última, la de Shalom, cayó ayer.

—Shalom significa «paz» —precisó Acha—. Ahora, la paz reina en estas regiones.

—¿Debemos proseguir hacia el norte, apoderarnos de Kadesh y dar un golpe definitivo a los hititas? —preguntó el rey.

—Ese es el deseo de los oficiales superiores —declaró el general—; debemos completar nuestra victoria exterminando a los bárbaros.

—No tenemos posibilidad alguna de lograrlo —estimó Acha—; una vez más los hititas se han replegado a medida que íbamos avanzando, sus tropas están intactas y están preparando trampas de las que saldríamos muy debilitados.

—Con Ramsés a la cabeza, ¡venceremos! —se entusiasmó el general.

—Ignoráis por completo el terreno. En las altiplanicies de Anatolia, en las gargantas, en las selvas, los hititas nos aplastarán. En el propio Kadesh morirán miles de infantes, y ni siquiera estamos seguros de poder apoderarnos de la ciudadela.

—Futiles temores de diplomático... ¡Esta vez estamos dispuestos!

—Retiraos —ordenó Ramsés—; conoceréis mi decisión al alba.

10

Gracias a la hospitalidad de Aarón, Moisés pasó varias semanas de quietud en el barrio de los ladrilleros. Su mujer y su hijo salían libremente y descubrían, intrigados, la animada vida de la capital egipcia. Integrados enseguida en el clan hebreo, no tardaron en tratar con egipcios, asiáticos, palestinos, nubios y demás habitantes de Pi-Ramsés que se cruzaban, sin cesar, por las callejas de la ciudad.

Moisés, por su parte, vivía como un recluso. Varias veces había solicitado ser oído, una vez más, por el consejo de ancianos. Frente a los jefes de tribu, incrédulos y críticos, Moisés no había desmentido sus primeras declaraciones.

—¿Sigue tan atormentada tu alma? —preguntó Aarón.

—Desde que vi la zarza ardiendo, ya no lo está.

—Aquí nadie cree que viste a Dios.

—Cuando un hombre conoce la misión que debe realizar en esta tierra, la duda no le asalta ya. Mi camino ya está trazado, Aarón.

—¡Pero estás solo, Moisés!

—No es más que una apariencia. Mis convicciones acabarán conmoviendo a los espíritus.

—En Pi-Ramsés, los hebreos no carecen de nada; ¿dónde vas a encontrar alimento en el desierto?

—Dios proveerá.

—Tienes el aspecto de un jefe, pero eliges un mal camino. Cambia de nombre y de apariencia, olvida tus insensatos proyectos, recupera tu lugar entre los tuyos, envejecerás en paz, honrado y tranquilo, a la cabeza de una numerosa familia.

—Ese no es mi destino, Aarón.

—Modifica el que has imaginado.

—No soy responsable de él.

—¿Por qué destrozar así tu vida cuando la felicidad está a tu alcance?

Llamaron a la puerta de la morada de Aarón.

—¡Policía, abrid!

Moisés sonrió.

—Ya ves, Aarón, no me dejan alternativa.

—¡Tienes que huir!

—Esta puerta es la única salida.

—Te defenderé.

—No, Aarón.

Moisés abrió personalmente la puerta. Serramanna, el gigante sardo, miró al hebreo con asombro.

—De modo que no me habían mentido... ¡Has regresado!

—¿Deseas entrar y compartir nuestra comida?

—Te ha denunciado un hebreo, Moisés, un ladrillero que temía perder su empleo a causa de tu presencia en el barrio. Sígueme, debo llevarte a la cárcel.

Aarón se interpuso.

—Moisés debe ser juzgado.

—Lo será.

—A menos que te libres de él antes del proceso.

Serramanna agarró a Aarón por el cuello de la túnica.

—¿Me tratas de asesino?

—¡No tienes derecho a maltratarme!

El sardo soltó a Aarón.

—Tienes razón... ¿Pero tienes tú derecho a insultarme?

—Si Moisés es detenido, será ejecutado.

—La ley es igual para todos, incluso para los hebreos.

—¡Huye, Moisés, regresa al desierto! —imploró Aarón.

—Sabes muy bien que partiremos juntos.

—No saldrás jamás de esa cárcel.

—Dios me ayudará.

—Vamos, ven —exigió Serramanna—; no me obligues a atarte las manos.

Sentado en un rincón de la celda, Moisés contemplaba el rayo de luz que se deslizaba entre los barrotes. Hacía brillar los miles de motas de polvo en suspensión y hería el suelo de tierra batida que habían martilleado los pies de los prisioneros.

En Moisés ardería para siempre el fuego de la zarza, la energía de la montaña de Yahvé. Olvidaría su pasado, a su mujer y a su hijo: en adelante, para él sólo contaría el éxodo, la salida del pueblo hebreo hacia la Tierra Prometida.

Una enloquecida esperanza para un hombre encerrado en una celda de la gran cárcel de Pi-Ramsés, y a quien la justicia egipcia iba a condenar a muerte por crimen premeditado o, en el mejor de los casos, a trabajos forzados en el penal de los oasis. Pese a su confianza en Yahvé, Moisés, a veces, dudaba. ¿Cómo lo haría Dios para liberarle y permitirle cumplir su misión?

El hebreo se adormecía cuando unos lejanos clamores le arrancaron de su sopor. Aumentaban de minuto en minuto, hasta hacerse ensordecedores. La ciudad entera parecía conmovida.

Ramsés el Grande había regresado.

Nadie le aguardaba antes de varios meses, pero era él, soberbio en su carro tirado por *Victoria en Tebas* y *La diosa Mut está satisfecha*, sus dos caballos con penachos de plumas rojas y punta azul. A la derecha del carro marchaba *Matador*, el enorme león, contemplando a los ciudadanos que se apretujaban en el recorrido como bestias curiosas. Tocado con la corona azul, con la serpiente uraeus de oro en la frente, el torso cubierto por un vestido ritual en el que se habían pintado unas alas azul verdosas que colocaban al soberano bajo la protección de Isis, halcón hembra, Ramsés estaba resplandeciente.

Con una sola voz, los infantes entonaban el canto que se había hecho tradicional: «El brazo de Ramsés es poderoso, su corazón valiente, es un arquero sin igual, una muralla para sus soldados, una llama que abrasa a sus enemigos». Aparecía como el elegido por la luz divina y el halcón de las grandiosas victorias.

Generales, oficiales de carros y de infantería, escribas del ejército, hombres de la tropa se habían puesto su uniforme de gala para desfilar tras los portaestandartes. Aclamados por la muchedumbre, los soldados pensaban en los permisos y las primas que les harían olvidar el rigor de los

combates. En la vida militar, no había mejor momento que el regreso al redil, sobre todo cuando era triunfal.

Desprevenidos, los jardineros no habían tenido tiempo de decorar con flores la gran avenida de Pi-Ramsés que llevaba a los templos de Ptah, el dios de la creación por el Verbo, y de Sekhmet, la diosa terrorífica, detentadora del poder de destruir y curar. Pero los cocineros se atareaban, asando ocas, cuartos de buey, pedazos de cerdo, y llenando los cestos de pescado seco, legumbres y frutas. De las bodegas salían jarras de cerveza y vino. Apresuradamente, los reposteros preparaban pasteles. Los elegantes se habían puesto sus ropas de fiesta y las siervas acababan de perfumar la cabellera de sus dueños.

A la cola del cortejo marchaban varios centenares de prisioneros, asiáticos, cananeos, palestinos y sirios; unos tenían las manos atadas a la espalda, otros caminaban libremente, con sus mujeres e hijos al lado. A lomos de asnos llevaban los bultos que contenían sus escasos bienes. Los prisioneros serían conducidos a la oficina de colocación de la capital, que los distribuiría por las tierras y las obras de los templos. Purgarían su pena de cautiverio como obreros o trabajadores agrícolas y al terminar, podrían elegir entre integrarse en la sociedad egipcia o regresar a su país.

¿Era la paz o una simple tregua? ¿Había aplastado, por fin, el faraón a los hititas o regresaba para recuperar fuerzas y volver al combate? Quienes no sabían nada eran los más prolijos, y se hablaba de la muerte del emperador Muwattali, de la caída de la ciudadela de Kadesh, de la destrucción de la capital hitita. Todos esperaban la ceremonia de las recompensas durante la que Ramsés y Nefertari aparecerían en la ventana del palacio real y ofrecerían collares de oro a los soldados más valerosos.

Ante la sorpresa generalizada, Ramsés desdeñó el palacio y se dirigió hacia el templo de Sekhmet. Sólo él había advertido, en el cielo, el nacimiento de una nube que, rápidamente, crecía y se ennegrecía. Los caballos se pusieron nerviosos, el león gruñó. Se preparaba una tormenta.

El temor sucedió a la alegría. Si la diosa terrorífica hacía estallar la cólera de las nubes, ¿no sería señal de que la guerra amenazaba al reino de Egipto y Ramsés tenía que partir, otra vez, enseguida, hacia el campo de batalla? Los soldados dejaron de cantar. Todos fueron conscientes de que el faraón iniciaba un nuevo combate, durante el cual debería apaciguar a Sekhmet e impedir que hiciera caer sobre el país su horda de desgracias y sufrimiento.

Ramsés descabalgó, acarició la cabeza de sus caballos y su león, y luego meditó en el atrio del templo. La nube se había desgarrado y multiplicado, haciéndose incontable. El cielo había oscurecido y comenzaba a ocultar la luz del sol.

Ramsés olvidó la fatiga del viaje, rechazó las fiestas que Pi-Ramsés se disponía a celebrar y se dispuso para encontrarse con la Terrorífica. Sólo él podía disipar su cólera. Ramsés empujó la gran puerta de cedro recubierta de oro y penetró en la sala pura, donde depositó la corona azul. Luego avanzó lentamente por entre las columnas de la primera sala, cruzó el umbral de la sala misteriosa y avanzó hacia el naos.

Entonces la vio, luminosa en la penumbra. Su largo vestido blanco brillaba como un sol, el perfume de su peluca ritual arrobaba el alma, la nobleza de su actitud igualaba la de las piedras del templo. La voz de Nefertari se elevó, suave como la miel. Pronunció las palabras de veneración y apaciguamiento que, desde el origen de la civilización egipcia, transformaban a la Terrorífica en suavidad de amor. Ramsés levantó las

manos, con las palmas abiertas, hacia las palmas de la mujer con cabeza de leona, y leyó las fórmulas grabadas en los muros.

Concluida la letanía, la reina, ser mágico en quien se había operado la transmutación, ofreció al rey la corona roja del Bajo Egipto, la corona blanda del Alto Egipto y el cetro denominado «poder». Tocado con la doble corona y con el cetro en la mano derecha, Ramsés se inclinó ante la energía benéfica presente en la estatua.

Cuando la pareja real salió del templo, un gran sol inundaba el cielo de la ciudad de turquesa. La tempestad se había disipado.

11

Concluida la entrega de collares de oro a los valientes, Ramsés visitó a Homero, el poeta griego que había decidido instalarse en Egipto para componer sus grandes obras y terminar allí sus días. Su confortable morada, cercana a palacio, estaba rodeada de un jardín cuyo más hermoso florón, un limonero, alegraba la debilitada vista del anciano de larga barba blanca. Cuando el rey de Egipto se acercó a él, Homero estaba fumando, como de costumbre, hojas de salvia metidas en una cazoleta de pipa hecha con una gran concha de caracol, y bebía una copa de vino perfumado con anís y conandro.

El poeta se levantó apoyándose en un nudoso bastón.

—Permaneced sentado, Homero.

—Cuando ya no se salude al faraón, como es debido, será el fin de la civilización.

Ambos hombres se acomodaron en sillas de jardín.

—¿He tenido, majestad, razón al escribir estas frases? «Se combata con ardor o se permanezca alejado, semejante es el provecho. El mismo honor se reserva al cobarde y al valeroso. ¿Habrá corrido mi corazón por nada tantos peligros, habré arriesgado por nada mi vida en tantos conflictos?».

—No, Homero.

—Volvéis, por lo tanto, vencedor.

—Los hititas han sido rechazados hacia sus posiciones tradicionales, Egipto no será invadido.

—Festejemos el acontecimiento, majestad; he hecho que me trajeran un vino excelente.

El cocinero de Homero sacó un ánfora cretense de estrecho gollete, que sólo dejaba pasar un hilillo de vino mezclado con agua de mar, recogida una noche de solsticio de verano y con viento del norte, y conservado durante tres años.

—El texto de la batalla de Kadesh está terminado —reveló Homero—; vuestro secretario particular, Ameni, lo ha tomado al dictado y se lo ha comunicado a los escultores.

—Será grabado en las paredes de los templos y proclamará la victoria del orden sobre el caos.

—¡Ay, majestad, ese combate debe librarse siempre! ¿Acaso no está en la naturaleza del caos querer devorar el orden?

—Por esa razón debe instaurarse la institución faraónica. Sólo ella puede consolidar el reinado de Maat.

—No la modifiquéis, sobre todo; tengo la intención de vivir mucho tiempo, feliz, en este país.

Héctor, el gato blanco y negro de Homero, saltó hacia el regazo del poeta y aguzó las zarpas en su túnica.

—Ochocientos kilómetros entre vuestra capital y la de los hititas... ¿Será suficiente distancia para mantener alejadas las tinieblas?

—Procuraré hacerlo mientras me anime el aliento vital.

—La guerra nunca termina. ¿Cuántas veces tendréis que volver a marcharos?

Cuando Ramsés salió de la morada de Homero, encontró a Ameni aguardándole. Con la tez más pálida que de costumbre, delgado, con algunos cabellos menos, el secretario particular del rey parecía frágil y a punto de quebrarse. Llevaba en la oreja un pincel que había olvidado.

—Me gustaría consultarte urgentemente, majestad.

—¿Te plantea algún problema uno de los expedientes?

—Un expediente, no...

—¿Me concedes unos instantes para ver a mi familia?

—Antes, el protocolo te impone cierto número de ceremonias y audiencias... Eso podría olvidarse, pero hay algo mucho más importante: «Él» ha vuelto.

—Te refieres a...

—Sí, a Moisés.

—¿Está en Pi-Ramsés?

—Deberás admitir que Serramanna no ha cometido falta alguna deteniéndole. Si le hubiera dejado en libertad, la justicia se habría resentido.

—¿Moisés ha sido encarcelado?

—Era preciso.

—Tráelo inmediatamente.

—Imposible, majestad; el faraón no puede intervenir en un asunto de justicia, ni siquiera cuando acusan a un amigo.

—¡Tenemos pruebas de su inocencia!

—Es indispensable pasar por el procedimiento normal, si el faraón no fuera el primer servidor de Maat y de la justicia, este país sería sólo desorden y confusión.

—Eres un verdadero amigo, Ameni.

El joven Kha copiaba un texto célebre que generaciones de escribas habían copiado y vuelto a copiar antes que él: «A guisa de herederos, los escribas que han llegado al conocimiento disponen de los libros de sabiduría. Su amado hijo es la paleta de escribir. Los libros son sus pirámides, el pincel es su hijo, la piedra cubierta de jeroglíficos su esposa. Los monumentos desaparecen, la arena cubre las estelas, las tumbas son olvidadas, pero el nombre de los escribas que vivieron la sabiduría perdura, por el fulgor de sus obras. Sé escriba y graba este pensamiento en tu corazón: un libro es más útil que el muro más sólido. Te servirá de templo, aun cuando hayas perecido; por el libro, tu nombre sobrevivirá en la boca de los hombres, será más sólido que una casa bien construida».

El adolescente no estaba muy de acuerdo con el autor de esas máximas; ciertamente, lo escrito atravesaba las épocas, ¿pero no ocurría lo mismo con las moradas de eternidad y los santuarios de piedra que habían edificado los maestros de obras? El escriba autor de esas líneas había alabado la excelencia de su oficio hasta mostrarse excesivo. De modo que Kha se había jurado ser, a la vez, escriba y maestro de obras, para no limitar su espíritu.

Desde que su padre le había hecho enfrentarse a la muerte en forma de una cobra, el hijo mayor de Ramsés había madurado mucho y abandonado definitivamente los juegos de la infancia. ¿Qué encanto podía tener un caballo de madera, montado sobre ruedas, frente a un problema matemático, planteado por el escriba Ahmes en un apasionante papiro, que le había ofrecido Nefertari? Ahmes asimilaba el círculo a un cuadrado cuyo lado representaba 8/9 de su diámetro, lo que permitía obtener una relación

de armonía basada en el valor 3,16[1]. En cuanto tuviera ocasión, Kha estudiaría la geometría de los monumentos para descubrir los secretos de los constructores.

—¿Puedo interrumpir las reflexiones del príncipe Kha? —preguntó el diplomático Meba.

El adolescente no levantó la cabeza.

—Si lo consideráis oportuno...

Desde hacía algún tiempo, el adjunto del ministro de Asuntos Exteriores acudía con frecuencia a hablar con Kha. El hijo del faraón detestaba su altanería de aristócrata y su aspecto mundano, pero apreciaba su cultura y sus conocimientos literarios.

—¿Trabajando aún, príncipe?

—¿Hay mejor modo de enriquecer el corazón?

—¡Grave pregunta para tan jóvenes labios! En el fondo, no andáis errado. Como escriba e hijo de rey, daréis ordenes a decenas de servidores, no manejareis el arado ni el azadón, vuestras manos seguirán siendo suaves, escapareis de esas tareas, no llevareis ninguna penosa carga, viviréis en una soberbia mansión, vuestros establos estarán llenos de espléndidos caballos, cambiareis cada día de lujosas ropas, vuestra silla de manos será confortable y tendréis la confianza del faraón.

—Muchos escribas perezosos y acomodados viven así, en efecto; yo espero ser capaz de leer textos difíciles, participar en la redacción de rituales y ser admitido como portador de ofrendas en las procesiones.

—Son modestas ambiciones, príncipe Kha.

—¡Al contrario, Meba! Exigen muchos esfuerzos.

—¿Acaso el hijo mayor de Ramsés no está asignado a un destino mayor?

—Los jeroglíficos son mis guías; ¿han mentido alguna vez?

Meba se sentía turbado por las palabras de aquel muchacho de doce años; tenía la impresión de dialogar con un escriba experimentado, dueño de sí mismo e indiferente al halago.

—La existencia no es sólo trabajo y rigor.

—No concibo la mía de otro modo, Meba; ¿es eso condenable?

—No, claro que no.

—Vos, que ocupáis un puesto importante, ¿gozáis de tanto tiempo para distraeros?

El diplomático evitó la mirada de Kha.

—Estoy muy ocupado, pues la política internacional de Egipto exige una gran competencia.

—¿No es mi padre quien toma las decisiones?

—Cierto, pero mis colegas y yo mismo trabajamos encarnizadamente para facilitarle la tarea.

—Me gustaría conocer detalladamente vuestro trabajo.

—Es muy complejo, e ignoro si...

—Me esforzaré por comprenderlo.

La llegada de la hermana menor de Kha, Meritamón, fresca y revoltosa, alivió al diplomático.

—¿Estás jugando con mi hermano? —preguntó la niña.

—No, he venido a traerle un regalo.

Kha levantó la cabeza interesado.

—¿De qué se trata?

—De ese portapinceles, príncipe.

[1] La puesta en práctica de la famosa *pi*, según el papiro Rhind.

Meba mostró una hermosa columna en miniatura, de madera dorada; era hueca y contenía doce pinceles de distintos tamaños.

—¡Es... Es muy bonito! —dijo el príncipe dejando sobre un taburete el pincel usado que estaba utilizando.

—¿Puedo verlo? —preguntó Meritamón.

—Debes tener cuidado —dijo Kha con seriedad—; esos objetos son frágiles.

—¿Me dejarás escribir?

—Siempre que estés atenta y procures evitar los errores.

Kha tendió a su hermana un pedazo de papiro usado y un nuevo pincel, cuyo extremo mojó ella en la tinta. El príncipe contempló como la niña trazaba con sumo cuidado los jeroglíficos.

Sumidos en su tarea, los dos niños olvidaron la presencia de Meba. Era el momento que el diplomático esperaba.

Tomó el pincel usado de Kha y desapareció.

12

Iset la bella había soñado, toda la noche, con la choza de cañas donde, por primera vez, había hecho el amor con Ramsés. Habían ocultado allí su pasión, sin pensar en el porvenir, disfrutando el instante con el ansia de su deseo.

Iset jamás había deseado ser reina de Egipto; la función la superaba, sólo Nefertari era capaz de ocuparla. (Pero cómo olvidar a Ramsés, cómo olvidar el amor que seguía inflamando su corazón? Mientras él combatía, ella moría de angustia. Su espíritu huía, ya no tenía ganas de maquillarse, se ponía cualquier vestido, no se calzaba.

Apenas hubo regresado, el trastorno desapareció. Y la recuperada belleza de Iset habría seducido al hombre más ahíto si la hubiera percibido, temblorosa e inquieta, en el corredor de palacio que llevaba del despacho de Ramsés a sus aposentos privados. Cuando hiciera ese camino, se atrevería a abordarle... No, tenía ganas de huir.

Si importunaba a Ramsés, la mandaría a provincias y estaría condenada a no volver a verle. ¿Había un castigo más insoportable?

Cuando el rey apareció, las piernas de Iset vacilaron. No tuvo fuerzas para desaparecer y no consiguió separar su mirada de Ramsés, cuyo poderío y prestancia eran los de un dios.

—¿Qué haces aquí, Iset?

—Quería decirte... Te he dado otro hijo.

—Su nodriza me lo ha presentado: Merenptah es soberbio.

—Sentiré tanto afecto por él como por Kha.

—No lo dudo.

—Para ti, seguiré siendo el terruño que cultives, el estanque donde te bañes... ¿Deseas otros hijos, Ramsés?

—La institución de los hijos reales proveerá.

—Pídeme lo que quieras... Mi alma y mi cuerpo te pertenecen.

—Te equivocas, Iset; ningún ser humano puede ser propietario de otro ser humano.

—Y, sin embargo, soy tuya, puedes tomarme en tus manos como un pájaro caído del nido. Privada de tu calor, me apagaría.

—Amo a Nefertari, Iset.

—Nefertari es una reina, yo sólo soy una mujer; ¿no podrías amarme con otro amor?

—Con ella, construyo el mundo. Sólo la gran esposa real comparte este secreto.

—¿Permitirás... que me quede en palacio?

La voz de Iset la bella casi se había apagado; de la respuesta de Ramsés dependía su porvenir.

—Educarás aquí a Kha, a Merenptah y a mi hija Meritamón.

El cretense perteneciente al cuerpo de mercenarios que dirigía Serramanna investigaba en las aldeas del Medio Egipto, próximas a la ciudad abandonada de Akenatón, el faraón hereje. Antiguo pirata, como su

patrón, se acostumbraba a la vida egipcia y a las ventajas materiales que procuraba. Aunque añorara el mar, se consolaba recorriendo el Nilo en pequeñas embarcaciones rápidas y se divertía descubriendo las trampas del río de súbitas e imprevisibles reacciones. Incluso un experto marino debía mostrarse humilde ante aquella corriente, con bancos de arena ocultos bajo una delgada capa de agua y coléricos rebaños de hipopótamos.

El cretense había mostrado el retrato de la joven rubia asesinada a centenares de aldeanos sin éxito alguno. A decir verdad, cumplía su misión sin entusiasmo, convencido de que la víctima era originaria de Pi-Ramsés o de Menfis; Serramanna había enviado emisarios a todas las provincias, con la esperanza de que uno de ellos encontrara un indicio esencial, pero la suerte no sonreía al cretense. Sólo le había tocado una apacible campiña, que vivía al compás de las estaciones; no sería él quien cobrara la prima prometida por el gigante sardo, pero, sin embargo, llevaba a cabo minuciosamente su tarea, encantado de pasar numerosas horas en los calurosos albergues. Dos o tres días más de investigación y regresaría a Pi-Ramsés, con las manos vacías pero encantado de su estancia.

Instalado ante una buena mesa, el cretense observó a la muchacha que servía cerveza. Risueña y despierta, le gustaba provocar a los clientes. El ex pirata decidió probar suerte: La asió por la manga de su túnica.

—Me gustas, pequeña.

—¿Quién eres tú?

—Un hombre.

Ella soltó una carcajada.

—¡Todos tan vanidosos!

—Yo puedo probarlo.

—Ah, sí... ¿Y cómo?

—A mi modo.

—Todos decís lo mismo.

—Yo actúo.

La sirvienta pasó un dedo por sus labios.

—Desconfía, no me gustan los fanfarrones y soy golosa...

—Eso está muy bien: es mi principal defecto.

—Casi me haces soñar, hombre.

—¿Y si pasáramos a los actos?

—¿Por quién me tomas?

—Por lo que eres: una muchacha hermosa que desea hacer el amor con un hombre emprendedor.

—¿Dónde naciste?

—En la isla de Creta.

—¿Eres honesto?

—En el amor, doy tanto como tomo.

Se encontraron en un granero, en plena noche. Ni a él ni a ella les gustaban los preliminares, por lo que se lanzaron el uno sobre el otro con un ardor que sólo se apaciguó tras varios asaltos. Satisfechos por fin, permanecieron tendidos.

—Tu rostro me recuerda al de alguien a quien me gustaría ver —dijo él.

—¿Quién?

El cretense enseñó a la sirvienta el retrato de la joven rubia.

—La conozco —dijo ella.

—¿Vive por aquí?

—Vivía en una pequeña aldea, junto a la ciudad abandonada, cerca del desierto. La vi en el mercado hace ya muchos meses.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro. No hablé con ella.

—¿Vivía sola?

—No, siempre iba con un tipo viejo, una especie de brujo que aún creía en las mentiras del faraón maldito. Nadie se le acercaba.

Contrariamente a los otros pueblos de la región, aquel no tenía muy buen aspecto. Casas piojosas, fachadas agrietadas, pintura desconchada, huertos abandonados... ¿A quién podía apetecerle vivir allí? El cretense tomó por la calle principal, llena de inmundicias que mordisqueaban unas cabras.

Chasqueó una contraventana.

Una niña corrió con una muñeca de trapo en los brazos. Tropezó y el cretense la ayudó a levantarse.

—¿Dónde vive el brujo?

La niña se debatía.

—Si no respondes, me quedaré con tu juguete.

Ella señaló entonces una casa baja, con las ventanas provistas de barrotes de madera y la puerta cerrada. El cretense soltó a la niña, corrió hacia la pobre morada y derribó la puerta con el hombro.

Entró en una estancia cuadrada, con el suelo de tierra batida, sumida en la penumbra. Un anciano agonizaba en un lecho de palmas.

—Policía —dijo el cretense—; no tenéis nada que temer.

—¿Qué... qué queréis?

—Decidme quien es esta joven.

El hombre de Serramanna enseñó el retrato al anciano.

—Lita... Es mi pequeña Lita... Creía que pertenecía a la familia del hereje... Y él se la llevó.

—¿De quién estáis hablando?

—De un extranjero... De un mago extranjero que robó el alma de Lita.

—¿Cómo se llama?

—Ha vuelto... Se oculta en las tumbas... En las tumbas, estoy seguro.

La cabeza del anciano cayó hacia un lado. Seguía respirando, pero era incapaz de hablar.

El cretense tuvo miedo.

Las oscuras bocas de las tumbas abandonadas parecían las fauces del infierno. ¿No había que tener la naturaleza de los demonios para adoptarlas como refugio? Tal vez el anciano le hubiera mentido, pero debía explorar aquella pista. Con un poco de suerte, echaría mano al asesino de Lita, le arrastraría a Pi-Ramsés y cobraría la prima.

Pese a las agradables perspectivas, el cretense se sentía incómodo. Hubiera preferido combatir al aire libre, enfrentarse con varios piratas en alta mar, distribuir golpes a cielo abierto... Penetrar en aquellas sepulturas le disgustaba, pero no retrocedió.

Tras haber trepado una pendiente ladera, se aventuró por la primera tumba, bastante alta de techo y cuyos muros estaban decorados con personajes que rendían homenaje a Akenatón y Nefertiti. Cautelosamente, el policía avanzó hasta el fondo de la sepultura, pero no descubrió momia ni rastro de presencia humana. Ningún demonio le agredió.

Más tranquilo, el cretense exploró una segunda tumba, tan decepcionante como la primera. La roca, de mala calidad, se deshacía; las escenas esculpidas no atravesarían, sin duda, los siglos. Unos murciélagos se diseminaron inquietos.

Sin duda el anciano que le había informado deliraba. Sin embargo, el enviado de Serramanna decidió visitar dos o tres grandes sepulturas más, antes de marcharse de aquel paraje abandonado.

Todo estaba muerto y bien muerto, aquí.

Tras haber flanqueado el acantilado que dominaba la llanura donde se había edificado la Ciudad del Sol, penetró en la tumba de Meriré, sumo sacerdote de Atón. Los relieves eran cuidados; el cretense admiró la representación de la pareja real iluminada por los rayos del sol. A su espalda oyó un leve ruido de pasos.

Antes de que el policía tuviera tiempo de volverse, el mago Ofir le degolló.

13

Meba había cerrado los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el cadáver del cretense yacía en el suelo.

—No teníais derecho, Ofir, no teníais derecho...

—Dejad de gemir, Meba.

—¡Acabáis de matar a un hombre!

—Y vos habéis sido testigo de un crimen.

La mirada de Ofir era tan amenazadora que el diplomático retrocedió hundiéndose en las profundidades de la tumba. Quería escapar de aquellos ojos de inverosímil crueldad que le perseguían hasta en las tinieblas.

—Conozco a este curioso —dijo Chenar—. Es uno de los mercenarios pagados por Serramanna para proteger a Ramsés.

—Un policía que nos sigue los pasos... El sardo ha debido de interrogarse sobre la identidad de Lita e intenta obtener información. La presencia de este sabueso demuestra que se ha puesto en marcha una gran operación de búsqueda.

—Ya no estamos seguros en esta ciudad maldita —concluyó Chenar.

—No seamos tan pesimistas; este curioso no volverá a hablar.

—De todos modos ha conseguido llegar a nosotros... Serramanna hará lo mismo.

—Sólo un chismoso ha podido revelar nuestro escondrijo: el tutor de Lita, el hombre que los aldeanos consideran un brujo. El viejo imbécil está agonizando, pero aún ha tenido fuerzas para traicionarnos. Esta misma noche me encargaré de él.

Meba se vio obligado a intervenir.

—¡No vais a cometer un nuevo crimen!

—Salid de la penumbra —ordenó Ofir.

Meba vacilaba.

—Apresuraos.

El diplomático avanzó. Un tic le deformaba los labios.

—¡No me toquéis, Ofir!

—Sois nuestro aliado y mi subordinado, no lo olvidéis.

—Es cierto, pero esos crímenes...

—No estamos en los confortables locales de vuestro ministerio. Pertenecéis a una red de espionaje cuya misión es oponerse al poder de Ramsés, destruirlo incluso, y permitir a los hititas que conquisten Egipto. ¿Creéis que bastarán algunos arrumacos diplomáticos? Algún día también os veréis obligado a suprimir a un adversario que amenace vuestra seguridad.

—Soy un alto funcionario y...

—Sois cómplice del asesinato de este policía, Meba, os plazca o no.

La mirada del diplomático se posó de nuevo en el cadáver del cretense.

—No creí que fuera preciso llegar hasta ahí.

—Ahora ya lo sabéis.

—Bien, este entrometido nos había interrumpido, pero ya podemos continuar —recordó Chenar—; ¿lo has logrado, Meba?

—Por esta razón me he arriesgado a volver a esta ciudad maldita. Sí, lo he conseguido.

La voz del mago se volvió suave y hechicera.

—Buen trabajo, amigo, estamos orgullosos de vos.

—Cumplo mis compromisos, no olvidéis los vuestros.

—El futuro poder no os olvidará, Meba. Mostradnos el tesoro que habéis traído.

El diplomático exhibió el pincel de Kha.

—El príncipe lo utilizaba para escribir.

—Excelente —apreció Ofir—, realmente excelente.

—¿Qué pensáis hacer?

—Gracias a este objeto, captaré la energía de Kha y la volveré contra él.

—No tendréis la intención de...

—El hijo mayor de Ramsés es uno de nuestros adversarios directos. Cualquier prueba que debilite a la pareja real es buena para nuestra causa.

—¡Kha es un niño!

—Es el hijo mayor del faraón.

—No, Ofir, un niño no...

—Habéis elegido vuestro bando, Meba. Es demasiado tarde para retroceder.

El mago tendió la mano.

—Dadme ese objeto.

Las vacilaciones del diplomático divirtieron a Chenar. Detestaba tanto a aquel cobarde que estaba dispuesto a estrangularle con sus propias manos.

Meba entregó el pincel a Ofir.

—¿Realmente es necesario meterse con el muchacho?

—Regresad a Pi-Ramsés y no volváis —ordenó el mago.

—¿Permaneceréis mucho tiempo aún en esta tumba?

—El necesario para practicar el hechizo.

—¿Y luego?

—No seáis tan curioso, Meba; yo me pondré en contacto con vos.

—En la capital, mi posición puede hacerse inaguantable.

—Conservad vuestra sangre fría y todo irá bien.

—¿Cómo debo comportarme?

—Haced vuestro trabajo habitual, a su tiempo os llegarán mis instrucciones.

El diplomático hizo ademán de salir de la tumba, luego volvió sobre sus pasos.

—Pensadlo, Ofir. Si se toca a su hijo, Ramsés se pondrá furioso y...

—Marchaos, Meba.

Desde la entrada del sepulcro, Ofir y Chenar vieron como su cómplice bajaba la pendiente y montaba en su caballo, oculto tras una casa en ruinas.

—Este cobarde no es seguro —consideró Chenar—; parece una rata asustada que intenta en vano salir de su prisión. ¿Por qué no le eliminamos enseguida?

—Mientras ocupe un puesto oficial, Meba nos será útil.

—¿Y si se le ocurriera revelar el emplazamiento de nuestro escondrijo?

—¿Pensáis acaso que no me he hecho esta pregunta?

Desde el regreso de Ramsés, Nefertari había pasado muy pocos instantes de intimidad con su esposo. Ameni, el visir, los ministros y los sumos sacerdotes habían asediado el despacho del soberano, y la propia

reina seguía respondiendo a las súplicas de los escribas, los jefes de taller, los recaudadores de impuestos y demás funcionarios pertenecientes a su Casa.

A menudo lamentaba no haberse dedicado a la música en algún templo; de ese modo habría vivido con serenidad, apartada de la agitación de lo cotidiano; pero la reina de Egipto ya no tenía derecho a aquel refugio y debía cumplir su función, sin preocuparse por la fatiga y el fardo de las pruebas.

Gracias a la constante ayuda de Tuya, Nefertari había aprendido el arte de gobernar. Durante siete años de reinado, Ramsés había pasado muchos meses en el extranjero y en los campos de batalla; la joven reina había tenido que encontrar en sí misma insospechados recursos para soportar el peso de la corona y celebrar los ritos que mantenían el indispensable vínculo entre la fraternidad de las divinidades y la comunidad de los humanos.

A Nefertari no le disgustaba no tener tiempo de pensar en sí misma; el día tenía más tareas que horas, y así estaba bien. Ciertamente, Kha y Meritamón estaban a menudo alejados de ella y sabía que se estaba perdiendo unos insustituibles momentos que veían florecer la conciencia de un niño. Aunque Kha y Merenptah fueran hijos de Ramsés e Iset la bella, los amaba como a su propia hija, Meritamón. Ramsés había hecho bien solicitando a Iset que velara por la educación de los tres niños. Entre ambas mujeres no había rivalidad ni enemistad; al no poder ser ya madre, la propia Nefertari había rogado a Ramsés que se uniera con Iset la bella para que ésta le ofreciese descendientes entre los que elegir, tal vez, a su sucesor. Tras el nacimiento de Merenptah, Ramsés había decidido alejarse de Iset y adoptar un número ilimitado de «niños reales» que proclamaran la fecundidad de la pareja real.

El amor que la reina sentía por Ramsés iba mucho más allá de la unión de los cuerpos y de los placeres; no era solo el hombre el que la había seducido sino, sobre todo, su esplendor. Ambos formaban un solo ser y ella tenía la seguridad de que se comunicaban siempre, incluso cuando estaban alejados.

Cansada, la reina se puso en las expertas manos de su manicura y su pedicuro; al finalizar una larga jornada de trabajo, se abandonaba a esta exigencia de belleza que le permitía aparecer serena en cualquier ocasión, fueran cuales fuesen sus preocupaciones.

Llegó el exquisito momento de la ducha: dos siervas vertieron sobre el cuerpo desnudo de la reina agua caliente y perfumada. Luego se tendió en las tibias losas; comenzó entonces un largo masaje con una pomada a base de incienso, terebinto, aceite y limón, que haría desaparecer tensiones y contracturas antes del sueño.

Nefertari pensó en las imperfecciones de que era responsable, en los errores que había cometido, en sus inútiles enojos; el justo camino consistía en actuar para quien actuaba, pues el acto justo enriquecía la regla de Maat y salvaguardaba el país del caos.

De pronto, la mano que masajeaba a la reina cambió de ritmo y se hizo más acariciadora.

—Ramsés...

—¿Me autorizas a sustituir a tu sierva?

—Debo pensarlo.

Se dio la vuelta, muy lentamente, y descubrió su amorosa mirada.

—¿No tenías una interminable reunión con Ameni y los administradores de los graneros?

—La velada y la noche nos pertenecen.
Ella desanudó el paño de Ramsés.
—¿Cuál es tu secreto, Nefertari? A veces pienso que tu belleza no es de este mundo.
—¿Lo es nuestro amor?
Se abrazaron en las tibias losas, sus perfumes se mezclaron, sus labios se unieron; luego el deseo los arrastró con sus oleadas.

Ramsés envolvió a Nefertari en un gran chal; abierto, representaba las alas de la diosa Isis, que se movían sin cesar para producir el aliento de vida.
—¡Qué esplendor!
—Una nueva obra maestra de las tejedoras de Sais, para que nunca más tengas frío.
Ella se acurrucó contra el rey.
—Quieran los dioses que no nos separemos.

14

Iluminado por tres grandes ventanas caladas, el despacho de Ramsés estaba tan desnudo como lo había estado el de su padre, Seti: paredes blancas sin decoración, una gran mesa, un sillón de respaldo recto para el monarca, sillas de paja para sus visitantes, un armario para papiros con escritos mágicos destinados a proteger la persona real, un mapa del Próximo Oriente y una estatua del faraón difunto, cuya mirada de eternidad velaba por el trabajo de su hijo.

Junto al material de escritura del rey había dos ramas de acacia unidas, en su extremo, por un prieto hilo de lino: la varita de zahorí de Seti, que Ramsés ya había utilizado.

—¿Cuándo se celebrará el proceso? —preguntó el monarca a Ameni.

—Dentro de quince días.

El escriba de la tez pálida iba, como de costumbre, cargado con una gran cantidad de papiros y tablillas inscritas. Pese a la debilidad de su espalda, quería llevar personalmente los documentos confidenciales.

—¿Has avisado a Moisés?

—Claro.

—¿Y cuál ha sido su reacción?

—Parece sereno.

—¿Le has dicho que teníamos la prueba de su inocencia?

—Le he hecho comprender que su caso no era desesperado.

—¿Por qué tantas precauciones?

—Porque ni tú ni yo sabemos como finalizará el juicio.

—¡La legítima defensa no es condenable!

—Moisés ha matado a un hombre y, más aún, al marido de tu hermana Dolente.

—Intervendré para decir lo que pienso de ese miserable.

—No, majestad, no puedes intervenir en modo alguno. Al asegurar la presencia de Maat en la tierra y la serenidad de la justicia, el faraón no debe inmiscuirse en un procedimiento judicial.

—¿Crees que lo ignoro?

—¿Sería tu amigo si no te ayudara a luchar contra ti mismo?

—¡Dura tarea, Ameni!

—Soy tozudo y obstinado.

—¿No volvió Moisés a Egipto por su propia voluntad?

—Eso no borra su falta ni su gesto.

—¿Acaso estás contra él?

—Moisés también es mi amigo; yo presentaré la prueba de descargo. ¿Pero convencerá al visir y los jueces?

—Moisés era muy apreciado en la corte; todos comprenderán el encadenamiento de circunstancias que le llevó a matar a Sary.

—Esperemos que así sea, majestad.

Pese a una noche agradable en compañía de dos sirias muy cooperadoras, Serramanna estaba de mal humor. De modo que, antes del

desayuno que los egipcios denominaban «el lavado de la boca», despidió a las dos doncellas.

A pesar de sus esfuerzos, la joven rubia asesinada no había sido identificada aún.

El sardo había creído que, gracias al retrato de la víctima, sus investigadores hallarían rápidamente la pista. Pero ni en Pi-Ramsés, ni en Menfis, ni en Tebas conocían a la rubia. Solo podía llegar a una conclusión posible: había sido secuestrada con el mayor rigor.

Un testigo debía de saber mucho: Dolente, la hermana de Ramsés. Lamentablemente, Serramanna no podía interrogarla como hubiera deseado. Reconociendo sus faltas y jurando fidelidad a la pareja real, la hipócrita Dolente había recuperado, en parte al menos, su confianza.

Exasperado, el sardo consultó los informes que sus emisarios habían redactado al regresar de provincias. Elefantina, El-Kab, Edfu, las ciudades del Delta... Nada. Un detalle le sorprendió al comprobar la lista de sus enviados: un cretense no había presentado el informe de sus investigaciones. Y, sin embargo, aquel antiguo pirata estaba ávido de ganancias y conocía la pena infligida en caso de indisciplina.

Serramanna se olvidó de afeitarse, se vistió apresuradamente y fue a casa de Ameni. Los veinte funcionarios de élite que componían su equipo administrativo no estaban todavía en su puesto, pero el secretario particular y portasandalias de Ramsés clasificaba ya papiros tras haber probado un puré de cebada, higos y pescado seco. Pese a la cantidad de alimento que devoraba, Ameni no se engordaba.

—¿Algún problema, Serramanna?

—Falta un informe.

—¿Tan inquietante es?

—Por parte del cretense, sí. Es un maníaco de la exactitud.

—¿Adónde le habías enviado?

—Al Medio Egipto, a la provincia de el-Bersheh. Más concretamente, no lejos de la ciudad abandonada de Akenatón.

—Un rincón perdido.

—Viéndote, me he vuelto concienzudo.

Ameni sonrió. Los dos hombres no habían sido siempre amigos pero, desde su reconciliación, sentían una verdadera estima el uno por el otro.

—Tal vez se trate de un simple retraso.

—El cretense debería haber regresado hace más de una semana.

—Francamente, me parece un incidente menor.

—Mi instinto, por el contrario, me asegura que es grave.

—¿Por qué me hablas de ello? Dispones de los poderes necesarios para resolver el misterio.

—Porque nada funciona, Ameni, nada en absoluto.

—Explícate.

—El mago que ha desaparecido, el cadáver de Chenar que no se encuentra, esa muchacha rubia que no conseguimos identificar... Estoy preocupado.

—Ramsés reina y controla la situación.

—Que yo sepa, no estamos en paz y los hititas no han renunciado a destruir Egipto.

—Así pues, piensas que la red de espionaje hitita no ha sido desmantelada por completo.

—La calma antes de la tempestad... eso es lo que siento. Y mi instinto raras veces me ha engañado.

—¿Qué propones ?

—Me marcho a esa ciudad perdida, quiero saber que ha sido del cretense. Hasta mi regreso, vela por el faraón.

Dolente, la hermana mayor de Ramsés, era presa de las dudas. La mujer alta y morena había reanudado su existencia de aristócrata ociosa y acomodada, yendo de banquete en banquete, de recepción en recepción, de fiesta en fiesta. Intercambiaba frases triviales con elegantes sin seso, mientras insoportables viejos verdes y jóvenes seductores, de discurso tan vacío como sus pensamientos, la cortejaban.

Desde su adhesión al culto de Atón, el dios único, Dolente tenía una obsesión: favorecer el florecimiento de la verdad, hacer que brillara por fin en la tierra de Egipto, expulsando a los falsos dioses y a quienes les rendían culto.

Pero Dolente solo encontraba a seres ciegos y felices de su condición.

Privada de la presencia y los consejos de Ofir, se parecía a un náufrago en la tempestad. Semana tras semana, su valor disminuía. ¿Cómo preservar una creencia que nada ni nadie alimentaba? Dolente desesperaba de un porvenir que le parecía vacío.

Su camarera, una morenita de ojos agudos, cambió las sábanas de la cama y barrió la estancia.

—¿Os sentís mal, princesa?

—¿Quién puede envidiar mi suerte?

—Hermosos vestidos, paseos por jardines de ensueño, encuentros con hombres maravillosos... Yo os envidio un poco.

—¿Eres desgraciada?

—¡Oh, no! Tengo un marido amable, dos hijos con buena salud y nos ganamos bien la vida. Mi marido pronto terminará de construir nuestra nueva casa.

Dolente se aventuró a hacer la pregunta que la obsesionaba.

—¿Y Dios... Piensas en él a veces?

—Dios está en todas partes, princesa: basta con venerar a los dioses y contemplar la naturaleza.

Dolente no insistió. Ofir tenía razón: era preciso imponer por la fuerza la verdadera religión y no esperar la conversión del pueblo. Sometido al dogma, renegaría de sus pasados errores.

—Princesa... ¿Sabéis lo que se dice?

Los agudos ojos de la camarera estaban llenos del imperioso deseo de charlar. Tal vez Dolente obtuviera alguna información interesante.

—Se murmura que tenéis la intención de volver a casaros y que numerosos pretendientes se disputan este honor.

—Se dicen muchas tonterías.

—Lástima... Ya habéis llevado luto bastante tiempo. A mi entender, no es bueno que una mujer de vuestra calidad sufra así la soledad.

—Esta existencia me gusta.

—Parecéis tan triste, a veces... Es normal, claro. Debéis de pensar en vuestro marido. El infeliz, ¡morir asesinado! ¿Cómo habrán juzgado su alma Osiris y su tribunal? Con todos los respetos, princesa, se murmura que vuestro esposo no siempre se comportó honestamente.

—Es la triste verdad.

—¿Por qué encerraros, entonces, en los malos recuerdos?

—Un nuevo matrimonio no me tienta.

—¡Volverá la felicidad, princesa! Sobre todo si el asesino de vuestro marido es condenado.

—¿Qué sabes tú?

—Moisés será juzgado.

—Moisés... ¡Pero si huyó!

—Todavía es un secreto, pero mi marido es amigo del jefe de la guardia de la gran prisión, y le ha dicho que el hebreo ha sido encerrado allí. Sin duda será condenado a muerte.

—¿Se le puede ver?

—No, está aislado por la gravedad de las acusaciones que se hacen contra él. Sin duda os citarán en el proceso y tendréis ocasión de vengaros.

¡Moisés había regresado! ¡Y Moisés creía en el dios único! ¿No se trataría de una señal enviada a Dolente?

15

El proceso de Moisés se celebró en la gran sala de justicia, bajo la presidencia del visir, servidor de Maat. Vestido con una pesada y rígida toga, llevaba como única joya un corazón, símbolo de la conciencia del ser humano que, durante la prueba de la muerte, sería juzgado en la balanza del más allá.

Antes de iniciar la audiencia, el visir había hablado con Ramsés en el templo de Ptah para renovar el juramento prestado en su investidura: respetaría a la diosa de la justicia y no concedería favores a nadie. Guardándose de darle consejo alguno, el rey se había limitado a levantar acta de su compromiso.

La gran sala estaba llena.

Ni un solo miembro de la corte quería perderse el acontecimiento.

Se advertía la presencia de algunos jefes de tribu hebreos. Las opiniones eran contrapuestas: unos seguían convencidos de la culpabilidad de Moisés, otros aguardaban revelaciones que justificarían el regreso del criminal. Todos conocían la fuerte personalidad de Moisés y nadie imaginaba que la causa de su comportamiento fuese la ingenuidad.

El visir abrió la audiencia celebrando a Maat, la Regla que sobreviviría a la especie humana. Hizo depositar en las losas cuarenta y dos tiras de cuero que recordaran que la sentencia sería aplicable en las cuarenta y dos provincias de Egipto.

Dos soldados condujeron a Moisés. Todas las miradas se dirigieron hacia el hebreo. Con el rostro marcado, barbudo, de impresionante estatura, el ex dignatario de Ramsés mostraba una sorprendente calma. Los soldados le señalaron su lugar frente al visir.

A ambos lados del ministro de Justicia, el jurado de catorce miembros estaba compuesto por un agrimensor, una sacerdotisa de la diosa Sekhmet, un médico, un carpintero, una madre de familia, un campesino, un escriba del tesoro, una dama de la corte, un maestro de obras, una tejedora, el general del ejército de Ra, un cantero, un escriba de los graneros y un marino.

—¿Moisés es vuestro nombre?

—En efecto.

—¿Recusáis a algún miembro del jurado? Miradles y tomaos tiempo para reflexionar.

—Confío en la justicia de este país.

—¿Acaso no es vuestro país?

—Nací en él, pero soy hebreo.

—Sois egipcio y como tal seréis juzgado.

—¿El procedimiento y el veredicto serían distintos si fuera extranjero?

—Claro que no.

—¿Qué importancia tiene, entonces?

—El tribunal lo decidirá. ¿Os avergonzáis de ser egipcio?

—El tribunal lo decidirá, como acabáis de decir.

—Se os acusa de haber matado a un contramaestre llamado Sary, y de haber huido luego. ¿Reconocéis los hechos?

—Los reconozco, pero necesitan explicaciones.

—Es el objeto de este proceso. ¿Consideráis inexactos los términos de la acusación?

—No.

—Comprenderéis entonces que, de acuerdo con la ley, deba yo requerir contra vos la pena de muerte.

Unos murmullos recorrieron la concurrencia; Moisés permanecía impasible, como si esas terribles palabras no le concernieran.

—Dada la gravedad de los hechos —precisó el visir—, no fijo límite de duración alguno para este proceso. El acusado tendrá todo el tiempo necesario para defenderse y explicar las razones de su gesto criminal. Exijo un silencio absoluto e interrumpiré los debates al menor desorden; los transgresores serán castigados con una fuerte multa.

El magistrado se dirigió a Moisés.

—¿Qué posición ocupabais en el momento del drama?

—Dignatario en la corte de Egipto y maestro de obras en Pi-Ramsés. Dirigí, especialmente, los equipos de ladrilleros hebreos.

—Según el expediente, con general satisfacción. Erais amigo del faraón, ¿no es cierto?

—Así es.

—Estudios en la Universidad de Menfis, primer puesto oficial en el harén de Mer-Ur, contramaestre en Karnak, maestro de obras en Pi-Ramsés... Una brillante carrera que no había hecho más que comenzar. La víctima, Sary, siguió el camino inverso. Había sido el ayo de Ramsés y esperaba convertirse en director de la Universidad de Menfis, pero fue destinado a una ocupación subalterna. ¿Conocíais vos las razones de esta degradación?

—Tenía mi opinión.

—¿Podemos conocerla?

—Sary era un ser innoble, ambicioso y ávido. El destino le hirió por mi mano.

Ameni pidió la palabra al visir.

—Puedo aportar ciertas precisiones: Sary conspiró contra Moisés. Siendo el marido de su hermana Dolente, el rey se mostró clemente.

Numerosos cortesanos parecieron sorprendidos.

—Que la princesa Dolente comparezca ante este tribunal —ordenó el visir.

La mujer morena avanzó titubeante.

—¿Aprobáis las palabras de Moisés y de Ameni?

Dolente agachó la cabeza.

—Son mesuradas, en exceso mesuradas... Mi marido se había convertido en un monstruo. Cuando comprendió que su carrera estaba definitivamente rota, alimentó un odio cada vez más fuerte contra sus subordinados, hasta el punto de mostrar con ellos una intolerable crueldad. Durante los últimos meses de su existencia, perseguía al equipo de ladrilleros hebreo, del que él era responsable. Si Moisés no le hubiera matado, alguien lo habría hecho.

El visir pareció intrigado.

—¿No son excesivas vuestras palabras?

—Os juro que no. Por culpa de mi marido, mi existencia era un suplicio.

—¿Os alegró su desaparición?

Dolente agachó más aún la cabeza.

—Me... me sentí aliviada y avergonzada de mí misma... ¿Pero cómo añorar a semejante tirano?

—¿Podéis aportar otras precisiones, princesa?

—No... Realmente, no.

Dolente volvió a sentarse entre los cortesanos.

—¿Alguien desea defender la memoria de Sary y contradecir la versión de su esposa?

Ninguna voz se levantó. El escriba encargado de transcribir las declaraciones lo hacía con escritura rápida y fina.

—¿Cuál es vuestra versión del drama? —preguntó el visir a Moisés.

—Fue una especie de accidente. Aunque mis relaciones con Sary fueran muy tensas, no tenía intención de matarle.

—¿Por qué esa animosidad?

—Porque había descubierto que Sary extorsionaba y perseguía a los ladrilleros hebreos. Intentando defender a uno de ellos maté a Sary, sin quererlo, para salvar mi propia existencia.

—¿Afirmáis pues haber actuado en legítima defensa?

—Esa es la verdad.

—¿Por qué huisteis?

—Me dominó el pánico.

—Es extraño en un inocente.

—Matar a un hombre provoca una profunda impresión. De momento se pierde la cabeza y se actúa como si se estuviera ebrio. Luego, cuando uno es consciente de que ha cometido un acto horrible, solo siente un deseo: huir de uno mismo, desaparecer, olvidar y ser olvidado. Por eso me oculté en el desierto.

—Pasada la emoción, deberíais haber regresado a Egipto y haberos presentado ante un tribunal.

—Tomé mujer y tuvimos un hijo. Egipto me parecía lejano, muy lejano.

—¿Por qué habéis regresado?

—Tengo una misión que cumplir.

—¿Cuál?

—Hoy es todavía un secreto, sin relación con este proceso; mañana todos lo sabrán.

Las respuestas de Moisés irritaron al visir.

—Vuestra versión de los hechos no es muy convincente, vuestro comportamiento no habla en favor vuestro y vuestras explicaciones son bastante embrolladas. Creo que asesinasteis a Sary con premeditación, porque se comportaba de un modo inicuo con los hebreos. Vuestros motivos son comprensibles, pero se trata efectivamente de un crimen. ¡Al regresar a Pi-Ramsés, habéis seguido ocultándoos! ¿No es eso una prueba de vuestra culpabilidad? Un hombre que tiene la conciencia tranquila no actúa de ese modo.

Ameni consideró que había llegado el momento de dar el golpe decisivo.

—Tengo la prueba de la inocencia de Moisés.

El tono del magistrado se hizo severo.

—Si no aportáis elementos serios, os acusaré de ultraje a la justicia.

—El ladrillero hebreo a quien Moisés defendió se llamaba Abner; Sary le extorsionaba. Abner se quejó a Moisés, Sary quiso vengarse de Abner molestándole, Moisés llegó a tiempo e impidió que Sary maltratara a su víctima. Pero la riña acabó mal y Moisés mató a Sary sin premeditación alguna y en legítima defensa. Abner fue testigo de los hechos y su testimonio fue recogido según las reglas. Está a vuestra disposición.

Ameni entregó el documento al visir.

Éste se aseguró de que el papiro tuviera el sello de un juez. Lo rompió, miró la fecha y leyó el texto. Moisés no se atrevió a manifestar su alegría, pero lanzó una mirada de complicidad a Ameni.

—El documento es auténtico y pertinente —concluyó el visir.

El proceso había terminado, Moisés quedaba absuelto de la acusación. El jurado pronunciaría una absolución.

—Sin embargo —dijo el alto magistrado—, antes de deliberar me gustaría proceder a una última comprobación.

Ameni frunció el entrecejo.

—Que el tal Abner comparezca ante nosotros y confirme oralmente su declaración —exigió el visir.

16

Ameni sufrió la cólera de Ramsés.

—¡Una prueba indudable, un documento auténtico y Moisés sigue en la cárcel!

—El visir es minucioso —dijo con prudencia el secretario particular del monarca.

—¿Pero qué más necesita?

—Te lo repito, ver al tal Abner.

Ramsés se rindió a la evidencia: las exigencias del alto magistrado debían ser satisfechas.

—¿Ha sido convocado?

—Sí, y ahí empiezan los problemas.

—¿Por qué?

—No es posible encontrar a Abner. Los jefes de tribu afirman que desapareció hace varios meses. Nadie sabe que ha sido de él.

—¡Mentira! Quieren perjudicar a Moisés.

—Es posible, ¿pero qué podemos hacer?

—Que Serramanna se encargue personalmente de la investigación.

—Habrá que esperar un poco... Serramanna está siguiendo una pista en el Medio Egipto, cerca de la ciudad abandonada del hereje. Quiere identificar a toda costa a la rubia asesinada. Y, para serte franco, está convencido de que la red de espionaje egipcio no ha sido desmantelada.

El enfado del monarca se disipó.

—¿Qué piensas tú, Ameni?

—Chenar ha muerto, sus cómplices han huido o ya no pueden hacer daño. Pero Serramanna confía en su instinto.

—Tal vez no se equivoque, Ameni. El instinto es una inteligencia directa, más allá del razonamiento que nos extravía o nos tranquiliza. Mi padre transformó el instinto en intuición, y lo utilizó con ingenio.

—¡Seti no era un pirata!

—Serramanna procede de las tinieblas, y conoce bien sus añagazas. No escucharle sería un error. Encuéntralo enseguida y ordénale que regrese a Pi-Ramsés.

—Enviaré mensajeros.

—Y transmite al visir mi petición: deseo ver a Moisés.

—Pero... ¡Está en la cárcel!

—El proceso se ha celebrado, se conocen los hechos: la entrevista no puede influir en el curso de la justicia.

Un viento violento barría la llanura donde había sido construida apresuradamente la Ciudad del Sol, cuyas ruinas herían la mirada. Mientras Serramanna pasaba por una calle, todo un lienzo de pared se derrumbó. Aunque se había enfrentado a menudo con el miedo, el sardo se sentía incómodo. Peligrosas sombras merodeaban por aquellos palacios y casas abandonadas. Antes de interrogar a los aldeanos, quería percibir la verdad

de aquel lugar, cruzarse con sus fantasmas, ser consciente al drama que se había desarrollado bajo el sol de Atón.

Al caer la noche, Serramanna se dirigió a la aldea vecina para descansar y dormir unas horas antes de proseguir con sus investigaciones. El pueblo parecía desierto: ni un asno, ni una oca, ni un perro. Las puertas y ventanas de las casas estaban abiertas. Sin embargo, el sardo desenvainó la corta espada. La prudencia le habrían aconsejado no aventurarse por un lugar donde merodeaba el peligro, pero confiaba en su fuerza y su experiencia.

En el suelo de tierra batida de una humilde morada, halló a una mujer sentada, con la cabeza en las rodillas, en la postura del luto.

—Mátame si quieres —dijo con voz quebrada—. Aquí ya no queda nada que puedas robar.

—Tranquilízate, pertenezco a la policía de Ramsés.

—Vete, extranjero; esta aldea está muerta, mi marido está muerto y yo solo pienso en desaparecer.

—¿Quién era tu marido?

—Un buen hombre al que acusaban de ser brujo, aunque pasó toda su vida ayudando a los demás... ¡Y para agradecérselo, el maldito mago le asesinó!

Serramanna se sentó junto a la viuda, con la ropa sucia y los cabellos polvorientos.

—Descríbeme al mago.

—¿Para qué?

—Busco a este malhechor.

La viuda miró al sardo con asombro.

—¿Estás burlándote de mí?

—¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Demasiado tarde, mi marido ha muerto.

—No voy a resucitarle, los dioses se encargarán de él; pero voy a echar mano a ese mago.

—Es un hombre alto, delgado, con un rostro de ave de presa y los ojos fríos.

—¿Cómo se llama?

—Ofir.

—¿Es egipcio?

—No, es libio.

—¿Cómo conoces estos detalles?

—Durante varios meses vino a casa para hablar con nuestra hija adoptiva, Lita. Pobre niña... Tenía visiones y se creía vinculada a la familia del rey hereje. Mi marido y yo intentamos devolverla a la razón, pero prefirió creer al mago. Cierta noche desapareció y no hemos vuelto a verla nunca.

Serramanna mostró a la viuda el retrato de la muchacha asesinada por Ofir.

—¿Es ella?

—Sí, es mi hija, Lita... ¿Está...?

Al sardo no le gustaba disfrazar la verdad; inclinó afirmativamente la cabeza.

—¿Cuándo viste a Ofir por última vez?

—Hace unos días, cuando visitó a mi marido enfermo. Él, el tal Ofir, le hizo tomar una poción mortal.

—¿Se oculta por estos parajes?

—En las tumbas del acantilado, pobladas por los demonios... ¡Córtale el gaznate, policía, pisotea su cadáver y quémalo!

—Deberías abandonar este lugar, viuda; nadie debe vivir con fantasmas.

Serramanna salió de la casa y saltó a lomos de su caballo, lanzándose a todo galope hacia las sepulturas. La noche comenzaba a caer.

El sardo abandonó su montura y trepó por la pendiente corriendo, con la espada en la mano; no se beneficiaría del efecto de la sorpresa, pero prefería ir directo al grano. El jefe de la guardia de Ramsés eligió las tumbas cuya entrada era mayor y se lanzó al interior.

El vacío por todas partes. Los únicos habitantes de aquellos sepulcros abandonados eran los personajes grabados en las paredes, últimos supervivientes de una época ya pasada.

Meritamón, la hija de Ramsés y Nefertari, tocaba el arpa para la pareja real, con una destreza que asombró al monarca. Sentados en sillas plegables, junto a un estanque donde crecían lotos azules, el faraón y la gran esposa real, cogidos de la mano, disfrutaban unos momentos de felicidad. La niña, de tan solo ocho años, ya era una virtuosa y, además, daba pruebas de sorprendente sensibilidad. *Matador*, el enorme león, y *Vigilante*, el perro dorado, tendido entre las patas delanteras de la fiera, parecían encantados por la melodía que Meritamón tocaba.

Se extinguieron suavemente las últimas notas, dejando tras ellas una tierna estela.

El rey besó a su hija.

—¿Estás contento?

—Estás muy bien dotada para la música, pero tendrás que estudiar mucho.

—Madre me prometió que seré admitida en el templo de Hator y que me enseñarán maravillas.

—Si ese es tu deseo, será satisfecho.

La belleza de la niña era tan deslumbradora como la de Nefertari; en su mirada había la misma luz.

—Si me convierto en músico del templo, ¿vendrás a verme?

—¿Crees que podría prescindir de tus melodías?

Kha se aproximó malhumorado.

—Pareces contrariado —dijo la reina.

—Me han robado una cosa.

—¿Estás seguro?

—Todas las noches guardo mis cosas. Me han robado uno de mis viejos pinceles, con el que más me gustaba escribir.

—¿No lo habrás perdido?

—No, he buscado por todas partes.

Ramsés le puso las manos en los hombros.

—Haces una grave acusación.

—Sé que no debo hablar a la ligera; lo he pensado mucho antes de quejarme.

—¿De quién sospechas?

—De nadie, por el momento; pero buscaré. El pincel me gustaba mucho.

—Tienes otros.

—Es cierto, pero ese era especial.

El león levantó la cabeza, las orejas del perro se enderezaron. Alguien se acercaba.

Apareció Dolente, descuidada. Llevaba una gran peluca de largas trenzas y un vestido verde que se adaptaba a su tez mate.

—¿Vuestra majestad deseaba verme?

—Durante el proceso de Moisés —declaró Ramsés—, tu comportamiento fue notable.

—Solo dije la verdad.

—Describir a tu marido con tanta lucidez exigía valor.

—Ante Maat y el visir, no se miente.

—Tus declaraciones ayudaron mucho a Moisés.

—Solo cumplí con mi deber.

El copero de palacio sirvió vino nuevo y la conversación versó sobre el trabajo que los dos niños tendrían que efectuar para alcanzar la sabiduría.

Cuando abandonó el jardín, Dolente estaba convencida de haber recuperado la confianza del rey. A una fachada de amabilidad, en la que se advertía la suspicacia, sucedía la simpatía.

Dolente despidió su silla de manos; prefería pasear y regresar a pie.

¿Quién hubiera reconocido a Chenar, delgado, con bigote y barba, bajo las modestas ropas del aguador que se le acercó?

—¿Satisfecha, querida hermana?

—Tu estrategia era excelente.

—La amistad ciega a mi hermano; socorriendo a Moisés, te has convertido en aliada de Ramsés.

—Al creerme sincera, Ramsés se hace vulnerable. ¿Qué debo hacer ahora?

—Abre tus oídos; la menor información puede ser muy valiosa. Me pondré en contacto contigo del mismo modo.

17

Ramsés y Ameni habían escuchado con atención el largo relato de Serramanna. Contrastando con la tensión que reinaba en la estancia, una suave luz iluminaba el despacho de Ramsés. Al finalizar el periodo cálido, Egipto se adornaba con colores dorados y apaciguadores.

—Ofir, un mago libio —repitió Ameni—, y Lita, una pobre loca a la que manipuló... ¿Realmente debemos preocuparnos? El siniestro personaje ha huido, no dispone de apoyo alguno en el país y, sin duda, ya habrá cruzado la frontera.

—Minimizas la gravedad de la situación —estimó Ramsés—; ¿olvidas el lugar donde se ocultaba: la Ciudad del Sol, la capital de Akenatón?

—Está abandonada desde hace mucho tiempo...

—Pero las perniciosas ideas de su fundador siguen turbando algunos espíritus. El tal Ofir pensó en utilizarlos para constituir una red de simpatizantes.

—Una red... ¿sería el tal Ofir un espía hitita?

—Estoy convencido de ello.

—Pero a los hititas les importan un pimiento Atón y el dios único.

—A los hebreos no —intervino Serramanna.

Ameni temía oír esta precisión. Pero el sardo no había hecho progreso alguno en el campo de la diplomacia y seguía expresando sus opiniones de un modo abrupto.

—Sabemos que Moisés fue abordado por un falso arquitecto —recordó el jefe de la guardia de Ramsés—, y la descripción del impostor corresponde, precisamente, a la del mago. ¿No es un argumento decisivo?

—Cálmate —recomendó Ameni.

—Continúa —ordenó Ramsés.

—No entiendo nada en materia de religión —prosiguió el sardo—, pero sé que los hebreos hablan del dios único. ¿Debo recordaros, majestad, que sospeché que Moisés os traicionaba?

—¡Moisés es nuestro amigo! —protestó Ameni—. Aunque hubiera hablado con Ofir, ¿por qué iba a conspirar contra Ramsés? El mago debió de ponerse en contacto con muchos notables.

—¿Por qué cerrar los ojos? —interrogó el sardo.

El faraón se levantó y miró a la lejanía por la ventana central de su despacho. Los verdes paisajes del Delta eran la expresión misma del placer de vivir.

—Serramanna tiene razón —decidió Ramsés—. Los hititas han lanzado una doble ofensiva, atacándonos al mismo tiempo desde el interior y desde el exterior. Vencimos en la batalla de Kadesh, rechazamos sus tropas más allá de nuestros protectorados y desmantelamos una red de espionaje. ¿Pero no son irrisorias estas victorias? El ejército hitita no ha sido destruido y el tal Ofir sigue vivo. Un hombre como este, que no retrocede ante el crimen, no renunciará a hacernos daño. Pero Moisés no puede ser cómplice... Es un ser leal, incapaz de actuar en la sombra. En lo que a él concierne, te equivocas, Serramanna.

—Realmente lo deseo, majestad.

—Tengo una nueva misión que confiarte, Serramanna.
—Detendré a Ofir.
—Antes, encuentra al ladrillero hebreo que se llama Abner.

Nefertari había deseado celebrar su aniversario en un gran dominio del Delta, próximo a la capital, cuya gestión había sido confiada al ministro de Agricultura, Nedjem. De carácter agradable, disfrutando siempre del espectáculo de la naturaleza, presentó a la pareja real un nuevo modelo de arado, más apto para los suelos ricos y crasos del Delta. Entusiasta, manejó personalmente la herramienta que excavaba la tierra, sin herirla, a la profundidad adecuada.

Los empleados del dominio no disimulaban su júbilo; ver tan de cerca al rey y la reina era un verdadero regalo del cielo, que colmaría el próximo año con mil y una felicidades. La cosecha sería abundante, espléndidos frutos crecerían en los vergeles, los rebaños conocerían numerosos nacimientos.

Nefertari advirtió que Ramsés permanecía ajeno a las diversiones de aquella hermosa jornada. Al final de una copiosa comida, aprovechó un momento de respiro.

—La ansiedad te oprime el corazón... ¿Es Moisés responsable de ello?
—Su suerte me preocupa, es cierto.
—¿Ha sido hallado Abner?
—Todavía no. Si no se presenta ante el tribunal, el visir no pronunciará la absolución.
—Serramanna no te decepcionará. Siento que otro tormento te atenaza.
—La regla de los faraones me impone proteger a Egipto de los enemigos del interior y de los del exterior, y temo haber fallado.
—Puesto que los hititas se mantienen a distancia, el adversario que temes está en nuestro suelo.
—Tendremos que librar una batalla contra los hijos de las tinieblas que avanzan enmascarados, en una falsa luz.
—Extrañas palabras que, sin embargo, no me sorprenden. Ayer, durante la celebración de los ritos vespertinos en el templo de Sekhmet, los ojos de la estatua de granito brillaron con inquietante fulgor. Conocemos bien esa mirada: anuncia desgracia. Pronuncié enseguida las fórmulas del conjuro, ¿pero se extenderá la paz recuperada por el santuario al mundo exterior?
—Los fantasmas de Amarna vuelven a poblar las conciencias, Nefertari.
—¿No fijó el propio Akenatón los límites de su experiencia en el espacio y en el tiempo?
—Es cierto, pero desencadenó fuerzas que ya no dominaba. Y Ofir, un mago libio al servicio de los hititas, ha despertado a los demonios que dormitaban en la ciudad abandonada.

Nefertari permaneció largo rato silenciosa, con los ojos cerrados. Liberándose de sus vínculos con lo efímero, su pensamiento se lanzó hacia lo invisible, en busca de una verdad oculta en los meandros del porvenir. La práctica de los ritos había desarrollado en la reina una capacidad de videncia, un contacto directo con los poderes que, a cada instante, creaban la vida. A veces, la intuición conseguía levantar el velo.

Ramsés aguardó impaciente el veredicto de la gran esposa real.

—El enfrentamiento será terrible —dijo abriendo los ojos—. Los ejércitos que Ofir ha preparado no serán menos violentos que los hititas.

—Puesto que confirmas mis temores, debemos actuar enseguida. Despleguemos la energía de los principales templos del reino, cubrámoslo con una red protectora cuyas mallas hayan sido tejidas por los dioses y las diosas. Tu ayuda me será indispensable.

Nefertari abrazó a Ramsés, en un gesto de infinita ternura.

—¿Es necesario que me la pidas?

—Vamos a emprender un largo viaje y nos enfrentaremos a numerosos peligros.

—¿Nuestro amor tendría sentido si no lo ofreciéramos a Egipto? Él nos da la vida, démosle la nuestra.

Las jóvenes campesinas de desnudos pechos, con la cabeza adornada por un tocado de cañas y el talle ceñido por un paño vegetal, bailaron en honor de la fecundidad de la tierra y se lanzaron pequeñas bolas de tejido para conjurar el mal de ojo. Gracias a su habilidad, los genios malos, pesados, torpes y deformes, no podrían penetrar en los cultivos.

—Si pudiéramos tener su habilidad —deseó Nefertari.

—En ti también habita un tormento oculto.

—Me preocupa Kha.

—¿Ha cometido una falta grave?

—No, es por el pincel que le han robado. ¿Recuerdas la desaparición de mi chal preferido? Sin duda ese mago, Ofir, lo utilizó para practicar un hechizo, arruinar mi salud y debilitar nuestra pareja. Gracias a la intervención de Setaú, pude dar a luz a Meritamón y escapar de la muerte, pero temo un nuevo ataque y, esta vez, contra un niño, contra tu hijo mayor.

—¿Se encuentra mal?

—El doctor Pariamakhú acaba de examinarle y no ha visto nada anormal.

—Su diagnóstico no me basta; recurre a Setaú y pídele que disponga una muralla mágica en torno a Kha. A partir de hoy, que nos avise del menor incidente. ¿Has avisado a Iset?

—Naturalmente.

—Debemos encontrar al ladrón o la ladrona y saber si nos están traicionando desde dentro de palacio. Serramanna interrogará al personal.

—Tengo miedo, Ramsés, tengo miedo por Kha.

—Dominemos este miedo, podría perjudicarle. El manipulador de las tinieblas utilizará la menor rendija.

Provisto de una paleta de escriba y de unos pinceles, Kha entró en el laboratorio de Setaú y de Loto. La hermosa nubia hacía que una cobra escupiera su veneno mientras su marido preparaba una poción destinada a curar los trastornos digestivos.

—¿Tú eres mi profesor de magia?

—Tu único profesor será la propia magia. ¿Todavía te dan miedo las serpientes?

—¡Oh, sí!

—Solo los imbéciles no temen a los reptiles. Nacieron antes que nosotros y conocen los secretos que necesitamos. ¿Te has fijado que se deslizan a través de los mundos?

—Desde que mi padre hizo que me enfrentara a la gran cobra, sé que evitaré la mala suerte.

—De todos modos, parece que es preciso protegerte.

—Me robaron un pincel y un mago quiere utilizarlo contra mí; la reina me ha dicho la verdad.

La seriedad y la madurez del muchacho dejaron pasmado a Setaú.

—Como las serpientes nos hechizan —explicó—, nos enseñan el modo de luchar contra el hechizo. Por ello te haré tomar cada día una mixtura a base de cebolla picada, sangre de serpiente y plantas urticáceas: dentro de quince días, añadiré limaduras de cobre, ocre rojo, alumbre y óxido de plomo; y luego Loto te ofrecerá un remedio que ha inventado.

Kha hizo una mueca.

—No debe de ser muy bueno.

—Un poco de vino hace desaparecer el mal sabor.

—Nunca lo he bebido.

—Colmaremos esta laguna.

—El vino turba el espíritu de los escribas y les impide tener el pulso seguro.

—Un exceso de agua impide que el corazón se dilate; no cedas a este inconveniente. Para distinguir bien los grandes caldos hay que comenzar a probarlos pronto.

—¿Me protegerán de la magia maligna?

Setaú manipuló un bote de ungüento verdoso.

—Un sujeto pasivo no tiene posibilidad alguna de resistirla; solo un trabajo intensivo te permitirá evitar los asaltos de lo invisible.

—Estoy dispuesto —afirmó Kha.

18

Hacía ya diez días que llovía sobre Hattusa[1], la capital del Imperio hitita, construida sobre la meseta de Anatolia central, donde las estepas áridas se alternaban con gargantas y barrancos.

Fatigado, con la espalda encorvada, las piernas cortas, los ojos marrones siempre atentos, el emperador Muwattali estaba sentado cerca de la chimenea, con el gorro de lana y el largo manto rojo y negro todavía puestos, pues era muy friolero.

Pese a la derrota de Kadesh y al fracaso de su contraofensiva, Muwattali se sentía seguro en su ciudad montañesa, compuesta por una ciudad baja y una ciudad alta, dominada por una acrópolis en la que se levantaba el palacio imperial. Gigantescas fortificaciones, adaptadas al relieve, convertían Hattusa en una inconquistable plaza fuerte.

Sin embargo, en la ciudad altiva e invencible se elevaban críticas contra el emperador. Por primera vez, su agudo sentido de la estrategia no había dado la victoria a su ejército.

En los nueve kilómetros de murallas, erizadas de almenas y torreones, los soldados montaban guardia; pero todos se preguntaban si, mañana, Muwattali seguiría presidiendo los destinos del imperio. Hasta entonces, aquel a quien apodaban familiarmente «el gran jefe» había contrarrestado los intentos de toma del poder eliminando a los ambiciosos; pero los recientes acontecimientos habían hecho que su posición fuera frágil.

Dos hombres ambicionaban el trono: su hijo, Uri-Techup, apoyado por la élite del ejército, y Hattusil, el hermano del emperador, astuto diplomático que había puesto en pie una poderosa coalición contra Egipto. Una coalición que Muwattali intentaba mantener ofreciendo costosos regalos a sus aliados.

Muwattali acababa de pasar medio día apaciguador en compañía de una arrobadora joven, divertida y cultivada, que le había hecho olvidar sus preocupaciones. Le hubiera gustado consagrarse, como ella, a la poesía amorosa para olvidar los desfiles militares. Pero era solo un sueño, y un emperador hitita no tenía tiempo ni derecho a soñar.

Muwattali se calentó las manos. Todavía dudaba si tenía que suprimir a su hermano o a su hijo, o a los dos. Unos años antes, se habrían impuesto la intervención brutal; numerosos intrigantes, y soberanos incluso, habían sucumbido al veneno, muy apreciado en la corte hitita. Ahora, la hostilidad entre los dos pretendientes podía serle útil. ¿No se neutralizaban el uno al otro, permitiéndole aparecer como un indispensable mediador?

Y otra realidad, angustiante, le dictaba su conducta: el imperio estaba a punto de dislocarse. Los repetidos fracasos militares, la financiación de la guerra, las dificultades del comercio internacional podían hacer vacilar al gigante.

Muwattali se había recogido en el templo del dios de la tormenta, el más hermoso florón del barrio de los santuarios de la ciudad baja, que no

[1] La actual Bogazkoy, a 150 km al este de Ankara (Turquía).

comprendía menos de veintiún monumentos dedicados a las divinidades. Como cada sacerdote, el emperador había partido tres panes y derramado vino blanco sobre un bloque de piedra, pronunciando la fórmula ritual: «Que dure eternamente». El emperador formulaba aquel voto por su país; se veía, en las pesadillas, vencido por Egipto y traicionado por los aliados. ¿Durante cuánto tiempo seguiría contemplando, desde lo alto de la acrópolis, las terrazas de piedras yuxtapuestas, las hermosas moradas de los notables, las monumentales puertas que daban acceso a su capital?

El chambelán avisó al emperador de que había llegado su visitante. Éste había cruzado numerosos puestos de guardia antes de llegar a la residencia imperial, rodeada de depósitos de agua, establos, una armería y un cuartel.

A Muwattali le gustaba recibir a sus huéspedes en una sala con pilares, fría y austera, decorada con armas que conmemoraban las victorias del ejército hitita.

Los pesados y marciales pasos de Uri-Techup podían reconocerse entre mil. Alto, musculoso, vigoroso, cubierto de vello rojizo, con el pelo largo, se afirmaba como un guerrero temible, dispuesto siempre a volver al combate.

—¿Cómo te encuentras, hijo mío?

—Mal, padre.

—Pues tu salud parece excelente.

—¿Me habéis convocado para burlaros de mí?

—No olvides con quien estás hablando.

Uri-Techup perdió su arrogancia.

—Perdonadme, tengo los nervios de punta.

—¿A qué se debe esta contrariedad?

—Antes era el jefe de un ejército victorioso y ahora me veo reducido al rango de pelele, bajo las ordenes de Hattusil, el vencido de Kadesh. ¿No es eso malgastar una energía que yo podría poner al servicio de mi país?

—Sin Hattusil, la coalición no se habría rehecho.

—¿De qué nos ha servido? Si hubieras confiado en mí, habría vencido a Ramsés.

—Persistes en tu error, hijo mío; ¿de qué sirve evocar continuamente el pasado?

—Despedid a Hattusil y devolvedme un mando real.

—Hattusil es mi hermano, es apreciado por nuestros aliados y escuchado por los mercaderes, sin quienes nuestro esfuerzo guerrero se interrumpiría.

—¿Qué me proponéis, entonces?

—Olvidar nuestras querellas y unir nuestras fuerzas para salvar el Hatti.

—Salvar el Hatti... ¿Pero quién lo amenaza?

—A nuestro alrededor, el mundo evoluciona; no hemos aniquilado Egipto, algunas alianzas podrían modificarse más rápidamente de lo que suponía.

—¡No os comprendo! Nací para combatir, no para organizar intrigas de las que el Hatti no sale beneficiado.

—Conclusiones apresuradas e inexactas, hijo mío. Si queremos establecer nuestra supremacía en todo el Próximo Oriente, debemos comenzar a olvidar nuestras divisiones internas. Existe algo saludable e indispensable, tu reconciliación con Hattusil.

Uri-Techup dio un puñetazo a uno de los pilares de la chimenea.

—¡Nunca! ¡Nunca aceptaré humillarme ante ese mediocre!

—Pongamos fin a nuestras divisiones y seremos más fuertes.

—Encerrad a vuestro hermano y a su mujer en un templo y dadme la orden de atacar a Egipto: eso sí es saludable.

—¿Rechazas pues cualquier forma de conciliación?

—La rechazo.

—¿Es tu última palabra?

—Si apartáis a Hattusil, seré vuestro fiel apoyo. Yo y el ejército.

—¿Regatea un hijo el amor que siente por su padre?

—Vos sois mucho más que un padre, sois el emperador del Hatti. Solo el interés del Hatti debe dictarnos nuestras decisiones. Mi posición es justa, acabaréis reconociéndolo.

El emperador parecía cansado.

—Tal vez estés en lo cierto... Debo reflexionar.

Al salir de la sala de audiencias, Uri-Techup estaba seguro de haber convencido a su padre. Muy pronto, el envejecido emperador no tendría más remedio que concederle plenos poderes, antes de cederle el trono.

Ataviada con un vestido rojo, un collar de oro, brazaletes de plata y sandalias de cuero, Putuhepa, esposa de Hattusil, quemaba incienso en la sala subterránea del templo de Ishtar. A aquellas horas de la noche, la acrópolis estaba silenciosa.

Dos hombres bajaron por la escalera. Bajo, con los cabellos sujetos por una cinta, vestido con una gruesa tela multicolor y con un brazalete en el codo izquierdo, Hattusil precedía al emperador.

—Que frío hace —deploró Muwattali embozándose en su manto de lana.

—La estancia no es muy confortable —reconoció Hattusil—, pero tiene la ventaja de ser muy tranquila.

—¿Deseáis sentaros, majestad? —preguntó Putuhepa.

—Este banco de piedra irá bien. Pese a su largo viaje, mi hermano parece menos fatigado que yo. ¿Te has enterado de algo importante, Hattusil?

—Me preocupa nuestra coalición. Algunos de nuestros aliados parecen a punto de olvidar sus compromisos. Se muestran cada vez más ávidos, pero he conseguido satisfacerlos. Sabed que esta coalición se está haciendo muy onerosa; sin embargo, hay algo más preocupante.

—Habla, te lo ruego.

—Los asirios se están volviendo amenazadores.

—¿Ese pequeño pueblo?

—Nos ha tomado como ejemplo y nos cree en plena decadencia, a causa de nuestras recientes derrotas y de nuestras disensiones.

—Podríamos aplastarlos en unos días.

—No lo creo; ¿y sería prudente dispersar nuestras fuerzas cuando Ramsés se dispone a atacar Kadesh?

—¿Tienes informaciones concretas?

—Según nuestros espías, el ejército de Ramsés está a punto de reanudar la ofensiva. Esta vez, cananeos y beduinos no se opondrán ya al rey de Egipto. Mañana, el camino del Hatti estará libre. Abrir un segundo frente contra los asirios sería una locura.

—¿Qué harías tú, Hattusil?

—Demos primacía a nuestra unidad interna; la querella que me enfrenta con vuestro hijo ha durado demasiado y nos debilita. Estoy dispuesto a hablar con él, para que cobre conciencia de la gravedad de la situación. Si seguimos desafiándonos, desapareceremos.

—Uri-Techup se niega a cualquier reconciliación y exige tomar el mando del conjunto de nuestras tropas.

—¡Para lanzarse con la cabeza gacha contra los egipcios y sufrir una derrota!

—Según él, el choque frontal es nuestra única salida.

—Sois el emperador, debéis elegir entre él y yo. Si adoptáis la política de vuestro hijo, me retiraré.

Muwattali dio unos pasos para calentarse.

—Solo existe una solución razonable —declaró con calma la hermosa Putuhepa—. Como emperador, debéis dar primacía a la grandeza del Hatti. Que Hattusil sea vuestro hermano y Uri-Techup vuestro hijo no tiene importancia alguna para la salvaguarda de nuestro pueblo, y sabéis muy bien que el furor guerrero de Uri-Techup nos llevará al desastre.

—¿Cuál es vuestra solución... razonable?

—Nadie puede convencer a un loco furioso. Es preciso suprimirle. Ni vos ni Hattusil debéis comprometeros en su desaparición; de modo que me encargaré yo misma.

19

Moisés se levantó.

—¿Qué haces tú aquí?

—La justicia me autoriza a verte.

—¿El faraón necesita pedir autorización para visitar sus cárceles?

—En tu caso, sí, porque estás acusado de asesinato. Pero por encima de todo eres mi amigo.

—De modo que no me rechazas...

—¿Se abandona a un amigo en la desgracia?

Ramsés y Moisés se dieron un largo abrazo.

—La verdad es que no creí que vinieras, Ramsés.

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué huiste?

—Al principio pensé que el pánico podía explicar mi actitud... pero en el país de Madian, donde he estado oculto, tuve tiempo de reflexionar. No fue una huida sino una llamada.

La celda de Moisés tenía el suelo de tierra batida y estaba limpia y bien ventilada. El rey se sentó en un taburete de tres patas, frente a su amigo hebreo.

—¿De quién procedía la llamada?

—Del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. De Yahvé.

—«Yahvé» es el nombre de una montaña, en el desierto del Sinaí; convertirla en símbolo de una divinidad no tiene nada de sorprendente. ¿No alberga la montaña de Occidente, en Tebas, a la diosa del silencio?

—Yahvé es el dios único, no se reduce a un paisaje.

—¿Qué ocurrió durante tu exilio?

—En la montaña encontré a Dios, en forma de una zarza ardiendo. Me reveló Su nombre: «Soy».

—¿Por qué se limita a una sola vertiente de la realidad? Atum, el creador, es al mismo tiempo «El que es» y «El que no es».

—Yahvé me confió una misión, Ramsés; una misión sagrada que podría disgustarte. Debo sacar de Egipto al pueblo hebreo y llevarlo a una tierra santa.

—¿Oíste en efecto la voz de Dios?

—Era tan clara y profunda como la tuya.

—¿No está el desierto poblado de ilusiones?

—No me arrastrarás a la duda; sé lo que vi y oí. Mi misión ha sido fijada por Dios y la cumpliré.

—¿Hablas de... todos los hebreos?

—Un pueblo entero saldrá libre de Egipto.

—¿Quién impide a un hebreo circular libremente?

—Exijo un reconocimiento oficial de la fe de los hebreos y la autorización de iniciar un éxodo.

—De momento, es preciso sacarte de la cárcel; por eso estoy haciendo buscar a Abner. Su testimonio será decisivo para la absolución.

—Tal vez Abner haya abandonado Egipto.

—Tienes mi palabra de que no se ahorrará esfuerzo alguno para llevarle ante el tribunal.

—Mi amistad por ti está intacta, Ramsés, y te deseo la victoria en la lucha contra los hititas; pero tú eres el faraón y yo soy el futuro jefe del pueblo hebreo. Si no te doblegas a mi voluntad, me convertiré en el más implacable de tus enemigos.

—¿Acaso los amigos no encuentran siempre el modo de entenderse?

—Nuestra amistad contará menos que mi misión; aunque mi corazón se desgarre, tengo que obedecer la voz de Yahvé.

—Tendremos tiempo para hablar de ello; ante todo, debes recuperar la libertad.

—No me molesta estar encarcelado. En la soledad me preparo para las pruebas de mañana.

—La primera podría ser una larga condena.

—Yahvé me protege.

—Así lo espero, Moisés; ¿no recuerdas ningún elemento que pueda ser útil para tu defensa?

—He dicho la verdad, y la verdad brillará.

—No me ayudas mucho.

—Siendo el amigo del faraón, ¿crees que debo preocuparme por la injusticia? Nunca permitirás que invada el reino y el alma de los jueces.

—¿Hablaste con un tal Ofir?

—No lo recuerdo...

—Haz memoria. Ofir es un falso arquitecto que habló contigo en Pi-Ramsés, cuando construías mi capital; sin duda te alabó los méritos de la religión de Akenatón.

—En efecto.

—¿Te hizo proposiciones concretas?

—No, pero me pareció sensible a la desgracia de los hebreos.

—Desgracia... ¿No es excesivo el término?

—Eres egipcio, no puedes comprenderlo.

—El tal Ofir es un espía hitita que conspira contra Egipto; también es un asesino. El menor acuerdo con él te haría sospechoso de alta traición.

—Quien ayude a mi pueblo merece mi gratitud.

—¿Detestas la tierra que te vio nacer?

—La infancia, la adolescencia, nuestros estudios en Menfis, mi carrera a tu servicio... todo ha muerto y está olvidado, Ramsés. Solo amo una tierra: la que Dios ha prometido a mi pueblo.

Nedjem, el ministro de Agricultura, estaba insólitamente nervioso. Él, afable y alegre por lo general, había reprendido sin motivo a su secretario. Incapaz de concentrarse en sus expedientes, abandonó el despacho y acudió al laboratorio de Setaú y de Loto.

La hermosa estaba agachada intentando dominar a una víbora de cabeza roja que daba furiosos coletazos.

—Sujetad ese bol de cobre —le pidió al ministro.

—No sé si...

—Apresuraos.

Vacilante, Nedjem tomó el recipiente que contenía un líquido oscuro y viscoso.

—Que no caiga nada, es muy corrosivo.

Nedjem temblaba.

—¿Dónde puedo dejarlo?

—En el anaquel.

Loto metió la víbora en un cesto y cerró la tapa.

—¿Qué puedo hacer por vos, Nedjem?

—Setaú y vos...

—¿Qué quieren de Setaú? —interrogó la rugosa voz del encantador de serpientes.

Inquietantes vapores ascendían de filtros de distintos tamaños; las estanterías estaban repletas de botes, coladores, tubos, cantimploras, decocciones y cocciones.

—Quisiera decir... —empezó el ministro.

Un acceso de tos le impidió proseguir.

—Pues bien, decidlo —exigió Setaú.

Mal afeitado, hosco, cuadrado de espaldas y apenas visible entre el humo que había invadido la parte del laboratorio donde trabajaba, Setaú trasegaba veneno diluido.

—Me refiero al pequeño Kha.

—¿Qué ha pasado?

—Sois vos quien... En fin, quiero decir que, hasta ahora, me he encargado de la educación del niño. Le gusta leer y escribir, da pruebas de excepcional madurez para su edad, tiene ya una cultura que muchos escribas le envidiarían, no vacila en estudiar los secretos del cielo y de la tierra, quiere...

—Ya lo sé, Nedjem, y tengo trabajo. Vayamos al grano.

—No... No sois un hombre fácil.

—La vida no es fácil. Cuando se trata diariamente con reptiles, no se puede perder tiempo en relaciones sociales.

Nedjem protestó.

—Pero... con mi visita no pretendo establecer relaciones sociales.

—Bien, entonces decidme a que habéis venido.

—Bueno, seré más directo: por qué lleváis a Kha por el mal camino.

Setaú dejó en un anaquel la redoma que manipulaba y se secó la frente con un trapo.

—Os introducís en mi casa, Nedjem, me interrumpís en mi trabajo y, además, me insultáis. Por muy ministro que seáis, tengo ganas de plantaros el puño en la nariz.

Nedjem retrocedió y chocó con Loto.

—Perdonadme... No creía que... Pero el niño...

—¿Os parece prematura la iniciación de Kha en la magia? —preguntó la nubia con una sonrisa encantadora.

—Sí, sí, eso es —respondió Nedjem.

—Esos escrúpulos os honran, pero vuestros temores no tienen fundamento.

—Un niño tan joven ante una ciencia tan compleja, tan peligrosa...

—El faraón nos ha ordenado que protejamos a su hijo; para lograrlo necesitamos la cooperación de Kha.

El ministro palideció.

—¿Protegerle... contra qué amenaza?

—¿Os gusta el buey en adobo? —preguntó Loto.

—Yo... claro.

—Es una de mis especialidades; ¿queréis compartir nuestra comida?

—Presentarme así, a última hora...

—Ya está hecho —dijo Setaú—. Kha no es un pequeño objeto frágil sino el hijo mayor de Ramsés. Al atacarlo se pretende debilitar a la pareja real y al país entero. Levantaremos una muralla mágica alrededor de Kha, para rechazar las influencias nocivas que lanzan contra él. La empresa exige precisión, será difícil y aleatoria. Así pues, todas las buenas voluntades son bienvenidas.

20

La calleja del barrio hebreo estaba cubierta de vigas que aguantaban un cañizo para proteger a los viandantes de los ardores del sol. Unas señoras discutían sentadas en el umbral de su casa; cuando pasaba el aguador, bebían antes de lanzarse de nuevo a interminables conversaciones en las que se mezclaban algunos artesanos, mientras descansaban un instante, y ladrilleros que volvían de la obra.

Un solo tema ocupaba los espíritus: el proceso de Moisés. Unos consideraban que sería condenado a muerte; otros creían que debería cumplir una breve pena de cárcel. Algunos extremistas abogaban por una revuelta, pero la mayoría de ellos optaba por el fatalismo: ¿quién podía oponerse al ejército y la policía del faraón? Y, al fin y al cabo, Moisés tenía lo que merecía: ¿acaso no había matado a un hombre? Nadie se escandalizaba de que la ley se aplicara con todo su rigor, aunque Moisés seguía siendo muy popular; ¿quién no recordaba su abnegación con los ladrilleros y las ventajas materiales que les había procurado? Muchos obreros deseaban que volviera a ser arquitecto y se ocupara otra vez de su suerte.

Aarón compartía el pesimismo generalizado. Ciertamente, la suerte de Moisés estaba en manos de Yahvé, pero la justicia egipcia no se mostraba benevolente con los criminales. Si Abner hubiera aceptado presentarse, la acusación habría desaparecido; pero el ladrillero afirmaba rotundamente que Moisés mentía. Se negaba pues a salir de su cubil antes de que finalizara el proceso. Como Aarón no tenía nada que reprocharle a Abner, no podía pedir al jefe de su tribu que exigiera su testimonio.

Al pasar por la calleja, Aarón advirtió la presencia de un mendigo que tenía la cabeza cubierta con una capucha. Derrumbado contra la pared, con las piernas encogidas, el hombre mordisqueaba los mendrugos de pan que le lanzaban los viandantes. El primer día, Aarón intento olvidar al infeliz; el segundo, le dio incluso de comer. El tercero, se sentó a su lado.

—¿No tienes familia?

—Ya no la tengo.

—¿Estabas casado?

—Mi mujer murió, mis hijos se marcharon.

—¿Qué mal destino te hirió?

—Era mercader de granos, tenía una hermosa casa, llevaba una apacible existencia... Y cometí una falta grave, engañando a mi mujer.

—Dios te castigó.

—Tienes razón, pero no es Él la causa de mi ruina. Un hombre descubrió mi adulterio, me extorsionó, me arruinó y destruyó mi matrimonio. Mi mujer murió de pena.

—¡Estás hablándome de un monstruo!

—Un monstruo que sigue actuando y propagando la desgracia... Otros tendrán que sufrir su crueldad.

—¿Cómo se llama?

—Me avergüenza pronunciar su nombre.

—¿Por qué razón?

—Porque es hebreo, como tú y yo.

—Me llamo Aarón y tengo cierta influencia en nuestra comunidad. No tienes derecho a callar, pues una oveja sarnosa podría contaminar al rebaño.

—Que me importa, hoy... Estoy solo y desesperado.

—Pese a tu desgracia, debes pensar en los demás. Ese hombre tiene que recibir su castigo.

—Se llama Abner —murmuró el mendigo.

Esta vez, Aarón tenía un serio motivo para quejarse del comportamiento de Abner. Aquella misma noche reunió un consejo de ancianos y de jefes de tribu y les explicó las desventuras del mercader de granos.

—Antaño —reconoció un anciano—, Abner extorsionó a algunos ladrilleros, pero estos guardaron silencio y solo algunos rumores llegaron a nuestros oídos. Es comprensible que Abner no tenga ganas de comparecer ante un tribunal. Prefiere que la agitación se calme.

—Pero Moisés está en la cárcel y solo el testimonio de Abner puede salvarle.

Molestos, los notables no sentían muchos deseos de tomar partido. Un jefe de tribu resumió su opinión.

—Hablemos claro. Moisés cometió un crimen que arrojó la sospecha sobre todos los hebreos. No es una injusticia que le castiguen. Además, ha venido para sembrar el desconcierto entre nosotros, con sus locas ideas. La prudencia exige dejar que las cosas sigan su curso.

Aarón montó en violenta cólera.

—¡Cobarde entre los cobardes! De ese modo elegís ayudar a un granuja como Abner y condenáis a muerte a Moisés, que luchó por vosotros. ¡Que Yahvé os suma en el infortunio y la desgracia!

El decano de la asamblea, un ladrillero jubilado, intervino con fuerza.

—Aarón tiene razón, nuestro comportamiento es despreciable.

—Protegimos a Abner —recordó un jefe de tribu—; no tenemos derecho a obligarle a arriesgarse a un castigo basándonos en unas vagas acusaciones.

Aarón golpeó el suelo con su bastón.

—¿No contribuyó Abner a enriquecerte a costa de nuestros hermanos?

—¿Cómo te atreves?

—Confrontemos al mendigo con Abner.

—Proposición aceptada—declaró el decano.

Abner se ocultaba en pleno barrio de los ladrilleros, en una casa de dos pisos de la que solo saldría cuando Moisés fuera condenado. Rico y considerado, se hartaba de pasteles y pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo. Cuando el consejo de ancianos y de jefes de tribu le impuso la confrontación, se había reído. Primero, un mendigo no daría la talla ante él; luego, Abner acusaría al pueblo hebreo de dejar a un hombre en la miseria, lo que era contrario a la ley egipcia. Si, por casualidad, el asunto tomaba un cariz desagradable, sus aliados se encargarían de que el miserable acusador desapareciese.

La entrevista se celebró en la planta baja, en la estancia de recepción, cuyas banquetas estaban provistas de almohadones. Se hallaban presentes el decano de los ancianos, un jefe de tribu delegado por sus pares y Aarón, que sostenía al encorvado mendigo, casi incapaz de caminar.

Abner se mostró guasón.

—Este pobre diablo delira... ¿Acaso es capaz de hablar? Lo más prudente sería que le diéramos de comer y lo enviáramos a terminar sus días en una granja del Delta.

Aarón ayudó al mendigo a sentarse.

—Podemos evitar un enfrentamiento —declaró el decano— si aceptas testimoniar en favor de Moisés y confirmas la versión de los hechos, tal como aparece en el documento escrito que firmaste.

—Moisés es un hombre agitado y peligroso. Yo he labrado la fortuna de muchos de nuestros hermanos. ¿Por qué voy a correr riesgos inútiles?

—Para que prevalezca la verdad —intervino Aarón.

—Es tan fluctuante... ¿Bastaría, además, para que liberaran a Moisés? ¡A fin de cuentas es un asesino! No sacaríamos nada mezclándonos en esta historia.

—Moisés te salvó la vida, y ahora tú debes salvar la suya.

—Son acontecimientos muy antiguos, mi memoria no es buena... ¿No es preferible pensar en el porvenir? Y, además, mi declaración escrita actuará en favor de Moisés. No podrán condenarlo a muerte mientras goce de una duda razonable.

—¿Acaso una larga pena es una suerte más envidiable?

—Moisés debió controlarse y no matar a Sary.

Harto, Aarón golpeó el suelo con su bastón.

—Nada de violencia —exigió el decano.

—Este individuo es un canalla, traicionó a los suyos y volverá a traicionarlos.

—Mantén la calma —recomendó Abner—; y me comprometo a cubrir tus necesidades. Para mí, el respeto a los ancianos es un valor imprescindible.

Sin la presencia del decano y del jefe de tribu, Aarón habría aplastado la cabeza de Abner.

—Dejémoslo así, amigos, y festejemos nuestra reconciliación con una buena comida que os ofrezco con gusto.

—¿Olvidas al mendigo, Abner?

—¡Ah sí!, el mendigo, ¿tiene algo que decir?

Aarón se dirigió al infeliz.

—No tengas miedo, habla libremente.

El hombre permaneció postrado.

—¡Menudo acusador! —exclamó Abner con una carcajada—. Acabemos de una vez... Entregadlo a mis servidores, le darán de comer en la cocina.

Aarón se sentía mortificado.

—Habla, te lo ruego.

Lentamente, el falso mendigo irguió su gran humanidad, echó hacia atrás la capucha y descubrió su rostro.

Pasmado, Abner apenas fue capaz de articular el nombre de aquel huésped inesperado y temible.

—Serramanna...

—Estás detenido —declaró el sardo con una sonrisa de pirata.

Mientras tenía lugar la declaración de Abner, Serramanna era presa de contradictorios sentimientos. Por un lado, habría preferido no encontrar a Abner para que Moisés, el conspirador, no fuera absuelto; por el otro, era consciente de que había llevado a cabo su misión. Ramsés tenía que ser un ser extraordinario para suscitar en él semejante obediencia, aunque siguiera convencido de que el hebreo era nocivo. El rey se equivocaba confiando en

Moisés, ¿pero cómo criticar a un monarca que consideraba la amistad como el valor más sagrado?

Tras la deliberación del jurado, todo Pi-Ramsés aguardaba la sentencia pronunciada por el visir. El proceso había aumentado considerablemente el prestigio de Moisés; la gente humilde y casi todos los ladrilleros estaban ya de su parte. ¿No aparecía acaso como defensor de los desgraciados con quienes la vida se había mostrado injusta?

Serramanna esperaba que Moisés fuera desterrado y no turbara así la armonía edificada, día tras día, por la pareja real.

Cuando Ameni salió de la sala del tribunal, el sardo fue a su encuentro. El secretario particular del faraón estaba muy contento.

—Moisés ha sido absuelto.

21

La corte se había reunido en la sala de audiencias del palacio de Pi-Ramsés, a la que daba acceso una escalera monumental, adornada con figuras de enemigos derrotados. Nadie sabía por qué el faraón había convocado a todo el gobierno y a los principales responsables de la Administración, pero todos esperaban el anuncio de decisiones esenciales para el porvenir del país.

Al cruzar la monumental puerta rodeada por los nombres de coronación de Ramsés, pintados en azul sobre fondo blanco y colocados en cartuchos, Ameni no ocultaba su descontento; ¿por qué no le había dicho el rey nada al respecto? Al ver el aire molesto de Acha, estimó que su amigo no sabía más que él.

Los cortesanos eran tan numerosos que ya no se podía contemplar la decoración formada por tejas de terracota barnizada que representaban jardines florecidos y estanques por los que nadaban peces. Se apretujaban entre las columnas y contra las paredes, sobre las que se desplegaba una fantasía en verde pálido, rojo profundo, azul claro, amarillo luminoso y blanco marfil. Pero, en aquellos momentos de angustia, ¿quién pensaba en admirar los sublimes pájaros que revoloteaban en estanques llenos de papiros?

Sin embargo, la mirada de Setaú se posó en una pintura que representaba a una muchacha meditando ante un macizo de malvarrosas, y cuyos rasgos se parecían a los de la reina. Los frisos de lotos, adormideras, amapolas, margaritas y acianos encarnaban una naturaleza pacífica y sonriente.

Ministros, altos funcionarios, escribas reales, ritualistas, guardianes de los secretos, sacerdotes y sacerdotisas, grandes damas y demás personajes importantes guardaron silencio cuando Ramsés y Nefertari se sentaron en el trono. El poderío del monarca era resplandeciente y su prestancia, inigualable. Llevaba la doble corona que mostraba su soberanía sobre el Alto y el Bajo Egipto, iba vestido con una túnica blanca y un paño dorado, y en su mano derecha tenía el cetro «magia», el cayado de pastor que le servía para reunir a su pueblo en lo invisible y mantener su cohesión en lo visible.

Nefertari era la gracia, Ramsés el poderío. En la concurrencia, todos percibieron el profundo amor que los unía y les daba a ambos un perfume de eternidad.

El jefe de los ritualistas leyó un himno a Amón, celebrando la presencia del dios oculto en todas las formas de la vida. Entonces, Ramsés habló.

—Voy a comunicaros las decisiones que he tomado para disipar los rumores y precisar la política que pienso seguir en lo inmediato. Esas opciones son fruto de una larga reflexión en compañía de la gran esposa real.

Varios escribas reales se dispusieron a anotar las palabras del monarca, que se convertirían en decretos inmediatamente aplicables.

—He decidido reforzar la frontera noreste de Egipto, construir nuevas fortalezas, consolidar las antiguas murallas, doblar las guarniciones y

mejorar su soldada. El Muro del rey debe ser infranqueable y proteger el Delta de cualquier intento de invasión. Equipos de canteros y ladrilleros partirán mañana mismo para iniciar los trabajos necesarios.

Un cortesano de edad pidió la palabra.

—Majestad, ¿bastará el Muro del rey para detener a las hordas hititas?

—Por sí solo, no; no es más que el último elemento de nuestro sistema de defensa. Gracias a la reciente intervención de nuestro ejército, que rompió la contraofensiva hitita, hemos reconquistado nuestros protectorados. Entre nosotros y el invasor están, ahora, Canaán, Amurru y Siria del Sur.

—¿No nos han traicionado a menudo los príncipes que gobiernan esas provincias?

—A menudo, en efecto. Por eso confío la gestión administrativa y militar de esa zona de interposición a Acha, a quien otorgo poderes excepcionales en esa región. Le encargo que mantenga en ella nuestra supremacía, que controle a los dirigentes locales, que forme un servicio de información eficaz y que prepare el cuerpo de élite capaz de frenar un ataque hitita.

Acha se mostró imperturbable, a pesar de que era el blanco de todas las miradas, admirativas unas, envidiosas otras. El ministro de Asuntos Exteriores se convertía en un importante personaje del Estado.

—También he decidido emprender un largo viaje con la reina —prosiguió Ramsés—; en mi ausencia, Ameni se encargará de los asuntos en curso y consultará, todos los días, con mi madre, Tuya. Permaneceremos en contacto por correo, ningún decreto se adoptará sin mi acuerdo.

La corte se quedó pasmada. El papel de eminencia gris de Ameni no era una revelación, ¿pero por qué se alejaba de Pi-Ramsés la pareja real en un periodo tan crítico?

El jefe del protocolo se atrevió a formular la pregunta que estaba en todos los labios.

—Majestad... ¿Queréis revelarnos el objeto de vuestro viaje?

—Fortalecer el arraigo sagrado de Egipto. La reina y yo nos dirigiremos primero a Tebas, para comprobar el estado de las obras de mi templo de millones de años, luego partiremos hacia el Gran Sur.

—¿Hasta Nubia?

—En efecto.

—Perdonadme, majestad... ¿Pero es necesario ese largo desplazamiento ?

—Indispensable.

La corte comprendió que el faraón no diría nada más. Y cada cual imaginó las razones secretas de esa sorprendente decisión.

Vigilante lamió la mano de la reina madre mientras el león se tendía a sus pies.

—Esos dos fieles compañeros deseaban rendirte homenaje —indicó Ramsés.

Tuya estaba preparando un gran ramo para ponerlo en la mesa de las ofrendas destinadas a la diosa Sekhmet. Que altiva estaba la reina madre, con su larga túnica de lino ribeteada de oro, los hombros cubiertos por una corta capa, el talle ceñido por un cinturón rojo, cuyos extremos caían casi hasta el suelo. Que noble parecía, con sus ojos penetrantes, su rostro fino y severo, su aspecto de mujer poderosa, exigente e intratable.

—¿Qué te parecen mis decisiones, madre?

—Nefertari me habló mucho de ellas y temo, incluso, haberlas inspirado un poco. La única protección eficaz de nuestra frontera noroeste consiste en controlar nuestros protectorados con mano dura para impedir una invasión hitita. Esa fue la política de tu padre, esa debe ser la tuya. Nueve años de reinado, hijo mío... ¿cómo soportas esa carga?

—No tengo tiempo para pensar en ello.

—Mejor así, sigue avanzando y labrando tu camino. ¿Te parece que la tripulación del navío obedece correctamente tus órdenes?

—Mi entorno íntimo es muy reducido, y no pienso incrementarlo.

—Ameni es un ser notable —dijo Tuya—; aunque su visión no sea lo bastante amplia, posee dos raras cualidades: honestidad y fidelidad.

—¿Te mostrarás tan elogiosa para con Acha?

—También él posee una virtud excepcional: el valor, un valor particular basado en un profundo análisis de la situación. ¿Quién mejor que él podría velar por nuestros protectorados del norte?

—¿Encontrará Setaú gracia a tus ojos?

—Detesta las convenciones y es sincero: ¿cómo no apreciar a tan precioso aliado?

—Queda Moisés...

—Conozco tu amistad por él.

—Pero no la apruebas.

—No, Ramsés; el hebreo persigue objetivos que te verás obligado a condenar. Sean cuales sean las circunstancias, haz que tu país prevalezca siempre sobre tus sentimientos.

—Moisés todavía no ha provocado disturbios.

—Si lo hace, la Regla de Maat, y solo ella, debe inspirar tu conducta. La prueba puede ser terrible, incluso para ti, Ramsés.

Tuya enderezó el tallo de una flor de lis; el ramo tenía el fulgor de cien flores.

—¿Aceptas gobernar las Dos Tierras durante mi ausencia?

—¿No me obligas a ello? El fardo de la edad comienza a resultar pesado.

Ramsés sonrió.

—No lo creo.

—Posees demasiada fuerza para imaginar cual puede ser el peso de la vejez. ¿Me revelarás, ahora, la verdadera razón de tu largo viaje?

—El amor a Egipto y a Nefertari. Quiero reavivar el fuego secreto de los templos, lograr que produzcan mayor energía.

—¿Acaso no son los hititas nuestros únicos adversarios?

—Un mago libio, Ofir, utiliza contra nosotros las fuerzas de las tinieblas; tal vez me equivoco concediendo excesiva importancia a su acción, pero no correré ningún riesgo. Nefertari ha sufrido ya demasiado por sus maleficios.

—Los dioses te han favorecido, hijo mío; ¿podían concederte mayor felicidad que una esposa tan luminosa?

—No venerarla adecuadamente sería una grave falta; de modo que he concebido un gran proyecto para que su nombre brille durante millones de años y la pareja real aparezca como la intangible sede sobre la que se ha construido Egipto.

—Puesto que has percibido esa exigencia, tu reinado será un gran reinado. Nefertari es la magia sin la que ningún acto es duradero. La violencia y las tinieblas no desaparecerán mientras las generaciones sucedan a las generaciones, pero la armonía se mantendrá en esta tierra mientras reine la pareja real. Fortalécela, Ramsés, conviértela en los

fundamentos del edificio. Cuando el amor irradia sobre un pueblo, le ofrece más felicidad que cualquier otra riqueza.

El ramo estaba terminado; la diosa estaría satisfecha.

—¿Piensas a veces en Chenar?

La tristeza veló la mirada de Tuya.

—¿Cómo podría una madre olvidar a su hijo?

—Chenar ya no es tu hijo.

—El rey tiene razón y yo debería escucharle... ¿Podrás perdonar mi debilidad?

Ramsés estrechó tiernamente a Tuya contra su pecho.

—Privándole de sepultura —dijo ella—, los dioses le han infligido un terrible castigo.

—Me enfrenté a la muerte en Kadesh, Chenar la encontró en el desierto. Tal vez haya purificado su alma.

—¿Y si estuviera vivo todavía?

—Yo también lo he pensado... Si se ocultara en las sombras con las mismas intenciones de antaño, ¿serías indulgente?

—Tú eres Egipto, Ramsés, y quien te ataque me encontrará en su camino.

22

Ramsés se recogió ante la estatua de Thot, a la entrada del Ministerio de Asuntos Exteriores, y depositó un ramo de lises en el altar de las ofrendas. Encarnado en un gran mono de piedra, el señor de los jeroglíficos, las «palabras de los dioses», mantenía la mirada levantada hacia el cielo.

La visita del faraón era un honor por el que se felicitaban los funcionarios del ministerio; Acha recibió al monarca y se inclinó ante él. Cuando Ramsés le dio un abrazo, los subordinados del joven ministro se sintieron orgullosos de trabajar a las órdenes de un dignatario a quien el rey concedía semejante prueba de confianza.

Los dos hombres se encerraron en el lujoso y refinado despacho de Acha: rosas importadas de Siria, composiciones florales con narcisos y caléndulas, cofres de acacia, sillas con respaldos decorados con lotos, coloreados almohadones, mesitas con pies de bronce. Los muros estaban adornados con escenas de caza de aves acuáticas en los pantanos.

—No has elegido la sobriedad —advirtió Ramsés—; solo faltan los exóticos jarrones de Chenar.

—¡Eran un mal recuerdo! Ordené que los vendieran en beneficio del ministerio.

Elegante, tocado con una peluca ligera y perfumada, con el fino bigote muy cuidado, Acha parecía dispuesto a asistir a un banquete mundano.

—Cuando tengo la suerte de vivir unas semanas apacibles en Egipto —confesó—, me embriago con los innumerables placeres que ofrece. Pero que el rey se tranquilice: no olvido la misión que me ha confiado.

Así era Acha: cínico, frívolo en apariencia, aficionado a la moda, seductor que iba de mujer en mujer, pero estadista hábil en las exigencias de la política internacional, perfecto conocedor del terreno y aventurero capaz de correr insensatos riesgos.

—¿Qué te parecen mis decisiones?

—Me abruman y me alegran, majestad.

—¿Las consideras... suficientes?

—Falta lo esencial, ¿verdad? Y esa es precisamente la razón de esta visita que nada tiene de protocolaria. Déjame adivinarlo: ¿no será... Kadesh?

—Elegí bien a mi ministro de Asuntos Exteriores y al jefe de mi servicio de espionaje.

—¿Piensas todavía en apoderarte de la plaza fuerte?

—Kadesh fue el marco de una victoria, pero la fortaleza hitita está intacta y siguen desafiándonos.

Contrariado, Acha escanció un admirable vino tinto, de brillante color, en dos copas de plata cuyas asas eran cuerpos de gacela.

—Sospechaba que volverías a Kadesh... Ramsés no puede tolerar la sombra del fracaso. Sí, esa fortaleza nos desafía; si, es tan poderosa como antaño.

—Por eso la considero una permanente amenaza para nuestro protectorado de Siria del Sur; los ataques partirán de Kadesh.

—A primera vista, el razonamiento parece impecable.

—Pero tú no compartes esa opinión.

—Un ministro panzudo y tranquilo, confortablemente sentado en sus privilegios y dignidades, se prosternaría ante ti y te haría, más o menos, este discurso: «Ramsés el Grande, rey de penetrante vista, de victorioso brazo, ¡partid a la conquista de Kadesh!». Y el cortesano sería un siniestro imbécil.

—¿Por qué debo renunciar a esta conquista?

—Gracias a ti, los hititas han descubierto que no eran invencibles. Ciertamente, su ejército sigue siendo poderoso, pero los espíritus se han turbado. Muwattali había prometido a su país una invasión fácil y una victoria aplastante, y ahora debe justificar, con gran esfuerzo, la retirada de sus tropas a sus posiciones habituales. Se inicia otro conflicto: la guerra de sucesión entre su hijo Uri-Techup y su hermano Hattusil.

—¿Quién tiene más posibilidades de vencer?

—Es imposible preverlo; ambos tienen armas eficaces.

—¿Es inminente la caída de Muwattali?

—Creo que sí; en la corte hitita se mata con facilidad. En una sociedad guerrera, el jefe incapaz de vencer debe ser eliminado.

—¿No es el momento ideal para atacar Kadesh y apoderarnos de ella?

—Cierto, si nuestro interés consistiera en socavar los fundamentos del Imperio hitita.

Ramsés apreciaba la agudeza de su amigo Acha y su carácter, pero esta vez se quedó pasmado.

—¿No es este el principal objetivo de nuestra política exterior?

—Ya no estoy muy seguro.

—¿Te burlas de mí?

—Cuando de una decisión depende la vida o la muerte de miles de seres humanos, no me gusta bromear.

—Entonces posees una información que debe modificar radicalmente mi juicio.

—Una simple intuición, basada en algunas informaciones obtenidas por nuestros agentes. ¿Has oído hablar de Asiria?

—Un pueblo guerrero, como los hititas.

—Hasta ahora era un Estado bajo la influencia hitita. Pero cuando Hattusil formó su coalición entregó mucho metal precioso a los asirios para que mantuvieran una benevolente neutralidad. Y esas inesperadas riquezas se transformaron en armas. Hoy, en Asiria, los militares prevalecen sobre los diplomáticos. Es posible que la próxima gran potencia asiática sea Asiria, más conquistadora y más devastadora que el Hatti.

Ramsés meditó.

—Asiria... ¿Estará dispuesta a atacar el Hatti?

—Todavía no pero, al final, el conflicto me parece inevitable.

—¿Por qué no extirpa Muwattali el mal de raíz?

—A causa de las disensiones internas que amenazan su trono y porque teme el avance de nuestro ejército hacia Kadesh. Para él, seguimos siendo el adversario principal.

—¿Y para quienes ambicionan el poder?

—Su hijo, Uri-Techup, está ciego; solo piensa en apoderarse de las Dos Tierras terminando con el mayor número de egipcios posible. Hattusil es más tolerante y debe tomar más conciencia del peligro que va creciendo a las mismas puertas del Imperio hitita.

—Así pues, me desaconsejas que lance una gran ofensiva contra Kadesh.

—Perderíamos muchos hombres, los hititas también; el auténtico vencedor podría ser Asiria.

—Lógicamente no te has limitado a reflexionar; ¿cuál es tu plan?
—Temo que no te guste demasiado, en la medida en que contradice la política que consideras justa.
—Corre ese riesgo.
—Hagamos creer a los hititas que preparamos el ataque a Kadesh. Rumores, desinformación clásica, falsos documentos confidenciales, maniobras en Siria del Sur... Yo me encargaré.
—Hasta aquí, no me escandalizas.
—Lo que viene a continuación puede resultar más delicado. Cuando el dispositivo haya resultado eficaz, yo partiría hacia el Hatti.
—¿Para qué?
—Misión secreta, con plenos poderes para negociar.
—Pero... ¿Qué quieres negociar?
—La paz, majestad.
—La paz... ¡con los hititas!
—Es la mejor solución para impedir que Asiria se convierta en un monstruo mucho más peligroso que el Hatti.
—Los hititas no la aceptarán nunca.
—Si dispongo de tu ayuda, estoy seguro de que los convenceré.
—Si alguien más me hubiera hecho esta proposición, le habría acusado de alta traición.
Acha sonrió.
—Lo sospechaba... ¿Pero quién si no Ramsés puede ver más allá, mucho más allá del momento presente?
—¿No enseñan los sabios que halagar al amigo es una falta imperdonable?
—Yo no me dirijo al amigo sino al faraón. Mantener la vista baja, fija en el acontecimiento, sería aprovechar nuestras actuales fuerzas para enfrentarnos a los hititas, con una real posibilidad de vencerles; pero la irrupción de Asiria en la escena internacional debe modificar nuestra estrategia.
—Una simple intuición, Acha; tú mismo lo reconocías.
—En mi puesto, es esencial prever el porvenir y presentirlo antes que los demás. ¿No es intuición lo que nos lleva a una decisión justa?
—No tengo derecho a hacerte correr semejante riesgo.
—¿Mi estancia entre los hititas? No será la primera.
—¿Deseas visitar de nuevo sus prisiones?
—Existen lugares más agradables, pero debemos saber forzar el destino.
—No podría encontrar mejor ministro de Asuntos Exteriores.
—Tengo la intención de volver, Ramsés. Y además, a la larga, la existencia fácil y mundana debilitaría mi espíritu. Ha llegado el momento de tener algunas amantes, vestirlas, pasear y cansarme de ellas. También necesitaré una nueva aventura para que mi ingenio siga vivo y conquistador. La experiencia no me asusta... Saber utilizar las debilidades de los hititas y convencerlos de que abandonen las hostilidades es cosa mía.
—¿Eres consciente, Acha, de que el proyecto es por completo insensato?
—Tiene la frescura de la novedad y el atractivo de lo desconocido: ¿no lo adornan, acaso, todas las seducciones?
—No creerías, a fin de cuentas, que yo estaría de acuerdo.
—Lo estarás, porque no eres un viejo monarca miedoso, incapaz de cambiar el mundo. Dame la orden de negociar con los bárbaros que quieren destruirnos para transformarlos en vasallos.

—Voy a emprender un largo viaje hacia el sur, y tú estarás aislado en el norte.
—Puesto que te ocupas del más allá, déjame a mí los hititas.

23

Los «hijos reales», jóvenes de quince a veinticinco años de edad, se afeitaban la cabeza, salvo un mechón compuesto por una serie de trenzas paralelas, sujetas por un ancho pasador a la altura de la oreja y cayendo por el lado derecho del rostro, llevaban pendientes, un ancho collar, brazaletes, un taparrabos plisado y sostenían, con orgullo, un asta coronada por una pluma de avestruz. A esos chicos, elegidos por su vigor físico e intelectual, Ramsés les había confiado la misión de representarle en los distintos cuerpos de ejército. Con su presencia en el campo de batalla, devolverían una energía, a veces desfalleciente, a unos soldados cuya cobardía en Kadesh, frente a la coalición reunida por los hititas, el rey no había olvidado.

Los «hijos reales» partirían hacia el norte y se encargarían de la administración de los protectorados. Habían recibido órdenes estrictas de Acha y las respetarían.

Ya corría la leyenda de que Ramsés el Grande, infatigable progenitor y padre prolífico, había engendrado un centenar de hijos cuya existencia era prueba evidente de la potencia divina que iluminaba al monarca. Así se construía una fabulosa genealogía que los escultores llevaban a la piedra y los escribas se complacían en transmitir.

A la sombra de su limonero, el viejo Homero perfumaba su barba blanca. *Héctor*, el gato negro y blanco, se había engordado, pero ronroneó cuando Ramsés le acarició.

—Perdonad mi indiscreción, majestad, pero tengo la sensación de que os sentís contrariado.

—Digamos que... estoy preocupado.

—¿Malas noticias?

—No, solo la proximidad de un largo viaje que presenta ciertos peligros.

El poeta griego llenó con hojas de salvia la cazoleta de su pipa, hecha con una gran concha de caracol.

—Ramsés el Grande... Así os llama ahora el pueblo; he aquí lo que acabo de escribir: «Los dones magníficos de los dioses no son desdeñables. Solo ellos nos los dan, pues nadie puede adquirirlos por sí mismo».

—¿Tan pesimista sois?

—Es el privilegio de la edad, majestad. Mi Ilíada y mi Odisea están terminadas, he dado los últimos toques al poema que canta vuestra victoria en Kadesh. Ya solo tengo que fumar salvia, beber vino perfumado con anís y recibir masajes con aceite de oliva.

—¿No tenéis ganas de releer vuestra obra?

—Solo los autores mediocres se contemplan en el espejo de sus frases. ¿A qué se debe ese viaje, majestad?

—«Regresa a menudo a Abydos —exigió mi padre—, y vela por ese templo.» He descuidado sus órdenes y debo ocuparme de ese santuario.

—Hay algo más.

—A la pregunta: «¿Qué es un faraón?», Seti respondía: «El que hace feliz a su pueblo». ¿Cómo lograrlo? Llevando a cabo actos benéficos para el príncipe y para los dioses, de modo que repercutan en los hombres.

—¿No será la reina quien os ha recomendado actuar así?

—Con ella y para ella quiero levantar una obra que produzca esa energía luminosa que tanto necesitamos, y que protegerá a Egipto y a Nubia de la desgracia.

—¿Se ha elegido ya el lugar?

—Hator marcó con su presencia un lugar llamado Abu Simbel, en el corazón de Nubia. Encarnándose en la piedra, la dama de las estrellas ha revelado el secreto de su amor. Es lo que quiero ofrecer a Nefertari, para que se convierta para siempre en la dama de Abu Simbel.

Barbudo, con los cabellos hirsutos, sentado sobre los talones, con las rodillas dobladas ante él, el cocinero utilizaba una hoja de palmera para atizar el fuego de un brasero en el que cocinaba una oca; en el pico y el cuello del ave había hundido un espetón para mantenerla derecha sobre las brasas. Cuando hubiera terminado, desplumaría un pato, lo vaciaría, le cortaría la cabeza, la punta de las alas y las patas y lo ensartaría para asarlo a fuego lento.

Una noble dama le llamó.

—¿Están reservadas todas vuestras aves?

—Casi todas.

—¿Si os encargo un pato, podréis preparármelo enseguida?

—Es que... estoy muy ocupado.

Dolente, la hermana de Ramsés, se ajustó el tirante de su túnica, que tendía a resbalar; luego, la mujer alta y morena depositó un pote de miel a los pies del cocinero.

—Tu disfraz es perfecto, Chenar. Si no me hubieras citado este lugar, no te habrían reconocido.

—¿Te has enterado de algo esencial?

—Eso creo... Asistí a la gran audiencia de la pareja real.

—Vuelve dentro de dos horas; te daré el pato, cerraré la tienda y me seguirás. Te llevaré hasta Ofir.

Junto a los almacenes, el barrio de los cocineros y carniceros solo recuperaba la calma al caer la noche. Algunos aprendices, muy cargados, se dirigían hacia las mansiones de los ricos para entregar hermosas piezas de carne que se servirían en los banquetes.

Chenar tomó una desierta calleja, se detuvo ante una puerta baja pintada de azul y dio cuatro golpes espaciados. Cuando se abrió, le hizo una señal a Dolente para que se apresurara. La mujer morena entró en un local de techo bajo, lleno de cestos. Chenar levantó una trampilla, y su hermana y él bajaron por una escalera de madera que llevaba a un sótano.

Cuando vio al mago Ofir, Dolente se prosternó y besó el vuelo de su toga.

—¡Temía no volver a veros!

—Os prometí que volvería. Jornadas de meditación en la Ciudad del Sol han fortalecido mi fe en Atón, el dios único que, mañana, reinará en este país.

Con los ojos extasiados, Dolente contempló al mago con rostro de ave de presa. El profeta de la verdadera fe la fascinaba. Mañana, su fuerza guiaría al pueblo. Mañana, derribaría a Ramsés.

—Vuestra ayuda nos es de gran utilidad —dijo Ofir con voz suave y profunda—: ¿cómo luchar, sin vos, contra ese tirano impío y detestado?

—Ramsés ya no desconfía de mí; estoy convencida, incluso, de que me concede de nuevo su confianza, a causa de mi intervención favorable en el proceso de su amigo Moisés.

—¿Cuáles son las intenciones del rey?

—Ha confiado la gestión de los protectorados del norte a los hijos reales, que están a las ordenes de Acha.

—¡Maldito diplomático! —rugió Chenar—; me engañó y se burló de mí. Me vengaré, le pisotearé, voy a...

—Hay cosas más urgentes —interrumpió Ofir con sequedad—. Escuchemos a Dolente.

La hermana de Ramsés se sentía orgullosa de desempeñar un papel principal.

—La pareja real va a emprender un largo viaje.

—¿Adónde se dirigen?

—Al Alto Egipto y Nubia.

—¿Conocéis el motivo?

—Ramsés quiere hacer un regalo extraordinario a la reina. Un templo, al parecer.

—¿Es la única razón del desplazamiento?

—El faraón quiere reanimar las potencias divinas, reunirlas, exaltar su energía y tejer una red protectora para extenderla sobre Egipto.

Chenar rió sarcástico.

—¿Mi amado hermano ha perdido la razón?

—No —protestó Dolente—, se siente amenazado por adversarios misteriosos; no le queda más remedio que apelar a los dioses y formar un ejército invisible para luchar contra esos enemigos que tanto teme.

—Se está volviendo loco y se hunde en la demencia —estimó Chenar—. Un ejército de divinidades... ¡es ridículo!

El hermano del rey sintió sobre sí la helada mirada de Ofir.

—Ramsés es consciente del peligro —dijo Ofir.

—No iréis a creer que...

Chenar se calló. Del mago emanaba una terrible violencia; por un instante, el hermano mayor del monarca no dudó de los poderes ocultos del libio.

—¿Quién protege al pequeño Kha? —preguntó Ofir a Dolente.

—Setaú, el encantador de serpientes. Transmite su ciencia al hijo de Ramsés y le ha rodeado de fuerzas que le ponen a cubierto de toda agresión, venga de donde venga.

—Las serpientes detentan la magia de la tierra —reconoció Ofir—; quien las trata la conoce. Gracias al pincel del niño conseguiré, sin embargo, destruir ese sistema defensivo. Pero necesitaré más tiempo del previsto.

El corazón de Dolente se rebeló ante la idea de que Kha tuviese que sufrir por esa guerra de espíritus; pero su razón se inclinó ante la estrategia del mago. Aquella agresión debilitaría a Ramsés, reduciría su ka y tal vez le obligara a abdicar. Fuera cual fuese la crueldad del ataque, Dolente no se opondría.

—Tenemos que separarnos —estimó Ofir.

Dolente se asió a la túnica del mago.

—¿Cuándo volveré a veros?

—Chenar y yo saldremos por algún tiempo de la capital; no podemos permanecer mucho en un mismo lugar. Seréis la primera en enteraros de nuestro regreso. Mientras, seguid recogiendo informaciones.

—Continuaré propagando la verdadera fe —afirmó ella.

—¿Existe preocupación más importante? —murmuró Ofir con una sonrisa de complicidad.

24

Para festejar la absolución de Moisés, los ladrilleros hebreos habían organizado un enorme banquete en el barrio popular donde residían. Panes triangulares, estofado de pichón, perdices rellenas, compota de higos, vino fuerte y cerveza fresca fueron ofrecidos a los comensales, que cantaron durante toda la noche, gritando varias veces el nombre de Moisés, convertido en el más popular de los hebreos.

Fatigado por el estruendo, éste se alejó del lugar de la fiesta cuando sus partidarios estuvieron demasiado ebrios para advertir su ausencia. Moisés sentía la necesidad de estar solo para pensar en las luchas que se anunciaban; convencer a Ramsés de que permitiera salir de Egipto a todo el pueblo hebreo no sería fácil. Sin embargo, tenía que llevar a cabo, a toda costa, la misión que Yahvé le había confiado; para lograrlo, movería montañas.

Moisés se sentó en el borde de la muela del barrio; dos hombres se dirigieron hacia él. Eran los dos beduinos, el calvo y barbudo Amos y el flaco Baduch.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Nos asociamos al festejo —declaró Amos—; ¿no es un momento de excepción?

—No sois hebreos.

—Podemos ser vuestros aliados.

—No os necesito.

—¿No sobrestima sus fuerzas tu clan? Sin armas, no conseguirás realizar tus sueños.

—Utilizaré ciertas armas, pero no las vuestras.

—Si los hebreos se alían con los beduinos —afirmó Baduch—, formarán un verdadero ejército.

—¿Para qué serviría?

—Para combatir a los egipcios y vencerlos.

—Peligroso sueño.

—¿Te atreves tú, Moisés, a criticar ese sueño? Sacar a tu pueblo de Egipto, desafiar a Ramsés, colocarte por encima de las leyes de este país... ¿No es ese un sueño igualmente condenable y peligroso?

—¿Quién te ha hablado de mis proyectos?

—Ni un solo ladrillero los ignora. Te atribuyen incluso la intención de enarbolar el estandarte de Yahvé, el dios guerrero, y apoderarte de las Dos Tierras.

—Los hombres deliran enseguida cuando un gran proyecto trastorna sus costumbres.

La astuta mirada de Baduch brilló con un fulgor malsano.

—No deja de ser cierto que piensas levantar a los hebreos contra la Administración egipcia.

—Apartaos ambos de mi camino.

—Te equivocas al rechazarnos, Moisés —insistió Amos—; tu pueblo se verá obligado a combatir y no tiene experiencia alguna en ese terreno. Podríamos servirle de instructores.

—Marchaos y dejadme meditar.
—Como quieras... Volveremos a vernos.

Viajando como simples campesinos y provistos de un salvoconducto expedido por Meba, los dos beduinos se detuvieron en un campamento, al sur de Pi-Ramsés. Comenzaban a degustar cebollas dulces, pan tierno y pescado seco cuando dos hombres se sentaron a su lado.
—¿Cómo ha terminado la entrevista? —preguntó Ofir.
—Ese Moisés es muy tozudo —confesó Amos.
—Amenazadle —exigió Chenar.
—De nada serviría. Debemos dejar que se suma en sus insensatos proyectos. En un momento u otro va a necesitarnos.
—¿Le han aceptado los hebreos?
—La absolución le ha convertido en héroe y los ladrilleros están convencidos de que va a defender, como antaño, sus derechos.
—¿Cómo juzgan su proyecto?
—Es muy discutido, pero calienta la sangre de algunos jóvenes que sueñan con la independencia.
—Alentémosles —dijo Chenar—; los disturbios debilitarán el poder de Ramsés. Si inicia una represión, le hará impopular.
Amos y Baduch eran los dos supervivientes de la red de espionaje que había actuado, en Egipto, durante varios años; al margen del circuito mercantil, no habían sido detectados por Serramanna. En el Delta disponían de un apoyo nada desdeñable.
La reunión entre Ofir, Chenar, Amos y Baduch era un verdadero consejo de guerra que señalaba la reanudación de la ofensiva contra Ramsés.
—¿Dónde están las tropas hititas? —preguntó Ofir.
—Según los confidentes beduinos —respondió Baduch—, acampan en sus posiciones, en el alto de Kadesh. La guarnición ha sido reforzada, en previsión de un ataque del ejército egipcio.
—Conozco a mi hermano —dijo Chenar con ironía—; no resistirá la tentación de seguir adelante.
Durante la batalla de Kadesh, Amos y Baduch, haciéndose pasar por prisioneros aterrorizados, habían mentido a Ramsés para llevarle hacia una trampa de la que no debería haber podido escapar. Guardaban de su fracaso un doloroso recuerdo que estaban impacientes por borrar.
—¿Cuáles son las consignas del Hatti? —preguntó el mago a Baduch.
—Desestabilizar a Ramsés por todos los medios.
Ofir sabía muy bien lo que significaba esa vaga orden. Por una parte, Egipto había reconquistado sus protectorados y los hititas no se sentían en condiciones de recuperarlos; por la otra, el hijo y el hermano del emperador debían librar una encarnizada batalla para adueñarse del poder que detentaba todavía el emperador Muwattali, ¿pero por cuánto tiempo?
La derrota de Kadesh, el fracaso de la contraofensiva en Canaán y en Siria, y la ausencia de reacción cuando Egipto recuperó esos territorios parecían demostrar que el Imperio hitita se debilitaba, a causa de sus desgarrones. Pero la triste realidad no impediría a Ofir proseguir su misión. Cuando Ramsés fuera herido de muerte, un nuevo ardor inflamaría el Hatti.
—Vosotros dos seguid infiltrando a los hebreos —ordenó Ofir a Baduch y Amos—. Que vuestros hombres se declaren adeptos de Yahvé e inciten a los ladrilleros a seguir a Moisés. Dolente, la hermana del rey, nos informará de la evolución de la corte durante la ausencia de la pareja real. Yo me encargaré de Kha, sean cuales sean las protecciones que le rodean.

—Yo me reservo a Acha —murmuró Chenar.

—Tenéis mejores cosas que hacer —estimó Ofir.

—¡Quiero matarle con mis propias manos antes de eliminar a mi hermano!

—¿Y si comenzarais por éste último?

La proposición del mago despertó en Chenar una nueva llamarada de odio hacia el tirano que le había robado el trono.

—Regreso a Pi-Ramsés para coordinar nuestros esfuerzos; vos, Chenar, dirigíos hacia el sur.

Chenar se rascó la barba.

—Retrasar a Ramsés... ¿Es esa vuestra intención?

—Espero más de vos.

—¿Con qué medios?

Ofir se veía obligado a revelar la estrategia de Muwattali.

—Los hititas invadirán el Delta, los nubios cruzarán la frontera y atacarán Elefantina. Ramsés no conseguirá apagar los incendios que encenderemos en varios lugares al mismo tiempo.

—¿Quién va a apoyarme?

—Una escuadra de guerreros bien entrenados que os esperan ya, cerca de la Ciudad del Sol, y unos jefes de tribu nubios, a los que cubrimos de regalos desde hace varios meses. Dirigiéndose a esa región, Ramsés ignora que se arroja de cabeza a una emboscada. Haced que no regrese vivo de ella.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Chenar.

—No creo en Dios ni en los dioses, pero comienzo a creer de nuevo en mi suerte. ¿Por qué no me habéis hablado antes de tan preciosos aliados?

—Tenía órdenes —dijo Ofir.

—¿Y hoy las transgredís?

—Confío en vos, Chenar. Ahora estáis al corriente de los objetivos que me han fijado.

Rabioso, el hermano de Ramsés arrancó briznas de hierba, las lanzó al viento, se levantó y dio algunos pasos. Por fin se le presentaba la posibilidad de actuar a su guisa, sin la presencia del mago. Ofir utilizaba en exceso la magia, la astucia y las fuerzas subterráneas; él, Chenar, adoptaría una estrategia menos complicada y más brutal.

Las ideas se amontonaban ya en su cabeza. Interrumpir el viaje de Ramsés de modo definitivo... No tenía otro objetivo.

Ramsés... Ramsés, el Grande, cuyo insolente éxito le roía el corazón. Chenar no se engañaba sobre sus propias insuficiencias, pero tenía una cualidad que ninguna desilusión había mellado: la obstinación. Su rencor, cada vez mayor, se adecuaba a la talla del adversario y le daba fuerzas para enfrentarse al dueño de las Dos Tierras.

Transido unos instantes por la paz de la campiña, Chenar vaciló.

¿Qué le reprochaba a Ramsés? Desde el comienzo de su reinado, el sucesor de Seti no había cometido falta alguna, ni contra su país ni contra su pueblo. Les había puesto a cubierto de la adversidad, se había comportado como un guerrero valeroso, había garantizado la prosperidad y la justicia.

¿Qué podía reprocharle, salvo que fuera Ramsés el Grande?

25

Durante un consejo que reunía a los principales representantes de la casta de los militares y la de los mercaderes, el emperador Muwattali recordó las palabras de uno de sus predecesores: «En nuestros días, el crimen se ha convertido en práctica habitual en la familia real; la reina ha sido asesinada, el hijo del rey ha sido asesinado también. Así pues, para evitar semejantes dramas es necesario imponer una ley: que nadie mate a un miembro de la familia real, que nadie desenvaine la espada o el puñal contra él, y pongámonos de acuerdo para encontrar un sucesor al soberano».

Afirmando con fuerza que todavía no había llegado el momento de su sucesión, el emperador se alegró de que el tiempo de los crímenes hubiera concluido y renovó su confianza en Hattusil, su hermano, y en Uri-Techup, su hijo. Confirmó a éste último su función de comandante en jefe del ejército; y a su hermano le encargó que estimulara la economía y mantuviera sólidos vínculos con los aliados extranjeros del Hatti. Dicho de otro modo, le arrebataba a Hattusil el poder militar y hacía intocable a Uri-Techup.

Viendo la sonrisa triunfante de Uri-Techup y el desilusionado rostro de Hattusil, no era difícil identificar al sucesor que Muwattali había elegido, sin pronunciar su nombre.

Cansado y encorvado, envuelto en su manto de lana roja y negra, el emperador no comentó sus decisiones y se retiró, rodeado de su guardia personal.

Loca de rabia, la hermosa sacerdotisa Putuhepa pisoteó los pendientes de plata que su marido, Hattusil, le había regalado la víspera.

—¡Es increíble! Tu hermano, el emperador, te echa por los suelos y ni siquiera lo sabías...

—Muwattali es un hombre reservado... Y mantengo importantes funciones.

—Sin el ejército, no eres más que un pelele sometido a la voluntad de Uri-Techup.

—Tengo buenas amistades entre los generales y los oficiales de las fortalezas que protegen nuestra frontera.

—¡Pero el hijo del emperador reina ya como dueño en la capital!

—Uri-Techup asusta a los espíritus razonables.

—¿Cuántas riquezas tendremos que ofrecerles para que no se pasen a su bando?

—Los mercaderes nos ayudarán.

—¿Por qué ha cambiado de opinión el emperador? Parecía hostil a su hijo y había aprobado mi proyecto de suprimirle.

—Muwattali nunca actúa por una cabezonada —recordó Hattusil—; sin duda habrá tenido en cuenta las amenazas de la casta militar. La ha apaciguado devolviendo a Uri-Techup sus antiguos privilegios.

—¡Es aberrante! Ese loco por la guerra los aprovechará para hacerse con el poder.

Hattusil reflexionó largo rato.

—Me pregunto si el emperador no habrá intentado transmitirnos un mensaje de un modo sutil. Uri-Techup se convierte en el hombre fuerte del Hatti, así pues, nosotros le pareceremos algo desdeñable. ¿No es este el mejor momento para acabar con él? Estoy convencido de que el emperador te está recomendando que te apresures. Tenemos que actuar, y hay que hacerlo enseguida.

—Esperaba que Uri-Techup viniera, algún día, a orar en el templo de la diosa Ishtar, para interrogar a los especialistas en adivinación. Con este nombramiento, se hace urgente consultar las entrañas de buitre. El nuevo jefe del ejército hitita debe de estar impaciente por conocer su porvenir. Yo me encargaré de todo. Cuando le haya matado, explicaré que ha sido víctima de la cólera del cielo.

Cargados de estaño, telas y productos alimenticios, los asnos entraban en la capital hitita con paso lento y regular. Los jefes de las caravanas los llevaban hacia una factoría donde un mercader comprobaba la lista y la cantidad de los productos, establecía reconocimientos de deuda, firmaba contratos y amenazaba a los morosos con procedimientos judiciales.

El principal representante de la casta de los mercaderes, un sesentón obeso, deambulaba por el barrio comercial. Su atenta mirada observaba las transacciones y no dejaba de intervenir en caso de litigio. Cuando Hattusil se interpuso en su camino, perdió su sonrisa comercial. Con los cabellos sujetos por una cinta, vestido con una tela multicolor, el hermano del emperador parecía más nervioso que de costumbre.

—Malas noticias —reconoció el mercader.

—¿Problemas con vuestros proveedores?

—No, mucho peor: con Uri-Techup.

—Pero... ¡El emperador me confió a mí la gestión de la economía!

—A Uri-Techup no parece importarle en absoluto.

—¿Qué malversaciones ha cometido?

—El hijo del emperador ha decidido cobrar un nuevo impuesto por cada transacción comercial, para poder pagar mejor a sus soldados.

—Presentaré una enérgica protesta.

—Será inútil, es demasiado tarde.

Hattusil era un náufrago perdido en la tormenta; por primera vez, el emperador no le había dicho nada al respecto y él, su propio hermano, se enteraba de algo importante no por boca de Muwattali sino en el exterior.

—Solicitaré al emperador que anule el impuesto.

—Fracasaréis —predijo el mercader—. Uri-Techup desea restaurar el poderío militar hitita aplastando a la casta de los mercaderes y despojándola de sus riquezas.

—Me opondré.

—Que los dioses os ayuden, Hattusil.

Desde hacía más de tres horas, Hattusil esperaba en una pequeña y fría sala del palacio del emperador. Por lo general, entraba sin ceremonias en los aposentos privados de su hermano; esta vez, dos miembros de la guardia personal de Muwattali le habían impedido el acceso, y un chambelán había escuchado su petición sin prometerle nada.

Pronto anochecería. Hattusil se dirigió a uno de los guardias.

—Avisad al chambelán, no aguardaré más.

El soldado vaciló, consultó con la mirada a su compañero y, luego, desapareció unos instantes. El otro parecía dispuesto a atravesar a Hattusil con su lanza si intentaba abrirse paso.

El chambelán reapareció, escoltado por seis guardias de rostros hostiles. El hermano del emperador pensó que iban a detenerle y a arrojarle a un calabozo del que no volvería a salir.

—¿Qué deseáis? —preguntó el chambelán.

—Ver al emperador.

—¿No os he dicho que hoy no recibía a nadie? Es inútil que sigáis esperando.

Hattusil se alejó, los guardias no se movieron.

Cuando salía de palacio, se cruzó con un Uri-Techup que parecía lleno de vigor. Con la ironía en los labios, el comandante en jefe del ejército hitita ni siquiera saludó a Hattusil.

Desde lo alto de la terraza del palacio, el emperador Muwattali contempló su capital, Hattusa. Enorme roquedal fortificado en el corazón de áridas estepas, había sido edificada para dar testimonio de la existencia de una fuerza invencible. Al verla, cualquier invasor daría media vuelta. Nadie se apoderaría de sus torres, nadie llegaría a la acrópolis imperial que dominaba los templos de las divinidades.

Nadie, salvo Ramsés.

Desde que aquel faraón había subido al trono de Egipto, hacía vacilar la gran fortaleza y daba severos golpes al imperio. La horrible hipótesis de la derrota atravesaba, a veces, el espíritu de Muwattali; en Kadesh, había evitado el desastre, ¿pero seguiría acompañándole la suerte? Ramsés era joven, conquistador, el cielo le amaba y no soltaría su presa antes de haber eliminado la amenaza hitita.

Él, Muwattali, el jefe de un pueblo guerrero, debía contemplar otra estrategia.

El chambelán anunció la visita de Uri-Techup.

—Que entre.

Los marciales pasos del militar hicieron vibrar las losas de la terraza.

—¡Que el dios de la tormenta vele por vos, padre mío! El ejército pronto estará listo para reconquistar el territorio perdido.

—¿No acabas de decretar un nuevo impuesto que descontenta a los mercaderes?

—Son cobardes y aprovechados. Sus riquezas servirán para fortalecer nuestro ejército.

—Intervienes en un territorio que confié a Hattusil.

—¡Qué me importa Hattusil! ¿No os habéis negado a recibirle?

—No tengo por qué justificar mis decisiones.

—Me habéis elegido como sucesor, padre mío, y habéis hecho bien. El ejército está entusiasmado y el pueblo se ha tranquilizado. Contad conmigo para asegurar nuestro poder y terminar con los egipcios.

—Conozco tu valor, Uri-Techup, pero te queda mucho por aprender; la política exterior del Hatti no se reduce a un perpetuo conflicto con Egipto.

—Solo existen dos clases de hombres: los vencedores y los vencidos. Los hititas solo pueden pertenecer a la primera categoría. Gracias a mí, triunfaremos.

—Limítate a obedecer mis órdenes.

—¿Cuándo atacaremos?

—Tengo otros proyectos, hijo mío.

—¿Por qué demorar un conflicto que el imperio exige?

—Porque debemos negociar con Ramsés.

—Nosotros, los hititas, negociando con el enemigo... ¿Habéis perdido la cabeza, padre mío?

—Te prohíbo que me hables en ese tono —se encolerizó Muwattali—. Arrodíllate ante el emperador y preséntale tus excusas.

Uri-Techup permaneció inmóvil, con los brazos cruzados.

—Obedece o...

Jadeando, con los labios deformados por un rictus y mirando al vacío, Muwattali se llevó las manos al pecho y cayó sobre el enlosado.

Uri-Techup se limitó a observarle.

—Mi corazón... Mi corazón es como una piedra... Llama al médico de palacio...

—Exijo plenos poderes. En adelante, yo daré las órdenes al ejército.

—Un médico, pronto...

—Renunciad a reinar.

—Soy tu padre... ¿Vas a dejarme... morir?

—¡Renunciad a reinar!

—Re... renuncio. Tienes... mi palabra.

26

El consejo de los jefes de tribu escuchó a Moisés con atención. La absolución había aumentado su popularidad en tales proporciones que la voz de aquel a quien llamaban «el profeta» debía ser escuchada.

—Dios te ha protegido —afirmó Libni con voz ronca—; dirígele alabanzas y consagra a la oración el resto de tu existencia.

—Conoces mis verdaderas intenciones.

—No tientes tu suerte, Moisés.

—Dios me ordenó que sacara de Egipto al pueblo de Israel, y le obedeceré.

Aarón golpeó el suelo con su bastón.

—Moisés tiene razón: debemos obtener nuestra independencia. Cuando vivamos en nuestra tierra, conoceremos por fin la felicidad y la prosperidad. Salgamos todos juntos de Egipto; cumplamos la voluntad de Yahvé.

—¿Por qué arrastrar a nuestro pueblo por el camino de la desgracia? —se rebeló Libni—. El ejército terminará con los insurrectos, la policía detendrá a los insumisos.

—Alejemos el miedo —recomendó Moisés—; en nuestra fe encontraremos fuerzas para vencer al faraón y evitar su cólera.

—¿No nos basta con seguir a Yahvé aquí, en la tierra donde hemos nacido?

—Dios se manifestó y me habló —recordó Moisés—; Él ha trazado vuestro destino. Rechazarlo nos llevaría a la perdición.

Kha estaba fascinado. Setaú le hablaba de la energía concentrada en las estatuas de las divinidades, que circula por el universo y anima a todos los seres, desde el grano de arena a la estrella. El hijo mayor de Ramsés, en el interior de los templos a los que Setaú le permitía entrar, no podía apartarse de la contemplación de su cuerpo de piedra.

El niño estaba maravillado. Un sacerdote le había exigido que se purificara la boca con natrón, después le había purificado las manos y los pies y le había revestido con un paño blanco. En cuanto dio los primeros pasos por el interior del santuario, mundo perfumado y silencioso, Kha percibió la presencia de una fuerza extraña, aquella «magia» que vinculaba entre sí los elementos de la vida y con la que el faraón se alimentaba para alimentar a su vez a su pueblo.

Setaú le mostró a Kha el laboratorio del templo de Amón, cuyos muros estaban cubiertos de textos que revelaban los secretos de fabricación de los ungüentos rituales y los remedios utilizados por los dioses para cuidar el ojo de Horus, de modo que el mundo no se viera privado de luz.

Kha leía con avidez los textos y conservaba en la memoria un máximo de jeroglíficos; le hubiera gustado permanecer en los santuarios para estudiarlos con detalle. Gracias a aquellos signos portadores de vida se transmitía la sabiduría de los antiguos.

—Aquí se revela la verdadera magia —advirtió Setaú—; es el arma que Dios ha dado a los hombres para desviar la desgracia y no sufrir la fatalidad.

—¿Es posible escapar a tu destino?

—No, pero podemos vivirlo conscientemente; ¿no es eso rechazar los golpes de la suerte? Si sabes hacer que lo cotidiano sea mágico, dispondrás de una fuerza que te permitirá conocer los secretos del cielo y de la tierra, del día y de la noche, de las montañas y del río; comprenderás el lenguaje de los pájaros y los peces, renacerás al alba en compañía del sol y verás el poder divino planeando sobre las aguas.

—¿Me enseñarás las fórmulas de conocimiento?

—Tal vez, si eres perseverante y sales victorioso del combate contra la vanidad y la pereza.

—Lucharé con todas mis fuerzas.

—Tu padre y yo nos vamos al Gran Sur y estaremos ausentes varios meses.

Kha puso mala cara.

—Me gustaría que te quedaras y me enseñases la verdadera magia.

—Transforma esta prueba en conquista. Vendrás aquí cada día y te impregnarás de los signos sagrados que viven en la piedra; así estarás protegido contra cualquier agresión exterior. Para mayor seguridad, te proporcionaré un amuleto y un tejido protector.

Setaú levantó la tapa de un cofre de madera dorada y sacó un amuleto en forma de tallo de papiro, que simbolizaba el vigor y el florecimiento. Lo sujetó a un cordón y lo puso alrededor del cuello de Kha. Luego desenrolló una venda y, con tinta fresca, dibujó un ojo sano y completo; cuando la tinta estuvo seca, enrolló el tejido en la muñeca izquierda del muchacho.

—Procura no perder este amuleto ni este papiro; impedirán que las energías negativas penetren en tu sangre. Han sido cargados de fluido por los sacerdotes magnetizadores y actúan de modo preventivo.

—¿Las serpientes tienen esas fórmulas?

—Saben más que nosotros sobre la vida y la muerte, las dos vertientes de la realidad; percibir su mensaje es el inicio de toda ciencia.

—Quisiera ser tu aprendiz y preparar remedios.

—Tu destino no es curar, sino reinar.

—¡No quiero reinar! Lo que me gustan son los jeroglíficos y las fórmulas de conocimiento. Un faraón debe ver a mucha gente y resolver demasiados problemas. Yo prefiero el silencio.

—La existencia no se doblega a nuestros deseos.

—¡Claro que sí, porque tenemos la magia!

Moisés almorzaba con Aarón y dos jefes de tribu, seducidos por la idea del éxodo.

Llamaron a la puerta. Aarón abrió e inmediatamente Serramanna cruzó el umbral.

—¿Está aquí Moisés?

Los dos jefes de tribu se colocaron ante el profeta.

—Sígueme, Moisés.

—¿Adónde le llevas? —preguntó Aarón.

—Eso no es cosa vuestra. No me obliguéis a utilizar la fuerza.

Moisés se adelantó.

—Iré contigo, Serramanna.

El sardo hizo subir al hebreo en su carro. Escoltado por otros dos vehículos de la guardia, salió a buen paso de Pi-Ramsés, atravesó los cultivos y se dirigió hacia el desierto.

Serramanna se detuvo al pie de un montículo que dominaba una extensión de arena y piedras.

—Trepa hasta la cima, Moisés.
La ascensión no presentaba dificultad alguna.
Ramsés aguardaba sentado en un bloque erosionado por los vientos.
—Me gusta el desierto tanto como a ti, Moisés. ¿No vivimos horas inolvidables en el Sinaí?
El profeta se sentó junto al faraón y ambos miraron en la misma dirección.
—¿Qué dios te posee, Moisés?
—El Dios único, el verdadero Dios.
—Instruyéndote en la sabiduría de Egipto, habías abierto tu espíritu a las múltiples facetas de lo divino.
—No pienses devolverme al pasado. Mi pueblo tiene un porvenir y debe cumplirse fuera de Egipto. Permite que los hebreos se dirijan al desierto, a tres días de camino, para hacer un sacrificio a Yahvé.
—Sabes muy bien que es imposible. Semejante estancia exigiría una importante protección del ejército. En las actuales circunstancias, no puede descartarse una expedición de beduinos que causaría numerosas víctimas entre una población sin armas.
—Yahvé nos protegerá.
—Los hebreos son mis súbditos, soy responsable de su seguridad.
—Somos tus prisioneros.
—Los hebreos son libres de ir y venir a su albedrío, de entrar y salir de Egipto, si respetan la ley. Lo que me pides, en tiempos de guerra, no es razonable. Además, muchos no te seguirían.
—Guiaré a mi pueblo hacia la Tierra que les ha sido prometida.
—¿Dónde se encuentra?
—Yahvé nos lo revelará.
—¿Tan desgraciados son los hebreos en Egipto?
—No importa. Solo cuenta la voluntad de Yahvé.
—¿Por qué tanta rigidez? En Pi-Ramsés existen santuarios donde son acogidos los dioses extranjeros. Los hebreos pueden vivir su creencia como deseen.
—Eso no nos basta; Yahvé no tolera la presencia de falsos dioses.
—¿No está extraviándote, Moisés? En nuestro país, desde siempre, los sabios han venerado la unidad de lo divino en su Principio y su multiplicidad en la manifestación. Akenatón cometió un error cuando intentó imponer a Atón en detrimento de las demás potencias creadoras.
—Su doctrina renace hoy, purificada de sus escorias.
—Promover un dios único y exclusivo impediría los intercambios de divinidades entre países y ajaría la esperanza de fraternidad entre los pueblos.
—Yahvé es el protector y el auxilio de los justos.
—¿Olvidas a Amón? Expulsa el mal, escucha la oración de quien le implora con un corazón amante, acude enseguida hacia quien le llama. Amón es el médico que devuelve la vista al ciego sin utilizar remedios, nadie escapa a su mirada, es a la vez uno y múltiple.
—Los hebreos no veneran a Amón sino a Yahvé; y Yahvé los conducirá hacia su destino.
—Una doctrina rígida conduce a la muerte, Moisés.
—Mi decisión está tomada y la mantendré. Esa es la voluntad de Dios.
—¿No es vanidad creer que eres su único depositario?
—Tu opinión no me importa.
—Entonces, este es el final de nuestra amistad.

—Los hebreos me elegirán como su jefe; tú eres dueño del país que nos mantiene prisioneros. Sean cuales sean la amistad y la estima que sienta por ti, deben desaparecer ante mi misión.

—Obstinándote, transgredirás la Regla de Maat.

—¡Y qué importa!

—¿Te consideras superior a la norma eterna del universo, que ya existía antes de la humanidad y perdurará cuando se extinga?

—La única ley que respetan los hebreos es la de Yahvé. ¿Nos concedes la autorización para ir al desierto y celebrar sacrificios en su honor?

—No, Moisés; durante la guerra contra los hititas, me está prohibido correr semejante riesgo. Ningún trastorno debe desorganizar nuestro sistema defensivo.

—Si sigues negándote, Yahvé animará mi brazo y realizaré prodigios que sumirán tu país en la desesperación.

Ramsés se levantó.

—Amigo, añade a tus certidumbres la siguiente: jamás cederé al chantaje.

27

La caravana avanzaba por una zona árida. La embajada egipcia, compuesta por unos treinta hombres a caballo, escribas y militares, y un centenar de asnos cargados de presentes, caminaba entre dos paredes rocosas en las que se habían grabado figuras gigantescas de guerreros hititas que se dirigían al sur, a Egipto. Acha leyó la inscripción: «El dios de la tormenta enseña el camino a los guerreros y les da la victoria».

Varias veces, el jefe de la diplomacia egipcia había tenido que arengar al grupo, asustado por angustiantes paisajes y por la presencia de fuerzas oscuras que recorrían los bosques, los collados y los macizos montañosos. Aunque tampoco él se sintiera muy cómodo, Acha apretaba el paso, feliz por haber evitado las pandillas de desvalijadores que actuaban en la región.

La embajada salió del desfiladero, flanqueó un río, pasó ante unas rocas, también decoradas con anatolios en postura agresiva, y avanzó luego por una llanura batida por los vientos. A lo lejos divisaron un promontorio en el que se había construido una fortaleza, enorme y amenazador mojón fronterizo del imperio.

Los propios asnos dudaron en proseguir; su guardián desplegó todas sus facultades de persuasión para convencerlos de que siguieran hacia el siniestro edificio.

En las almenas había arqueros dispuestos a disparar. Acha ordenó a los miembros de la delegación que descabalgaran y dejaran las armas en el suelo.

El heraldo dio unos pasos hacia la entrada de la plaza fuerte blandiendo un estandarte multicolor.

Una flecha rompió el asta del estandarte, otra se clavó a los pies del heraldo, una tercera le rozó el hombro. El hombre retrocedió haciendo muecas de dolor.

Los soldados egipcios recogieron enseguida sus armas.

—¡No! —aulló Acha—, ¡no las toquéis!

—No vamos a permitir que nos maten —protestó un oficial.

—Es un comportamiento anormal. Para que los hititas se muestren tan irritables y a la defensiva, es preciso que se hayan producido graves acontecimientos en el seno del imperio, ¿pero qué habrá ocurrido? Solo lo sabré tras haber hablado con el comandante de la fortaleza.

—Tras semejante recepción, no contaréis con...

—Tomad diez hombres y galopad hacia nuestras posiciones avanzadas: Encargaos de que las tropas de nuestros protectorados se pongan en estado de alerta, como si fueran a sufrir un ataque hitita y de que unos mensajeros informen al faraón de la situación, para que nuestra línea defensiva noreste se ponga en pie de guerra. En cuanto sea posible, haré llegar más información.

Muy feliz por dirigirse a una región más acogedora, el oficial designó inmediatamente a los diez hombres, se llevó al heraldo herido y condujo a la escuadra a todo galope.

A los que se quedaron con Acha no les llegaba la camisa al cuerpo. Éste redactó en un papiro un texto en caracteres hititas, dando su nombre y sus títulos, fijó el documento en la punta de la flecha e hizo que un arquero la disparara mandándola al pie de la puerta de la fortaleza.

—Tengamos paciencia —recomendó Acha—; o nos reciben para discutir o acaban con nosotros.

—Pero... ¡Somos una embajada! —recordó un escriba.

—Si los hititas exterminan a los diplomáticos que solicitan conversar, querrá decir que se habrá iniciado una nueva fase de la guerra. ¿No es una información capital?

El escriba tragó saliva.

—¿No podríamos batirnos en retirada?

—Sería indecente. Representamos a la diplomacia de su majestad.

Poco convencidos por la magnitud del argumento, el escriba y sus colegas tenían la carne de gallina.

La puerta de la fortaleza se abrió, dando paso a tres jinetes hititas.

Un oficial con casco, que llevaba una gruesa coraza, recogió el mensaje y lo leyó. Luego ordenó a sus hombres que rodearan a los egipcios.

—Seguidnos... —ordenó.

El interior de la fortaleza era tan siniestro como el exterior. Paredes frías, estancias gélidas, una armería, dormitorios, infantes entrenándose... La asfixiante atmósfera le puso a Acha un nudo en la garganta, pero alentó a los miembros de su embajada, que se consideraban ya prisioneros.

Tras una breve espera, el oficial del casco reapareció.

—¿Quién es el embajador Acha?

Éste se adelantó.

—El comandante de la fortaleza quiere veros.

Acha fue conducido a una habitación cuadrada, caldeada por una chimenea. Junto al fuego había un hombre de pequeña estatura, cubierto por un manto de gruesa lana.

—Bienvenido al Hatti; me satisface volver a veros, Acha.

—¿Puedo confesaros mi sorpresa al encontraros aquí, Hattusil?

—¿Cuál es la misión del ministro de Asuntos Exteriores del faraón?

—Ofrecer al emperador gran cantidad de presentes.

—Estamos en guerra... Es un gesto más bien insólito.

—¿Debe durar eternamente el conflicto entre nuestros dos países?

Hattusil no ocultó su sorpresa.

—¿Qué debo entender?

—Que me gustaría ser recibido por el emperador para hablarle de las intenciones de Ramsés.

Hattusil se calentó las manos.

—Será difícil... Muy difícil.

—¿Queréis decir que será imposible?

—Regresad a Egipto, Acha... No, no puedo dejaros partir...

Frente al desconcierto de su huésped, Acha levantó el velo.

—He venido a ofrecerle la paz a Muwattali.

Hattusil se volvió.

—¿Es una trampa o una broma?

—El faraón está convencido de que se trata del mejor camino, tanto para Egipto como para el Hatti.

—¿Ramsés quiere... la paz? ¡Inverosímil!

—Me toca convenceros y dirigir las negociaciones.

—Renunciad a ello, Acha.

—¿Por qué razón?

Hattusil evaluó la sinceridad de su interlocutor. Sabía que había llegado a un punto en el que ya no arriesgaba nada diciendo la verdad.

—El emperador ha sido víctima de una crisis cardiaca. Privado del uso de la palabra, paralizado, es incapaz de gobernar.

—¿Quién ejerce el poder?

—Su hijo, Uri-Techup, comandante supremo de las fuerzas armadas.

—¿No confiaba en vos Muwattali?

—Me confió la economía y la diplomacia.

—Así pues, sois el interlocutor más adecuado.

—Ya no soy nada, Acha; mi propio hermano me cerraba su puerta. En cuanto me informaron de su estado de salud, me refugié aquí, en esta fortaleza cuya guarnición me es fiel.

—¿Se proclamará emperador Uri-Techup?

—En cuanto Muwattali muera.

—¿Por qué renunciar a la lucha, Hattusil?

—Ya no tengo medios.

—¿Está todo el ejército bajo la influencia de Uri-Techup?

—Algunos oficiales temen su temperamento extremista, pero están condenados al silencio.

—Estoy dispuesto a dirigirme a vuestra capital para hacer proposiciones de paz.

—¡Uri-Techup ignora la palabra «paz»! No tenéis ninguna posibilidad de lograrlo.

—¿Dónde está vuestra esposa, Putuhepa?

—No ha salido de Hattusa.

—¿No es una imprudencia?

Hattusil se volvió de nuevo hacia el hogar.

—Putuhepa tiene un plan para frenar el ascenso de Uri-Techup.

La noble y orgullosa Putuhepa meditaba desde hacía tres días en el templo de Ishtar. Cuando el especialista en adivinación depositó en el altar el cadáver de un buitre abatido por un arquero, comprendió que había llegado su hora.

Con una diadema de plata en el pelo, envuelta en una larga túnica granate, Putuhepa asió el mango del puñal que clavaría en la espalda de Uri-Techup cuando se inclinara sobre las entrañas del buitre, por invitación del adivino.

La hermosa sacerdotisa había soñado con una paz imposible, con una reconciliación entre todas las fuerzas vivas del Hatti y con una tregua con Egipto; pero la propia existencia de Uri-Techup reducía a la nada esos proyectos.

Sólo ella podía impedir que aquel demonio llevara a cabo su obra de destrucción, sólo ella podía ofrecer el poder a su marido Hattusil, que devolvería al imperio al camino de la razón.

Uri-Techup hizo su entrada en el santuario.

Putuhepa se ocultaba tras una gruesa columna, cerca del altar.

El hijo del emperador no estaba solo. Cuatro soldados se encargaban de su protección. Despechada, Putuhepa debería haber renunciado y haber abandonado el templo sin que la vieran; ¿pero tendría una ocasión mejor? En adelante, Uri-Techup no correría ya el menor riesgo. Si era lo bastante rápida, ella, la esposa de Hattusil, conseguiría acabar con el futuro déspota, pero sería abatida por sus guardas de corps.

Evitar ese sacrificio hubiera sido una cobardía. Debía pensar en el porvenir de su país, no en su propia existencia.

El adivino abrió el vientre del buitre, del que brotó un espantoso hedor. Hundió las manos en sus entrañas y las extendió sobre el altar.

Uri-Techup se aproximó, dejando unos metros entre él y sus guardas. Putuhepa estrechó con fuerza el mango del puñal y se preparó para dar un salto; debía mostrarse tan rápida como un gato salvaje y poner toda su energía en su gesto asesino.

El grito del adivino la dejó petrificada. Uri-Techup retrocedió.

—¡Señor, es horrible!

—¿Qué ves en esas entrañas?

—Debéis aplazar vuestros proyectos... El destino os es desfavorable.

Uri-Techup tuvo ganas de degollar al augur, pero los miembros de su guardia harían correr por todas partes la desfavorable predicción. En el Hatti, nadie prescindía de las conclusiones de los adivinos.

—¿Cuánto tiempo deberé esperar?

—Hasta que los presagios os sean favorables, señor.

Furioso, Uri-Techup abandonó el templo.

28

La corte estaba llena de contradictorios rumores sobre la partida de la pareja real hacia el sur; unos afirmaban que era inminente, otros que había sido retrasada sine die, debido a la incierta situación en los protectorados. Algunos pensaban incluso que el rey, a pesar de la presencia de los «hijos reales» a la cabeza de los regimientos, se vería obligado a volver a la guerra.

La luz penetraba a raudales en el despacho de Ramsés, que se recogía ante la estatua de su padre. En la gran mesa tenía varias misivas procedentes de Canaán y Siria del Sur. *Vigilante*, el perro amarillo dorado, dormía en el sillón de su dueño.

Ameni irrumpió en el despacho.

—¡Un mensaje de Acha!

—¿Lo has autentificado?

—Es su caligrafía y menciona mi nombre en criptografía.

—¿Cómo lo ha enviado?

—Uno de los miembros de su red lo ha traído desde el Hatti. Nadie más ha tenido el mensaje en sus manos.

Ramsés leyó el texto redactado por Acha y descubrió la magnitud de los trastornos que amenazaban con desgarrar el Imperio hitita. Ahora comprendía por que los precedentes despachos le habían hecho poner en estado de alerta los fortines de la frontera noreste.

—Los hititas están incapacitados para atacarnos, Ameni; la reina y yo podemos partir.

Provisto de su amuleto y de su texto mágico, Kha copiaba un problema de matemáticas que consistía en calcular el ángulo ideal de una pendiente para izar piedras a lo alto de un edificio en construcción, rodeado de colinas de tierra. Su hermana, Meritamón, se perfeccionaba, día tras día, en el arpa y encantaba a su hermano menor, Merenptah, que ya comenzaba a caminar vigilado por Iset la bella y *Matador*.

El enorme león nubio, con los ojos entornados, se complacía viendo deambular al hombrecillo, vacilante y torpe.

La fiera levantó la cabeza cuando Serramanna se presentó en el umbral del jardín. Percibiendo las intenciones pacíficas del sardo, se limitó a soltar un gruñido y volvió a su posición de esfinge.

—Me gustaría hablar con Kha —le dijo a Iset la bella.

—¿Acaso ha cometido... una falta grave?

—No, claro que no; pero podría ayudarme en mi investigación.

—En cuanto haya encontrado la solución de su problema, os lo enviaré.

Serramanna había progresado.

Sabía que un mago libio, llamado Ofir, había asesinado a la infeliz Lita, muerta por haber creído en un espejismo.

Convertido en portavoz de la herejía de Akenatón, se había ocultado tras esa doctrina para engañar mejor a ciertos espíritus y enmascarar su papel de espía al servicio de los hititas. Ya no se trataba de hipótesis sino de

certidumbres obtenidas gracias al interrogatorio de un mercader ambulante, caído en las redes de los hombres de Serramanna cuando se presentaba en el antiguo domicilio de Chenar, donde Ofir había estado oculto durante un largo período. El personaje sólo era, ciertamente, un modesto agente de la red hitita; como trabajaba de modo ocasional para el mercader sirio Raia, su superior directo que había regresado al Hatti, no había sido avisado del desmantelamiento de la organización oculta ni de la dispersión de sus miembros. Temiendo sevicias físicas, dijo todo lo que sabía cuando le preguntaron, permitiendo a Serramanna iluminar algunas zonas oscuras.

Pero seguían sin encontrar a Ofir, y Serramanna no estaba convencido de que Chenar hubiera muerto en el desierto. ¿Se habrían dirigido el mago hacia el Hatti, en compañía del hermano de Ramsés? La experiencia del sardo le había enseñado que los seres maléficos nunca acaban de causar daño y que su imaginación carecía de límites.

Kha se acercó al gigante y levantó los ojos hacia él.

—Eres muy grande y muy fuerte.

—¿Quieres contestar a mis preguntas?

—¿Conoces las matemáticas?

—Sé contar a mis hombres y las armas que les entrego.

—¿Sabes construir un templo o una pirámide?

—El faraón me confió otro papel: detener a los criminales.

—A mí me gusta escribir y leer los jeroglíficos.

—Precisamente deseaba hablarte del pincel que te robaron.

—Era mi preferido. Me hace mucha falta.

—Después del incidente, debiste de reflexionar. Estoy seguro de que tienes sospechas y me ayudarás a identificar al culpable.

—Sí, he reflexionado, pero no estoy seguro de nada. Acusar a alguien de robo es en exceso grave para hablar a la ligera.

La madurez del muchacho dejó pasmado al sardo; si realmente existía un indicio, Kha no lo habría desdeñado.

—¿Has advertido un comportamiento anormal en tu entorno? —insistió Serramanna.

—Durante unas semanas, tuve un nuevo amigo.

—¿Quién?

—El diplomático Meba. Se interesó mucho por mi trabajo y luego, de pronto desapareció.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro marcado del sardo.

—Gracias, príncipe Kha.

En Pi-Ramsés, como en las demás ciudades de Egipto, la fiesta de las flores era un día de regocijo popular. Superiora de todas las sacerdotisas, Nefertari no olvidaba que, desde la primera dinastía, el gobierno del país había descansado en un calendario de fiestas que celebraba el matrimonio del cielo y de la tierra. Gracias a los ritos que la pareja real llevaba a cabo, todo el pueblo participaba en la vida de los dioses.

En los altares de los templos, al igual que delante de todas las casas, el arte floral desplegaba su boato. Aquí, grandes ramos, ramas de palmera, adornos de cañas; allí, lotos, acianos, mandrágoras con sus largos tallos.

Bailando al son de tamboriles, redondos o cuadrados, manejando ramas de acacia, llevando guirnaldas de aciano y adormidera, las siervas de la diosa Hator recorrían las grandes arterias de la capital donde sus pies hollaban miles de pétalos.

La hermana de Ramsés, Dolente, había querido que la vieran junto a la reina, cuya belleza deslumbraba a quienes tenían la suerte de divisarla.

Nefertari pensaba en sus deseos, cuando era muchacha, de recluirse al servicio de una diosa, lejos del mundo. ¿Cómo habrían podido imaginar los deberes de una gran esposa real, cuyo peso era cada vez más abrumador?

La procesión se dirigía hacia el templo de Amón, saludada por alegres cánticos.

—¿Ha sido fijada ya la fecha de vuestra partida, majestad? —preguntó Dolente.

—Nuestro barco zarpará mañana mismo —respondió Nefertari.

—La corte está inquieta; se murmura que vuestra ausencia durará varios meses.

—Es posible.

—¿Iréis realmente... hasta Nubia?

—Esa es la decisión del faraón.

—¡Pero Egipto os necesita tanto!

—Nubia forma parte de nuestro país, Dolente.

—Una región peligrosa, a veces...

—No se trata de un viaje de placer.

—¿Cuál es la urgente tarea que os reclama lejos de la capital?

Nefertari sonrió soñadora.

—El amor, Dolente. Sólo el amor.

—No comprendo, majestad.

—Reflexionaba en voz alta —dijo la reina, lejana.

—Me gustaría tanto ayudaros... ¿Qué tarea puedo realizar durante vuestra ausencia?

—Ayudad a Iset, si lo desea; sólo siento no haber tenido bastante tiempo para ocuparme de la educación de Kha y de Meritamón.

—Que las divinidades os protejan tanto como les protegen a ellos.

En cuanto la fiesta hubiera terminado, Dolente ofrecería a Ofir las informaciones que había recogido. Abandonando la capital por un largo período, Ramsés y Nefertari cometían un error que sus enemigos sabrían explotar.

Acompañado por su portador de sandalias, Meba pensaba dar un largo paseo en barca por el lago de recreo de Pi-Ramsés. El diplomático necesitaba reflexionar contemplando las apacibles aguas.

Atrapado en un torbellino, Meba ya no era el mismo. ¿A qué aspiraba, sino a una existencia lujosa y tranquila, a un lugar preeminente en la alta función pública, donde dirigiría algunas hábiles intrigas para fortalecer su posición? Sin embargo, era miembro de una red de espionaje hitita, trabajaba para destruir Egipto... No, eso no lo había deseado.

Pero Meba tenía miedo. Miedo de Ofir, de su mirada gélida, de su apenas contenida violencia. No, ya no podía escapar de la trampa. Su porvenir pasaba por la caída de Ramsés.

El portador de sandalias llamó a un barquero que dormía en la ribera. Serramanna se interpuso.

—¿Puedo ayudaros, señor Meba?

El diplomático dio un respingo.

—No, no lo creo.

—¡Pues yo sí! Me gustaría mucho dar un paseo por ese maravilloso lago. ¿Me permitís que sea vuestro remero?

El poderío físico del sardo aterrorizaba a Meba.

—Como queráis.

Impulsada por Serramanna, la barca se alejó pronto de la orilla.

—¡Que delicioso lugar! Lamentablemente, vos y yo estamos sobrecargados de trabajo y no tenemos mucho tiempo para apreciarlo.

—¿Cuál es la razón de esta entrevista?

—Tranquilizaos, no tengo la menor intención de interrogaros.

—¡Interrogarme, a mí!

—Sólo necesito vuestra ilustrada opinión sobre un punto delicado.

—No estoy seguro de poder ayudaros.

—¿Os han informado de un extraño robo? Alguien ha hecho desaparecer uno de los pinceles de Kha.

Meba evitó la mirada del sardo.

—Desaparecer... ¿Estáis seguro?

—El testimonio del hijo mayor del rey es formal.

—Kha es sólo un niño.

—Me pregunto si no tendréis alguna idea, aunque sea vaga, sobre la identidad del ladrón.

—Es una pregunta insultante. Devolvedme inmediatamente a la orilla.

La sonrisa de Serramanna estaba llena de malicia.

—Ha sido un instructivo paseo, señor Meba.

29

En la proa de la nave real, Ramsés estrechaba tiernamente a Nefertari contra su pecho. La pareja real disfrutaba de unos momentos de intensa felicidad, comunicándose con el espíritu del río, el padre nutricio que nacía en los confines del universo y bajaba a tierra para transmitirle el flujo creador.

El nivel del agua era alto y la navegación rápida, gracias a un buen viento del norte. El capitán permanecía siempre ojo avizor, pues la corriente producía peligrosos remolinos; una mala maniobra podía provocar un naufragio.

La belleza de Nefertari maravillaba cada día más a Ramsés. En ella se unían la gracia y la autoridad soberana. Por ella se realizaba la milagrosa unión de un espíritu luminoso y un cuerpo perfecto. Aquel largo viaje hacia el sur sería el del amor que el rey sentía por una mujer sublime, cuya mera presencia encarnaba la serenidad, tanto para el faraón como para su pueblo. Desde que vivía con Nefertari, Ramsés comprendía por qué los sabios habían exigido que Egipto fuese dirigido por una pareja real, cuya mirada era una sola.

Tras nueve años de reinado, Ramsés y Nefertari se habían enriquecido por las pruebas, enamorados el uno del otro como cuando habían advertido que recorrían juntos los caminos de la vida y de la muerte.

Con el cabello al viento, vestida con una simple túnica blanca, Nefertari saboreaba los paisajes del Egipto Medio con admiración; palmerales, cultivos a orillas del agua, aldeas de casas blancas en las colinas encarnaban la suavidad de un paraíso que los justos descubrirían más allá del fallecimiento y que la pareja real debía procurar construir en la tierra.

—¿No temes que nuestra ausencia...?

—He consagrado la mayor parte de mi reinado al norte, ha llegado la hora de preocuparme por el sur; sin la unión de las Dos Tierras, Egipto no sobreviviría. Y esta guerra contra el Hatti me ha mantenido mucho tiempo lejos de ti.

—No ha terminado.

—Asia conocerá profundos trastornos; si existe una posibilidad de paz, ¿no hay que aprovecharla?

—Es la razón de la misión secreta de Acha, ¿no es cierto?

—Los riesgos que corre son inmensos. ¿Pero quién, si no, podría llevar a cabo una misión tan delicada?

—Estamos juntos, en la alegría y en la pesadumbre, en la esperanza y en el temor; que la magia de este viaje proteja a Acha.

Los pasos de Setaú resonaron en cubierta.

—¿Puedo importunaros?

—Acércate, Setaú.

—Me hubiera gustado quedarme junto a Kha; el muchacho se convertirá en un estupendo mago. Por lo que se refiere a su protección, no temáis: nadie podrá cruzar las defensas que he levantado.

—¿No os sentís impacientes, Loto y tú, por ver vuestra querida Nubia? —preguntó Nefertari.

—Alberga las más hermosas serpientes de la creación... ¿Sabéis que al capitán le preocupan los movimientos del agua? Piensa que estamos acercándonos a una zona peligrosa y desea dirigirse hacia la ribera cuando hayamos dejado atrás aquel islote herboso, en mitad del río.

El Nilo, tras una serie de meandros, pasó ante un acantilado donde anidaban los buitres, luego se alejó de la pared. Pronto apareció un semicírculo montañoso, que se extendía a lo largo de unos veinte kilómetros.

Nefertari se llevó la mano a la garganta.

—¿Qué pasa? —se preocupó Ramsés.

—Cierta dificultad para respirar... No es nada.

La embarcación dio una violenta sacudida a consecuencia de un remolino y empezó a bambolearse.

En la ribera se distinguían los degradados edificios de la capital abandonada de Akenatón.

—Acompaña a la reina hasta nuestra cabina y vela por ella —ordenó Ramsés a Setaú.

Aterrorizados, algunos marineros perdieron la cabeza. Uno cayó del palo mayor, cuando intentaba arriar una vela, y golpeó al capitán. Atontado, con los ojos extraviados, fue incapaz de dar consignas claras y de sus labios sólo brotaban órdenes contradictorias.

—¡Silencio! —ordenó Ramsés—. Todos a sus puestos, dirigiré la maniobra.

En unos minutos había aparecido el peligro. Los barcos de escolta, presas de la corriente contraria y sin comprender las razones de los bruscos movimientos del navío real, se encontraron de pronto alejados de él e incapaces de socorrerle.

Mientras la embarcación enderezaba su curso, el rey distinguió el doble obstáculo, sin duda infranqueable.

En medio del río había un ancho remolino; del lado del embarcadero de la Ciudad del Sol, donde el paso hubiera sido navegable, una barrera de balsas en las que se habían colocado unos braseros. El rey podía elegir entre el naufragio y el incendio, que no dejaría de destruir su navío si chocaba con las balsas a toda velocidad.

¿Quién habría tendido esa trampa junto a la ciudad abandonada? Ramsés se explicaba el malestar de Nefertari; con sus dones de vidente, había presentido el peligro.

El rey tenía sólo unos segundos para reflexionar. Esta vez, su león no podría ayudarle.

—¡Ahí está! —aulló el vigía.

Chenar tiró el muslo de pato asado que estaba mordisqueando y saltó hacia su arco y su espada. Él, el gran dignatario enamorado de su comodidad, se había forjado un alma de guerrero.

—¿Está aislado el barco del faraón?

—Exactamente como habíais previsto... El séquito se halla a una gran distancia.

Al mercenario se le hacía la boca agua. Chenar le había prometido, a él y a sus compañeros que formaban el grupo de combate reunido por Ofir, un hermoso botín. El hermano del rey había demostrado una rara elocuencia y había vertido en su discurso el fuego del odio que le devoraba el corazón.

Ningún mercenario se atrevería a herir a Ramsés, por miedo a que le fulminara la energía divina que habitaba en el faraón. Desde su victoria en Kadesh, todos temían los poderes sobrenaturales del señor de las Dos

Tierras. Chenar se había encogido de hombros y prometido matar personalmente al tirano.

—La mitad de los hombres a las balsas, los demás que me sigan.

Ramsés iba a perecer, así, junto a la Ciudad del Sol, como si la herejía de Akenatón terminara finalmente con Amón y las demás divinidades que veneraba el rey de Egipto. Si tomaba a Nefertari como rehén, Chenar estaba convencido de que la escolta del monarca acabaría reconociéndole como rey. La muerte de Ramsés provocaría una enorme brecha por la que su hermano se arrojaría sin perder un instante.

Varios mercenarios saltaron del embarcadero a las balsas y se dispusieron a arrojar flechas inflamadas contra el navío real mientras que sus compañeros, al mando de Chenar, atacaban por detrás.

La victoria no podía escapárseles.

—¡Todos los remeros a estribor! —ordenó Ramsés.

La primera flecha inflamada se clavó en la madera de la cabina central; la hermosa Loto, ágil y rápida, apagó el pequeño incendio con un retazo de vasta tela.

Ramsés trepó al techo de la cabina, tensó su arco, apuntó a uno de sus adversarios, dejó de respirar y disparó. La flecha atravesó la garganta del mercenario, sus camaradas se agacharon detrás de los braseros para protegerse de los mortíferos disparos del monarca; sus propias flechas, sin precisión, se perdieron en las atorbellinadas aguas que rozaban el navío.

La brutal maniobra exigida por Ramsés había modificado la trayectoria; la proa se había encabritado como un caballo furioso y la embarcación se había puesto de través, asaltada a babor por la furiosa corriente. Tenía una oportunidad de derivar hacia la ribera, siempre que no fuera aspirada por el remolino y alcanzada por las rápidas barcas de los hombres de Chenar, que habían derribado ya a dos marineros que estaban en la popa; los infelices habían caído al río con el pecho atravesado por las flechas.

Setaú corrió hacia proa, llevando consigo un huevo de arcilla que manejaba con precaución. Cubierto de jeroglíficos, el talismán era la reproducción del huevo del mundo que se conservaba en el naos del gran templo de Thot, en Hermópolis; sólo los magos de Estado, como Setaú, estaban autorizados a utilizar un símbolo cargado de ondas de temible eficacia.

Setaú estaba de mal humor. Había previsto utilizar el talismán en Nubia, en el caso de que un peligro imprevisto amenazara a la pareja real; privarse de semejante arma le ponía rabioso, pero era preciso vencer al maldito remolino.

Con un amplio gesto, el encantador de serpientes arrojó el huevo del mundo al corazón de las aguas. Éstas burbujearon, como si estuvieran en ebullición; se abrió una espiral, una oleada cayó sobre las balsas, cubriendo varios braseros y ahogando a dos mercenarios. El navío real ya no corría el riesgo de zozobrar ni de ser incendiado pero, en la popa, la situación se degradaba por momentos. Los hombres de Chenar habían arrojado garfios y comenzaban a trepar por los cabos; desenfrenado, su jefe disparaba flecha tras flecha, impidiendo que los marineros egipcios intervinieran.

Dos saetas inflamadas se clavaron en la vela, produciendo de nuevo un incendio que Loto volvió a apagar. Aunque se expusiera al tiro enemigo, Ramsés no cambiaba de posición y seguía eliminando mercenarios. Alertado por los gritos procedentes de la popa del barco, se volvió y vio a un pirata levantando el hacha sobre la cabeza de un marinero desarmado.

La flecha del soberano atravesó la muñeca del asaltante, que retrocedió gritando de dolor; *Matador* clavó sus colmillos en el cráneo de otro mercenario que había conseguido llegar a cubierta.

Por un instante, la mirada del faraón se clavó en la del jefe de la banda, un hombre barbudo y excitado que le apuntaba. Con un movimiento casi imperceptible, el monarca se desplazó hacia la izquierda; la flecha del exaltado rozó su mejilla. Despechado, el agresor dio a los supervivientes orden de retirarse.

Una llama reavivada empezó a prender el vestido de Loto. En esta ocasión el fuego había pillado desprevenida a la nubia, que tuvo que lanzarse al río para no quemarse, pero tuvo la desgracia de ser aspirada por la moribunda espiral del remolino. Incapaz de nadar, levantó el brazo para pedir ayuda.

Ramsés se zambulló a su vez.

Nefertari salía de la cabina central justo cuando el rey desaparecía en el río.

30

Los minutos transcurrían. El navío real y las embarcaciones del séquito habían echado el ancla a la altura de la Ciudad del Sol, en unas aguas de nuevo tranquilas. Tres o cuatro mercenarios habían conseguido huir, pero su suerte no preocupaba a Nefertari ni a Setaú. Como *Matador*, mantenían los ojos clavados en el lugar donde habían desaparecido Ramsés y Loto.

La reina había ofrecido incienso a Hator, señora de la navegación; con una tranquilidad y una dignidad que conquistaron el corazón de los marinos, Nefertari aguardaba el informe de los hombres enviados en busca de los desaparecidos. Unos recorrían el río, otros tomaban los caminos de sirga para explorar las altas hierbas de las riberas. Sin duda, la corriente había arrastrado al rey y a la nubia hacia el sur.

Setaú permanecía junto a la reina.

—El faraón volverá —murmuró ella.

—Majestad... El río es a veces implacable.

—Volverá, y ha salvado a Loto.

—Majestad...

—Ramsés no ha concluido su obra. Un faraón que no ha concluido su obra no puede morir.

Setaú comprendió que no podría resquebrajar la lacerante seguridad de la reina; ¿pero cómo reaccionaría cuando se viera obligada a aceptar lo ineluctable? El hechicero olvidaba su propio dolor para compartir el de Nefertari. Ya imaginaba el horrendo regreso a Pi-Ramsés para anunciar a la corte la desaparición de Ramsés.

Chenar y sus compañeros aguardaron hasta haber recorrido unos cuantos kilómetros hacia el norte, empujados por la fuerte corriente, antes de recuperar el aliento. Entonces hundieron su barca y se introdujeron en la verde campiña, donde trocaron amatistas por asnos.

—¿Adónde vamos? —preguntó un mercenario cretense.

—Tú volverás a Pi-Ramsés y avisarás a Ofir.

—No va a felicitarme.

—No tenemos nada que reprocharnos.

—A Ofir no le gustan los fracasos.

—Sabe que estamos jugando una importante partida y que no ahorro esfuerzos. Y le darás dos buenas noticias. La primera que he visto a Setaú a bordo del navío real, por lo que Kha ya no goza de su protección. La segunda que, como estaba previsto, voy a Nubia y mataré a Ramsés.

—Prefiero ir con vos —dijo el cretense—; mi compañero será un excelente correo. Yo sé combatir y perseguir la caza.

—De acuerdo.

Chenar no sentía desaliento alguno. La acción violenta le había convertido en jefe guerrero, su rabia, contenida durante largos años, se expresaba por fin libremente. ¿Acaso no había conseguido, con pocos hombres y una imaginativa estrategia, sorprender a Ramsés el Grande, no había estado al borde del éxito?

El destino acabaría respondiendo a su perseverancia de modo favorable.

En todas las embarcaciones de la flotilla real reinaba el silencio. Nadie se atrevía a iniciar una conversación, por miedo a turbar la dolorosa meditación de la reina. Al anochecer, seguía inmóvil en la proa del navío del faraón.

Setaú también permanecía callado, para preservar la última esperanza que le unía a la sombra de Ramsés. Pero, con la puesta de sol, Nefertari tendría que admitir la atroz realidad.

—Lo sabía —dijo con una voz dulce que pasmó a Setaú.

—Majestad...

—Ramsés está allí, en el tejado del palacio blanco.

—Majestad, cae la noche y...

—Mira bien.

Setaú clavó la mirada en el lugar que Nefertari indicaba.

—No, es sólo una ilusión.

—Pero mis ojos lo ven, acerquémonos.

Setaú no se atrevió a oponerse a las exigencias de la reina. El navío real levó el ancla y se dirigió hacia la Ciudad del Sol, que las tinieblas no tardarían en envolver.

El encantador de serpientes miró de nuevo al tejado del palacio blanco donde habían vivido Akenatón y Nefertiti. Por un instante creyó divisar a un hombre; se frotó los párpados y miró mejor. El espejismo no había desaparecido.

—Ramsés está vivo —repitió Nefertari.

—¡Acelerad el ritmo! —exigió Setaú.

Y la silueta de Ramsés iba haciéndose mayor, minuto a minuto, en los últimos rayos del sol.

Setaú no se calmaba.

—¿Por qué el señor de las Dos Tierras no ha intentado indicarnos su presencia y pedir socorro? ¡No hubiera sido una deshonra!

—Tenía otra cosa que hacer —respondió el rey—. Loto y yo hemos nadado por debajo del agua, pero ella ha perdido el conocimiento y he creído que se había ahogado. Hemos llegado a la orilla en el extremo meridional de la ciudad abandonada, y he magnetizado mucho tiempo a Loto, hasta que ha vuelto a la vida. Luego hemos caminado hacia el centro de la ciudad y he buscado el punto más elevado para manifestar nuestra presencia. Sabía que el espíritu de Nefertari nos seguía y que la reina miraría en la dirección correcta.

Con luminosa tranquilidad, la reina manifestaba discretamente su emoción estrechando contra su pecho el brazo diestro de Ramsés, que acariciaba al león.

—He llegado a creer que el huevo del mundo había sido incapaz de salvarte —murmuró Setaú—; si hubieras desaparecido, mi reputación habría quedado empañada.

—¿Cómo está Loto? —preguntó la reina.

—Le he administrado una poción sedante; tras una buena noche de sueño, olvidará su desventura.

Un copero escanció vino blanco fresco.

—Ya era hora —dijo Setaú—; estaba preguntándome si todavía vivíamos en un país civilizado.

—¿Durante el combate —preguntó Ramsés—, has visto al jefe de los agresores?

—Me han parecido tan huraños los unos como los otros; ni siquiera he advertido que tuvieran jefe.

—Era un barbudo, muy excitado, con los ojos llenos de cólera... Por un momento me ha parecido reconocer a Chenar.

—Chenar murió en el desierto, camino del penal. Incluso los escorpiones acaban muriendo.

—¿Y si hubiera sobrevivido?

—Si fuera así, sólo pensaría en ocultarse y no habría lanzado contra ti a un grupo de mercenarios.

—No era una trampa improvisada, y ha estado a punto de tener éxito.

—¿Acaso el odio puede corroer a un ser hasta el punto de transformarle en un notable guerrero, dispuesto a todo para matar a su hermano y atacar la sagrada persona del faraón?

—Si se trata de Chenar, acaba de darte la respuesta.

El rostro de Setaú se ensombreció.

—Si ese monstruo está vivo aún, no podemos permanecer pasivos. La locura que le anima es la de los demonios del desierto.

—El atentado no ha sido perpetrado al azar —dijo Ramsés—. Convoca enseguida a los canteros de las ciudades más próximas.

Unos acudieron desde Hermópolis, la ciudad de Thot, los otros de Asiut, la de Anubis; varias decenas de canteros se instalaron en un campamento de tiendas y, pocas horas después de su llegada, comenzaron a trabajar a las órdenes de dos maestros de obras, tras haber escuchado un breve y firme discurso de Ramsés.

El faraón había formulado sus exigencias ante el palacio de la ciudad abandonada: la Ciudad del Sol, consagrada al dios Atón, tenía que desaparecer. Uno de los predecesores de Ramsés, Horemheb, había desmantelado algunos templos y había utilizado sus piedras para llenar sus pilonos, en Karnak. Una vez que hubiera hecho desaparecer los palacios, casas, talleres, muelles y demás construcciones de la ciudad muerta, Ramsés habría concluido su obra. Las piedras y los ladrillos serían utilizados en otras aglomeraciones. Las tumbas, que no albergaban momia alguna, quedarían intactas.

El navío real permaneció anclado hasta que sólo subsistieron los cimientos de los edificios; muy pronto, las tempestades de arena los cubrirían, sumiendo en la nada la capital extraviada, convertida en un foco de fuerzas negativas.

Unos peones llevaron los materiales a las embarcaciones de carga; serían distribuidos en función de las necesidades de las ciudades vecinas. Un suplemento de carne, aceite, cerveza y ropa alentó a los obreros a realizar con diligencia su tarea.

Ramsés y Nefertari visitaron por última vez el palacio de la Ciudad del Sol antes de su demolición; el pavimento decorado se utilizaría de nuevo en el palacio real de Hermópolis.

—Akenatón se equivocó —consideró Ramsés—; la religión que defendía desembocaba en la doctrina y la intolerancia. Estaba traicionando el propio espíritu de Egipto. Por desgracia, Moisés ha tomado el mismo camino.

—Akenatón y Nefertiti fueron una pareja real —recordó Nefertari—; respetaron nuestras leyes y tuvieron la prudencia de limitar su experiencia en el tiempo y en el espacio. Con la implantación de mojones fronterizos, encerraron el culto a Atón en su ciudad.

—Pero el veneno se extendió... Y no estoy seguro de que la desaparición de esta ciudad, donde las tinieblas habían reemplazado a la luz, disipe sus efectos. Este paraje, al menos, vuelve a la montaña y al desierto, y ya ningún rebelde lo utilizará como base de partida.

Cuando el último cantero abandonó la ciudad arrasada, sumida ahora en el silencio y el olvido, Ramsés dio orden de navegar hacia Abydos.

31

Al acercarse a Abydos, Ramsés creyó tener el corazón en un puño. Sabía hasta que punto había amado su padre ese paraje, que importancia había dado a la construcción del gran templo de Osiris, y se reprochaba no haber regresado durante tanto tiempo. Ciertamente, la guerra contra los hititas y la salvaguarda de Egipto habían ocupado su espíritu y su brazo, pero ninguna excusa encontraba gracia ante el dios de la resurrección durante el juicio.

Setaú había imaginado que una muchedumbre de «sacerdotes puros», con el cráneo afeitado, perfumados y vestidos con inmaculadas ropas blancas, de campesinos cargados de ofrendas, de sacerdotisas tocando la lira y el laúd se apretujaría allí para recibir al rey. Sin embargo, el embarcadero estaba desierto.

—Es anormal —dijo—; no bajaremos del barco.

—¿Qué temes? —preguntó Ramsés.

—Imagina que otros mercenarios se hayan apoderado del templo y te tienden una nueva emboscada.

—¿Aquí, en la tierra sagrada de Abydos?

—Es inútil arriesgarse; prosigamos hacia el sur y enviemos el ejército.

—¿Cómo puedo admitir que una sola pulgada de terreno de mi país me sea inaccesible? ¡Y Abydos, por añadidura!

La cólera de Ramsés tenía la violencia de una tempestad del dios Set. Ni la propia Nefertari intentó apaciguarla.

La flotilla atracó, el faraón en persona se puso a la cabeza de un grupo de carros cuyas piezas, transportadas en las embarcaciones, habían sido montadas apresuradamente.

La vía procesional que llevaba del embarcadero al atrio del templo estaba, también, desierta, como si la ciudad santa hubiera sido abandonada. Ante el pilono había bloques de piedra calcárea, con la marca de los canteros, y herramientas ordenadas en cajas. Bajo los tamariscos que daban sombra al atrio descubrieron grandes narrias cargadas con bloques de granito que procedían de las canteras de Asuán.

Estupefacto, Ramsés se dirigió al palacio contiguo al templo. En los peldaños que llevaban a la entrada principal, un anciano ponía queso de cabra en rebanadas de pan. La aparición de aquel ejército le quitó el apetito; presa del pánico, abandonó su comida e intentó huir, pero fue alcanzado por un infante que le llevó ante el monarca.

—¿Quién eres?

La voz del anciano tembló.

—Soy uno de los lavanderos de palacio.

—¿Por qué no estás trabajando?

—Bueno... No tengo nada que hacer, todos se han marchado. En fin, casi todos... Quedan algunos sacerdotes, tan viejos como yo, junto al lago sagrado.

Pese a una vigorosa intervención de Ramsés, al comienzo de su reinado, el templo estaba todavía inconcluso. El rey y algunos soldados cruzaron el pilono, atravesaron el enclave administrativo, compuesto por

despachos, talleres, una carnicería, una lavandería y una cervecería, absolutamente vacíos, y se dirigieron a paso rápido hacia las moradas de los sacerdotes permanentes.

Sentado en un banco de piedra, con las manos apoyadas en el pomo de su bastón de madera de acacia, un anciano con el cráneo afeitado intentó levantarse cuando se acercó el rey.

—No te tomes esa molestia, servidor del dios.

—Sois el faraón... ¡Me habían hablado tanto del Hijo de la Luz, cuyo poderío brilla como un sol! Mis ojos son débiles, pero no puedo equivocarme... Que feliz soy de veros antes de morir. A mis noventa y dos años, los dioses me ofrecen una inmensa alegría.

—¿Qué ocurre aquí?

—Es la quincena de requisa.

—Requisa... ¿Pero quién se lo ha permitido?

—El alcalde de la ciudad vecina... Consideró que el personal del templo era demasiado numeroso y que sería más útil reparar los canales que celebrar los ritos.

El alcalde era un comodón de hinchadas mejillas y labios gruesos; como su panza le molestaba para caminar, sólo se desplazaba en silla de manos. Pero un oficial le llevó al palacio de Abydos en carro y a toda velocidad.

A costa de un doloroso esfuerzo, el alcalde se prosternó ante el rey, sentado en un trono de madera dorada con patas en forma de zarpa de león.

—Perdonadme, majestad, no se me había comunicado vuestra llegada. De haberlo sabido, habrían organizado una recepción digna de vos y habrían...

—¿Eres el responsable de la requisa del personal de Abydos?

—Sí, pero...

—¿Has olvidado que está formalmente prohibida?

—No, majestad, pero pensé que toda esa gente estaba desocupada y que más valdría darles un trabajo útil para la provincia.

—Los has apartado de las tareas que mi padre les había asignado y que yo mismo había confirmado.

—De todos modos, pensé...

—Has cometido una grave falta, cuya sanción está prevista por decreto: cien bastonazos y la nariz y las orejas cortadas.

Pálido, el alcalde tartamudeó.

—No es posible, majestad, es inhumano.

—Eras consciente de tu falta y conocías el castigo; ni siquiera es necesario el juicio.

Seguro de que el tribunal sancionaría la pena, tal vez agravándola incluso más, el alcalde se deshizo en lamentos.

—He actuado mal, es cierto, pero no para beneficiarme personalmente. Gracias al personal de Abydos, los diques han sido reparados con rapidez y los canales dragados en profundidad.

—En ese caso, te permito elegir otra sanción: tú y tus funcionarios serviréis de peones en las obras del templo, hasta que concluyan.

Cada sacerdotisa y cada sacerdote cumplió su deber ritual, de modo que el templo de Osiris se asemejó al horizonte del cielo, iluminando todos los rostros. Ramsés había consagrado una estatua de oro con la efigie de su

padre y celebrado, en compañía de Nefertari, el ceremonial de ofrenda a la Regla de Maat. Las puertas de cedro del Líbano, cubiertas de electro y el suelo, de plata, los dinteles de granito, los bajorrelieves multicolores convertían al templo en un vínculo con el otro mundo donde las potencias divinas se complacían en residir. En los altares, flores, jarros de perfume y alimentos destinados a lo invisible.

Se llenó el tesoro de oro, plata, lino real, aceites de fiesta, incienso, Vino, miel, mirra y ungüentos; en los establos cohabitaron bueyes cebados, vacas y vigorosos terneros, en los graneros se amontonaron granos de primera calidad. Como proclamo una inscripción jeroglífica: «El faraón multiplica para Dios todas las especies».

En un discurso pronunciado ante los notables de la provincia, reunidos en la sala de audiencias del palacio de Abydos, Ramsés decretó que las embarcaciones, los campos, los terrenos, el ganado, los asnos y todos los demás bienes del templo no podrían serle arrebatados con ningún pretexto. Por lo que se refería a los guardas de los campos, los pajareros, los pescadores, los campesinos, los apicultores, los jardineros, los vendimiadores, los cazadores y demás personal asignado al dominio de Osiris para hacerlo próspero, ninguno de ellos podría ser requisado para hacer cualquier tarea en otro lugar.

Quien transgrediera las directrices del decreto real sufriría un castigo corporal, sería privado de todas sus funciones y condenado a varios años de trabajos forzados.

Gracias al impulso de Ramsés, los trabajos progresaron rápidamente; los ritos iluminaron los cuerpos de los dioses instalados en sus capillas, el mal fue expulsado y el templo se alimentó de Maat.

Nefertari vivía días felices. Aquella estancia en Abydos le daba la inesperada ocasión de realizar su sueño de adolescente, vivir en la intimidad de las divinidades, meditar ante su belleza y percibir sus secretos practicando los ritos.

Cuando se acercaba el momento de cerrar las puertas del naos para pasar la noche, Ramsés no se hallaba a su lado. La reina fue a buscarlo y lo descubrió en el corredor de los antepasados, donde contemplaba la lista de los faraones que le habían precedido, desde la primera dinastía. Gracias al poder de los jeroglíficos, su nombre estaría siempre presente en la memoria de los humanos; el de Ramsés el Grande seguiría al de su padre.

—¿Cómo mostrarse digno de esos seres excepcionales? —se preguntó el rey en voz alta—. Prevaricación, cobardía, mentiras... ¿Qué faraón conseguirá alguna vez extirpar esos males del corazón de los hombres?

—Ninguno —respondió Nefertari—. Pero todos libraron ese combate perdido de antemano y, a veces, obtuvieron la victoria.

—Si ni siquiera el sagrado territorio de Abydos se respeta, ¿es útil dictar decretos?

—Este momento de desaliento no va contigo.

—Por eso he venido a consultar a mis antepasados.

—Sólo han podido darte un consejo: proseguir, aprovechar las pruebas para acrecentar tu poderío.

—Estamos tan bien en este templo; aquí reina la paz que no consigo imponer en el mundo profano.

—Tengo el deber de arrancarte a esa tentación, aun hablando contra mi más caro deseo.

Ramsés tomó a la reina en sus brazos.

—Sin ti, mis acciones serían sólo gestos irrisorios. Dentro de quince días se celebrarán los misterios de Osiris. Participaremos en ellos y tengo que hacerte una propuesta: la decisión es cosa tuya.

Armada con bastones y vociferando, una pandilla de granujas atacó la cabeza de la procesión. Cubierto con la máscara del dios chacal, «el que abre caminos», el sacerdote de Abydos rechazó a los asaltantes pronunciando fórmulas de maldición, para apartar a los seres tenebrosos de la barca de Osiris.

Los iniciados en los misterios ayudaron al que abre caminos y dispersaron a quienes se habían rebelado contra la luz.

La procesión prosiguió entonces hacia la isla de la primera mañana donde Ramsés, identificado con Osiris asesinado por su hermano Set, reposaba en un lecho con cabeza de león. Las aguas del Nilo rodeaban aquel promontorio primordial al que las dos hermanas divinas, Isis y Nephtys, llegaron utilizando una pasarela.

La isla se hallaba en el centro de un colosal edificio, formado por dos pilares monolíticos que aguantaban un techo digno de los constructores del tiempo de las pirámides. El santuario secreto de Osiris terminaba en una cámara transversal, de veinte metros por seis; allí se conservaba el sarcófago del dios.

Nefertari desempeñaba el papel de Isis, la esposa de Osiris, e Iset la bella el de Nephtys, cuyo nombre significaba «la soberana del templo». Como hermana de Isis, la ayudaba en los ritos que hacían salir a Osiris de los dominios de la muerte.

Nefertari había aceptado la proposición de Ramsés y le había parecido muy bien que Iset participara en el ritual.

Ambas mujeres se arrodillaron, Nefertari a la cabecera del lecho, Iset la bella a sus pies; con una jofaina de agua fresca en la mano derecha, un pan redondo en la izquierda, recitaron largas y conmovedoras letanías, necesarias para hacer circular una nueva energía por las venas del ser inerte.

Sus voces se unieron en la misma melodía, bajo la protección de la diosa del cielo, cuyo cuerpo inmenso, poblado de estrellas y decanatos, se desplegaba en el techo, por encima del lecho de resurrección.

Tras una larga noche, el Osiris Ramsés despertó. Y pronunció las palabras que habían pronunciado sus predecesores al vivir los mismos misterios: «Que me sean dadas la luz en el cielo, la potencia creadora en la tierra, la voz justa en el reino del otro mundo y la capacidad de viajar a la cabeza de las estrellas; que pueda tomar el cabo de proa en la barca de la noche y el cabo de popa en la barca del día».

32

Uri-Techup estaba rabioso.

La consulta con otro adivino, en el templo del dios de la Tormenta, había dado el mismo resultado: previsiones pesimistas, prohibición de lanzar una ofensiva. La mayoría de los soldados eran tan supersticiosos que Uri-Techup no podía ignorarlo. Y ningún adivino era capaz de darle la fecha en la que el pronóstico se haría favorable.

Aunque los médicos de la corte fueran incapaces de mejorar el estado de Muwattali, el emperador no quería morir. A decir verdad, aquella larga agonía satisfacía a Uri-Techup, ya que nadie le acusaría de asesinato. Los facultativos habían comprobado la crisis cardiaca y valoraban la abnegación de su hijo, que cada día visitaba al enfermo. Uri-Techup criticaba la ausencia de Hattusil, como si a éste último la salud de su hermano le importara muy poco.

Cuando se cruzó con la noble y orgullosa Putuhepa, la esposa de Hattusil, el hijo del emperador no se privó de la ironía.

—¿Se oculta acaso vuestro marido?

—Hattusil cumple una misión por orden del emperador.

—Mi padre no me ha hablado de ello.

—Según los médicos, Muwattali no puede pronunciar ya una sola palabra.

—Parecéis muy bien informada.

—Sin embargo, habéis cerrado la habitación del emperador y os arrogáis, solo vos, el derecho a penetrar en ella.

—Muwattali necesita descansar.

—Todos deseamos que pronto sea capaz de ejercer de nuevo la plenitud de sus funciones.

—Naturalmente, pero suponed que esa incapacidad se prolongue... Será necesario tomar una decisión.

—Sin la presencia de Hattusil, imposible.

—Haced que vuelva a palacio.

—¿Es una orden o un consejo?

—Lo que os plazca creer, Putuhepa.

Putuhepa había abandonado por la noche la capital, con una escolta muy reducida, y se había asegurado varias veces de que Uri-Techup no la había hecho seguir.

Al ver la siniestra fortaleza donde se había refugiado Hattusil, se estremeció; ¿la guarnición no se habría apoderado de su marido para complacer al general en jefe? En ese caso, su existencia, como la de Hattusil, acabaría brutalmente tras aquellos muros grises.

Putuhepa no tenía ganas de morir. Se sentía capaz de servir a su país, deseaba vivir numerosos y ardientes estíos, recorrer mil veces todavía los silvestres senderos de Anatolia y ver como Hattusil reinaba en el Hatti. Si existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de vencer a Uri-Techup, ella la tomaría a manos llenas.

El recibimiento de los soldados de la fortaleza tranquilizó a la sacerdotisa, que enseguida fue conducida a la torre central, a los aposentos del comandante.

Hattusil corrió hacia ella y se abrazaron.

—¡Putuhepa, por fin! Has conseguido escapar...

—Uri-Techup reina ya en la capital.

—Aquí estamos seguros; todos los hombres de la guarnición le detestan. Demasiados soldados tuvieron que sufrir sus injusticias y su violencia.

Putuhepa advirtió la presencia de un hombre sentado delante de la chimenea.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—Acha, el ministro de Asuntos Exteriores del faraón y embajador extraordinario.

—¡Él aquí!

—Tal vez sea una suerte.

—Pero... ¿Qué ofrece?

—La paz.

Hattusil asistió a un fenómeno extraordinario. El marrón oscuro de los ojos de su esposa se aclaró, como si una luz interior los iluminara.

—La paz con Egipto —repitió estupefacta—. Sabemos que es imposible.

—¿No debemos utilizar a ese inesperado aliado para favorecer nuestros intereses?

Putuhepa se apartó de Hattusil y fue al encuentro de Acha. El diplomático se levantó y saludó a la hermosa hitita.

—Perdonadme, Acha, habría querido saludaros antes.

—¿Quién no aplaudiría el encuentro de una esposa con su marido?

—Corréis grandes riesgos permaneciendo aquí.

—Pensaba dirigirme a la capital, pero Hattusil me ha convencido de que aguardara vuestra llegada.

—La enfermedad del emperador no os es ya desconocida.

—De todos modos intentare hablar con él.

—Es inútil, agoniza; el imperio pertenece ahora a Uri-Techup.

—He venido a ofreceros la paz y la obtendré.

—¿Olvidáis acaso que el único objetivo de Uri-Techup es la destrucción de Egipto? Desapruebo su obstinación, pero soy consciente de que la coherencia de nuestro imperio se basa en la guerra.

—¿Habéis pensado en el verdadero peligro que os amenaza?

—Un ataque del ejército egipcio al completo, con Ramsés a la cabeza.

—No desdeñéis otra posibilidad: el irresistible ascenso del poderío asirio.

Hattusil y Putuhepa no pudieron ocultar su estupor. Los servicios de información de Acha eran más eficaces de lo que suponían.

—Asiria acabará atacándoos y estaréis entre dos fuegos, incapaz de aguantar en dos frentes. Pensar que el ejército hitita destruya Egipto es utópico; hemos aprendido las lecciones del pasado e instalado una cortina defensiva en nuestros protectorados. Os costará cruzarla, su resistencia permitirá a nuestras tropas contraatacar enseguida. Y habéis observado, a vuestras expensas, que Amón protege a Ramsés y hace que su brazo sea más eficaz que miles de soldados.

—¿Nos anunciáis pues la decadencia del Imperio hitita?

—No, dama Putuhepa, pues Egipto no tiene interés alguno en que su viejo enemigo desaparezca. ¿No comenzamos ya a conocernos bien? Pese a

su reputación, Ramsés quiere la paz y la gran esposa Nefertari no le disuadirá de tomar ese camino.

—¿Qué piensa la reina madre, Tuya?

—Comparte mi opinión, a saber: que Asiria representará muy pronto un temible peligro. Los hititas serán los primeros afectados, luego le tocará el turno a los egipcios.

—Una alianza contra Asiria... ¿Es eso lo que proponéis?

—La paz y la alianza, para proteger a nuestros pueblos de la invasión. El próximo emperador del Hatti tendrá que tomar una decisión preñada de consecuencias.

—Uri-Techup no renunciará nunca a enfrentarse con Ramsés.

—¿Cuál es la respuesta de Hattusil?

—Hattusil y yo no tenemos ya poder alguno.

—Vuestra respuesta —insistió Acha.

—Aceptaríamos iniciar negociaciones —declaró Hattusil—, ¿pero qué sentido tiene esta discusión?

—Sólo lo imposible me divierte —dijo el egipcio sonriendo—; hoy, no sois nada; pero quiero negociar con vos para que el sol brille en el porvenir de mi país. Si Hattusil llega a ser algún día emperador, nuestras palabras tendrán un valor inestimable.

—Es sólo un sueño —objetó Putuhepa.

—O huís o combatís.

El orgullo de la hermosa hitita se inflamó.

—No huiremos.

—Hattusil y vos tenéis que ganaros o comprar la confianza del mayor número posible de oficiales superiores. Los comandantes de fortaleza se pasarán a vuestro bando, pues Uri-Techup los desprecia y bloquea su ascenso, con el pretexto de que sólo desempeñan un papel defensivo. Por medio de los mercaderes, que os son casi todos favorables, haced correr el rumor de que la economía hitita no soportará un nuevo esfuerzo bélico y que el conflicto con Egipto produciría ruina y miseria. Abrid grandes brechas y no dejéis de ensancharlas hasta que Uri-Techup parezca un revoltoso incapaz de reinar.

—Es un trabajo a largo plazo.

—Es el precio de vuestro éxito y de la obtención de la paz.

—¿Cómo pensáis actuar, por vuestro lado? —preguntó Putuhepa.

—Será algo arriesgado, pero tengo la intención de seducir a Uri-Techup.

Acha contemplaba las murallas de Hattusa y se complacía imaginando la capital hitita pintada de vivos colores, adornada con banderolas y poblada de magníficas muchachas danzando en las almenas. Pero aquella hermosa visión se esfumó dejando paso a una siniestra ciudad fortificada, aferrada a la montaña.

El ministro de Asuntos Exteriores iba acompañado tan solo por dos compatriotas, un escudero y un portasandalias. Los demás miembros de la expedición habían regresado a Egipto. Cuando Acha mostró su sello en el primer puesto de guardia de la ciudad baja, el oficial quedó estupefacto.

—Avisad al emperador de mi llegada.

—Pero... ¡Sois egipcio!

—Embajador excepcional. Daos prisa, os lo ruego.

Desamparado, el oficial mantuvo a Acha bajo vigilancia y envió a palacio a uno de sus subordinados.

Acha no se sorprendió al ver llegar, con acompasados pasos, una escuadra de infantes provistos de lanzas y al mando de un bruto cuya única forma de pensamiento era la absoluta obediencia a las órdenes.

—El general en jefe quiere ver al embajador.

Acha saludó a Uri-Techup y recitó sus títulos.

—El más brillante ministro de Ramsés en Hattusa... ¡Qué sorpresa!

—Estáis a la cabeza de un inmenso ejército; aceptad mis felicitaciones.

—Egipto debería temerme.

—Conoce vuestro valor y vuestras cualidades de guerrero, y realmente os tenemos miedo; por eso he acantonado fuerzas de seguridad en nuestros protectorados.

—Las exterminaré.

—Se preparan para el enfrentamiento, por duro que se anuncie.

—Basta de charla. ¿A qué se debe vuestra visita?

—He oído decir que el emperador Muwattali está enfermo.

—Que os basten los rumores; la salud de nuestro jefe es un secreto de Estado.

—El señor del Hatti es nuestro enemigo, pero respetamos su grandeza. Por eso estoy aquí.

—¿Qué significa eso, Acha?

—Dispongo de los remedios necesarios para curar al emperador Muwattali.

33

A sus siete años, el muchacho se aplicaba el precepto que su padre, que lo había recibido de su propio padre, había aplicado también: dar un pescado a quien tiene hambre es menos útil que enseñarle a pescar.

Quería demostrar de ese modo su habilidad golpeando el agua con un bastón para dirigir la presa hacia la red que tendía, junto a los altos papiros, su compañero, tan hambriento como él.

De pronto, el muchacho los divisó.

Una flota de barcos, a la cabeza de la cual iba un navío en cuya proa se hallaba una esfinge de oro, llegaba del norte. ¡Sí, era el navío del faraón!

El aprendiz de pescador hizo caso omiso de los peces y la red, se zambulló en el Nilo y nadó hacia la orilla para avisar a la aldea. Durante varios días sería una fiesta.

La inmensa sala hipóstila del templo de Karnak se desplegaba en toda su magnificencia; las doce columnas de la nave central, de veinticinco metros de altura, manifestaban el poder de la creación que nacía del océano primordial.

Fue allí donde Nebu, sumo sacerdote de Amón, caminando con la ayuda de su bastón de oro fino, salió al encuentro de la pareja real. Pese a su reumatismo, consiguió inclinarse. Ramsés le ayudó a incorporarse.

—Soy feliz de volver a veros, majestad, y estoy encantado de admirar la belleza de la reina.

—¿Te estás convirtiendo en un cortesano, Nebu?

—No debéis preocuparos por eso, majestad; seguiré diciendo lo que pienso, como acabo de hacer.

—¿Cómo te encuentras?

—Hay que adaptarse a la vejez, aunque mis articulaciones estén doloridas; pero el médico del templo me da un remedio a base de sauce que me alivia. Confieso que no tengo demasiado tiempo para pensar en mi bienestar... ¡Me habéis confiado una tarea tan pesada!

—De acuerdo con los resultados, tengo buenas razones para estar satisfecho de mi elección.

Ochenta mil empleados cuyas actividades distribuía el sumo sacerdote, casi un millón de cabezas de ganado, un centenar de barcos mercantes, cincuenta obras en perpetua actividad, una inmensa superficie de tierras cultivables, huertos, bosques, vergeles y viñas; ese era el universo de Karnak, el rico dominio de Amón.

—Lo más difícil, majestad, es armonizar los esfuerzos de los escribas de los dominios, de los graneros, de la contabilidad y los de sus colegas... Sin autoridad superior, todo ese mundo caería pronto en el caos, pues cada cual pensaría sólo en su beneficio.

—Tu sentido de la diplomacia ha hecho maravillas.

—Sólo conozco dos virtudes: obedecer y servir. Lo demás son sólo palabras. Y, a mi edad, no hay ya tiempo para charla.

Ramsés y Nefertari admiraron, una a una, las ciento treinta y cuatro columnas cuya decoración revelaba el nombre de las divinidades a las que, sin cesar, la figura del faraón consagraba ofrendas. Aquellos tallos vegetales, eternizados por la piedra, unían el suelo, símbolo de la marisma primordial, con el techo pintado de azul, donde brillaban estrellas de oro.

Como había deseado Seti, la inmensa sala hipóstila de Karnak encarnaría para siempre la gloria del dios oculto, revelando sus misterios.

—¿Será Tebas una mera escala o gozará de una larga estancia de la pareja real? —preguntó Nebu.

—Para conducir Egipto hacia la paz —repuso Ramsés—, debo satisfacer a los dioses ofreciéndoles templos donde les guste residir y concluyendo mi morada de eternidad y la de Nefertari. Cuando llegue la hora, recuperarán la vida que han depositado en nuestro corazón; debemos estar dispuestos a comparecer ante ellos, para que el pueblo de Egipto no sufra con nuestra muerte.

Ramsés despertó la fuerza divina en el secreto del naos de Karnak y saludó su presencia:

—Yo te saludo, engendrador de la vida, de los dioses y los humanos, creador de mi país y de las lejanas tierras, a ti, que moldeas las praderas verdeantes y la inundación. Todo está lleno de tu perfección.

Karnak despertaba.

La luz del día sustituía la de los candiles de aceite. Los ritualistas llenaban las jarras de purificación con agua del lago sagrado, renovaban las pastillas de incienso que perfumaban las capillas, adornaban los altares con flores, frutos, legumbres y pan fresco, se organizaban procesiones para que circularan las ofrendas que, todas ellas, se elevarían hacia Maat. Sólo ella resucitaba las distintas formas de vida, sólo ella vivificaba gracias al perfume de su rocío que inundaba la tierra al amanecer.

En compañía de Nefertari, Ramsés tomó la vía procesional, flanqueada de esfinges, que llevaba al templo de Luxor.

Ante el pilono, un hombre de rostro cuadrado, sólido, antiguo supervisor de las caballerizas del reino, aguardaba a la pareja real.

—Nos enfrentamos y combatimos —recordó el rey a su esposa—, y me enorgullecía haber podido resistir, cuando era sólo un muchacho.

Tras haber abandonado la carrera de las armas, el rugoso Bakhen había cambiado mucho. Había llegado al cuarto rango de la jerarquía sacerdotal de Karnak, y estaba profundamente conmovido. Ver de nuevo al faraón le causaba tanta alegría que ya no sabía que palabras pronunciar. Prefiriendo que su obra hablara por él, hizo admirar la impresionante fachada de Luxor, precedida por dos esbeltos obeliscos y varios colosos que representaban a Ramsés. En la hermosa piedra de gres diversas escenas narraban los episodios de la batalla de Kadesh y la victoria del rey de Egipto.

—¡Majestad, el edificio está terminado! —declaró Bakhen con ardor.

—Pero la obra debe proseguir.

—Estoy dispuesto.

La pareja real y Bakhen penetraron en el gran patio situado tras el pilono y flanqueado por pórticos con columnas entre las que se erguían estatuas de Ramsés conteniendo su ka, la energía inmortal que le hacía apto para reinar.

—El trabajo de los canteros y de los escultores es admirable, Bakhen, pero no puedo concederles reposo alguno, y pienso incluso llevarlos a un terreno difícil, peligroso tal vez.

—¿Puedo conocer vuestro proyecto, majestad?

—Edificar varios santuarios en Nubia, entre ellos un gran templo. Reúne a los artesanos y consúltales; sólo aceptaré voluntarios.

El Ramesseum, el templo de millones de años de Ramsés el Grande, construido sobre planos trazados por el propio rey, se había convertido en un grandioso monumento, el mayor de la orilla de Occidente. Granito, gres y basalto se habían utilizado para crear pilonos, patios y capillas; varias puertas de bronce dorado delimitaban las distintas partes del monumento, protegido por un recinto de ladrillo.

Chenar había conseguido introducirse en un almacén vacío al caer la noche. Provisto de un arma que le había entregado Ofir y que esperaba que fuese decisiva, el hermano de Ramsés aguardó a que las tinieblas fueran muy densas para aventurarse en el espacio sagrado.

Flanqueó el muro del palacio en construcción y atravesó un patio. A pocos metros de la capilla dedicada a Seti, vaciló.

Seti, su padre...

Pero un padre que le había traicionado eligiendo a Ramsés como faraón. Un padre que le había despreciado y rechazado, favoreciendo el ascenso de un tirano.

Tras haber realizado lo que proyectaba, Chenar ya no sería hijo de Seti. ¡Pero qué importaba eso! Pese a lo que afirmaban los iniciados en los misterios, nadie franqueaba el obstáculo de la muerte. La nada había absorbido a Seti como absorbería a Ramsés. La vida sólo tenía un sentido: obtener el máximo poder, por cualquier medio, y ejercerlo sin traba, pisoteando a los mediocres y a los inútiles.

¡Y pensar que miles de imbéciles comenzaban a considerar a Ramsés un dios! Cuando Chenar hubiera derribado al ídolo, quedaría abierto el camino para un nuevo régimen. Suprimiría los ritos de antaño y gobernaría en función de los dos únicos ejes dignos de interés: la conquista territorial y el desarrollo económico.

En cuanto subiera al trono, Chenar ordenaría que arrasaran el Ramesseum y destruyeran todas las representaciones de Ramsés. Aunque estuviera inconcluso, el templo de millones de años producía ya una energía contra la que al propio Chenar le resultaba difícil luchar. Jeroglíficos, escenas esculpidas y pintadas vivían, afirmando en cada piedra la presencia y el poderío de Ramsés. ¡No, no era una ilusión engendrada por la noche!

Chenar salió de la letargia que le dominaba. Emplazó el dispositivo previsto por Ofir y salió del recinto del Ramesseum.

El templo de millones de años, gracias al que se edificaba el reinado de Ramsés, tomaba forma, crecía como un ser lleno de vigor. El rey rindió homenaje al edificio de donde, en adelante, obtendría las fuerzas que alimentarían su pensamiento y su acción.

Como en Karnak y en Luxor, maestros de obras, canteros, escultores, pintores y dibujantes habían hecho maravillas. El santuario, varias capillas y sus anexos, una pequeña sala hipóstila estaban ya terminados, así como el edificio reservado al culto de Seti. Y las demás partes del sagrado dominio estaban en obras, sin contar con los almacenes de ladrillo, la biblioteca y las moradas de los sacerdotes.

Plantada en el año 2 del reinado, la acacia del Ramesseum había crecido, también, con sorprendente rapidez. Pese a su delgadez, el follaje dispensaba ya una sombra benefactora.

Nefertari acarició el tronco del árbol.

La pareja real atravesó el gran patio, ante la mirada respetuosa y maravillada de los canteros, que habían dejado la maza y el cincel.

Tras haber hablado con su jefe de equipo, Ramsés los interrogó a todos sobre las dificultades con que se habían enfrentado. El rey no olvidaba las exultantes horas pasadas en las canteras del Gebel Silsileh, en una época en la que deseaba convertirse en tallador de piedra. El monarca prometió a los artesanos una prima excepcional: vino y ropa de primera calidad.

Mientras la pareja real avanzaba hacia la capilla de Seti, Nefertari se llevó la mano al corazón y se detuvo.

—Un peligro... Un peligro muy próximo.

—¿Aquí, en este templo? —se extrañó Ramsés.

El malestar se disipó. La pareja real se acercó al santuario donde se veneraría, por siempre, el alma de Seti.

—No empujes la puerta de este santuario, Ramsés. El peligro está aquí, detrás de ella. Déjame a mí.

Nefertari abrió la puerta de madera dorada. En el umbral había un ojo de cornalina roto en varios fragmentos y, ante la estatua de Seti, al fondo de la capilla, una bola roja, compuesta de pelos de animales del desierto.

Investida con el poder de Isis, la gran hechicera, la reina reconstruyó el ojo. Si el pie del rey hubiera tocado los fragmentos del símbolo profanado, habría quedado paralizado.

Luego, Nefertari tomó la bola roja con la parte baja de su túnica, sin tocarla con los dedos, y la llevó fuera, para que fuese quemada.

La pareja comprendió que unos seres procedentes de las tinieblas se habían atrevido a utilizar el mal de ojo, deseosos de romper el vínculo que unía a Seti con su hijo y de reducir al señor de las Dos Tierras al estado de un simple déspota, privado de las enseñanzas sobrenaturales de su predecesor.

¿Quién sino Chenar, pensó Ramsés, habrían llegado tan lejos en el camino del mal, ayudado por el mago vendido a los hititas? ¿Quién sino Chenar se empeñaba en destruir lo que su corazón, demasiado pequeño, no podía contener?

34

Moisés vacilaba.

Era consciente de que debía cumplir la misión que Dios le había dado, ¿pero no superaría el obstáculo su capacidad? Ahora ya no se hacía ilusiones: Ramsés no cedería. Moisés conocía al rey de Egipto lo bastante para saber que no había pronunciado sus palabras a la ligera y que consideraba a los hebreos como parte integrante del pueblo egipcio.

Sin embargo, la idea del éxodo se abría paso en los espíritus y la oposición al profeta se debilitaba día tras día. Uno a uno, los jefes de tribu se habían esfumado. En el último consejo de ancianos Aarón había podido presentar a Moisés como jefe del pueblo hebreo, reunido en una misma fe y una misma voluntad.

Olvidados los desgarrones, al profeta sólo le quedaba ya un enemigo que vencer: Ramsés el Grande.

Aarón turbó la meditación de Moisés.

—Un ladrillero solicita verte.

—Encárgate tú.

—Quiere consultarte a ti, a nadie más.

—¿Por qué motivo?

—Por unas promesas que, al parecer, le hiciste en el pasado. Tiene fe en ti.

—Tráelo.

El solicitante llevaba una peluca corta de color negro ceñida por una cinta blanca que ocultaba su frente y le dejaba libres las orejas, tenía el rostro curtido y lucía una pequeña barba y un bigote de pelos desiguales.

A pesar de que se parecía a cualquier ladrillero hebreo, su silueta despertó la suspicacia de Moisés; aquel hombre no le resultaba desconocido.

—¿Qué deseas?

—Antaño, nuestros ideales convergieron.

—¡Ofir!

—Yo soy, Moisés.

—Has cambiado mucho.

—La policía de Ramsés me busca.

—¿No tiene buenas razones para ello? Si no me equivoco, eres un espía hitita.

—Trabajé para ellos, es cierto, pero mi red fue destruida y los hititas ya no están en condiciones de acabar con Egipto.

—De modo que me mentiste e intentabas utilizarme contra Ramsés.

—No, Moisés. Tú y yo creemos en un dios único y omnipotente, y mi contacto con los hebreos me ha convencido de que ese dios era Yahvé y sólo Yahvé.

—¿Me consideras lo bastante estúpido como para dejarme seducir por tan hermosas palabras?

—Aunque te niegues a admitir mi sinceridad, seré útil a tu causa, pues es la única que lo merece. Has de saber que no aguardo ningún beneficio personal, sólo la salvación de mi alma.

Moisés se sintió turbado.

—¿Has renunciado a tu fe en Atón?

—He comprendido que Atón era sólo una prefiguración del verdadero Dios. Y puesto que he visto la verdad, renuncio a mis errores.

—¿Qué ha sido de la joven que querías llevar al poder?

—Murió brutalmente y sentí una inmensa pena; sin embargo, la policía egipcia me acusa de un crimen horrible que no he cometido. En esta tragedia vi una señal del destino. Tú eres el único, hoy, que puede oponerse a Ramsés. Por ello te apoyaré con todas mis fuerzas.

—¿Qué deseas, Ofir?

—Ayudarte a imponer la creencia en Yahvé, sólo eso.

—¿Sabes que Yahvé exige el éxodo de mi pueblo?

—Apruebo este grandioso proyecto. Y si es acompañado por la caída de Ramsés y el advenimiento de la verdadera fe en Egipto, me sentiré colmado.

—Un espía nunca deja de ser un espía.

—Ya no tengo contacto alguno con los hititas, víctimas de querellas sucesorias; este episodio de mi existencia ha desaparecido para siempre. El porvenir y la esperanza te pertenecen, Moisés.

—¿Cómo piensas ayudarme?

—Luchar contra Ramsés no será fácil; mi experiencia del combate clandestino te será útil.

—Mi pueblo quiere salir de Egipto, no rebelarse contra Ramsés.

—¿Cuál es la diferencia, Moisés? Tu actitud le parecerá a Ramsés una insurrección, y como tal la reprimirá.

En su fuero interno, el hebreo tuvo que admitir que el mago libio tenía razón.

—Debo pensarlo, Ofir.

—Tú eres el dueño, Moisés; permíteme que te dé un solo consejo: no hagas nada durante la ausencia de Ramsés. Tal vez puedas negociar con él; pero sus esbirros, Ameni y Serramanna, por no mencionar a la reina Tuya, no tendrán indulgencia alguna para con tu pueblo. Para mantener el orden público, ordenarán una sangrienta represión. Aprovechemos el viaje de la pareja real para desarrollar nuestra cohesión, convencer a los vacilantes y prepararnos para un inevitable conflicto.

La determinación de Ofir impresionó a Moisés, aunque no estuviera decidido a aliarse con el mago, ¿podía negar la pertinencia de sus palabras?

El jefe de la policía tebana afirmó que sus hombres no habían ahorrado esfuerzos para encontrar a Chenar y sus eventuales cómplices. Ramsés les había dado la descripción del agresor que había intentado atravesarle con una flecha en el Nilo, pero las investigaciones de las fuerzas del orden resultaron vanas.

—Ha salido de Tebas —afirmó Nefertari.

—Como yo, estás convencida de que sigue vivo.

—Percibo una presencia peligrosa, una fuerza tenebrosa... ¿Será Chenar, el mago o uno de sus sayones?

—Es él —dijo Ramsés—; ha intentado cortar para siempre el vínculo que me unía a Seti y privarme así de la protección de mi padre.

—El mal de ojo no tendrá eficacia alguna; el fuego le ha impedido hacer daño. Gracias a una cola a base de resina, hemos reconstruido el buen ojo, robado del tesoro del templo de Set, en Pi-Ramsés.

—Los animales del desierto, cuyos pelos formaban el ojo rojo, son criaturas de Set... Chenar pensaba destruirme utilizando su temible energía.

—Subestimó la calidad de tus vínculos con Set.

—Una armonía que debe recrearse día tras día... Al menor error, a la menor falta de atención, el fuego de Set aniquila a quien creía poseerlo.

—¿Cuándo salimos hacia el Gran Sur?

—Tras habernos encontrado con nuestra muerte.

La pareja real se dirigió al valle más meridional de la montaña tebana, que se llamaba «lugar de la regeneración» y «lugar de los lotos». En aquel Valle de las Reinas reposarían por toda la eternidad Tuya, la madre de Ramsés, y Nefertari, la gran esposa real. Sus tumbas habían sido excavadas bajo la protección de la cima, dominio de la diosa del silencio. En aquel desierto abrumado por el sol reinaba Hator, la sonriente diosa del cielo, que hacía brillar las estrellas y danzar el corazón de sus fieles.

Hator, a la que Nefertari descubría en los muros de su tumba, en la actitud de la magnetizadora que ofrecía la energía de la resurrección a una gran esposa real eternamente joven, que llevaba un tocado de oro en forma de despojos de buitre. De este modo simbolizaba a la madre divina. Los pintores habían conseguido transcribir la belleza de «la dulce de amor» en formas de increíble perfección.

—¿Te gusta esta morada, Nefertari?

—Tanto esplendor... No soy digna de ella.

—Jamás existió ni existirá morada de eternidad semejante; tú, cuyo amor es aliento de vida, reinarás para siempre en el corazón de los dioses y los hombres.

Osiris de verde rostro, envuelto en un manto blanco; Ra el luminoso, coronado por un enorme sol; Khepri, el príncipe de las metamorfosis con cabeza de escarabeo; Maat, la Regla universal, hermosa y fina muchacha cuyo único emblema era una pluma de avestruz, ligera como la verdad... Las potencias divinas se habían reunido para regenerar a Nefertari, en el tiempo y más allá de los tiempos. Muy pronto, en las columnas todavía vacías, un escriba de la Casa de Vida trazaría los jeroglíficos del Libro de salir a la luz y del Libro de las puertas, que permitirían a la reina viajar por los hermosos caminos del otro mundo evitando sus peligros.

No era ya la muerte sino la sonrisa del misterio.

Durante varias jornadas, Nefertari examinó las divinas figuras que habitaban la morada de eternidad cuya huésped privilegiada sería ella cuando llegara el momento de la gran travesía. Se familiarizó con el más allá de su propia existencia y compartió un silencio que, en el corazón de la tierra, tenía el sabor del cielo.

Cuando Nefertari decidió abandonar el «lugar de los lotos», Ramsés la llevó a «la gran pradera», el Valle de los Reyes donde los faraones descansaban desde el inicio de la decimoctava dinastía. La pareja real permaneció largas horas en las tumbas de Ramsés, primero de su nombre, y de Seti. Cada pintura era una obra maestra, y la reina leyó, columna a columna, el *Libro de la cámara oculta* que desvelaba las fases de la transmutación del sol poniente en joven sol, modelo de la resurrección del faraón.

Nefertari descubrió, con emoción, la morada de eternidad de Ramsés el Grande. Los pintores diluían en pequeños botes pigmentos minerales finamente pulverizados, antes de ilustrar las paredes con figuras simbólicas que preservarían la supervivencia del monarca. El polvo de color, mezclado con agua y resina de acacia, les ofrecía una extraordinaria exactitud de ejecución. «La morada del oro», la sala del sarcófago con ocho pilares, casi estaba terminada. La muerte podía recibir a Ramsés.

El rey llamó al maestro de obras.

—Como en la tumba de alguno de mis antepasados, excavarás un corredor que se hunda en la roca y dejarás la piedra en bruto. Evocará el último secreto, que ningún espíritu humano puede conocer.

Nefertari y Ramsés tuvieron la sensación de que acababan de atravesar una etapa decisiva; a su amor se añadía, en adelante, la conciencia de su propia muerte, entendida como un nuevo despertar y no como un fallecimiento.

35

Serramanna tuvo que mostrarse paciente.

Meba había salido de su casa, más de una hora antes, para asistir al banquete que había organizado Tuya, la reina madre, deseosa de mantener la cohesión de la corte en ausencia de la pareja real, con la que estaba en contacto regularmente gracias al correo. La viuda de Seti se sentía muy satisfecha del meticuloso trabajo de Ameni y del rigor de Serramanna, que salvaguardaba el orden sin contemplaciones. Entre los hebreos, al parecer, la agitación había desaparecido.

Pero el antiguo pirata, confiando en su olfato, estaba convencido de que aquella calma precedería a una tormenta. Ciertamente, Moisés se limitaba a hablar con los notables de su pueblo, pero se había convertido en jefe indiscutible de los hebreos. Además, muchos dignatarios egipcios, conociendo la fidelidad de Ramsés en la amistad, consideraban oportuno respetar a Moisés. Creían que, tarde o temprano, éste obtendría un nuevo cargo importante y abandonaría sus confusas teorías.

Sin embargo, quien se hallaba a la cabeza de las preocupaciones de Serramanna era Meba. El sardo estaba convencido de que el diplomático había robado el pincel de Kha, aunque no sabía con qué intención lo había hecho. El antiguo pirata detestaba a los diplomáticos en general y a Meba en particular, demasiado mundano, demasiado elegante y demasiado acomodaticio; un tipo como aquel tenía dotes naturales para la mentira.

¿Y si el pincel de Kha estuviera oculto en casa de Meba? Serramanna le acusaría de robo y el aristócrata se vería obligado a explicar las razones de su gesto ante el tribunal.

El jardinero de Meba fue a acostarse y sus criados se retiraron a los aposentos del servicio. El sardo escaló la parte trasera de la casa y llegó a la terraza; caminando con la agilidad de un gato levantó la trampilla que daba acceso a un granero y desde allí bajó con facilidad a las estancias principales. Serramanna disponía de buena parte de la noche para efectuar el registro.

—Nada —declaró el sardo, malhumorado y sin afeitar.

—Entraste de manera ilegal —le recordó Ameni.

—Si hubiera tenido éxito, el tal Meba habría dejado de hacer daño.

—¿Por qué la tomas con él?

—Porque es peligroso.

—¿Peligroso, Meba? Sólo se preocupa de su carrera, y esa constante dedicación evita los malos pasos.

El sardo devoró con buen apetito un pedazo de pescado seco, mojado en una salsa picante.

—Tal vez tengas razón —dijo con la boca llena—, pero mi instinto me afirma que es un mal tipo. Tengo ganas de ordenar que lo vigilen constantemente; acabará cometiendo una falta.

—Como quieras... ¡Pero no puedes permitirte errores!

—Moisés también tendría que ser vigilado.

—Fue mi compañero de universidad —replicó Ameni— y el de Ramsés.

—El hebreo es un temible agitador. Eres el servidor del faraón y Moisés se rebelará contra él.

—No llegaría a tanto.

—¡Ya lo creo! En las tripulaciones que mandé, enseguida descubría a esa clase de tipos... Son especialistas en provocar disturbios. Pero el faraón y tú os negáis a escucharme.

—Conocemos a Moisés y somos mucho menos pesimistas que tú.

—Algún día lamentareis vuestra ceguera.

—Ve a acostarte y cuida de no meterte con los hebreos. Nuestro papel es mantener el orden, no sembrar la perturbación.

Instalado en palacio, Acha comía un alimento simple pero adecuado, bebía un vino de calidad media y gozaba de la ternura muy profesional de una rubia hitita que el chambelán había tenido la excelente idea de ofrecerle. Desprovista de pudor, deseaba comprobar por sí misma la reputación que los egipcios tenían de ser unos amantes maravillosos. Cooperativo, Acha se había prestado al experimento, unas veces activo, otras pasivo, pero siempre entusiasta.

¿Había un modo más agradable de pasar el tiempo? Uri-Techup, extrañado por la gestión de Acha, se sentía halagado, no obstante, por la presencia del ministro de Asuntos Exteriores del faraón; ¿no significaba aquello que Ramsés le reconocía ya como futuro emperador, a él, el hijo de Muwattali? Uri-Techup irrumpió en la habitación de Acha precisamente cuando la rubia hitita besaba al egipcio con avidez.

—Volveré más tarde —dijo Uri-Techup.

—Quedaos —le rogó Acha—; esta jovencita comprenderá que los asuntos de Estado pasan, a veces, por delante del placer —añadió poniéndose una refinada túnica.

La espléndida hitita se esfumó.

—¿Cómo se encuentra el emperador? —preguntó a Uri-Techup.

—Su estado es estacionario.

—Os renuevo mi ofrecimiento: dejad que le cuide.

—¿Por qué queréis ayudar a vuestro peor enemigo?

—Vuestra pregunta me turba.

El tono de Uri-Techup se hizo cortante.

—Y sin embargo tenéis que responderme, enseguida.

—A los diplomáticos no les gusta demasiado revelar sus secretos tan directamente... ¿No os satisface el carácter humanitario de mi misión?

—Exijo una verdadera respuesta.

Acha pareció molesto.

—Bueno... Ramsés ha aprendido a conocer a Muwattali. Siente por él una gran estima e incluso cierta admiración. Lamenta de veras su enfermedad.

—¿Os burláis de mí?

—Creo saber que no os gustaría ser acusado de haber asesinado a vuestro propio padre —prosiguió Acha.

Pese a la cólera naciente, Uri-Techup no protestó. Acha amplió su ventaja.

—Todo lo que ocurre en la corte hitita nos apasiona; sabemos que el ejército desea que el traspaso de poderes se efectúe con tranquilidad y que el emperador designe personalmente a su sucesor. Por eso quiero ayudarle a recuperar la salud, utilizando los recursos de nuestra medicina.

Uri-Techup no podía suscribir aquella demanda. Si Muwattali recobraba el uso de la palabra, haría encerrar a su hijo y entregaría el imperio a Hattusil.

—¿Cómo estáis tan bien informado? —preguntó a Acha.

—Es difícil...

—Responded.

—Lo siento, debo guardar silencio.

—¡No estáis en Egipto, Acha, sino en mi capital!

—Como embajador en misión oficial, ¿qué debo temer?

—Soy soldado, no diplomático. Y estamos en guerra.

—¿Es esto una amenaza?

—La paciencia me resulta desconocida, Acha. Apresuraos a hablar.

—¿Llegaríais... a la tortura?

—No vacilaría ni un solo instante.

Tembloroso, Acha se envolvió en un manto de lana.

—¿Y si hablo me dejareis en paz?

—Seremos buenos amigos.

Acha bajó los ojos.

—Debo confesaros que mi verdadera misión consiste en ofrecer una tregua al emperador Muwattali.

—¡Una tregua! ¿Por cuánto tiempo?

—El mayor posible...

Uri-Techup se sintió lleno de júbilo. ¡El ejército del faraón estaba al cabo de sus fuerzas! En cuanto los malditos oráculos se hicieran favorables, el nuevo dueño del Hatti se lanzaría al asalto del Delta.

—Además... —prosiguió Acha vacilante.

—¿Además?

—Sabemos que el emperador vacila en nombraros a vos o a su hermano Hattusil como su sucesor.

—¿Quién os informa, Acha?

—¿Nos concederíais la tregua si estuvierais en el poder?

«¿Por qué no utilizar la astucia, tan apreciada por mi padre?», pensó Uri-Techup.

—Soy un guerrero, pero no elimino esta posibilidad siempre que no debilite al Hatti.

Acha se relajó.

—Le dije a Ramsés que erais un hombre de Estado y no me equivoqué. Si lo deseáis, conseguiremos la paz.

—La paz, claro... Pero no habéis respondido a mi pregunta: ¿quién os informa?

—Unos oficiales superiores que fingen apoyaros. En realidad, os traicionan en beneficio de Hattusil. —La revelación le hizo a Uri-Techup el efecto de un mazazo—. Con Hattusil —prosiguió Acha—, no obtendríamos paz ni tregua; su único objetivo es ponerse a la cabeza de una gran coalición, como en Kadesh, y aplastar a nuestras tropas.

—Quiero nombres, Acha.

—¿Vamos a aliarnos contra Hattusil?

Uri-Techup sintió que sus músculos se contraían de pronto, como antes de un combate. Utilizar a un egipcio para librarse de su rival, ¡qué extraña jugarreta del destino! Pero no dejaría pasar semejante ocasión.

—Ayudadme a eliminar a los traidores, Acha, y obtendréis vuestra tregua, y tal vez más aún.

El diplomático habló.

Cada uno de los nombres que decía semejaba una puñalada. En la lista había algunos de los más ardientes partidarios de Uri-Techup, al menos por sus palabras. E incluso oficiales superiores que habían combatido a su lado, asegurándole que le consideraban ya como el nuevo señor del Hatti.

Lívido, Uri-Techup se dirigió con pesados pasos hacia la puerta de la habitación.

—Una cosa más —intervino Acha—; ¿podríais decirle a mi joven amiga que vuelva?

36

Mientras recorría con Bakhen las canteras de granito de Asuán, Ramsés recordó a su padre eligiendo las buenas piedras que se transformarían en obeliscos y estatuas. A sus diecisiete años, el hijo de Seti había tenido la suerte de descubrir aquel espacio mágico conducido por el faraón, en busca de venas de granito de una calidad perfecta; hoy era él, Ramsés, quien dirigía la exploración y debía dar pruebas de las mismas cualidades de percepción.

Ramsés utilizó la vara de zahorí de Seti, que le permitía sentir en las manos las corrientes secretas de la tierra. El mundo de los hombres era sólo una emergencia brotada, durante la «primera vez», del océano de energía, al que regresaría cuando los dioses crearan un nuevo ciclo de vida; en el subsuelo, como en el cielo, se producían sin cesar metamorfosis cuyo eco podía discernir un espíritu aguzado.

Aparentemente, las canteras eran un universo inmóvil, cerrado y hostil donde el calor era insoportable buena parte del año; pero el vientre de la tierra se mostraba allí extraordinariamente generoso, haciendo que saliera a la superficie un granito de inigualable esplendor. Era, por excelencia, la materia perdurable que haría vivir para siempre las moradas de eternidad.

Ramsés se quedó inmóvil.

—Excavarás aquí —ordenó a Bakhen—, y sacarás un monolito en el que darás forma a un coloso para el Ramesseum. ¿Has hablado con los artesanos?

—Todos se presentaron voluntarios para ir a Nubia; tuve que elegir un pequeño equipo. Majestad... No suelo hacerlo, pero me gustaría pediros algo.

—Te escucho, Bakhen.

—¿Aceptaríais mi presencia en esta expedición?

—Tengo buenas razones para negarme: tu nombramiento como tercer profeta de Amón de Karnak te obliga a permanecer en Tebas.

—No... No deseaba ese ascenso.

—Lo sé, Bakhen, pero el sumo sacerdote Nebu y yo mismo hemos considerado que podíamos depositar sobre tus hombros un peso mayor. Ayudarás al sumo sacerdote, mantendrás la prosperidad de sus dominios y velarás por la construcción de mi templo de millones de años. Gracias a ti, Nebu se enfrentará sin preocupaciones a las dificultades cotidianas.

Bakhen cerró el puño sobre su corazón y juró que asumiría los deberes de su nuevo cargo.

De gran intensidad, aunque no muy perjudicial para los diques, los canales y los cultivos, la crecida facilitaba el viaje de la pareja real, de su escolta y de los canteros. El caos rocoso de la primera catarata había desaparecido bajo las aguas agitadas por corrientes y remolinos que hacían peligrosa la navegación. Y, sobre todo, había que desconfiar de los bruscos desniveles, visibles en el último momento, y de las violentas olas, capaces de hacer zozobrar un barco con la carga mal equilibrada. En definitiva, se

tomaron toda clase de precauciones para preparar el canal por el que la flotilla real atravesaría sin riesgo la catarata.

Por lo general plácido e indiferente a la agitación humana, *Matador* manifestaba cierto nerviosismo; el enorme león estaba impaciente por partir hacia su Nubia natal. Ramsés le tranquilizó acariciándole la espesa melena. Dos hombres solicitaron subir a bordo y hablar con el monarca. El primero, un escriba encargado de la vigilancia del nilómetro, presentó su informe.

—Majestad, la crecida alcanza veintiún codos y tres palmos un tercio[1].

—Creo que es excelente.

—Realmente satisfactoria, majestad; este año, Egipto no tendrá problemas de irrigación.

El segundo personaje era el jefe de la policía de Elefantina; su intervención fue mucho menos tranquilizadora.

—Majestad, la aduana informa del paso de un hombre que corresponde a la descripción que vos disteis.

—¿Por qué no lo han detenido?

—El jefe de puesto estaba ausente y nadie quiso cargar con la responsabilidad, tanto más cuanto que no había cometido infracción alguna.

Ramsés contuvo su cólera.

—¿Qué más?

—El hombre declaró que era comerciante y fletó un barco rápido hacia el sur.

—¿Qué clase de cargamento transportaba?

—Jarras con carne seca de buey para los fuertes de la segunda catarata.

—¿Cuándo zarpó?

—Hace una semana.

—Transmite su descripción a los comandantes de las plazas fuertes y ordena que lo detengan si aparece ante su puerta.

Aliviado por haber evitado una sanción, el policía corrió a ejecutar las órdenes.

—Chenar nos precede en Nubia —advirtió Nefertari—; ¿crees prudente proseguir nuestro viaje?

—¿Qué podemos temer de un fugitivo?

—Está dispuesto a todo... ¿No le llevará su odio a la locura?

—Chenar no nos impedirá avanzar. No subestimo su capacidad de hacer daño, Nefertari, pero no la temo. Algún día estaremos frente a frente y se inclinará ante su rey, antes de ser castigado por los dioses.

Se abrazaron y aquel momento de comunicación fortaleció la decisión de Ramsés.

Desconfiado, Setaú saltaba de una popa a una proa, atravesaba un navío, saltaba al siguiente, examinaba las vergas, verificaba los cabos, palpaba las velas, probaba la solidez de los gobernalles; la navegación no era su placer favorito y no confiaba en absoluto en los marineros, demasiado seguros de sí mismos. Afortunadamente, la administración fluvial había hecho disponer un canal amplio, al abrigo de los escollos y navegable incluso en un período de aguas altas. Pero el encantador de serpientes sólo se sentiría realmente seguro cuando posara de nuevo el pie en tierra firme.

De regreso al navío real, donde le habían reservado una cabina, Setaú comprobó que no hubiera olvidado nada: botes para filtros, pequeñas jarras

[1] Unos 11,275 m.

llenas de remedios sólidos y líquidos, cestos para serpientes de diversos tamaños, morteros, mazos, hojas de bronce, bolsas de óxido de plomo y limaduras de cobre, ocre rojo, arcilla medicinal, sacos de cebollas, compresas, botes de miel, cantimploras... Casi no faltaba nada.

Cantando una antigua canción nubia, Loto doblaba paños y túnicas, disponiéndolos en arcones de madera. Debido al calor, iba desnuda y sus gestos felinos extasiaron a Setaú.

—Los barcos parecen sólidos —dijo tomándola por la cintura.

—¿Ha sido una inspección en profundidad?

—¿No soy acaso un hombre serio?

—Vete a examinar los mástiles más de cerca; no he terminado de arreglar todo esto.

—No es tan urgente.

—No soporto el desorden.

El paño de Setaú cayó al suelo de la cabina.

—¿Tendrás la crueldad de abandonar a un amante en este estado?

Las caricias de Setaú se hicieron demasiado precisas para permitir que Loto prosiguiera su meticuloso trabajo.

—Te aprovechas de mi debilidad, precisamente cuando estoy a punto de regresar a Nubia.

—¿Como celebrar tan maravilloso momento mejor que haciendo el amor?

El cortejo de embarcaciones que partían hacia el sur fue saludado por una numerosa muchedumbre. Algunos chiquillos intrépidos, ayudándose con flotadores de caña, se lanzaron en su persecución hasta la entrada del canal. ¿Quién no recordaría que la pareja real había ofrecido a la población un banquete al aire libre, durante el cual la cerveza había corrido a chorros?

Los barcos construidos para los viajes a Nubia eran verdaderas mansiones flotantes, sólidas y confortables. Tenían un solo palo central y una gran vela fijada por numerosos cabos, e iban provistos de un doble gobernalle, uno a babor y otro a estribor. Las aberturas de las cabinas, espaciosas y bien amuebladas, habían sido calculadas para asegurar la circulación del aire.

Atravesada la catarata, la flotilla tomó su velocidad de crucero.

Nefertari quiso invitar a Setaú y a Loto a compartir un jugo de algarrobo, pero los suspiros de satisfacción que brotaban de la cabina de la pareja la disuadieron de llamar a la puerta. Divertida, la reina se acodó en la proa, junto a *Matador*, cuyo hocico se estremecía con el aire de Nubia.

La gran esposa real dio las gracias a las divinidades que le ofrecían tanta felicidad, una felicidad que tenía el deber de hacer llegar a su pueblo. Ella, la modesta y reservada tañedora de laúd, destinada a una oscura pero apacible carrera, vivía junto a Ramsés una existencia prodigiosa.

Lo descubría todas las mañanas y su amor crecía, con el sereno poder de un vínculo mágico que nada ni nadie rompería nunca. Si Ramsés hubiera sido granjero o tallador de jarras de piedra, Nefertari le habría amado con idéntico amor; pero el papel que el destino había atribuido a la pareja real le impedía gozar con egoísmo de su felicidad. Tenía que pensar continuamente en esa civilización que le habían confiado sus predecesores y que debería legar, más hermosa todavía, a sus sucesores.

¿No era eso el Egipto de los faraones, una sucesión de seres de amor, de fe y deber, que habían rechazado la mediocridad, la bajeza y la vanidad para formar una cadena de luces humanas al servicio de la luz divina?

Cuando el brazo de Ramsés estrechó contra su pecho a la gran esposa real, con aquella fuerza teñida de dulzura de la que Nefertari se había enamorado ya en el primer encuentro, recordó por un instante los años pasados juntos, alegrías y pruebas entremezcladas, alegrías y pruebas superadas gracias a la certeza de ser, siempre, uno.

Y con el mero contacto de su cuerpo, supo que el mismo impulso inflamaba su corazón y los transportaba, a ambos, por los caminos de lo invisible, donde la diosa del amor tocaba la música de las estrellas.

37

A veces saltaba en línea recta, altivo e impetuoso, otras languidecía en seductoras curvas, acariciando sin vacilar a su paso una aldea animada por las risas infantiles: así se desplegaba el Nilo del Gran Sur, sin perder nunca la majestad del río celestial cuya prolongación era. Pasando entre desiertas colinas e islotes de granito, alimentaba una estrecha franja de verdor, salpicada de palmeras duma. Grullas coronadas, ibis, flamencos rosas y pelícanos sobrevolaban la flotilla real, fascinada por lo absoluto del azur y del desierto.

Durante las escalas, las tribus locales iban a danzar alrededor de la tienda real; Ramsés hablaba con los jefes; Setaú y Loto tomaban nota de sus quejas y sus deseos. En la velada, alrededor del fuego, se evocaba el misterio del flujo creador, el ascenso de la bienhechora crecida y se celebraba el nombre de Ramsés el Grande, esposo de Egipto y de Nubia.

Nefertari se dio cuenta de que la fama del faraón iba creciendo y de que algunos lo trataban como a un dios; desde la victoria de Kadesh, el relato de la batalla corría de boca en boca incluso en las más alejadas aldeas. Ver a Ramsés y Nefertari era considerado un favor divino; ¿acaso Amón no había penetrado en el espíritu del rey para animar su brazo, y Hator en el de la reina para verter amor como un fulgor de piedras preciosas?

Como el viento del norte soplaba suavemente, su marcha era lenta; Nefertari y Ramsés disfrutaban de esas horas inmóviles y pasaban la mayor parte de su tiempo en cubierta, protegidos por un parasol. *Matador* había recuperado su calma y dormía en cubierta.

¿No eran la arena de oro y la pureza del desierto ecos del otro mundo? Cuanto más avanzaba el navío real hacia los dominios de Hator, aquella región olvidada donde la diosa moldeaba una piedra milagrosa, más tenía Nefertari la sensación de realizar un acto fundamental que la vinculaba con el origen de todas las cosas.

Las noches eran una delicia.

El lecho preferido de Ramsés, cuyo somier estaba hecho con una trama de cáñamo perfectamente tejida y fijada al marco, se encontraba precisamente en la cabina de la pareja real; dos correas le daban una gran flexibilidad. Montado con espigas y muescas, el marco era doble por debajo, para mayor solidez. En el reposapies, representaciones de papiro, flores de aciano y mandrágoras rodeaban la representación del papiro y el loto, que simbolizaban la del Norte y el Sur. Incluso durante el sueño, el faraón seguía siendo el mediador.

Las noches eran una delicia pues, en el calor del estío nubio, el amor de Ramsés eran tan vasto como el cielo estrellado.

Gracias a las placas de plata que Ofir le había dado y que representaban una verdadera fortuna, Chenar había comprado los servicios de unos cincuenta pescadores nubios, encantados de poder mejorar su cotidianidad, aunque lo que el egipcio exigía fuese extravagante y

peligroso. La mayoría de los negros creyeron en la locura pasajera de un hombre rico y caprichoso, deseoso de asistir a un espectáculo inédito, pero que pagaba bien y aseguraba a sus familias el sustento durante varios años.

A Chenar no le gustaba Nubia. Detestaba el sol y el calor, y sudaba durante todo el día. Obligado a beber mucha agua y a comer sólo un mediocre alimento, se alegraba, sin embargo, de haber decidido la estrategia que le permitiría eliminar a Ramsés.

La aborrecida Nubia le proporcionaba, no obstante, una cohorte de implacables asesinos que los soldados de Ramsés serían incapaces de rechazar. Una cohorte reacia a la disciplina, pero cuya violencia y aptitud para el combate no tenían igual.

Ya sólo quedaba aguardar el navío de Ramsés.

El virrey de Nubia vivía apacibles días en su cómodo palacio de Buhen, próximo a la segunda catarata vigilada por varias fortalezas que impedían cualquier intento de agresión nubia. En el pasado, algunos jefes de tribu habían intentado invadir Egipto, que había decidido suprimir el peligro construyendo impresionantes plazas fuertes cuyas guarniciones, regularmente avitualladas, gozaban de ventajoso salario.

Al virrey de Nubia, que también llevaba el título de «hijo real de Kush», una de las provincias nubias, sólo le preocupaba una cosa: garantizar la extracción de oro y su transporte a Tebas, Menfis y Pi-Ramsés. Los orfebres utilizaban el metal precioso, «la carne de los dioses», para adornar puertas, muros de templo y estatuas, y el faraón se servía de él en sus relaciones diplomáticas con varios países y de ese modo se aseguraba su benevolente neutralidad.

El cargo de virrey de Nubia era una posición muy envidiable, aunque su titular tuviera que residir, durante largos meses, lejos de Egipto; el alto funcionario administraba un inmenso paraje y se apoyaba en una experimentada casta militar, compuesta por numerosos autóctonos. Como no temía la menor revuelta por parte de las pacificadas tribus, el virrey se entregaba a los placeres de la buena carne, la música y la poesía. Su esposa, tras haberle dado cuatro hijos, mostraba unos feroces celos que le impedían admirar las incitantes formas de las jóvenes nubias, tan expertas en los juegos del amor. Divorciarse habrían llevado al virrey a la ruina, pues su esposa habría obtenido una enorme indemnización y una pensión alimenticia que no habrían permitido al notable darse la gran vida.

A éste le horrorizaban los incidentes que podían turbar su tranquilidad... ¡Y de pronto, un despacho oficial le anunciaba la llegada de la pareja real! Pero el documento no mencionaba el objetivo exacto del viaje ni la fecha de su llegada a Buhen. Otro despacho ordenaba el arresto de Chenar, hermano mayor de Ramsés, al que se consideraba muerto desde hacía mucho tiempo y cuya apariencia había cambiado notablemente. El virrey dudó en enviar una embarcación al encuentro del monarca; puesto que el faraón no corría riesgo alguno, mejor sería concentrarse en la calidad del recibimiento y la organización de recepciones en honor de la pareja real.

El comandante de la fortaleza de Buhen hizo su informe cotidiano al virrey.

—No hay rastro del sospechoso en la región, aunque sí un hecho extraño.

—¡Detesto los incidentes, comandante!

—¿Debo decíroslo de todos modos?

—Si lo deseáis...

—Varios pescadores abandonaron su aldea durante dos días, según reveló un oficial; al regresar, se embriagaron y pelearon. Uno de ellos murió durante el enfrentamiento y he encontrado en su choza una barrita de plata.

—¡Una verdadera fortuna!

—Es cierto, pero nuestros interrogatorios se han revelado infructuosos; nadie ha confesado de donde procede la barra. Estoy convencido de que alguien paga a los pescadores para robar el pescado destinado al ejército.

Si el virrey se lanzaba a estériles investigaciones, el faraón le acusaría de ineficacia; lo mejor sería, pues, no hacer nada, esperando que su majestad no se enterara.

El viento era tan débil que los marineros, ociosos, dormían o jugaban a los dados. Disfrutaban de aquel apacible viaje y sus alegres escalas, ocasión para agradables encuentros con las acogedoras nubias.

Al capitán del navío trasero no le gustaba que su tripulación abandonara sus obligaciones. Se disponía pues a ordenar una limpieza general cuando se produjo un violento choque que hizo vacilar su embarcación. Varios marineros cayeron pesadamente en cubierta.

—¡Una roca, hemos chocado con una roca!

En la proa del navío real, Ramsés había oído el chasquido del casco. Todas las embarcaciones arriaron enseguida las velas y se inmovilizaron en medio del río que, en aquel lugar, era de poca anchura.

Loto fue la primera en comprender.

Varias decenas de rocas grises emergían apenas del agua lodosa, pero una atenta mirada advertía, en su superficie, unos hermosos ojos y minúsculas orejas.

—Rebaños de hipopótamos —dijo a Ramsés.

La hermosa nubia trepó a lo alto del mástil y comprobó que la flotilla había caído en la trampa. Bajó ágilmente y no ocultó la verdad.

—¡Nunca había visto tantos, majestad! No podemos retroceder ni avanzar. Es extraño... Juraría que los han obligado a reunirse aquí.

El faraón conocía el peligro. Los hipopótamos adultos pesaban más de tres toneladas y estaban provistos de temibles armas: colmillos amarillentos de varias decenas de centímetros de largo y capaces de perforar el casco de un barco. Especialmente irascibles, los señores del río se mostraban muy cómodos en el agua y nadaban con sorprendente agilidad. Cuando su cólera se encendía, abrían sus enormes mandíbulas en un amenazador bostezo.

—Si los machos dominantes han decidido combatir para conquistar a las hembras —indicó Loto—, lo devastarán todo a su paso y hundirán nuestros barcos. Muchos de nosotros moriremos destrozados o ahogados.

Decenas de orejas se agitaron, unos entornados ojos se abrieron, aparecieron los ollares en la superficie del agua, las fauces se abrieron y siniestros gruñidos hicieron que las zaidas posadas en las acacias emprendieran el vuelo. El cuerpo de los machos estaba lleno de cicatrices, huellas de furiosos combates, muchos de los cuales habían terminado con la muerte de uno de los adversarios.

La visión de los horrendos colmillos amarillentos dejó petrificados a los marineros. No tardaron en descubrir algunos machos enormes, a la cabeza de grupos de unos veinte individuos, cada vez más nerviosos. Si pasaban al ataque, comenzarían destrozando de un cabezazo los gobernalles de las embarcaciones, imposibilitando la maniobra, y percutirían con su enorme masa hasta hacer que zozobraran. Lanzarse al agua e intentar salvarse a nado era aleatorio, ¿cómo abrirse camino hasta la orilla entre enfurecidos monstruos?

—Es preciso arponearlos —preconizó Setaú.

—Son demasiados —dijo Ramsés—; solo mataríamos algunos y provocaríamos el furor de los demás.

—¡No vamos a dejar que nos maten sin actuar!

—¿Me comporté así en Kadesh? Mi padre Amón es señor del viento. Guardemos silencio para que su voz se exprese.

Ramsés y Nefertari levantaron las manos en signo de ofrenda, con la palma vuelta hacia el cielo. Plantado sobre sus patas, con la mirada clavada en la lejanía, el enorme león se mantenía digno a la diestra de su dueño.

La orden pasó de navío en navío y el silencio reinó en la flotilla.

Varias fauces de hipopótamo se cerraron lentamente; los señores del Nilo, de frágil piel, se sumergieron hasta sólo mostrar el extremo del hocico y las orejas. Sus ojos entornados parecieron adormecerse.

Durante interminables minutos, nada se movió. La brisa del norte refrescaba las mejillas de Loto, una brisa en la que se encarnaba el aliento vital. El navío real avanzó suavemente, seguido pronto por los demás barcos, que pasaron entre los hipopótamos súbitamente calmados.

Desde lo alto de una palmera duma, a la que había trepado para asistir al naufragio, Chenar fue testigo del nuevo milagro que Ramsés acababa de realizar. Un milagro... ¡No, una suerte inaudita, un inesperado viento que se había levantado en pleno día, en el corazón de la canícula! Rabioso, Chenar aplastó entre sus dedos unos dátiles maduros.

38

Durante la estación cálida, los ladrilleros hebreos estaban de vacaciones. Unos las aprovechaban para descansar en familia, otros completaban su salario contratándose como jardineros en las grandes posesiones. La recolección de la fruta se anunciaba notable; las famosas manzanas de Pi-Ramsés ocuparían un buen lugar en la mesa de los banquetes.

Las hermosas dormitaban bajo los quioscos de madera, cubiertos de plantas trepadoras, o se bañaban en los estanques de recreo, los jóvenes nadaban ante ellas haciendo proezas para deslumbrarlas, los ancianos tomaban el fresco a la sombra de las parras y se contaban la última hazaña de Ramsés que, gracias a su magia, había dominado un inmenso rebaño de furiosos hipopótamos. Y todos, incluso los ladrilleros hebreos, canturreaban el estribillo de la canción: «Que alegría vivir en Pi-Ramsés, los edificios resplandecen de oro y turquesa, la brisa es suave, trinan los pájaros alrededor de los estanques».

El proyecto de éxodo parecía olvidado. Sin embargo, cuando Ameni vio que Moisés entraba en su despacho, temió que aquella tranquilidad fuese turbada.

—¿Nunca descansas, Ameni?

—Tras un expediente siempre hay otro; cuando Ramsés no está es peor todavía. El rey es capaz de tomar una decisión en pocos minutos; a mí me preocupa el detalle.

—¿No piensas en casarte?

—¡No me hables de desgracia! Una mujer me reprocharía que trabajase demasiado, desordenaría mis cosas y me impediría servir correctamente al faraón.

—El faraón, nuestro amigo...

—¿Sigue siendo realmente el tuyo, Moisés?

—¿Lo dudas, Ameni?

—Viendo tu actitud, puedo preguntármelo.

—La causa de los hebreos es justa.

—¡El éxodo, que locura!

—Si tu pueblo estuviera cautivo, ¿no tendrías ganas de liberarle?

—¿Qué cautividad, Moisés? ¡En Egipto, todos somos libres, tú y todos los demás!

—Nuestra verdadera libertad es afirmar nuestra fe en Yahvé, el Dios verdadero, el Dios único.

—Lo mío es la administración, no la teología.

—¿Quieres decirme cuándo regresará Ramsés?

—Lo ignoro.

—¿Y si lo supieras me lo dirías?

Ameni manoseó una tablilla de escritura.

—No apruebo tus proyectos, Moisés; soy tu amigo y debo confesarte que Serramanna te considera un hombre peligroso. No te conviertas en un agitador, de lo contrario restablecerá el orden con firmeza y podrías sufrir por ello.

—Gracias a Yahvé, no temo a nadie.

—Teme a Serramanna, de todos modos; si perturbas el orden público, actuará.

—¿No acudirás en mi ayuda, Ameni?

—Mi religión es Egipto. Si traicionas a tu país, te pondrás al lado de las tinieblas.

—Me temo que ya no tenemos nada en común.

—¿Y quién tiene la culpa, Moisés?

Al salir del despacho de Ameni, el hebreo era presa de sombríos pensamientos. Ofir tenía razón: era preciso aguardar el regreso de Ramsés e intentar convencerle, esperando que la palabra fuese un arma suficiente.

Alojado en una morada del barrio hebreo, el mago Ofir completaba la instalación de su laboratorio. Ya había iniciado sus experimentos de hechizo utilizando el pincel de Kha, el hijo mayor de Ramsés, aunque sin éxito alguno. El objeto permanecía inerte, desprovisto de vibraciones, como si ninguna mano humana lo hubiera manejado.

La protección mágica de la que gozaba Kha era perfectamente eficaz, hasta el punto de turbar al mago libio; ¿disponía de medios suficientes para cruzar aquella barrera? Un hombre podía ayudarle: el diplomático Meba.

Sin embargo, el dignatario que se presentó ante él no tenía nada del personaje brillante y seguro de sí mismo. Tembloroso, embozado en un manto con capucha que le ocultaba el rostro, Meba parecía un fugitivo.

—La noche ha caído —observó Ofir.

—De todos modos podrían reconocerme... ¡Venir aquí es muy peligroso para mí! ¿No deberíamos evitar este tipo de entrevistas?

—Era indispensable.

Meba lamentaba su alianza con el espía hitita, ¿pero cómo romper las mallas de la red?

—¿Qué podéis decirme, Ofir?

—Pueden producirse profundas modificaciones en el Imperio hitita.

—¿En qué sentido?

—En un sentido que nos será favorable. ¿Y vos qué noticias traéis?

—Acha es un hombre prudente. Ameni es el único que conoce el contenido de los mensajes diplomáticos que Acha le envía, antes de comunicar lo esencial a Ramsés. Están en código e ignoro la clave. Interesarme demasiado me haría sospechoso.

—Quiero enterarme del contenido de esos mensajes.

—Los riesgos...

La gélida mirada de Ofir disuadió a Meba de buscar otras excusas.

—Haré lo que pueda.

—¿Estáis seguro de que el pincel que robasteis pertenecía a Kha?

—Sin duda alguna.

—Y Setaú se ha encargado de que el hijo de Ramsés goce de una protección mágica, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Setaú se ha marchado a Nubia con Ramsés, pero su dispositivo resulta más eficaz de lo que yo suponía. ¿Qué precauciones tomó, exactamente?

—Talismanes, creo... ¡Pero ya no puedo acercarme a Kha!

—¿Por qué razón?

—Serramanna sospecha que robé el pincel. Si doy un paso en falso, me meterá en la cárcel.

—Mantened la sangre fría, Meba; en Egipto, la justicia no es una palabra vana. El sardo no tiene prueba alguna contra vos y, por lo tanto, no corréis riesgo alguno.

—¡Estoy seguro de que Kha también sospecha de mí!

—¿Tiene algún confidente?

El diplomático reflexionó.

—Sin duda su protector, Nedjem, el ministro de Agricultura.

—Preguntadle e intentad conocer la naturaleza de esos talismanes.

—Es extremadamente peligroso.

—Estáis al servicio del Imperio hitita, Meba.

El dignatario bajó la mirada.

—Haré lo que pueda, os lo prometo.

Serramanna dio una gran palmada en las nalgas de la libia de veinte años que acababa de distraerle, con ingenuidad, pero con ardor. Tenía unos pechos que la mano del sardo no olvidaría y unos muslos conmovedores, verdadera invitación que un hombre de bien no podía ignorar. Y el antiguo pirata presumía, hoy, de pertenecer a esta categoría.

—Me gustaría hacerlo otra vez —susurró ella.

—¡Lárgate, tengo trabajo!

Asustada, la muchacha no insistió.

Serramanna saltó a lomos de su caballo y galopó hasta el puesto de guardia donde sus hombres se relevaban. Por lo general, jugaban a los dados o al juego de la serpiente, y discutían ardorosamente sobre su sueldo o su ascenso; durante la ausencia de la pareja real, Serramanna había doblado los períodos de trabajo para garantizar la protección de la reina madre y de los miembros de la familia real.

Un profundo silencio reinaba en el interior del local.

—¿Os habéis vuelto mudos? —interrogó Serramanna presintiendo el incidente.

El jefe del puesto se levantó, con los hombros caídos.

—Ante todo, jefe, hemos respetado las órdenes.

—¿Resultado?

—Hemos respetado las órdenes, pero el vigía del barrio hebreo no ha tenido suerte... No ha visto pasar a Meba.

—¡Eso significa que se ha dormido!

—Podría ser, jefe.

—¿Y a eso le llamas «respetar las órdenes»?

—Hace tanto calor, hoy...

—Te pido que hagas seguir a un sospechoso, que no le pierdas de vista ni un minuto, sobre todo si entra en el barrio de los ladrilleros hebreos, ¡y lo pierdes!

—No volverá a pasar, jefe.

—Otro error como ese y os mando a todos a casa, a las islas griegas o a cualquier otro lugar.

Furioso, martilleando el suelo con sus pesados pasos, Serramanna salió del puesto de guardia. Su olfato le decía que Meba estaba conchabado con los rebeldes hebreos y que estaba dispuesto a ayudar a Moisés. Muchos notables de la corte, estúpidos también, no tenían conciencia alguna del peligro que el profeta representaba.

Ofir cerró la puerta de su laboratorio. Los dos hombres a quienes recibía, Amos y Baduch, no debían ser informados de sus experimentos. Al

igual que el mago, los dos beduinos se habían vestido como los ladrilleros hebreos y se habían dejado crecer el bigote.

Gracias a las tribus nómadas que ambos hombres controlaban, Ofir seguía en contacto con Hattusa, la capital hitita. Se hacían pagar muy caro, lo que evitaría una precoz traición.

—El emperador Muwattali sigue vivo —reveló Amos—. Su hijo Uri-Techup debe sucederle.

—¿Preparan los militares una ofensiva?

—No inmediatamente.

—¿Tendremos armas?

—En cantidad suficiente, pero el transporte plantea un problema, deberemos efectuar muchas entregas pequeñas para equipar a los hebreos si no queremos llamar la atención de las autoridades egipcias. Nos llevará mucho tiempo, pero no debemos cometer imprudencias. ¿Habéis obtenido el acuerdo de Moisés?

—Lo obtendré. Vosotros depositareis las armas en los sótanos de las casas pertenecientes a los hebreos decididos a combatir contra el ejército y la policía del faraón.

—Haremos una lista de gente segura.

—¿Cuándo comenzarán las entregas?

—El mes que viene.

39

El oficial a cargo de la seguridad en la capital hitita era uno de los más ardientes partidarios de Uri-Techup; como muchos otros militares, aguardaba con impaciencia la muerte del emperador Muwattali y el ascenso al poder de su hijo, que ordenaría por fin una ofensiva contra Egipto.

Tras haber verificado personalmente que los hombres estuvieran correctamente dispuestos en los puntos estratégicos de la ciudad, el oficial tomó el camino del cuartel para gozar de un bien merecido descanso. Mañana sometería a aquellos holgazanes a un entrenamiento intensivo y distribuiría algunos días de calabozo para mantener la disciplina.

Hattusa era más bien siniestra, con sus fortificaciones y sus murallas grises; pero mañana, después de la victoria, el ejército hitita festejaría en las ricas campiñas de Egipto y gozaría de la buena vida a orillas del Nilo.

El soldado se sentó en su cama, se descalzó y se frotó los pies con un ungüento barato a base de ortigas. Comenzaba a adormecerse cuando su puerta se abrió de pronto.

Dos soldados, con la espada desenvainada, le amenazaban.

—¿Pero qué os pasa? ¡Fuera de aquí!

—¡Eres peor que un buitre, has traicionado a nuestro jefe, Uri-Techup!

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Esa es tu recompensa!

Lanzando un «hum» de matarife, los dos infantes hundieron su espada en el vientre del felón.

Se levantaba un sol pálido. Tras una noche en blanco, Uri-Techup sentía la necesidad de recuperar fuerzas. Bebía leche caliente y comía queso de cabra, cuando los dos ejecutores —¡por fin!— se presentaron ante él.

—Misión cumplida.

—¿Dificultades?

—Ninguna. Hemos cogido por sorpresa a todos los traidores.

—Haced que levanten una pira ante la puerta de los leones y amontonad los cadáveres; mañana, yo mismo encenderé el fuego para quemarlos. Todos conocerán la suerte reservada a quienes intenten herirme por la espalda.

Gracias a los nombres dados por Acha, la depuración había sido rápida y brutal; Hattusil no dispondría ya de ningún informador entre los íntimos de Uri-Techup.

El general en jefe se dirigió a la habitación del emperador, su padre, a quien dos enfermeros habían instalado en un sillón en la terraza de su palacio, que dominaba la ciudad alta.

La mirada de Muwattali seguía fija y sus manos apretaban los brazos del sitial.

—¿Sois capaz de hablar, padre mío?

La boca se entreabrió, pero ningún sonido superó el obstáculo de los labios. Uri-Techup pareció tranquilizarse.

—No debéis temer nada, yo velo por el imperio. Hattusil se oculta en provincias, no es nada ya, y ni siquiera necesito librarme de él. Ese cobarde se pudrirá en el miedo y el olvido.

En los ojos de Muwattali se distinguía un fulgor de odio.

—No tenéis derecho a criticarme, padre; cuando el poder te rehuye, ¿no es preciso apoderarse de él por cualquier medio?

Uri-Techup desenvainó el puñal.

—¿No estáis cansado de sufrir, padre mío? A un gran emperador sólo le gusta el arte de gobernar. ¿Qué esperanza os queda de practicarlo de nuevo, en el estado en que os halláis? Haced un esfuerzo, suplicadme con la mirada que abrevie la terrible tortura.

Uri-Techup se acercó a Muwattali. Los párpados del soberano no se cerraron.

—Aprobad mi gesto, aprobadlo y dadme el trono que me corresponde por derecho.

Muwattali se obstinaba, con todo su ser, en su negativa y su mirada fija desafiaba al agresor.

Uri-Techup levantó el brazo, dispuesto a herir a su padre.

—¡Por todos los dioses, vais a ceder!

Bajo la presión de los dedos del emperador, uno de los brazos del sillón estalló como un fruto maduro. Estupefacto, su hijo soltó el puñal, que cayó sobre las losas.

En el interior del santuario de Yazilikaya, erigido en la ladera de una colina, al noreste de la capital del Imperio hitita, los sacerdotes lavaban la estatua del dios de la Tormenta para que su poder se mantuviera; luego celebraron los ritos destinados a rechazar el caos y a encerrar el mal en la tierra. Para ello plantaron siete clavos de hierro, siete de bronce y siete de cobre antes de inmolar un lechón, cargado con las fuerzas oscuras que amenazaban el equilibrio del país.

Concluida la ceremonia, los celebrantes pasaron ante un friso de doce dioses, se detuvieron ante una mesa de piedra y bebieron un licor fuerte para expulsar de su espíritu cualquier contrariedad. Tomaron luego una escalera tallada en la roca para dirigirse a una capilla excavada en el corazón de la piedra y orar.

Un sacerdote y una sacerdotisa abandonaron la procesión y descendieron a una cámara subterránea iluminada por candiles de aceite. Hattusil y Putuhepa se quitaron la capucha que ocultaba sus rostros.

—Este momento de paz me reconforta —confesó ella.

—Aquí estamos seguros —afirmó Hattusil—; ningún soldado de Uri-Techup se atreverá a aventurarse por este enclave sagrado. Por precaución, he colocado centinelas alrededor del santuario. ¿Estás satisfecha de tu periplo?

—Los resultados han superado mis esperanzas. Numerosos oficiales son menos afectos a Uri-Techup de lo que suponíamos, y son muy sensibles a la idea de adquirir una buena fortuna sin que los maten. Algunos también son conscientes del peligro que representa Siria y sienten la necesidad de reforzar nuestro sistema defensivo en vez de lanzarnos a una loca aventura contra Egipto.

Hattusil bebía las palabras de su esposa como si fueran néctar.

—¿Es un sueño, Putuhepa, o eres portadora de una verdadera esperanza?

—El oro de Acha ha hecho maravillas y desatado muchas lenguas; algunos militares de alta graduación detestan la rabia, la crueldad y la

vanidad de Uri-Techup. Ya no creen en su discurso de conquistador ni en su capacidad de vencer a Ramsés, y no le perdonan su actitud para con el emperador. No se ha atrevido a asesinarle, es cierto, ¿pero no desea abiertamente su muerte? Si maniobramos correctamente, el reinado de Uri-Techup será breve.

—Mi hermano agoniza y no puedo ayudarle...

—¿Deseas que intentemos un golpe de fuerza?

—Sería un error, Putuhepa; el destino de Muwattali ya está sellado.

La bella sacerdotisa miró a su marido con admiración.

—¿Tienes el valor de sacrificar tus sentimientos para reinar sobre el Hatti?

—Es necesario... Pero los que me unen a ti son indestructibles.

—Combatiremos juntos y venceremos juntos, Hattusil. ¿Cómo te han recibido los mercaderes?

—Su confianza no ha disminuido; se ha reforzado incluso, a causa de los errores de Uri-Techup. Según ellos, arruinará el imperio. Tenemos el apoyo de las provincias, pero nos falta el de la capital.

—La reserva de oro de Acha está muy lejos de agotarse; me dirigiré a Hattusa y convenceré a los militares responsables de alto rango para que se pasen a nuestro bando.

—Si caes en manos de Uri-Techup...

—Tenemos amigos en Hattusa; me ocultarán y organizaré breves encuentros en lugares distintos.

—Es demasiado peligroso, Putuhepa.

—No concedamos respiro alguno a Uri-Techup y no perdamos ni una sola hora.

La lengua de la joven hitita rubia lamía lentamente la espalda de Acha, adormilado, y ascendía hacia la nuca. Cuando el placer se hizo muy dulce, el diplomático salió de su letargia, se volvió hacia un lado y abrazó a su amante, cuyos pechos se estremecían. Se disponía a gratificarla con una caricia inédita cuando Uri-Techup irrumpió en la habitación.

—¡Sólo pensáis en el amor, Acha!

—Vuestra capital se revela rica en palpitantes descubrimientos.

Uri-Techup agarró a la rubia del pelo y la echó fuera, mientras el egipcio se perfumaba y se vestía.

—Estoy de un humor excelente —declaró el hitita, cuyos músculos parecían más abultados que de costumbre. Con su larga melena y su pecho cubierto de vello rojizo, el hijo del emperador erguía su estatura de guerrero implacable.

—Todos mis adversarios han sido eliminados —declaró Uri-Techup—; ya no queda ni un solo traidor. En adelante, el ejército me obedecerá sin rechistar.

Uri-Techup había reflexionado mucho antes de poner en marcha la depuración. Si Acha decía la verdad, era el momento de acabar con las ovejas negras; si había mentido, el de suprimir eventuales competidores. Decidido por la sugerencia del embajador egipcio, aquella operación sangrienta sólo presentaba, a fin de cuentas, ventajas.

—¿Os negáis a dejarme cuidar a vuestro padre?

—El emperador ya no tiene remedio, Acha; es inútil atormentarle con drogas que no mejorarían su estado y podrían aumentar su sufrimiento.

—Puesto que no es ya capaz de gobernar, ¿quedará sin jefe el imperio?

Uri-Techup esbozó una triunfante sonrisa.

—Los oficiales superiores me elegirán pronto emperador.

—Y firmaremos una larga tregua, ¿no es cierto?

—¿Lo dudáis?

—Tengo vuestra palabra.

—Sin embargo, queda un obstáculo importante: Hattusil, el hermano del emperador.

—¿No es inexistente su influencia?

—Mientras siga vivo, intentará perjudicarme. Con el apoyo de los mercaderes, conspirará para privarme de los recursos materiales que necesito para equipar correctamente el ejército.

—¿No sois capaz de interceptarle?

—Hattusil es una verdadera anguila y conoce el arte de ocultarse.

—Es realmente enojoso —reconoció Acha—; pero hay una solución.

La mirada de Uri-Techup se inflamó.

—¿Cuál, amigo mío?

—Tenderle una trampa.

—¿Y... me ayudaríais a capturarle?

—¿No es ese el papel de un embajador egipcio que desea ofrecer un suntuoso regalo al nuevo emperador del Hatti?

40

Utilizando sus dones de vidente, Nefertari había confirmado los presentimientos de Ramsés: la presencia de los rebaños de hipopótamos, dispuestos a librar un feroz combate destruyendo la flotilla egipcia durante su confrontación, no se debía al azar. Ojeadores y pescadores habían obligado a los mastodontes a reagruparse.

—Chenar... Él guió su brazo —consideró Ramsés—. Nunca renunciará a destruirnos, es su única razón para vivir. Nefertari, ¿aceptas que prosigamos nuestro camino hacia el sur?

—El faraón no debe renunciar a su proyecto.

El Nilo y los paisajes de Nubia hicieron olvidar a Chenar y su odio. En la escala, Loto y Setaú capturaron admirables cobras, una de ellas con la cabeza negra estriada de rojo. La recolección de veneno prometía ser abundante.

La seductora nubia de piel dorada era más hermosa todavía, el vino de palma generoso y los placeres del amor, en la dulce calidez de las noches, transformaron el viaje en una fiesta del deseo.

Mientras la claridad del alba reavivaba el verde de las palmeras y el ocre de las colinas, Nefertari disfrutaba la alegría de aquella resurrección, saludada por el canto de centenares de pájaros. Todas las mañanas, vestida con la tradicional túnica blanca de tirantes, veneraba a los dioses del cielo, de la tierra y del mundo intermedio, y les agradecía que hubieran ofrecido la vida al pueblo de Egipto.

Un barco mercante estaba embarrancado en un islote arenoso. El navío real se detuvo cerca de él; no distinguieron ninguna señal de vida.

Ramsés, Setaú y dos marineros tomaron una barca y se aproximaron más al pecio. Nefertari había intentado disuadir al rey, pero éste, convencido de que se trataba de la embarcación de Chenar, esperaba descubrir algunos indicios.

Nada en cubierta.

—La cala —dijo un marinero—; la puerta está cerrada.

Con la ayuda de Setaú, rompió el cerrojo de madera.

¿Por qué había embarrancado en un lugar del río que no presentaba peligro alguno, por qué lo habían abandonado precipitadamente sin dar tiempo siquiera a la tripulación para llevarse la carga?

El marinero entró en la cala.

Un horrible grito desgarró el aire azul del amanecer, Setaú retrocedió; él, que ignoraba el miedo ante los más temibles reptiles, parecía petrificado.

Varios cocodrilos, que se habían introducido en la cala por un agujero, habían cogido al marinero por las piernas y lo devoraban a grandes bocados. El hombre ya no gritaba.

Ramsés quiso ayudar al infeliz pero Setaú se lo impidió.

—Te matarían... Nadie puede salvarle ya.

Se trataba de una nueva celada, tan cruel como la precedente. Chenar había previsto la reacción de su hermano, cuya intrepidez era notoria.

Con el corazón lleno de rabia, el rey retrocedió en compañía de Setaú y del otro marinero. Saltaron del pecio al banco de arena.

Entre ellos y la barca, un enorme cocodrilo, de más de ocho metros de largo y más de una tonelada de peso, los observaba con la mirada fija y las fauces abiertas, dispuesto a saltar. Aunque mantuviera una inmovilidad pétrea, el monstruo podía demostrar una extraordinaria rapidez; en la escritura jeroglífica, el signo del cocodrilo simbolizaba la acción fulgurante contra la que nadie podía precaverse.

Setaú miró a su alrededor: estaban rodeados por otros reptiles. No había escapatoria.

Algunos cocodrilos, con las fauces cerradas, de las que sobresalían dientes más cortantes que un puñal, parecían sonreír ante la idea de capturar tan hermosas presas.

Desde el barco real era imposible ver la escena. Dentro de algún tiempo se preocuparían al comprobar que el grupo no regresaba, pero sería demasiado tarde.

—No quiero morir así —murmuró Setaú.

Ramsés desenvainó lentamente el puñal; no sucumbiría sin combatir. Cuando el monstruo atacara, se deslizaría bajo él e intentaría abrirle la garganta. Lucha desesperada de la que Chenar, sin necesidad de mostrarse, saldría victorioso.

El monstruo avanzó dos metros, con rapidez, y se inmovilizó de nuevo. El marinero se había arrodillado tapándose los ojos con las manos.

—Aullaremos juntos corriendo hacia el adversario —dijo Ramsés a Setaú—; tal vez nos oigan desde el barco. Tú a la izquierda, yo a la derecha.

El último pensamiento de Ramsés fue para Nefertari, tan cerca y tan lejos ya. Luego vació su espíritu, reunió sus energías y miró al enorme cocodrilo.

El rey iba a soltar su aullido cuando advirtió una vibración en los matorrales espinosos que bordeaban la orilla. Y estalló el bramido, atronador, tan poderoso que llenó de terror a los propios cocodrilos. Un bramido digno del gigantesco elefante macho, que penetró rápidamente en el agua y llegó hasta el islote.

Con la trompa, tomó al monstruo por la cola y lo lanzó contra los demás cocodrilos, que desaparecieron atropelladamente bajo el agua.

—¡Tú —exclamó Ramsés—, tú, mi fiel amigo!

La trompa del elefante, cada una de cuyas defensas pesaba por lo menos ochenta kilos, tomó suavemente al rey de Egipto por el talle, lo levantó y lo dejó en su nuca, mientras las grandes orejas batían el aire.

—Antaño te salvé la vida; hoy, tú salvas la mía.

Herido por una flecha clavada en su trompa, socorrido y curado gracias a la intervención de Ramsés y Setaú, el joven elefante se había convertido en un soberbio macho cuyos ojillos brillaban de inteligencia.

Cuando Ramsés le acarició la frente, lanzó un nuevo bramido, esta vez de alegría.

Nedjem, el ministro de Agricultura, dio los últimos toques a su informe. Gracias a una excelente crecida, los graneros estarían llenos y el doble país viviría en la abundancia. La rigurosa gestión de los escribas del Tesoro permitiría, incluso, una reducción de impuestos. De regreso a su capital, Ramsés comprobaría que cada alto funcionario había cumplido celosamente su deber, bajo la supervisión de Ameni, atento y crítico.

Nedjem se dirigió a buen paso al jardín de palacio, donde Kha debería estar jugando con su hermana Meritamón. Pero sólo encontró a la niña, tocando el laúd.

—¿Hace mucho tiempo que se ha marchado tu hermano?

—No ha venido.

—Debíamos encontrarnos aquí...

Nedjem se encaminó hacia la biblioteca, donde, poco después del almuerzo, había dejado al pequeño Kha, deseoso de copiar las Sabidurías escritas por los maestros del tiempo de las pirámides.

El adolescente estaba allí, sentado con los pies cruzados, haciendo correr un fino pincel por el papiro que había desenrollado en su regazo.

—Pero... ¿No estás agotado?

—No, Nedjem; estos textos son tan hermosos que copiarlos disipa la fatiga y agiliza la mano.

—Tal vez deberías... dejarlo.

—¡Oh, no, ahora no! Me gustaría tanto estudiar el tratado de geometría del maestro de obras que construyó la pirámide de Unas, en Saqqara.

—La cena...

—No tengo hambre, Nedjem; ¿puedo quedarme un poco más?

—Bueno, pero sólo un momento.

Kha se levantó, besó al ministro en ambas mejillas, luego volvió a la postura del escriba y se zambulló con avidez en la lectura, la escritura y la investigación.

Al salir de la biblioteca, Nedjem balanceó la cabeza. Los excepcionales dones del hijo mayor de Ramsés le maravillaban una vez más. El niño prodigio se había convertido en un adolescente que confirmaba las promesas anunciadas; si Kha seguía creciendo en sabiduría, el faraón se había asegurado un sucesor digno de él.

—¿Cómo va nuestra agricultura, mi querido Nedjem?

La voz que acababa de arrancar al ministro de su meditación era la de Meba, elegante y sonriente.

—Bien, muy bien.

—Hace mucho tiempo que no hemos tenido ocasión de hablar... ¿Aceptáis una invitación a cenar?

—Un exceso de ocupaciones me obliga a negarme.

—Lo siento mucho.

—Yo también, Meba, pero el servicio del reino prevalece sobre las distracciones.

—Esa es la convicción de todos los servidores del faraón; ¿no anima acaso todas nuestras acciones?

—¡Ay!, los hombres son sólo hombres y olvidan a menudo su deber.

Meba detestaba a aquel aguafiestas ingenuo y pontificante, pero debía mostrar respeto y prevención para sacarle las informaciones que necesitaba.

La situación del diplomático no era muy brillante; varias tentativas infructuosas le habían demostrado que no lograría conocer el contenido de los mensajes codificados de Acha. Ameni no cometía imprudencia alguna.

—¿Puedo dejaros en vuestro domicilio? Dispongo de un carro nuevo y de dos caballos muy tranquilos.

—Prefiero caminar —dijo Nedjem malhumorado.

—¿Habéis tenido ocasión de ver a Kha?

El rostro del ministro de Agricultura se iluminó.

—Sí, he tenido esa suerte.

—¡Sorprendente muchacho!

—Más que sorprendente. Tiene madera de rey.

Meba se puso grave.

—Sólo un hombre como vos, Nedjem, puede protegerle de las malas influencias; un talento como el suyo despertará, forzosamente, celos y codicias.

—Tranquilizaos, Setaú le ha protegido contra el mal de ojo.

—¿Estáis seguro de que ha tomado todas las precauciones?

—Un amuleto en forma de tallo de papiro, que garantiza el vigor y el florecimiento, y una venda en la que se ha dibujado un ojo completo, ¿no es eso una perfecta protección mágica contra las fuerzas nocivas, vengan de donde vengan?

—Impresionante, en efecto.

—Además —añadió Nedjem—, Kha se impregna diariamente de las fórmulas grabadas en el laboratorio del templo de Amón. Creedme, el niño está bien protegido.

—Me tranquilizáis; ¿puedo entonces invitaros de nuevo a cenar?

—Para seros franco, no me gustan demasiado los actos sociales.

—¡Os comprendo muy bien, amigo mío! En la diplomacia, por desgracia, no es posible evitarlo.

Cuando ambos hombres se separaron, Meba tenía ganas de brincar como un perro loco. Ofir estaría contento.

41

Cuando el barco atracó en la orilla de Abu Simbel, el gran elefante macho, que había seguido la ruta del desierto, lanzó un bramido de bienvenida. Desde lo alto del acantilado, velaría por Ramsés, que volvía a descubrir, maravillado, la cala de dorada arena donde la montaña se separaba y se unía. El rey recordaba su descubrimiento de un lugar encantado y la búsqueda de Loto, que había encontrado así la piedra de la diosa, que poseía virtudes curativas.

La bella nubia no resistió el placer de zambullirse, desnuda, en las aguas del río y nadar ágilmente hacia la ribera inundada de sol. Varios marineros la imitaron, felices por haber llegado a buen puerto.

Todos se sintieron subyugados por el esplendor del paraje que dominaba un espolón rocoso, que servía de orientación a los navegantes; el Nilo dibujaba una encantadora curva flanqueando un acantilado, dividido en dos promontorios entre los que se insinuaba una lengua de arena leonada.

Con el cuerpo cubierto de plateadas gotas de agua, Loto la escaló riendo, seguida por Setaú, cubierto con su piel de antílope, saturada de soluciones medicinales.

—¿Qué te inspira este lugar? —preguntó Ramsés a Nefertari.

—Percibo la presencia de la diosa Hator; las piedras se parecen a las estrellas, el oro del cielo las hace brillar.

—Al norte, una pared de gres cae en pronunciada pendiente y roza las aguas altas; al sur, la montaña se separa y deja aparecer un vasto atrio. Los dos promontorios, sobre todo, forman una pareja. Celebraré aquí nuestro amor construyendo dos santuarios indisociables el uno del otro, como el faraón y la gran esposa real. Tu imagen quedará grabada para siempre en la piedra y contemplará el sol que te hará nacer día tras día.

Aunque su gesto fuera poco protocolario, Nefertari echó tiernamente los brazos al cuello de Ramsés y le besó con ardor.

Cuando su barco estuvo a la vista de Abu Simbel, el virrey de Nubia se frotó los ojos, creyéndose víctima de un espejismo.

En la ribera, decenas de canteros habían organizado ya lo necesario para la construcción de un vasto edificio. Algunos, utilizando andamios de madera, comenzaban a moldear el acantilado de gres, mientras otros tallaban bloques. Navíos mercantes habían trasladado las herramientas necesarias y los jefes de equipo, preocupados por la indispensable disciplina, habían dividido a los artesanos en pequeños grupos destinados a tareas concretas.

El maestro de obras era el propio Ramsés. En la explanada habían dispuesto una maqueta y los planos; el rey velaba por la traducción perfecta de su visión y hacía rectificar los errores, tras haber dialogado con el arquitecto y el superior de los escultores.

¿Cómo señalar su presencia sin molestar al soberano? El virrey de Nubia consideró más prudente esperar a que Ramsés levantara hasta él los ojos. ¿No se decía, acaso, que el rey tenía un carácter sombrío y que detestaba ser contrariado?

Algo rozó su pie izquierdo, algo suave y fresco... El alto funcionario bajó los ojos y se inmovilizó.

Se trataba de una serpiente roja y negra, de un metro de largo. Se había deslizado por la arena y se había detenido sobre el pie del virrey. Al menor movimiento, le mordería. Incluso un grito podía provocar el ataque del reptil. A pocos pasos de él se hallaba una muchacha, con los pechos desnudos y vestida simplemente con un corto taparrabos que, agitado por un ligero viento, revelaba sus encantos más que ocultarlos.

—Una serpiente —murmuró el virrey, que, a pesar del calor, tenía la carne de gallina.

El espectáculo no impresionó lo más mínimo a Loto.

—¿Qué teméis?

—Pero... Esa serpiente...

—Hablad más alto, no os oigo.

El reptil, lentamente, trepaba por la pantorrilla. El virrey fue incapaz de decir una sola palabra.

Loto se acercó.

—¿La habéis molestado?

El alto funcionario estaba a punto de desmayarse.

La hermosa nubia agarró a la serpiente roja y negra y la enrolló en su brazo izquierdo. ¿Por qué aquel hombre gordo, de blandos músculos, tenía miedo de un reptil a quien ella había arrebatado todo el veneno?

El virrey corrió hasta perder el aliento, tropezó con una piedra y cayó no lejos del rey. Ramsés miró con curiosidad al imponente personaje que tenía la nariz clavada en la arena.

—¿No es una prueba de deferencia algo exagerada?

—Perdonadme, majestad, pero una serpiente... ¡Acabo de escapar de la muerte!

El dignatario se levantó.

—¿Has detenido a Chenar?

—No os quepa duda, majestad, de que no he ahorrado esfuerzos. Se ha hecho todo lo posible para satisfaceros.

—No has respondido a mi pregunta.

—Nuestro fracaso es sólo momentáneo; mis soldados controlan perfectamente la Alta y la Baja Nubia. El agitador no se nos escapará.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a mi encuentro?

—Las exigencias de la seguridad local...

—¿Acaso es más importante para ti que la de la pareja real?

El virrey se puso rojo.

—¡Claro que no, majestad! No es eso lo que he querido decir y...

—Sígueme.

El alto funcionario temía la cólera del faraón, pero Ramsés permanecía tranquilo.

El virrey le siguió al interior de una de las grandes tiendas que se levantaban junto a la obra. Servía de enfermería a Setaú, que acababa de vendar la pantorrilla de un cantero que se había lastimado con un bloque de gres.

—¿Te gusta Nubia, Setaú? —interrogó el rey.

—¿Es necesario realmente hacerme esta pregunta?

—También a tu esposa le complace, creo.

—Aquí, me agota; se diría que su energía se multiplica y que sus deseos amorosos son inextinguibles.

El virrey estaba petrificado. ¿Cómo podía dirigirse en ese tono al dueño de las Dos Tierras?

—Ya conoces a este alto funcionario que nos ha honrado uniéndose a nosotros.

—Detesto a los funcionarios —repuso Setaú—; se atiborran de privilegios que acabarán asfixiándolos.

—Lo siento por ti.

Setaú miró pasmado al rey.

—¿Qué quieres decir?

—Nubia es un gran territorio, administrarla es una tarea pesada. ¿No te parece, virrey?

—¡Sí, sí, majestad!

—La bella provincia de Kush, por sí sola, exige mano firme. ¿Verdad que sí, virrey?

—¡Ciertamente, majestad!

—Pues como tengo muy en cuenta tu opinión, he decidido nombrar a mi amigo Setaú «hijo real de la provincia de Kush» y confiarle su gestión.

Como si aquello no fuera con él, Setaú se puso a doblar unos lienzos. El virrey parecía una estatua a la que el escultor hubiera olvidado darle la vida.

—Majestad, los problemas que se plantearán, mis relaciones con Setaú...

—Serán francas y cordiales, no me cabe duda. Regresa a la fortaleza de Buhen y procura detener a Chenar.

Destrozado, el virrey se retiró.

Setaú cruzó los brazos.

—Supongo que se trata de una broma, majestad.

—Las serpientes son numerosas en esta región, podréis recoger mucho veneno, Loto será feliz y tendréis la suerte de vivir en este incomparable paraje. Te necesito, amigo mío, para dirigir los trabajos y velar por el crecimiento de los dos templos de Abu Simbel. Sus dos santuarios estarán destinados a inmortalizar la imagen de la pareja real. Aquí, en el corazón de Nubia, se celebrará el misterio central de nuestra civilización. Pero si mi decisión te disgusta, te doy libertad para rechazarla.

Setaú emitió una especie de gruñido.

—Sin duda has conspirado con Loto... ¿Y quién puede resistirse a la voluntad del faraón?

Por la magia del rito, el rey transfirió el alma de los enemigos del sur al norte, la de los enemigos del norte al sur, la de los adversarios del oeste al este y la de los adversarios del este al oeste. Gracias a la inversión de los puntos cardinales, que situaba el paraje fuera del mundo manifiesto, Abu Simbel estaría a cubierto de las tormentas humanas; creado por la reina alrededor de los futuros edificios, un campo de fuerza los protegería de agresiones exteriores.

En la pequeña capilla construida ante la fachada del gran templo, Ramsés ofrecía a Maat el amor que le unía a Nefertari, y ligó a la luz la unidad de la pareja real, cuyo matrimonio, perpetuamente celebrado en Abu Simbel, reuniría las energías divinas, fuente nutricia del pueblo de Egipto.

Ante la mirada de Ramsés y Nefertari nacieron el templo del rey y el templo de la reina. Los artesanos se hundieron en el acantilado para excavar el naos; la roca sería tallada hasta una altura de treinta y tres metros, una anchura de treinta y ocho y una profundidad de sesenta y tres.

Cuando los nombres de Ramsés y Nefertari fueron grabados por primera vez en la piedra de Abu Simbel, Ramsés ordenó que se iniciaran los preparativos para la marcha.

—¿Vuelves a Pi-Ramsés? —preguntó Setaú.

—Todavía no. Voy a elegir numerosos parajes en Nubia para construir santuarios; dioses y diosas habitarán en este país de fuego y tú coordinarás los esfuerzos de nuestros constructores. Abu Simbel será el fulgor central, rodeado de un pacífico ejército de santuarios que contribuyan a la consolidación de la paz. Necesitaremos muchos años para realizar esta obra, pero venceremos al tiempo.

Emocionada y recogida, Loto contempló como se alejaba la embarcación real. Desde lo alto del acantilado, admiró a Ramsés y Nefertari, en la proa del bajel de vela blanca que se deslizaba por un agua azul, a imagen del cielo de Nubia.

Lo que Loto había presentido, hoy podía formularlo: Ramsés tenía la talla de un gran faraón porque amaba a Nefertari y sabía hacerse amar por ella.

Nefertari, la dama de Abu Simbel, abría los caminos del cielo y de la tierra.

42

Chenar estaba rabioso.

Las cosas no habían salido como había previsto. Tras el fracaso de sus tentativas para suprimir a Ramsés y causar daños irreparables a su expedición, Chenar se había visto obligado a huir avanzando hacia el Gran Sur.

A bordo de un barco robado en una aldea cuyos habitantes habían tenido la infeliz idea de denunciarlo, Chenar había sido perseguido por los soldados del virrey; sin la habilidad de los marineros nubios, habrían caído en sus manos. Por prudencia, había sido necesario abandonar la embarcación y aventurarse por el desierto, con la esperanza de enmarañar las pistas. El mercenario cretense, brazo derecho de Chenar, maldecía el calor, el aire ardiente, la permanente amenaza que suponían los reptiles, los leones y otras fieras.

Pero Chenar se empecinaba y quería llegar al país de Irem para levantar a las tribus capaces de atacar Abu Simbel y destruir la obra. Cuando la inseguridad reinara en Nubia, el prestigio del faraón quedaría arruinado y sus adversarios se unirían para derribarlo.

El pequeño grupo mandado por Chenar llegó a las proximidades del área de lavado de oro, zona prohibida donde trabajaban obreros especializados bajo la vigilancia del ejército egipcio. Los rebeldes deberían apoderarse de esa área para interrumpir la entrega del precioso metal a Egipto.

Desde lo alto de una duna, Chenar vio a los obreros nubios que lavaban el mineral separándolo de la ganga terrosa que seguía pegada a él, incluso después del troceado y el molido. El agua extraída de un pozo, excavado en pleno desierto, llenaba un depósito que se vertía en una rampa que desembocaba en el estanque de decantación; la escasa corriente bastaba para arrastrar los materiales terrosos y liberar el oro. Sin embargo, para que quedara por completo purificado, era indispensable repetir varias veces la operación.

Los soldados egipcios eran numerosos e iban bien armados. Un simple comando no tenía posibilidad alguna de eliminarlos; Chenar debía organizar una rebelión de envergadura que agrupara a centenares de guerreros procedentes de varias tribus.

En el país de Irem, Chenar, aconsejado por su guía nubio, se entrevistó con un jefe de clan, un negro alto y cubierto de cicatrices. Le recibió en una espaciosa choza, en el centro del poblado, pero la acogida fue gélida.

—Tú eres egipcio.

—Lo soy, pero detesto a Ramsés.

—Yo detesto a todos los faraones que oprimen mi país. ¿Quién te manda?

—Poderosos enemigos de Ramsés que viven al norte de Egipto. Si les ayudamos, vencerán al faraón y te devolverán tu tierra.

—Si nos rebelamos, los soldados del faraón nos exterminarán.

—Tu clan no basta, de acuerdo; por eso es indispensable firmar alianzas.

—Las alianzas son difíciles, muy difíciles... Hay que reunirse y hablar muchísimo tiempo, durante lunas y lunas.

La paciencia era la virtud que más falta hacía a Chenar; contuvo su cólera y se juró ser perseverante, fueran cuales fuesen los aplazamientos y esperas inherentes a las negociaciones.

—¿Estás dispuesto a ayudarme? —le preguntó al jefe de clan.

—Debo permanecer aquí, en mi pueblo; para discutir bien tendríamos que ir al pueblo vecino. Y está lejos.

El mercenario cretense entregó a Chenar una placa de plata.

—Con este tesoro —dijo el egipcio—, alimentarás a tu clan durante muchos meses. Pago a quien me ayuda.

El nubio se quedó extasiado.

—¿Me das eso por discutirlo con los otros?

—Y si tienes éxito, todavía más.

—De todos modos será largo, muy largo...

—Comencemos en cuanto salga el sol.

De regreso a Pi-Ramsés, Iset la bella pensaba a menudo en la choza de cañas donde había ocultado sus amores con Ramsés, antes de que conociera a Nefertari; por algún tiempo, había esperado casarse con el hombre del que seguía enamorada, ¿pero cómo rivalizar con aquella mujer sublime que, con toda justicia, se había convertido en la gran esposa real?

A veces, cuando el mal de amores se hacía demasiado intenso, Iset la bella dejaba de maquillarse, llevaba ropa vieja, olvidaba perfumarse... Pero el afecto que sentía por Kha y Merenptah, los dos hijos que había dado a Ramsés, y por Meritamón, la hija del rey y Nefertari, le permitía evadirse de su angustia pensando en el porvenir de aquellos tres niños: Merenptah, un muchacho apuesto y robusto, de inteligencia despierta ya; Meritamón, una niña bonita, reflexiva y buen músico a pesar de su corta edad; Kha, un futuro sabio excepcional. Aquellos tres niños eran su esperanza, serían su porvenir.

Su chambelán le entregó un collar con cuatro vueltas de amatistas y cornalinas, unos pendientes de plata y un vestido multicolor bordado con hililllos de oro. Le seguía Dolente, la hermana de Ramsés.

—Parecéis fatigada, Iset.

—Una debilidad pasajera. Pero ¿a quién están destinadas tales maravillas?

—¿Me permitís ofreceros estos modestos presentes?

—Me siento conmovida, no sé como agradecéroslo.

La mujer alta y morena, tranquilizante y protectora, había decidido pasar a la ofensiva.

—¿No os parece que vuestra existencia soporta una excesiva carga, mi querida Iset?

—No, de ningún modo, porque tengo el gozo de educar a los hijos de Ramsés el Grande.

—¿Por qué os resignáis a un destino sin brillo?

—Amo al rey, amo a sus hijos: ¿no me han concedido los dioses la felicidad?

—Los dioses... ¡Los dioses son una ilusión, Iset!

—¿Qué decís?

—Sólo existe un único Dios, el que veneró Akenatón, Aquel al que oran Moisés y los hebreos. A Él debemos dirigirnos.

—Seguid vuestro camino, Dolente; no es el mío.

La hermana de Ramsés comprendió que no convencería a Iset la bella, demasiado ligera y timorata; pero existía otro terreno en el que Dolente podía introducirse con ciertas esperanzas de éxito.

—Veros reducida al rango de segunda esposa me parece una injusticia.

—No lo creo, Dolente, Nefertari es más hermosa e inteligente que yo; ninguna mujer puede igualarla.

—No es cierto. Además, Nefertari tiene un abominable defecto.

—¿Cuál?

—No ama a Ramsés.

—¿Cómo os atrevéis a suponer...?

—No lo supongo, lo sé. No ignoráis que mi pasatiempo favorito consiste en escuchar a los cortesanos y recoger sus confidencias; así pues, puedo afirmaros que Nefertari es una simuladora y una intrigante. ¿Qué era antes de conocer a Ramsés? Una pequeña sacerdotisa sin porvenir alguno, un músico mediocre cuya única competencia habrían sido servir a los dioses en el interior de un templo... ¡Y he aquí que Ramsés posó los ojos en ella! Un verdadero milagro, una conmoción que transformó a la muchacha tímida en una ambiciosa desencadenada.

—Perdonadme, Dolente, pero no consigo creerlo.

—¿Conocéis la verdadera razón del viaje de la pareja real a Nubia? Nefertari exigió que se construyera un inmenso templo a su gloria y que se inmortalizara su nombre. Ramsés ha cedido e inaugurado una costosa obra que durará varios años. La ambición de Nefertari acaba de salir a la luz del día: ocupar el lugar del rey y reinar sola en el país. Para evitar esta locura, todos los medios serán buenos.

—¿Os atrevéis a pensar que...?

—Lo repito: todos los medios. Sólo hay una persona que puede salvar a Ramsés: vos, Iset.

La muchacha se turbó. Ciertamente, desconfiaba de Dolente, ¿pero no desarrollaba la hermana de Ramsés inquietantes argumentos? Sin embargo, Nefertari parecía sincera. ¿Acaso no acarreaba una vanidad incoercible el ejercicio del poder? De pronto, la imagen de una Nefertari enamorada que veneraba a Ramsés se resquebrajó. ¿Qué destino más hermoso, para una intrigante, que seducir al señor de las Dos Tierras?

—¿Qué me aconsejáis, Dolente?

—Ramsés ha sido engañado; tendría que haberse casado con vos, sois la madre de su hijo mayor, Kha, a quien la corte reconoce ya como su sucesor. Si amáis al rey, Iset, si amáis a Egipto y queréis su felicidad, sólo hay una solución: libraos de Nefertari.

Iset la bella cerró los ojos.

—Es imposible, Dolente.

—Yo os ayudaré.

—El crimen es un acto abominable que lleva a la destrucción del espíritu, del alma y del nombre... Atentar contra la gran esposa real es condenarse para toda la eternidad.

—¿Quién lo sabrá? Cuando hayáis decidido golpear, tendréis que actuar en la sombra y no dejar rastro alguno.

—¿Esta es la voluntad de vuestro dios, Dolente?

—Nefertari es una mujer perversa que mancilla el corazón de Ramsés y le arrastra a cometer graves errores. Vos y yo tenemos el deber de unirnos para impedir que le perjudique; así seremos fieles al rey.

—Necesito reflexionar.

—Es muy natural. Siento mucha estima por vos, Iset, y sé que adoptaréis la decisión adecuada. Sea cual sea, tenéis mi afecto.

Iset la bella esbozó tan pobre sonrisa que, antes de partir, Dolente la besó en ambas mejillas.

La segunda esposa de Ramsés se ahogaba. Con pasos vacilantes, se dirigió hacia la ventana que daba a uno de los jardines de palacio y se impregnó con un violento rayo de luz que no disipó su turbación.

En ella nació una plegaria dirigida a las fuerzas ocultas en el cielo, a esas fuerzas que decidían el destino de los seres, la duración de su existencia y la hora de su muerte. ¿Tenía derecho a actuar en su lugar, a cortar el hilo de los días de Nefertari porque la gran esposa real dañaba a Ramsés?

¡Una rival! Por primera vez, Iset la bella consideraba realmente a Nefertari como una rival. Su mudo pacto se rompía y el conflicto latente aparecía con una violencia contenida desde hacía muchos años. Iset era la madre de los dos hijos de Ramsés, la primera mujer a la que había amado, la que debería haber reinado a su lado. Dolente le había revelado una verdad que ella había intentado, hasta entonces, ahogar.

En cuanto ella eliminara a Nefertari, Ramsés sería consciente por fin de que aquel amor había sido sólo un episodio fugaz; liberado de aquella hechicera de pérfidas intenciones, se volvería hacia Iset la bella, hacia su pasión de juventud, hacia aquella a la que nunca había dejado de amar.

43

Aunque albergara un profundo desprecio hacia los hebreos, el siniestro Ofir consideraba con cinismo que el barrio de los ladrilleros le ofrecía un refugio muy seguro, aunque fuera necesario cambiar con frecuencia de morada para gozar de mayor seguridad. Gracias a unos falsos testimonios, sabiamente distribuidos, Serramanna había acabado creyendo que el mago sirio había salido de Egipto; por lo que se había resignado a abandonar sus investigaciones. Sólo se habían mantenido las patrullas habituales, encargadas de evitar los desórdenes nocturnos. Sin embargo, el mago no alardeaba. Desde hacía muchos meses, la situación se había inmovilizado; en el decimoquinto año del reinado de Ramsés, que tenía treinta y siete, el reino de Egipto mostraba una insolente salud.

Las noticias procedentes del Imperio hitita eran extrañas y poco tranquilizadoras; ciertamente, Uri-Techup seguía predicando la guerra a ultranza contra Egipto, pero no lanzaba ofensiva alguna. Además, el territorio protector que formaban Siria del Sur y Canaán estaba ocupado por tropas egipcias, aguerridas y capaces de rechazar un asalto en masa. ¿Por qué vacilaba así el bullente Uri-Techup? Los breves mensajes que los beduinos transmitían a Ofir no le daban explicación alguna.

En el sur, Chenar no conseguía soliviantar a las tribus nubias. Las interminables discusiones proseguían, sin resultados concretos.

En la corte, Dolente intentaba ganarse la amistad de Iset la bella, para convencerla de que actuara; pero la segunda esposa del rey no parecía dispuesta a tomar una decisión.

Por lo que a Meba se refería, incapaz de conocer el contenido de los textos codificados que Acha enviaba a Ameni, resultaba de una deplorable ineficacia; ciertamente, había obtenido informaciones precisas sobre el equipamiento mágico del joven Kha, pero el hijo mayor de Ramsés llevaba una vida estudiosa y sin sobresaltos, en la que Ofir no había encontrado rendija alguna.

Tras un largo viaje, durante el que había fundado numerosos templos, Ramsés había regresado a la capital. Nefertari resplandecía de felicidad. Pese a los riesgos de la guerra, la pareja real gozaba de extraordinaria popularidad; todos estaban convencidos de que el país se arraigaba en una prosperidad duradera y de que sabrían protegerle contra toda agresión exterior.

Después de hacer un balance tan poco esperanzado, Ofir lanzaba rayos y culebras. Pasaban los años, y la esperanza de derribar a Ramsés desaparecía. Él, el maestro de espías, que nunca había dudado del éxito de su misión, comenzaba a preocuparse y a ceder al desaliento.

Estaba sentado al fondo de la estancia de recepción, en la oscuridad, cuando un hombre entró en su casa.

—Quisiera hablar con vos.

—Moisés...

—¿Estáis ocupado?

—No, reflexionaba.

—Ramsés ha vuelto por fin y he tenido la paciencia de aguardarle, como me habíais aconsejado.

La firmeza del tono de Moisés devolvió la confianza a Ofir; ¿se decidiría el hebreo a tomar la iniciativa?

—He reunido al consejo de ancianos —prosiguió el profeta—, y han decidido nombrarme portavoz ante el faraón.

—El éxodo sigue vigente pues.

—El pueblo hebreo saldrá de Egipto porque esta es la voluntad de Yahvé. ¿Habéis cumplido vuestros compromisos?

—Nuestros amigos beduinos han entregado las armas; están almacenadas en los sótanos.

—No recurriremos a la violencia, pero sería preferible disponer de un medio de defensa por si fuéramos perseguidos.

—¡Lo seréis, Moisés, lo seréis! Ramsés no aceptará la insurrección de todo un pueblo.

—No deseamos rebelarnos, sólo salir de este país y llegar a la tierra que se nos ha prometido.

Ofir estaba exultante interiormente. ¡Por fin un motivo de alegría! Moisés iba a crear un clima de inseguridad, propicio para la intervención militar de Uri-Techup.

Frente al friso de los doce dioses del santuario de Yazilikaya, la sacerdotisa Putuhepa, con sus largos cabellos recogidos en un moño y ocultos por un gorro, estaba tendida en un lecho de piedra, como muerta.

Había absorbido un peligroso brebaje que la sumiría en un profundo sueño durante tres días y tres noches. No había medio más seguro de ponerse en contacto con las potencias del destino y desvelar su voluntad.

La consulta con los oráculos normales, siempre desfavorables para Uri-Techup, no había bastado para tomar una decisión que comprometía la existencia de Hattusil y la suya propia: había decidido, pues, utilizar un método radical, aunque peligroso.

Ciertamente, la totalidad de la casta de los mercaderes y una parte no desdeñable del ejército, tras un intenso trabajo de zapa, se pronunciaba en favor de Hattusil, ¿pero no estarían, Putuhepa y él, haciéndose ilusiones sobre su porvenir? Gracias al oro de Acha, el embajador egipcio, numerosos oficiales superiores abogaban por reforzar las defensas interiores y los puestos fronterizos, y por el abandono del plan de ataque contra Egipto. ¿Pero no cambiarían de opinión si Uri-Techup descubría la conspiración que contra él se tramaba?

Discutir la toma del poder por Uri-Techup se traduciría, antes o después, en una guerra civil de inciertos resultados; por ello Hattusil, pese al abundante apoyo del que disponía, seguía dudando en lanzarse a una mortífera aventura durante la que desaparecerían miles de hititas.

Por eso Putuhepa deseaba practicar la ensoñación premonitoria, que solo se produciría durante un periodo de sueño forzado.

A veces, el sujeto no despertaba; otras, su espíritu perdía lo esencial de sus facultades. Hattusil había emitido, pues, una opinión desfavorable, pese a la insistencia de su esposa; y Putuhepa había vuelto diez veces a la carga antes de obtener, por fin, su asentimiento.

Y yacía, inmóvil, respirando apenas, desde hacía tres días y tres noches. Según los libros de adivinación, ahora abriría los ojos y revelaría lo que las potencias del destino le habían enseñado.

Nervioso, Hattusil estrujó los bordes de su manto de lana.

El plazo había transcurrido.

—Putuhepa... ¡Despierta, te lo ruego!

Un respingo. No, se equivocaba... Putuhepa no se había movido. ¡Sí, era un respingo! Putuhepa abrió los ojos, miró fijamente la roca donde se habían esculpido los doce dioses.

Entonces, de su boca brotó una voz, una voz lenta y profunda que Hattusil no reconoció.

—He visto al dios de la Tormenta y a la diosa Ishtar... Ambos me han dicho: «Apoyamos a tu marido y el país entero se pondrá de su parte, mientras su enemigo parecerá un cerdo en su pocilga».

La quinta amante hitita de Acha tenía una mano dulce, tan dulce que le hizo pensar en la miel y el rocío primaveral; le proporcionaba caricias tan insistentes que despertaron en él nuevas sensaciones y un placer cuya intensidad le sumergía.

La joven poseía cualidades idénticas a las precedentes, pero Acha ya comenzaba a añorar a las egipcias, las riberas del Nilo y los palmerales.

El amor era el único paliativo para la atmósfera pesada y aburrida de la capital hitita. Se añadían a él numerosas entrevistas con los principales representantes de la casta de los mercaderes y algunos discretos militares de alto rango. Oficialmente, Acha proseguía sus largas negociaciones con Uri-Techup, el nuevo señor del Hatti, sucesor de Muwattali, cuya agonía parecía interminable pero cuyas fuerzas declinaban. El egipcio tenía también una misión oficiosa: acosar a Hattusil, descubrir su escondrijo y entregarlo a Uri-Techup.

A intervalos regulares, cuando el hijo del emperador regresaba de sus periodos de entrenamiento a la cabeza de los carros, la caballería o la infantería, mantenidos en permanente estado de alerta, Acha le hacía un detallado informe.

Los soldados de Uri-Techup habían estado a punto de arrestar a Hattusil tres veces, avisado en el último momento por algún aliado en la sombra.

Esta vez, Acha y su amante habían abandonado sus escarceos cuando Uri-Techup entró en la habitación del embajador egipcio.

La mirada del jefe guerrero era dura, casi fija.

—Tengo buenas noticias —dijo Acha, que se frotaba las manos con aceite perfumado.

—Yo también —declaró Uri-Techup con el ardor de un vencedor—. Mi padre Muwattali acaba de morir por fin y soy el único dueño del Hatti.

—Felicidades... Pero queda Hattusil.

—No escapará ya mucho tiempo, aunque mi imperio sea vasto. Hablabais de buenas noticias...

—Precisamente se refieren a Hattusil; gracias a un informador digno de fe, creo saber donde se encuentra el hermano de Muwattali. Pero...

—¿Pero qué, Acha?

—¿Me garantizáis que, cuando detengáis a Hattusil firmaremos la paz?

—Habéis hecho una buena elección, amigo, no lo dudéis; Egipto no quedará decepcionado. ¿Dónde se oculta ese traidor?

—En el santuario de Yazilikaya.

Uri-Techup se había puesto personalmente a la cabeza de un pequeño destacamento de unos diez hombres, para no alarmar a eventuales vigías. Un despliegue de fuerzas habrían llamado la atención y provocado la huida de Hattusil.

Así pues, eran sacerdotes colocados bajo la égida de Putuhepa los que habían dado refugio al hermano del difunto emperador; Uri-Techup les infligiría un justo castigo.

Hattusil había cometido la imprudencia de residir cerca de la capital, en un lugar de fácil acceso; esta vez no escaparía. Uri-Techup vacilaba entre la ejecución sumaria y el proceso amañado; puesto que los procesos judiciales le gustaban poco, incluso bien preparados, optó por la primera solución. Debido a su posición, tenía que renunciar, desgraciadamente, a cortar en persona la garganta de Hattusil y encargaría a uno de sus hombres la tarea. De regreso a Hattusa, Uri-Techup organizaría unos grandiosos funerales por Muwattali, y él, su amado hijo, sería su indiscutible sucesor.

Con un ejército dispuesto para el combate, invadiría la Siria del Sur, establecería la conexión con los beduinos, ocuparía Canaán, cruzaría la frontera egipcia y se enfrentaría con un Ramsés que habría cometido el fatal error de creer en la paz, como su embajador le aseguraba.

¡Él, Uri-Techup, señor del Imperio del Hatti! Su sueño se realizaba, sin necesidad de apoyarse en la costosa coalición formada por Hattusil. Uri-Techup se sentía lo bastante fuerte para conquistar Asiria, Egipto, Nubia y todo el Asia; su gloria eclipsaría la de los demás emperadores hititas.

El pequeño grupo se aproximó al sagrado roquedal de Yazilikaya, en el que se habían dispuesto varias capillas. Allí, según se decía, residía la suprema pareja divina, el dios de la Tormenta y su esposa; él, el nuevo emperador, llevaba en su nombre, Techup, el de aquel dios terrorífico y temido. Sí, él mismo era la divina Tormenta, cuyo rayo caería sobre sus enemigos.

En el umbral del santuario había un hombre, una mujer y un niño.

Hattusil, su esposa Putuhepa y su hijita de ocho años. ¡Los insensatos se rendían, creyendo en la clemencia de Uri-Techup!

El nuevo emperador hizo que sus jinetes se detuvieran y saboreó su triunfo. Acha le había proporcionado, en efecto, la ocasión de librarse de sus últimos adversarios. Una vez eliminada esa maldita familia, haría estrangular al embajador egipcio, inútil ya. ¡Y pensar que el muy ingenuo había creído en los deseos de paz de Uri-Techup! Tantos años de paciencia, tantos años de pruebas para llegar por fin al poder absoluto...

—Acabad con ellos —ordenó Uri-Techup a sus soldados.

Cuando los arcos se tensaron, Uri-Techup experimentó una sensación de intenso placer. El pérfido Hattusil y la arrogante Putuhepa cosidos a flechazos, sus cadáveres quemados... ¿Había misión más deliciosa?

Pero nadie disparó ni una sola flecha.

—¡Acabad con ellos! —repitió Uri-Techup enojado.

Los arcos se volvieron hacia él.

Traicionado... ¡Le habían traicionado, a él, al nuevo emperador! Por eso estaban tan tranquilos Hattusil, su esposa y su hija.

El hermano de Muwattali se adelantó.

—Eres nuestro prisionero, Uri-Techup; ríndete y serás juzgado.

Lanzando un grito de rabia, Uri-Techup encabritó su caballo; sorprendidos, los arqueros retrocedieron. Con el ardor de un guerrero acostumbrado al combate, el hijo del emperador difunto rompió el cerco y se lanzó hacia la capital.

Las flechas silbaron en sus oídos pero ninguna le alcanzó.

44

Uri-Techup entró por la puerta de los leones y galopó hasta el palacio, forzando su caballo hasta que murió, con el corazón reventado, en la cima de aquella acrópolis desde donde al emperador del Hatti le gustaba contemplar su imperio.

El jefe de la guardia privada acudió a su encuentro.

—¿Qué ocurre, majestad?

—¿Dónde está el egipcio?

—En sus aposentos.

Esta vez, Acha no se entregaba a los placeres del amor con una hermosa hitita rubia sino que se había embozado en un grueso manto, con la daga al costado.

Uri-Techup dejó estallar su cólera.

—Una emboscada... ¡Era una emboscada! ¡Soldados de mi propio ejército se han rebelado contra mí!

—Hay que huir —dijo Acha.

Las palabras del egipcio dejaron pasmado al hitita.

—Huir... ¿De qué estáis hablando? Mi ejército arrasará el maldito santuario y acabará con todos los rebeldes.

—Ya no tenéis ejército.

—¿Que no tengo ejército? —repitió Uri-Techup atónito—. ¿Qué significa eso?

—Vuestros generales respetan los oráculos y las revelaciones de los dioses de Putuhepa; por eso se someten a Hattusil. Os queda vuestra guardia privada y uno o dos regimientos que no resistirán mucho tiempo. En las próximas horas seréis hecho prisionero en vuestro propio palacio, hasta la triunfal llegada de Hattusil.

—No es cierto, no es posible...

—Aceptad la realidad, Uri-Techup. Poco a poco, Hattusil ha ido apoderándose de todos los resortes del imperio.

—¡Combatiré hasta el final!

—Sería un suicidio. Hay una solución mejor.

—¡Hablad!

—Conocéis perfectamente el ejército hitita, sus fuerzas reales, su armamento, el modo como funciona, sus debilidades...

—Es cierto, pero...

—Si partís inmediatamente, puedo ayudaros a salir del Hatti.

—¿Adónde iría?

—A Egipto.

Uri-Techup pareció fulminado.

—¡No digáis tonterías, Acha!

—¿En que país, si no, podríais estar seguro, fuera del alcance de Hattusil? Naturalmente, ese derecho de asilo debe negociarse; por ello, a cambio de vuestra vida, tendréis que decirle a Ramsés todo lo que sabéis sobre el ejército hitita.

—Me pedís que traicione a mi propio imperio.

—Vos decidís.

Uri-Techup sintió deseos de matar a Acha. ¿No le había manipulado, acaso, el egipcio? Pero le ofrecía la única posibilidad de sobrevivir, con deshonor, es cierto, pero sobrevivir... Y, más aún, de perjudicar a Hattusil revelando los secretos militares.

—Acepto.

—Es la vía de la razón.

—¿Me acompañaréis, Acha?

—No, me quedo aquí.

—Es arriesgado.

—Mi misión no ha terminado; ¿habéis olvidado que estoy aquí negociando la paz?

Cuando la noticia de la huida de Uri-Techup se hizo pública, los últimos soldados que le permanecían fieles se unieron a la causa de Hattusil, proclamado emperador. El primer deber del nuevo soberano fue rendir homenaje a su hermano Muwattali, cuyo cuerpo fue quemado en una gigantesca pira, durante una grandiosa ceremonia seguida de una semana de fiestas.

Durante el banquete que clausuró los actos de coronación, Acha ocupó un lugar de honor, a la izquierda del emperador Hattusil.

—Majestad, permitidme que os desee un reinado largo y apacible.

—No hay rastros de Uri-Techup... Vos, que sois un genio de la información, Acha, ¿no tendréis alguna pista a este respecto?

—Ninguna, majestad; sin duda alguna no volveréis a oír hablar de él.

—Me sorprendería. Uri-Techup es un hombre resentido y obstinado, y no descansará hasta vengarse.

—Para ello necesitará disponer de medios.

—Un guerrero de su temple no renuncia.

—No comparto vuestros temores.

—Es curioso, Acha... Tengo la sensación de que sabéis mucho sobre él.

—Es solo una impresión, majestad.

—¿No habréis ayudado a Uri-Techup a salir del país?

—Sin duda, el porvenir nos reserva muchas sorpresas, pero yo no soy responsable. Mi única misión consiste en convenceros de que iniciéis negociaciones con Ramsés para firmar la paz.

—Jugáis un juego muy peligroso, Acha; suponed que he cambiado de opinión y que pienso proseguir la guerra contra Egipto.

—Conocéis demasiado bien la situación internacional para desdeñar el peligro asirio y os preocupa demasiado el bienestar de vuestro pueblo para arruinarlo en un conflicto inútil.

—Vuestro análisis no carece de pertinencia, ¿pero debo aceptarlo como la visión política que más me conviene? La verdad no es muy útil cuando se trata de gobernar; una guerra tiene la ventaja de apagar las oposiciones y de dar un nuevo impulso.

—¿Os resultaría indiferente el número de muertos?

—¿Cómo evitarlos?

—Estableciendo la paz.

—Admiro vuestra obstinación, Acha.

—Amo la vida, majestad, y la guerra destruye demasiados goces.

—Este mundo debe disgustaros.

—En Egipto reina una sorprendente diosa, Maat, que nos impone a todos, incluso al faraón, el respeto a la Regla del universo y que nos obliga a preservar la justicia en la tierra. Ese mundo no me disgusta.

—Todo eso es muy hermoso, pero no deja de ser una fábula.

—Desengañaos, majestad; si os decidís a atacar Egipto, tendréis que enfrentaros con Maat. Y si salierais victorioso, aniquilaríais una civilización inigualable.

—¿Qué importa si el Hatti domina el mundo?

—Imposible, majestad; es demasiado tarde ya para impedir que Asiria se convierta en una gran potencia. Solo una alianza con Egipto salvaguardará vuestro territorio.

—Si no me equivoco, Acha, no sois mi consejero sino el embajador de Egipto... ¡Y no dejáis de echar agua en vuestro molino!

—Es solo una apariencia, majestad; aunque el Hatti no tenga el encanto de mi país, siento afecto por él y no deseo verlo caer en el caos.

—¿Sois sincero?

—Admito que la sinceridad de un diplomático puede ponerse siempre en duda... Sin embargo, os ruego que me creáis. El objetivo de Ramsés es, efectivamente, la paz.

—¿Os comprometéis en nombre de vuestro rey?

—Sin dudarlo. Por mi voz estáis escuchando la suya.

—Debe de uniros una profunda amistad...

—Así es, majestad.

—Ramsés tiene suerte, mucha suerte.

—Eso es lo que afirman todos sus adversarios.

Todos los días, desde hacía cinco años, Kha se dirigía al templo de Amón y pasaba al menos una hora en el laboratorio, cuyos textos conocía ya de memoria. Con el transcurso de los años, se había puesto en contacto con los especialistas en astronomía, geometría, simbólica y demás ciencias sagradas; gracias a ellos, había descubierto los paisajes del pensamiento y había progresado por los caminos del conocimiento.

Pese a su juventud, Kha iba a ser iniciado en los primeros misterios del templo. Cuando la corte de Pi-Ramsés supo la noticia, se quedó maravillada; sin duda, el hijo mayor del rey estaba destinado a las más altas funciones religiosas.

Kha se quitó el amuleto que llevaba al cuello y la venda enrollada en su muñeca izquierda. Desnudo, con los ojos vendados, fue llevado a una cripta del templo para meditar ante los secretos de la creación, revelados en las paredes.

Cuatro ranas macho y cuatro serpientes hembra formaban las parejas primordiales que habían moldeado el mundo, las líneas onduladas evocaban el agua primordial en la que había despertado el Principio para crear el universo, una vaca celestial era el origen de las estrellas.

Luego, el joven fue conducido hasta el umbral de la sala hipóstila, donde dos sacerdotes, con los rostros cubiertos con las máscaras de Thot, el ibis, y de Horus, el halcón, vertieron agua fresca sobre su cabeza y sus hombros. Ambos dioses le vistieron con un paño blanco y le invitaron a venerar a las divinidades presentes en las columnas.

Diez sacerdotes, con el cráneo afeitado, rodearon a Kha. El joven tuvo que responder a mil preguntas sobre la naturaleza oculta del dios Amón, sobre los elementos de la creación contenidos en el huevo del mundo, sobre el significado de los principales jeroglíficos, sobre el contenido de las fórmulas de ofrenda y sobre numerosos temas que solo un aguerrido escriba podía tratar sin error.

Los examinadores no hicieron observaciones ni comentarios. Kha aguardó mucho tiempo el veredicto, en una capilla silenciosa.

A medianoche, un sacerdote anciano le tomó de la mano y le condujo bajo el techo del templo; le hizo sentarse y contemplar el cielo estrellado, el cuerpo de la diosa Nut, la única capaz de transformar la muerte en vida.

Elevado al rango de portador de la Regla, Kha solo pensó en los radiantes días que iba a pasar en el templo, para descubrir el conjunto de los rituales. Sumido en su emoción, olvidó recuperar la venda y el amuleto protectores que se había quitado.

45

En Abu Simbel, Setaú se había apasionado por una obra que impulsaba con constante energía, para ofrecer a la pareja real un inigualable monumento; en Tebas, Bakhen hacía progresar la construcción del templo de millones de años de Ramsés; y la capital de las fachadas de turquesa se embellecía día tras día.

En cuanto el faraón regresó a Pi-Ramsés, Ameni sitió su despacho. Angustiado por la idea de haber podido cometer un error, el secretario particular y portasandalias del rey trabajaba día y noche, sin permitirse el menor descanso. Casi calvo y un poco más delgado, a pesar de su enorme apetito, el jefe oculto de la administración egipcia dormía poco, sabía todo lo que ocurría en la corte, aunque jamás aparecía por ella, y seguía rechazando los títulos honoríficos que querían concederle. Aunque se quejara de su frágil espalda y de sus doloridos huesos, Ameni llevaba personalmente los expedientes confidenciales de los que quería hablar con Ramsés, sin preocuparse por el peso de los papiros y las tablillas de madera.

Provisto del portapinceles de madera dorada que el rey le había regalado, el escriba sentía una verdadera devoción por Ramsés, al que se sentía unido por vínculos invisibles pero imposibles de romper; ¿y cómo no admirar la obra del Hijo de la Luz que se inscribía, ya, en la larga sucesión de dinastías como uno de los más extraordinarios representantes de la institución faraónica? Ameni se felicitaba día tras día por haber tenido la suerte de nacer en el siglo de Ramsés.

—¿Has tenido graves dificultades, Ameni?

—Nada insuperable. La reina madre, Tuya, me ha ayudado mucho; cuando algunos funcionarios demostraban mala voluntad, intervenía de modo vigoroso. Nuestro Egipto es próspero, majestad, pero no debemos descuidarnos. Unos días de retraso en el mantenimiento de los canales, una falta de atención en el recuento de las cabezas de ganado, cierta indulgencia con los escribas perezosos, y todo el edificio amenazaría con derrumbarse.

—¿Cuál es el último mensaje de Acha?

Ameni sacó el pecho.

—Hoy puedo afirmar que nuestro compañero de universidad es un verdadero genio.

—¿Cuándo vuelve del Hatti?

—Bueno... Se queda en la capital hitita.

Ramsés se extrañó.

—Su misión debía concluir con el advenimiento de Hattusil.

—Se ve obligado a prolongarla, pero nos reserva una gran sorpresa.

Viendo el entusiasmo de Ameni, Ramsés comprendió que Acha había dado un nuevo golpe espectacular. Dicho de otro modo, había conseguido llevar a buen puerto todo el plan concebido con Ramsés, a pesar de las insuperables dificultades que conllevaba.

—¿Tu majestad me permite abrir la puerta de su despacho para introducir a un visitante de excepción?

Ramsés asintió, preparándose para vivir una extraña victoria debida a la habilidad de su ministro de Asuntos Exteriores.

Serramanna empujaba ante sí a un hombre alto, musculoso, de largos cabellos y pecho cubierto de vello rojizo.

Vejado por el gesto del sardo, Uri-Techup se volvió hacia el coloso blandiendo el puño.

—¡No trates así al legítimo emperador del Hatti!

—Y tú no levantes la voz en este reino que te concede su hospitalidad —intervino Ramsés.

Uri-Techup intentó sostener la mirada del faraón, pero solo lo consiguió por unos instantes. El guerrero hitita sentía el cruel peso de la derrota. Comparecer así ante Ramsés, como un vulgar fugitivo... Ramsés, cuyo poder le fascinaba y le dominaba.

—Solicito asilo político a vuestra majestad, y conozco su precio. Responderé a todas vuestras preguntas referentes a las fuerzas y las debilidades del ejército hitita.

—Comencemos de inmediato —exigió Ramsés.

Con el abrasador fuego de la humillación en sus venas, Uri-Techup se inclinó.

El vergel de palacio era floreciente; un granado, un enebro, una higuera y un árbol de incienso rivalizaban en belleza. A Iset la bella le gustaba pasear por allí con Merenptah. La robusta constitución de aquel muchacho, de nueve años de edad, sorprendía a sus preceptores; al hijo menor de Ramsés le gustaba jugar con *Vigilante*, el perro dorado; a pesar de su respetable edad, el animal se sometía a los caprichos del niño. Corrían juntos detrás de las mariposas sin alcanzarlas nunca. Luego, *Vigilante* se tumbaba largo rato y se sumía en un sueno reparador. En cuanto a *Matador*, el león nubio, había aceptado dejarse acariciar por Merenptah, impresionado primero, confiado más tarde.

Iset añoraba la época, lejana ya, en la que Kha, Meritamón y Merenptah se divertían en aquel vergel o en el jardín vecino, y saboreaban sin trabas la despreocupación de la infancia. Hoy, Kha estudiaba en el templo y la hermosa Meritamón, a la que grandes dignatarios habían pedido ya en matrimonio, se consagraba a la música sacra. Iset la bella recordaba con nostalgia los momentos de felicidad que había pasado con ese muchachito, demasiado serio con su material de escritura, y con la encantadora niña con su arpa portátil, demasiado grande para ella. Pero eso pertenecía al pasado.

¿Cuántas veces había visto Iset a Dolente, cuántas horas habían pasado hablando de Nefertari, de su ambición y su hipocresía? Al pensar en ello, a la segunda esposa del rey la cabeza le daba vueltas. Fatigada, vencida por la obstinación de Dolente, había decidido actuar.

Iset había dejado dos copas llenas de jugo de algarrobo en una mesa baja de sicomoro, cuya decoración pintada representaba lotos azules. La que ofrecería a Nefertari contenía un veneno de efecto lento. Cuando la gran esposa real se extinguiera, dentro de cuatro o cinco semanas, a nadie se le ocurriría acusar a Iset la bella. Dolente le había entregado el arma invisible del crimen, afirmando que solo la justicia divina sería responsable de la desaparición de Nefertari.

Poco antes de la puesta del sol, la reina penetró en el vergel; se quitó la diadema y besó a Merenptah e Iset.

—Una jornada agotadora —confesó.

—¿Habéis visto al rey, majestad?

—Por desgracia, no. Ameni le asedia y, por mi parte, debo resolver mil y un problemas urgentes.

—¿No os aturde el torbellino de la vida pública y las obligaciones rituales?

—Más de lo que imaginas, Iset. ¡Qué feliz era en Nubia! Ramsés y yo no nos separábamos, cada segundo era una maravilla.

—Sin embargo...

La voz de Iset temblaba; Nefertari se sintió intrigada.

—¿Te encuentras mal?

—No, pero... estoy...

Iset la bella no conseguía controlarse; hizo la pregunta que le abrasaba los labios y el corazón.

—Majestad, ¿amáis realmente a Ramsés?

Una sombra de contrariedad veló por un instante el rostro de Nefertari. Una radiante sonrisa la disipó.

—¿Por qué lo dudas?

—En la corte se murmura...

—La corte murmura como grazna la urraca, y nadie conseguirá hacer callar nunca a esa gente cuya única tarea es la maledicencia y la calumnia. ¿No lo sabes desde hace mucho tiempo?

—Sí, claro, pero...

—Pero yo soy de origen modesto y me he casado con Ramsés: he aquí el origen del rumor. ¿No era inevitable?

Nefertari miró a Iset directamente a los ojos.

—Amé a Ramsés desde nuestro primer encuentro, desde el primer segundo en que le vi, pero no quería reconocerlo. Y ese amor no dejó de crecer hasta nuestra boda, y no deja de crecer desde entonces, y perdurará más allá de nuestra muerte.

—¿No exigisteis la construcción de un templo dedicado a vuestra gloria, en Abu Simbel?

—No, Iset; es el faraón quien desea celebrar en la piedra la inalterable unidad de la pareja real. ¿Quién, si no él, puede concebir tan grandiosos proyectos?

Iset la bella se levantó y se dirigió a la mesa baja en la que había depositado las dos copas.

—Amar a Ramsés es un inmenso privilegio —prosiguió Nefertari—; soy toda suya y él lo es todo para mí.

Iset golpeó la mesa con la rodilla; ambas copas cayeron y su contenido se derramó en la hierba.

—Perdonadme, majestad, estoy conmovida; olvidad mis absurdas y despreciables dudas.

El emperador Hattusil había hecho retirar los trofeos guerreros que adornaban la sala de audiencias de su palacio. La piedra gris y fría, demasiado austera para su gusto, seguía cubierta con tapices de decoración geométrica y de vivos colores.

Hattusil se había envuelto en una ancha pieza de tela multicolor, con el cuello adornado por un collar de plata, un brazalete en el codo izquierdo y los cabellos sujetos por una cinta, y se había puesto un gorro de lana que pertenecía a su difunto hermano. Ahorrador, poco preocupado por su apariencia, administraba las finanzas del Estado con un rigor desconocido hasta entonces.

Los principales representantes de la casta de los mercaderes se sucedían en la sala de audiencias para definir con el emperador las

prioridades económicas del país. La emperatriz Putuhepa, colocada a la cabeza de la casta religiosa, participaba en aquellas entrevistas y defendía una importante reducción de los créditos atribuidos al ejército. Pese a sus recuperados privilegios, los mercaderes se extrañaban ante esa actitud: ¿no estaba el Hatti en guerra contra Egipto?

Siguiendo un método que conocía muy bien, Hattusil multiplicaba las entrevistas particulares con comerciantes y oficiales superiores, e insistía en las ventajas de una tregua prolongada, sin pronunciar nunca la palabra «paz». Putuhepa desplegaba la misma estrategia en los medios religiosos, y Acha, el embajador egipcio, ofrecía una prueba evidente de la mejoría de las relaciones entre las dos potencias adversarias. Puesto que Egipto renunciaba a atacar el Hatti, ¿no debía éste tomar una iniciativa que aspirara al cese del conflicto?

Pero acababa de estallar un trueno que destruía aquel hermoso edificio de ilusiones.

Hattusil convocó inmediatamente a Acha.

—Deseo informaros de la decisión que acabo de tomar, y que comunicaréis a Ramsés.

—¿Una oferta de paz, majestad?

—No, Acha, la confirmación de que la guerra prosigue.

El embajador se derrumbó.

—¿Por qué tan súbito cambio?

—Acabo de saber que Uri-Techup ha solicitado y obtenido asilo político en Egipto.

—¿Y el detalle os sorprende hasta el punto de cuestionar nuestros acuerdos?

—Vos, Acha, le ayudasteis a salir del Hatti y a refugiarse en vuestro país.

—Eso pertenece al pasado, majestad.

—Quiero la cabeza de Uri-Techup; el traidor debe ser condenado y ejecutado. No se iniciará ninguna negociación de paz hasta que el asesino de mi hermano haya vuelto al Hatti.

—Si permanece confinado en Pi-Ramsés, ¿qué podéis temer de él?

—Quiero ver su cadáver ardiendo en una pira, aquí, en mi capital.

—Es poco probable que Ramsés acepte romper su palabra y extraditar a un hombre al que ha concedido su protección.

—Marchaos inmediatamente a Pi-Ramsés, convenced a vuestro rey y traedme a Uri-Techup. De lo contrario, mi ejército invadirá Egipto y yo mismo capturaré al traidor.

46

Con los fuertes calores de mayo llegó el tiempo de la recolección, después de que se hubieron medido las cosechas en los campos. Los segadores separaban las doradas espigas del tallo, la paja quedaba en el campo; valerosos e infatigables, los asnos transportaban el trigo hacia las eras. El trabajo era duro, pero no faltaba pan, ni fruta, ni agua fresca. Y ningún vigilante se hubiera atrevido a impedir la siesta.

Era el tiempo que Homero había elegido para dejar de escribir. Cuando Ramsés le visitó, el poeta no fumaba hojas de salvia en la cazoleta de su pipa, hecha con una concha de caracol; vestido con una túnica de lana, a pesar de la canícula, estaba tendido en una cama, al pie de su limonero, con la cabeza apoyada en una almohada.

—Majestad... No esperaba volver a veros.

—¿Qué os sucede?

—Es la edad. Mi mano está cansada y mi corazón, también.

—¿Por qué no habéis convocado a los médicos de palacio?

—No estoy enfermo; ¿acaso la muerte no forma parte de la armonía? *Héctor*, mi gato blanco y negro, me ha abandonado. No tengo ánimos por sustituirlo.

—Os quedan obras por escribir, Homero.

—Di lo mejor de mí mismo en la *Ilíada* y la *Odisea*. Puesto que ha llegado el último párrafo, ¿por qué rebelarse?

—Vamos a cuidaros.

—¿Desde cuándo reináis, majestad?

—Desde hace quince años.

—Todavía no tenéis suficiente experiencia para mentir a un viejo que ha visto morir a tantos hombres. La muerte corre por mis venas, hiela mi sangre, y ningún médico podría impedir su conquista. Pero hay algo más importante. Mucho más importante: vuestros antepasados construyeron un país único, sabed preservarlo. ¿Cómo está la situación con los hititas?

—Acha ha cumplido su misión: esperamos firmar un tratado que ponga fin a las hostilidades.

—Que agradable es abandonar en paz esta tierra, tras haber escrito tanto sobre la guerra... «El brillo luminoso del sol cae en el océano —dice uno de mis héroes—, se hunde en la tierra fecunda, y llega la negra noche, la noche tenebrosa que los vencidos desean con ardor.» Hoy yo soy el vencido y aspiro a las tinieblas.

—Os haré construir una magnífica morada de eternidad.

—No, majestad... Sigo siendo griego y, para mi pueblo, el otro mundo es solo olvido y sufrimiento. A mi edad, es muy tarde para abandonar las creencias. Aunque este porvenir no os parezca muy alegre, es el que me he preparado.

—Nuestros sabios afirman que las obras de los grandes escritores serán más duraderas que las pirámides.

Homero sonrió.

—¿Me concederéis un último favor, majestad? Tomad mi mano diestra, la que escribe... Gracias a vuestra fuerza, me será más fácil pasar al otro lado.

Y el poeta se extinguió, apacible.

Homero descansaba en un túmulo, junto a su limonero; en el sudario, un ejemplar de la *Ilíada* y de la *Odisea*, y un papiro que relataba la batalla de Kadesh. Solo Ramsés, Nefertari y Ameni, muy afectados, habían asistido al entierro.

Cuando el monarca volvió a su despacho, Serramanna le presentó un informe.

—Ningún rastro del mago Ofir, majestad; sin duda ha salido de Egipto.

—¿Puede estar oculto entre los hebreos?

—Si ha cambiado de apariencia y se ha ganado su confianza, ¿por qué no?

—¿Qué dicen tus confidentes?

—Desde que Moisés fue reconocido como jefe de los hebreos, no han vuelto a abrir la boca.

—Entonces es porque ignoran lo que están tramando.

—Sí y no, majestad.

—Explícate, Serramanna.

—Solo puede tratarse de una rebelión dirigida por Moisés y los enemigos de Egipto.

—Moisés me ha pedido una entrevista privada.

—¡No se la concedáis, majestad!

—¿Qué temes?

—Que intente suprimiros.

—¿No son excesivos tus temores?

—Un rebelde es capaz de todo.

—Moisés es mi amigo de la infancia.

—Ha olvidado dicha amistad, majestad.

La luz de mayo inundaba el despacho de Ramsés, iluminado por tres grandes ventanas caladas, una de las cuales daba a un patio interior donde había varios carros. Muros blancos, sillón de respaldo recto para el monarca y sillas de paja para sus visitantes, un armario para papiros y una gran mesa componían un austero decorado que Seti no habría condenado. Seti, cuya estatua contemplaba tantas veces Ramsés.

Y entró Moisés.

Alto, ancho de hombros, de abundante cabellera y poblada barba, con el rostro marcado, el hebreo mostraba una poderosa madurez.

—Siéntate, Moisés.

—Prefiero permanecer de pie.

—¿Qué deseas?

—Mi ausencia ha sido larga y tanto más profunda mi reflexión.

—¿Te ha llevado a la sabiduría?

—Fui instruido en toda la sabiduría de los egipcios, ¿pero qué es eso comparado con la voluntad de Yahvé?

—¿No has renunciado pues a tus insensatos proyectos?

—Al contrario, he convencido a la mayoría de mi pueblo de que me siga. Y pronto estarán todos a mi lado.

—Recuerdo las palabras de mi padre, Seti: «El faraón no debe tolerar a rebelde ni agitador. De lo contrario, sería el fin del reinado de Maat y el

advenimiento del desorden. Y éste engendra la infelicidad para todos, grandes y pequeños».

—La ley que Egipto observa no concierne ya a los hebreos.

—Mientras sigan viviendo en esta tierra, tendrán que someterse a ella.

—Concede a mi pueblo autorización para ir a tres días de camino, en el desierto, para hacer allí un sacrificio a Yahvé.

—Las razones de seguridad que te expuse me obligan a responderte de modo negativo.

Moisés estrechó con más fuerza su nudoso bastón.

—Esa respuesta no me satisface en absoluto.

—En nombre de la amistad, olvidaré tu insolencia.

—Soy consciente de que me dirijo al faraón, señor de las Dos Tierras, y no tengo la menor intención de faltarle al respeto. Sin embargo, las exigencias de Yahvé están ahí, y siguen expresándose por mi voz.

—Si incitas a los hebreos a la rebelión, me obligarás a reprimirla.

—También soy consciente de ello. Por eso, Yahvé utilizará otros medios. Si persistes en negar a los hebreos la libertad que exigen, Dios abrumará Egipto con terroríficos males.

—¿Crees que vas a asustarme?

—Defenderé mi causa ante tus notables y tu pueblo, y el infinito poder de Yahvé los convencerá.

—Egipto no puede temer nada de ti, Moisés.

¡Qué hermosa era Nefertari! Ramsés la admiraba mientras ella dirigía los ritos de consagración de una nueva capilla dedicada a la lejana diosa.

Ella, dulzura de amor, aquella cuya voz concedía la alegría y no pronunciaba ninguna palabra en vano, ella, que llenaba el palacio de su perfume y su gracia, ella, que sabía ver el bien y el mal sin confundirlos jamás, se había convertido en la adulada soberana de las Dos Tierras. Ataviada con un collar de oro de seis vueltas y una corona con dos altas plumas, parecía pertenecer al universo de las diosas, donde juventud y belleza nunca se apagan.

En la mirada de su madre, Tuya, Ramsés advirtió cierta felicidad: la de comprobar que la reina que le había sucedido era digna de Egipto. Su ayuda, discreta pero eficaz, había permitido a Nefertari florecer y hallar el tono justo que caracteriza a las grandes soberanas.

El rito fue seguido por una recepción en honor de Tuya. Todos los cortesanos quisieron felicitar a la reina madre, que escuchó distraídamente las acostumbradas trivialidades.

El diplomático Meba consiguió por fin acercarse a Tuya y al faraón. Con una amplia sonrisa en los labios, trenzó las alabanzas a la viuda de Seti.

—Considero insuficiente tu trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores—le interrumpió Ramsés—; en ausencia de Acha, deberías intercambiar más correspondencia con nuestros aliados.

—Majestad, la cantidad y calidad de los tributos que os prometen son excepcionales. Tened la seguridad de que he negociado a muy alto precio el apoyo de Egipto. Numerosos embajadores solicitan su acreditación para rendir homenaje a vuestra majestad, pues nunca fue mayor el prestigio de un faraón.

—¿Tienes algo más que comunicarme?

—Sí, majestad: Acha acaba de anunciar su inminente regreso a Pi-Ramsés. Pienso organizar una hermosa recepción para festejarlo.

—¿Precisa el despacho las razones de este viaje?

—No, majestad.

El rey y su madre se alejaron.

—¿Continúa estableciéndose la paz, Ramsés?

—Sin duda, Acha no ha escrito claramente a Meba ni ha abandonado de pronto el Hatti para anunciarme una buena nueva.

47

Al cabo de una docena de largas entrevistas con Uri-Techup, Ramsés lo supo todo sobre el ejército hitita, su estrategia preferida, su armamento, sus fuerzas y sus debilidades. El general caído se había mostrado muy cooperante, pues deseaba perjudicar a Hattusil. A cambio de las informaciones que ofrecía, Uri-Techup disfrutaba de una casa, de dos servidores sirios, de un alimento al que se había aficionado enseguida y de una estrecha vigilancia policial.

Ramsés pudo darse cuenta entonces de la magnitud y la ferocidad del monstruo al que se había enfrentado con el ardor de la juventud. Sin la protección de Amón y de Seti, su imprudencia habrían llevado a Egipto al desastre. Aun debilitado, el Hatti seguía siendo una temible potencia militar. Una alianza, por restringida que fuese, entre Egipto y el Hatti se traduciría en una paz duradera para la región, pues ningún pueblo se atrevería a atacar semejante bloque.

Ramsés hablaba de esta perspectiva con Nefertari, a la sombra de un sicomoro, cuando un jadeante Ameni le anunció la llegada de Acha.

El largo periodo de exilio del jefe de la diplomacia egipcia no le había cambiado. Su cabeza larga y fina, su bigotito muy cuidado, sus ojos brillantes de inteligencia, sus miembros esbeltos podían hacerle parecer desdeñoso y distante, y era fácil creer que pasaba por la vida con suprema ironía.

Acha se inclinó ante la pareja real.

—Que vuestras majestades me perdonen, pero no he tenido tiempo de ducharme, darme un masaje y perfumarme... Quien se atreve a presentarse ante vos es una especie de sucio nómada, pero el mensaje del que soy portador es demasiado urgente para sacrificarlo a mi comodidad personal.

—Dejaremos para más tarde las congratulaciones —dijo Ramsés—, aunque tu regreso nos procure una de esas alegrías que se graban en la memoria.

—En mi estado, recibir el abrazo de mi rey sería casi un crimen de lesa majestad. ¡Qué hermoso es Egipto, Ramsés! Solo un gran viajero es capaz de apreciar su refinamiento.

—Falso —repuso Ameni—; viajar deforma el espíritu. En cambio, no abandonar el despacho y contemplar las estaciones por la ventana permite disfrutar nuestra buena vida.

—Dejemos también para más tarde este conflicto —exigió Ramsés—; ¿has sido expulsado del Hatti, Acha?

—No, pero el emperador Hattusil quería que te transmitiera sus exigencias en persona.

—¿Me anuncias el comienzo de conversaciones que conduzcan a la paz?

—Hubiera sido mi mayor deseo... Por desgracia, soy portavoz de un ultimátum.

—¿Acaso Hattusil es tan belicoso como Uri-Techup?

—Hattusil admite que firmar la paz con Egipto acabaría con la amenaza asiria, pero la dificultad es, precisamente, Uri-Techup.

—¡Tu maniobra fue espléndida! Gracias a ella, lo sé todo sobre el ejército hitita.

—Será muy útil en caso de conflicto, lo admito; si no le devolvemos a Uri-Techup, Hattusil proseguirá la guerra.

—Uri-Techup es nuestro huésped.

—Hattusil quiere ver su cadáver ardiendo en una pira.

—He concedido asilo político al hijo de Muwattali y no faltaré a mi palabra. De lo contrario, Maat dejaría de reinar en Egipto para dar paso a la mentira y la cobardía.

—Es lo que le he dicho a Hattusil, pero no cambiará de opinión: o Uri-Techup es extraditado y la paz se hace abordable, o proseguirá el conflicto.

—Yo tampoco pienso ceder: Egipto no pisoteará el derecho de asilo, Uri-Techup no será extraditado.

Acha se derrumbó en un sillón de respaldo bajo.

—Tantos años perdidos, tantos esfuerzos reducidos a nada... Era el riesgo que corríamos, y tu majestad tiene razón: mejor es la guerra que el perjurio. Al menos, estamos mejor informados para combatir con los hititas.

—¿El faraón me autoriza a intervenir? —preguntó Nefertari.

La voz dulce y pausada de la gran esposa real encantó al monarca, al embajador y al escriba.

—En el pasado, fueron las mujeres las que liberaron Egipto del ocupante —recordó Nefertari—, también fueron mujeres las que negociaron los tratados de paz con las cortes extranjeras; ¿no prosiguió la propia Tuya esta tradición, enseñándome el ejemplo a seguir?

—¿Qué propones? —preguntó Ramsés.

—Escribiré a la emperatriz Putuhepa; si consigo convencerla de que inicie negociaciones, ¿no convencerá a su marido para que se muestre menos intransigente?

—El obstáculo que representa Uri-Techup no puede ser suprimido —objetó Acha—; sin embargo, la emperatriz Putuhepa es una mujer brillante e inteligente, más preocupada por la grandeza del Hatti que por su propio interés. Que la reina de Egipto se dirija a ella no la dejará insensible. Como la influencia que Putuhepa ejerce sobre Hattusil no es desdeñable, tal vez la gestión tenga consecuencias favorables. No voy a ocultar a la gran esposa real las dificultades de su empresa.

—Perdonadme que os deje —dijo Nefertari—, pero comprenderéis que pesa sobre mí una difícil tarea.

Admirado y conmovido, Acha contempló a la reina, que se alejaba ya, aérea y luminosa.

—Si Nefertari consigue abrir una brecha —dijo Ramsés a su embajador—, regresarás al Hatti. Nunca extraditaré a Uri-Techup, pero obtendrás la paz.

—Pides lo imposible; por eso me gusta tanto trabajar para ti.

El rey se dirigió a Ameni.

—¿Le has pedido a Setaú que venga urgentemente?

—Sí, majestad.

—¿Qué ocurre? —se inquietó Acha.

—Moisés se considera el intérprete de su dios único, ese Yahvé que le ha ordenado sacar a los hebreos de Egipto —le explicó Ameni.

—¿Quieres decir... a todos los hebreos?

—Para él, se trata de un pueblo que tiene derecho a la independencia.

—¡Es una locura!

—No solo es imposible razonar con Moisés sino que, además, se vuelve amenazador.

—¿Le tienes miedo?

—Lo que más me preocupa es que nuestro amigo Moisés se vuelva un temible enemigo —declaró Ramsés—, y he aprendido a no subestimar a mis adversarios; por eso es indispensable la presencia de Setaú.

—Que lástima —deploró Acha—; Moisés era un ser fuerte y recto.

—Sigue siéndolo, pero ha puesto sus cualidades al servicio de un dogma y una verdad definitiva.

—Me asustas, Ramsés. ¿No será esta guerra más temible que un conflicto con los hititas?

—Ganaremos o pereceremos.

Setaú posó sus anchas manos en los frágiles hombros de Kha.

—¡Por todas las serpientes de la tierra, estás hecho un hombre!

El contraste entre los dos personajes era encantador. Kha, el hijo mayor de Ramsés, era un joven escriba de tez pálida y aspecto frágil; Setaú, fornido, viril, con la piel mate, los músculos abultados, la cabeza cuadrada, mal afeitado, vestido con una túnica de piel de antílope provista de múltiples bolsillos, tenía un aspecto de aventurero y de buscador de oro.

A simple vista, nadie habría imaginado que pudiera unirlos ningún tipo de amistad. Sin embargo, Kha consideraba a Setaú como el maestro que le había iniciado en el conocimiento de lo invisible, y Setaú veía en Kha a un ser excepcional, capaz de llegar hasta el corazón de los misterios.

—Temo que hayas cometido muchas tonterías desde mi marcha —deploró Setaú.

Kha sonrió.

—Muy bien... De todos modos, espero no decepcionaros.

—¡Te han concedido un ascenso!

—Cumplo con algunas funciones rituales en el templo, es cierto... Pero no he tenido elección. Y además... me satisfacen mucho.

—¡Enhorabuena, muchacho! Pero, dime... No veo tu amuleto en el cuello ni la venda alrededor de tu muñeca.

—Me los quité durante la purificación, en el templo, y luego no los encontré, puesto que habéis regresado, ya no hay riesgo alguno, y más después de haberme beneficiado de la magia de los ritos.

—De todos modos, deberías llevar amuletos.

—¿Los lleváis vos, Setaú?

—Tengo mi piel de antílope, en efecto.

Una flecha se clavó en pleno blanco, con gran sorpresa de ambos hombres, que estaban en el campo de tiro donde se entrenaban los arqueros de élite. Era el lugar donde el rey los había citado.

—Ramsés sigue siendo muy diestro —advirtió Setaú.

Kha miró a su padre, que en esos momentos dejaba el arco que solo él conseguía tensar y que había utilizado durante la batalla de Kadesh. La estatura del monarca parecía haber aumentado más aún. Solo con su presencia ya encarnaba la suprema autoridad.

Kha se prosternó ante aquel ser que era mucho más que su padre.

—¿Por qué nos has reunido aquí? —preguntó Setaú.

—Porque mi hijo y tú vais a ayudarme a librar un combate y será preciso apuntar bien.

Kha respondió sin rodeos.

—Temo no ser muy hábil.

—Desengáñate, hijo mío; tendremos que luchar con ingenio y magia.

—Pertenezco al personal del templo de Amón y...

—Los sacerdotes te han elegido, por unanimidad, superior de su comunidad.

—¡Pero... si aún no he cumplido los veinte años!

—La edad no importa; sin embargo, he rechazado su proposición.

Kha se sintió aliviado.

—Acabo de recibir una mala noticia —reveló Ramsés—: en Menfis acaba de desaparecer el sumo sacerdote de Ptah. Te he elegido para sucederle, hijo mío.

—Yo, sumo sacerdote de Ptah... Pero he...

—Es mi voluntad. Por esta razón, formarás parte de los notables ante quienes desea comparecer Moisés.

—¿Qué se propone? —preguntó Setaú.

—Dada mi negativa a permitir que los hebreos se aventuren por el desierto, Moisés amenaza a Egipto con castigos infligidos por su dios. ¿El nuevo sumo sacerdote de Ptah y el mejor de mis hechiceros sabrán disipar la ilusión?

48

Acompañado por Aarón, Moisés se presentó ante la puerta de acceso de la sala de audiencias del palacio de Pi-Ramsés, colocada bajo la vigilancia de Serramanna y de la guardia de honor. Cuando el hebreo pasó, el sardo le dirigió una mirada enojada; de haber estado en el lugar del monarca, habría hecho arrojar al rebelde a un foso o, mejor aún, lo habría mandado al fondo del desierto. El antiguo pirata confiaba en su instinto: el tal Moisés no tenía más intención que perjudicar a Ramsés.

Avanzando por el pasillo central, entre las dos hileras de columnas, el jefe y portavoz del pueblo hebreo comprobó, no sin placer, que la sala de audiencias estaba muy poblada.

A la derecha del rey, su hijo Kha, vestido con una piel de pantera adornada de estrellas de oro. Pese a su corta edad, Kha acababa de acceder a una altísima función; dada la amplitud de su espíritu y sus conocimientos, ningún sacerdote había discutido esa decisión. El hijo mayor del faraón debería demostrar sus cualidades percibiendo el mensaje de los dioses para transcribirlo en los jeroglíficos; todos observarían su comportamiento con atención, puesto que debería preservar las tradiciones de la época de las pirámides, aquella edad de oro durante la que se habían formulado los valores creadores de la civilización egipcia.

Aquel nombramiento había extrañado a Moisés; pero viendo a Kha de cerca, supo que la determinación y la madurez del joven eran excepcionales. Sin ninguna duda, sería un temible adversario.

¿Y qué decir del personaje que se sentaba a la izquierda del faraón? Setaú, encantador de serpientes y verdadero hechicero en jefe del reino. Setaú que era, como Ramsés, uno de los compañeros de universidad de Moisés, al igual que Ameni, sentado algo más atrás y dispuesto ya a anotar lo esencial de los debates.

Moisés no quería pensar más en aquellos años, durante los que había trabajado por la grandeza de Egipto. Su pasado había muerto el día en que Yahvé le había confiado su misión, y no tenía derecho a enternecerse con horas perdidas para siempre.

Moisés y Aarón se detuvieron al pie de los peldaños que llevaban al estrado donde el faraón y sus dignatarios se habían situado.

—¿Qué tema queréis debatir ante esta corte? —preguntó Ameni.

—No tengo la intención de debatir —repuso Moisés—, sino la de exigir lo que me es debido, de acuerdo con la voluntad de Yahvé; que el faraón me autorice a salir de Egipto a la cabeza de mi pueblo.

—Autorización negada, por razones de seguridad pública.

—Esta negativa es una ofensa a Yahvé.

—Que yo sepa, Yahvé no reina sobre Egipto.

—Y, sin embargo, Su cólera será terrible. Dios me protege y realizará prodigios para manifestar Su poder.

—Te conocí bien, Moisés, incluso fuimos amigos; mientras estudiábamos, no vivías de ilusiones.

—Eres un escriba egipcio, Ameni, y yo el jefe del pueblo hebreo. ¡Yahvé me habló y lo demuestro!

Aarón arrojó su bastón al suelo, Moisés clavó en él una intensa mirada. Los nudos de madera se animaron, el bastón onduló y se transformó en serpiente.

Asustados, varios cortesanos retrocedieron; la serpiente avanzó hacia Ramsés, que no manifestó temor alguno. Setaú dio un salto y cogió al reptil por la cola.

Numerosas exclamaciones acompañaron su gesto y otras tantas brotaron cuando la serpiente se transformó en bastón en manos de Setaú.

—Yo mismo enseñé este truco de magia a Moisés, hace mucho tiempo, en el harén de Men-Ur; hace falta algo más para deslumbrar a los consejeros del faraón y la corte de Egipto.

Moisés y Setaú se desafiaron con la mirada. Entre ambos hombres había desaparecido cualquier vínculo de amistad.

—Dentro de una semana —predijo el profeta—, otro prodigio dejará estupefacto al pueblo.

Custodiada por *Vigilante*, que dormía a la sombra de un tamarisco, Nefertari se bañaba desnuda en el estanque más próximo a palacio. El agua era siempre pura gracias a las laminillas de cobre fijadas en las piedras, a plantas devoradoras de bacterias y a un sistema de canalización que aseguraba la renovación de la masa líquida; además, un especialista arrojaba en el agua, a intervalos regulares, un polvillo a base de sales de cobre.

Al aproximarse la crecida, el calor se hacía agobiante; antes de iniciar sus audiencias, la reina saboreaba aquel delicioso momento en el que el cuerpo, abandonado y feliz, daba libre curso al pensamiento, ligero como una zaida. Mientras nadaba, Nefertari pensaba en las palabras, reconfortantes unas veces, severas otras, que debía dirigir a sus interlocutores, cuyas peticiones eran todas muy urgentes.

Con un vestido de tirantes que dejaba desnudos los pechos, suelta la cabellera, Iset avanzó sin hacer ruido hacia el estanque. Ella, a la que sin embargo habían calificado de «bella», se sentía casi vulgar admirando a Nefertari. Cada gesto de la reina era de incomparable pureza, cada una de sus actitudes parecía nacer del pincel de un pintor genial que hubiera sabido inscribir la belleza perfecta en el cuerpo de una mujer.

Tras haber vacilado mucho y haber hablado por última vez con Dolente, siempre tan ardorosa, Iset había tomado una decisión definitiva.

Esta vez actuaría.

Vaciando su espíritu de cualquier temor que pudiera comprometer su acción, Iset dio un paso más hacia el estanque. Actuar... Ya no debía apartarse de su objetivo.

Nefertari divisó a Iset.

—¡Ven a bañarte!

—No me encuentro bien, majestad.

La reina nadó ágilmente hasta el borde del estanque y salió por una escalera de piedra.

—¿Qué te ocurre?

—Lo ignoro...

—¿Te da preocupaciones Merenptah?

—No, se porta maravillosamente, y su fortaleza me sorprende cada día.

—Tiéndete en estas losas calientes, a mi lado.

—Perdonadme, no soporto el sol.

El cuerpo de Nefertari encantaba el alma; ¿no era, acaso, semejante al de la diosa de Occidente, cuya sonrisa iluminaba el aquí y el más allá?

Tendida de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo y los ojos cerrados, estaba a la vez cercana e inaccesible.

—¿Qué te atormenta, Iset?

La duda se apoderó de nuevo de la esposa secundaria de Ramsés; ¿debía seguir con su decisión o emprender la huida, a riesgo de pasar por una loca? Afortunadamente, Nefertari no la miraba. No, la ocasión era muy buena, Iset no debía dejarla pasar.

—Majestad... Majestad, quisiera...

Iset la bella se arrodilló junto al rostro de Nefertari; la reina permaneció inmóvil, vestida de luz.

—Majestad, he querido mataros.

—No te creo, Iset.

—Sí, tenía que confesároslo... El peso se me hacía insoportable. Ahora ya lo sabéis.

La reina abrió los ojos, se incorporó y tomó la mano de Iset la bella.

—¿Quién ha intentado convertirte en una criminal?

—Creí que no amabais a Ramsés y que solo la ambición os guiaba. ¡Estaba ciega y he sido estúpida! ¿Cómo pude prestar oídos a tan despreciables calumnias?

—Todos los seres tenemos momentos de debilidad, Iset; el mal intenta, entonces, apoderarse de la conciencia y estrangular el corazón. Resististe el terrible asalto, ¿no es eso lo esencial?

—Me avergüenzo de mí misma, me avergüenzo tanto... Cuando decidáis llevarme ante un tribunal, aceptaré mi condena.

—¿Quién te mintió sobre mí?

—Quería confesar mi falta, majestad, y no convertirme en una delatora.

—Al intentar destruirme, esperaban alcanzar a Ramsés; me debes la verdad, Iset, si amas al rey.

—¿No... No me odiáis?

—No eres ambiciosa ni intrigante, y has tenido el valor de reconocer tus errores; no solo no te odio sino que te aprecio aún más.

Iset lloró y habló abundantemente, liberando su corazón.

A orillas del Nilo, Moisés había reunido a miles de hebreos, acompañados de otros tantos curiosos llegados de los distintos barrios de la capital. Según el rumor, el dios guerrero de los hebreos iba a realizar un gran prodigio, demostrando que era más poderoso que todos los dioses de Egipto reunidos. ¿No debería el faraón satisfacer las exigencias del profeta?

En contra de la opinión de Ameni y de Serramanna, Ramsés había decidido dejarle actuar. Enviar al ejército y la policía para dispersar la manifestación habría sido una reacción desmesurada; ni Moisés ni los hebreos turbaban el orden público, y los vendedores ambulantes se felicitaban al ver aquella hormigueante muchedumbre.

Desde la terraza de su palacio, el faraón contemplaba el río en cuya orilla se había reunido una impaciente multitud; pero pensaba sobre todo en las espantosas revelaciones que acababa de hacerle Nefertari.

—¿Hay alguna duda?

—No, Ramsés; Iset era sincera.

—Debería castigarla severamente.

—Reclamo tu indulgencia; estuvo a punto de cometer un acto horrible por amor. Pero, gracias a ella, lo irreparable no se ha producido y sabemos que tu hermana Dolente te odia hasta el punto de llegar al crimen.

—Esperaba que hubiera vencido a los demonios que le corroen el alma desde hace tantos años... Pero me equivoqué. Nunca cambiará.

—¿Llevarás a Dolente ante la justicia?

—Negaría y acusaría a Iset la bella de haberlo inventado todo; el proceso podría terminar en un escándalo.

—¿La instigadora de un crimen quedará impune?

—No, Nefertari; Dolente ha utilizado a Iset, nosotros utilizaremos a Dolente.

En la orilla la muchedumbre se agitaba y lanzaba gritos.

Moisés había tirado su bastón al Nilo, cuyas aguas tomaron un tinte rojizo.

El profeta recogió un poco en una copa y la derramó en el suelo.

—¡Sed testigos del prodigio! Por voluntad de Yahvé, el agua del Nilo se ha convertido en sangre... Y si su deseo no es satisfecho, la sangre se extenderá por todos los canales del país y los peces morirán. Esta es la primera plaga que sufrirá Egipto.

A su vez, Kha recogió la extraña agua de olor acre.

—Nada de eso ocurrirá, Moisés; lo que has predicho era solo las rojas aguas de la crecida. Durante unos días, el agua no es potable y no hay que consumir pescado alguno. Si se trata de un prodigio, se lo debemos a la naturaleza, y son sus leyes las que debemos respetar.

El joven y frágil Kha no sentía temor alguno ante el colosal Moisés. El hebreo contuvo su cólera.

—Son hermosas palabras, ¿pero cómo explicas que mi bastón haya provocado el ascenso del agua sangrienta?

—¿Quién discute a Moisés la calidad de profeta? Has sentido la transformación de las aguas, la fuerza que llegaba del sur y el día en que aparecería el agua rojiza. Conoces este país tan bien como yo, ninguno de sus secretos se te escapan.

—Hasta hoy —atronó Moisés—, Yahvé se ha limitado a advertencias. Puesto que Egipto sigue dudando, le infligirá otras plagas, más dolorosas aún.

49

Acha en persona llevó la carta a la gran esposa real, que estaba hablando con Ramsés sobre la administración de los graneros.

—He aquí la respuesta que aguardabais, majestad; procede de la emperatriz Putuhepa en persona. Espero que su contenido no os decepcione.

La tablilla, envuelta en una tela preciosa, llevaba el sello de Putuhepa.

—¿Queréis leerla, Acha? Por una parte, descifráis el hitita a la perfección; por la otra, las informaciones procedentes de Hattusa también os conciernen a vos.

El jefe de la diplomacia egipcia obedeció.

A mi hermana, la reina Nefertari, esposa del sol, Ramsés el Grande.

¿Cómo se encuentra mi hermana, tiene buena salud su familia, son soberbios y vigorosos sus caballos? En el Hatti, ha llegado el buen tiempo. ¿Será satisfactoria la crecida en Egipto?

Recibí la larga carta de mi hermana Nefertari y la leí con gran atención. El emperador Hattusil está muy contrariado por la presencia del vil Uri-Techup en Pi-Ramsés. Uri-Techup es un ser malvado, violento y cobarde. Merecería ser extraditado y devuelto a Hattusa para ser juzgado. El emperador Hattusil se muestra intratable en este punto.

¿Pero la paz entre nuestros dos países no es un gran ideal que justifica ciertos sacrificios? Ciertamente, no es posible hallar un compromiso acerca de Uri-Techup y el emperador exige, con razón, que sea extraditado. Sin embargo, he insistido ante él para que reconozca la rectitud del faraón, que cumple la palabra dada. ¿Qué confianza podríamos tener en un soberano que la traicionara?

Pues bien, aunque el caso del traidor Uri-Techup no sea negociable, ¿por qué no considerarlo resuelto para avanzar hacia el establecimiento de un tratado de no beligerancia? La redacción de este documento requerirá mucho tiempo; es prudente pues iniciar discusiones.

¿Comparte la reina de Egipto, mi hermana, mis pensamientos? Si así fuera, sería oportuno que nos enviara enseguida un diplomático de alto rango, que tuviera la confianza del faraón. Sugiero el nombre de Acha.

A mi hermana, la reina Nefertari, con todo mi afecto.

—Nos vemos obligados a rechazar esta proposición —deploró Ramsés.

—¿Por qué? —se rebeló Acha.

—Porque se trata de una trampa destinada a satisfacer una venganza. El emperador no te perdona que permitieras salir a Uri-Techup del Hatti. Si vas, no regresarás.

—Analiza la carta desde otro punto de vista, majestad. La reina Nefertari supo encontrar argumentos convincentes, la emperatriz Putuhepa afirma su deseo de paz. Dada la influencia que ejerce sobre el emperador, es un paso decisivo.

—Acha tiene razón —estimó Nefertari—; mi hermana Putuhepa ha comprendido perfectamente el sentido de la misiva que le envié. No

hablemos más de Uri-Techup y entablemos conversaciones para preparar un tratado de paz, tanto en el fondo como en la forma.

—¡Uri-Techup no es una ilusión! —objetó Ramsés.

—¿Debo dejar más clara mi posición y la de mi hermana Putuhepa? Hattusil exige la extradición de Uri-Techup, Ramsés la rechaza. Que ambos permanezcan firmes e intratables mientras las negociaciones progresan. ¿Acaso no es eso lo que llamamos... diplomacia?

—Confío en Putuhepa —añadió Acha.

—¿Si la reina y tú os unís contra mí, como voy a resistir? Enviaremos un diplomático, pero tú no irás.

—Imposible, majestad. Está claro que los deseos de la emperatriz son órdenes. ¿Y quién conoce el Hatti y a nuestros interlocutores mejor que yo?

—¿Estás dispuesto a correr tantos riesgos, Acha?

—Perderme semejante ocasión de lograr la paz sería criminal; todas nuestras fuerzas deben consagrarse a esta tarea. La conquista de lo imposible... ¿no es la marca de tu reinado?

—Pocas veces te he visto tan entusiasta.

—Me gusta el placer y los placeres, y la guerra no les es propicia.

—No firmaré la paz a cualquier precio; Egipto no puede perder de ningún modo.

—Había imaginado ciertas dificultades de este tipo, pero forman parte de mi oficio. Trabajaremos varios días seguidos para preparar un proyecto presentable, visitaré a algunos amigos muy queridos y, luego, partiré hacia el Hatti. Y lo conseguiré, puesto que lo exiges.

Primero dio un sorprendente brinco; luego se inmovilizó a menos de un metro de Setaú que, sentado en la orilla, observaba con satisfacción el cambio en el agua del Nilo, de nuevo potable.

Una segunda y, luego, una tercera, ágil, juguetona, con distintos matices del verde: magníficas ranas brotaron del limo que el río depositaba en la tierra de Egipto para fertilizarla y asegurar el alimento al pueblo del faraón.

A la cabeza de un imponente cortejo, Aarón tendió su bastón sobre el Nilo y habló en voz alta.

—Puesto que el faraón se niega a dejar salir a los hebreos de Egipto, he aquí, tras el agua convertida en sangre, la segunda plaga que Yahvé inflige al opresor: ranas, miles de ranas, millones de ranas que se introducirán por todas partes, en los talleres, en las casas, en las alcobas de los ricos.

Setaú regresó tranquilamente a su laboratorio, donde Loto preparaba nuevos remedios gracias al veneno de soberbias cobras capturadas en los parajes de Abu Simbel, de donde llegaban tranquilizadoras nuevas; la obra avanzaba con regularidad. El encantador de serpientes y su esposa estaban impacientes por regresar allí, en cuanto Ramsés se lo permitiera.

Setaú sonrió, ni Kha ni él tendrían que luchar contra Aarón y aquella plaga; el lugarteniente de Moisés debería haber consultado a su jefe antes de proferir una maldición que no asustaría a ningún egipcio.

En aquel periodo del año, la proliferación de ranas nada tenía de anormal y, además, era considerada por el pueblo como un buen presagio. En la escritura jeroglífica, el signo de la rana servía para escribir la cifra «cien mil», una multiplicidad casi incalculable, pues, con respecto a la abundancia que procuraría la crecida.

Observando las metamorfosis de aquel batracio, los sacerdotes de las primeras dinastías habían visto las incesantes mutaciones de la vida; de este modo, en la conciencia popular, la rana se había convertido, a la vez,

en símbolo de un feliz nacimiento, al término de numerosas etapas que partiendo del embrión llegaban al niño, y el de la eternidad que subsistía a través y más allá del tiempo.

Al día siguiente, Kha hizo distribuir gratuitamente amuletos de cerámica que representaban ranas. Encantada con el inesperado regalo, la población de la capital aclamó el nombre de Ramsés y sintió gratitud hacia Aarón y los hebreos; gracias a su agitación, mucha gente modesta se convirtió en propietaria de un objeto precioso.

Acha dio el último toque al proyecto de tratado que había elaborado con la pareja real; había sido necesario más de un mes de trabajo intensivo para evaluar cada término, y la relectura de Nefertari había sido muy útil. Como suponía el jefe de la diplomacia egipcia, las exigencias del faraón harían difícil la negociación; sin embargo, Ramsés no había tratado al Hatti como un vencido, sino más bien como a un compañero que hallaría numerosas ventajas en el acuerdo. Si Putuhepa quería realmente la paz, la partida podía jugarse.

Ameni proporcionó un magnífico papiro, de color ambarino, en el que el propio Ramsés escribiría sus proposiciones.

—Algunos habitantes del barrio sur me han dirigido una queja: están invadidos de mosquitos.

—En esta estación proliferan, si no se respetan estrictamente las reglas de higiene. ¿Se han olvidado de desecar una charca?

—Según Aarón, majestad, se trata de la tercera plaga que Yahvé inflige a Egipto. El discípulo de Moisés ha tendido su bastón y golpeado el polvo del suelo para que se transforme en mosquitos; míralo como el dedo de un dios vengador, si quieres.

—Nuestro amigo Moisés siempre dio pruebas de tozudez —recordó Acha.

—Envía inmediatamente el servicio de desinfección al barrio sur y libera a los habitantes de este azote —ordenó Ramsés a Ameni.

La abundante crecida prometía un futuro feliz. Ramsés celebró los ritos del agua en el templo de Amón y se permitió dar un paseo por el embarcadero, en compañía de *Matador*, antes de dirigirse al palacio para redactar una carta destinada a Hattusil que acompañara sus ofertas de paz. De pronto, el bastón de Moisés golpeó las losas. El enorme león miró al hebreo sin rugir.

—Deja partir a mi pueblo, Ramsés, para que pueda rendir a Yahvé el culto que de él espera.

—¿No nos lo hemos dicho ya todo, Moisés?

—Prodigios y plagas te han revelado la voluntad de Yahvé.

—¿Es mi amigo el que profiere tan extrañas palabras?

—¡Ya no hay amigos! Soy el mensajero de Yahvé y tú eres un faraón impío.

—¿Cómo curarte de tu ceguera?

—¡Tú eres el que está ciego!

—Sigue tu camino, Moisés; yo seguiré el mío, suceda lo que suceda.

—Concédeme un favor: ven a ver los rebaños de mis hermanos hebreos.

—¿Qué tienen de particular?

—Ven, te lo ruego.

Matador, Serramanna y una escuadra de mercenarios se encargaron de la protección del monarca. Moisés había hecho reunir los rebaños de los hebreos a una decena de kilómetros de la capital, en una zona pantanosa. Alrededor de las bestias había miles de tábanos que no les concedían respiro alguno y provocaban mugidos de dolor.

—He aquí la cuarta plaga ordenada por Yahvé —reveló Moisés—; me bastará con dispersar estas bestias y los tábanos invadirán tu capital.

—Mediocre estrategia... ¿Era necesario mantenerlos en semejante estado de suciedad y hacerlos sufrir?

—Debemos sacrificar a Yahvé carneros, vacas y otros animales que los egipcios consideran sagrados. Si celebramos nuestros ritos en tu país, provocaremos la cólera de los campesinos. Déjanos ir al desierto o los tábanos atacarán a tus súbditos.

—Serramanna y un contingente del ejército te acompañarán, a ti, a tus sacerdotes y a los animales enfermos, a una zona desértica donde haréis vuestros sacrificios. El resto del rebaño será desinfectado y devuelto a los pastos. Luego, volveréis a Pi-Ramsés.

—Es solo un respiro, Ramsés; mañana te verás obligado a permitir que los hebreos salgan de Egipto.

50

—Hay que golpear fuerte —estimó Ofir—, mucho más fuerte.

—¿No hemos conseguido ofrecer el sacrificio a Yahvé en el desierto, como había exigido? —observó Moisés—. Ramsés ha cedido y volverá a ceder.

—¿No está perdiendo la paciencia?

—Yahvé nos protege.

—Tengo otra idea, Moisés, una idea que se concretará en una quinta plaga que herirá profundamente al faraón.

—No decidimos nosotros, sino Yahvé.

—¿Acaso no debemos echarle una mano? Ramsés es un tirano obstinado, al que solo las señales del más allá lo impresionarían hasta el punto de hacerle retroceder. Dejadme que os ayude.

Moisés asintió.

Ofir salió de la morada del profeta y se reunió con sus cómplices, Amos y Baduch. Los dos jefes beduinos habían seguido amontonando armas en los sótanos de las casas del barrio hebreo; regresaban de Siria del Norte, donde se habían puesto en contacto con mensajeros hititas. El mago estaba impaciente por obtener noticias frescas, instrucciones incluso.

Amos había frotado con aceite su calvo cráneo.

—El emperador Hattusil está furioso —reveló—; como Ramsés se niega a extraditar a Uri-Techup, está dispuesto a reanudar el combate.

—¡Magnífico! ¿Qué espera de mi red?

—Las órdenes son simples: seguid alimentando la agitación de los hebreos en Egipto, provocad disturbios por todo el país para debilitar a Ramsés, haced que Uri-Techup se evada y llevadle a Hattusa. O matadle.

Dedos-Torcidos era un campesino enamorado de su terruño y de su pequeño rebaño de vacas, unos veinte animales, más hermosos los unos que los otros, graciosos y dulces, aunque la decana tuviera carácter y no permitiera que se le acercara cualquiera. Dedos-Torcidos pasaba largas horas charlando con ella.

Por la mañana, *Rojiza* era traviesa y despierta, y lo despertaba lamiéndole la frente; Dedos-Torcidos intentaba en vano cogerla de la oreja pero siempre acababa levantándose.

Aquella mañana, el sol estaba alto ya en el cielo cuando Dedos-Torcidos salió de la granja.

—*Rojiza*... ¿Dónde estás, *Rojiza*?

Tras haberse frotado los ojos, Dedos-Torcidos dio unos pasos por su campo y vio la vaca, tendida de costado.

—¿Qué te pasa, *Rojiza*?

Con la lengua colgante, los ojos vidriosos y el vientre hinchado, la hermosa vaca agonizaba. Algo más lejos, dos animales habían muerto ya.

Presa del pánico, Dedos-Torcidos corrió hasta la plaza de la aldea para pedir ayuda al veterinario. Éste se veía asaltado por una decena de ganaderos que sufrían la misma tragedia.

—¡Una epidemia! —gritó Dedos-Torcidos—. ¡Hay que avisar enseguida a palacio!

Cuando Ofir, desde la terraza de su casa, vio llegar una cohorte de campesinos inquietos y coléricos, comprobó que sus órdenes se habían ejecutado correctamente. Envenenando algunas vacas, los jefes beduinos Amos y Baduch habían provocado un buen tumulto.

En mitad de la avenida que llevaba a palacio, Moisés detuvo el cortejo.

—¡Sois víctimas de la quinta plaga que Yahvé inflige a Egipto! Su mano golpeará todos los rebaños, la peste fulminará el ganado pequeño y grande. Solo las bestias pertenecientes a mi pueblo se salvarán.

Serramanna y numerosos soldados estaban dispuestos a rechazar a los campesinos cuando Loto, montada en un caballo negro, llegó a galope tendido y se detuvo junto a los manifestantes.

—Que nadie se asuste —dijo con voz tranquila—; no se trata de una epidemia sino de un envenenamiento. He salvado ya dos vacas lecheras y, con la ayuda de los veterinarios, curaré a los animales que no hayan sucumbido todavía.

La esperanza sustituyó enseguida a la angustia. Y cuando el ministro de Agricultura anunció que el faraón sustituiría los animales muertos a cargo del Estado, volvió a reinar la serenidad.

Ofir y sus aliados tenían suficiente veneno para seguir ayudando a Moisés, sin decírselo esta vez. Utilizando una vieja receta de magia, por orden de Yahvé, el profeta se había llenado las manos del hollín del horno y lo había lanzado al aire, para que cayera hecho polvo sobre la gente y los animales, y los cubriera de pústulas. La sexta plaga sería tan terrorífica que el faraón se vería por fin obligado a doblegarse.

Ofir había decidido que la mejor forma de impresionar al monarca era hiriendo a sus íntimos. Amos el calvo, irreconocible gracias a una peluca que le ocultaba la mitad de la frente, había entregado alimentos deteriorados al cocinero que preparaba las comidas de Ameni y de sus funcionarios.

Cuando el portasandalias del rey le presentó los expedientes cotidianos, Ramsés advirtió una erupción rojiza en la mejilla de su amigo.

—¿Te has herido?

—No, pero esta erupción comienza a resultar dolorosa.

—Llamaré al doctor Pariamakhu.

Acompañado por una arrebatadora muchacha, el médico de palacio acudió jadeante.

—¿Os encontráis mal, majestad?

—Sabéis muy bien, querido doctor, que ignoro la enfermedad. Examinad a mi secretario particular.

Pariamakhu giró en torno a Ameni, palpó la piel de sus brazos, le tomó el pulso y pegó la oreja a su caja torácica.

—A primera vista no hay nada anormal... Tengo que reflexionar.

—Si se trata de una ulceración debida a trastornos gástricos —sugirió la muchacha con voz tímida—, ¿no sería conveniente preparar un remedio a base de frutos abiertos del sicomoro, anís, miel, resina de terebinto e hinojo, y prescribirlo en un apósito externo y en cocción?

El doctor Pariamakhu adoptó un aire importante.

—Tal vez no sea una mala idea... Probemos y ya veremos. Id al laboratorio, hija mía, y haced que preparen el remedio.

La muchacha se inclinó, temblorosa, ante el monarca y desapareció.

—¿Cómo se llama vuestra ayudante? —preguntó Ramsés.

—Neferet, majestad; no le prestéis atención alguna, es una principiante.

—Pues parece ya muy competente.

—No ha hecho más que recitar una fórmula que yo le había enseñado. Está haciendo prácticas pero no tiene mucho futuro.

Ofir estaba pensativo.

Los remedios habían vencido la pequeña epidemia de úlceras y Ramsés seguía sin cambiar su posición. Moisés y Aarón controlaban a los hebreos, cuya agitación intempestiva hubiera provocado la brutal intervención de Serramanna y la policía.

A este revés se añadía la ruptura del contacto con Dolente, la hermana del rey. Sin duda alguna, había fracasado. Nefertari seguía viva y no sufría mal alguno que corroyera su salud. Sintiéndose amenazada, Dolente ya no se atrevía a acudir, ni siquiera por la noche, al barrio hebreo, privando así a Ofir de informaciones directas sobre los secretillos de la corte.

Aquella dificultad no impedía al espía hitita seguir azuzando el sentimiento de revuelta entre los hebreos; una fracción dura, siguiendo a Moisés y a Aarón, se convertía en una punta de lanza cada vez más temible.

Organizar la evasión de Uri-Techup sería difícil. Confinado en una mansión custodiada día y noche por los hombres de Serramanna, Uri-Techup era un hombre acabado y molesto. En vez de correr riesgos desorbitados, la mejor solución consistía en hacerle desaparecer para ganarse enseguida la gracia de Hattusil. Inteligente, astuto e implacable, el nuevo emperador estaba en la línea de su hermano Muwattali.

Ofir conservaba un aliado cuya traición nadie sospechaba, el diplomático Meba. Pese a su mediocridad, él le ayudaría a acabar con Uri-Techup.

La escolta de Acha se reducía al mínimo, pues el jefe de la diplomacia egipcia, pese a lo que le había dicho a Ramsés, consideraba que tenía, en el mejor de los casos, una posibilidad sobre cien de ser bien recibido en la capital hitita. Para el nuevo emperador, era un personaje sospechoso que había permitido a Uri-Techup escapar del castigo. ¿Se mostraría Hattusil más rencoroso que político? Si cedía al odio, haría detener, ejecutar incluso, a todos los miembros de la misión diplomática, con Acha a la cabeza, y obligaría a Ramsés a iniciar una ofensiva para restañar la afrenta. Ciertamente, Putuhepa parecía partidaria de la paz, ¿pero hasta qué punto contradiría a su marido? La emperatriz del Hatti no se encerraría en un sueño; si la vía de la negociación resultaba demasiado ardua, adoptaría la del enfrentamiento.

Un fuerte viento, frecuente en las mesetas de Anatolia, acompañó a Acha y su escolta hasta las puertas de la capital hitita, cuyo aspecto de inconquistable fortaleza le pareció más angustiante aún que en sus precedentes viajes.

El jefe de la diplomacia egipcia entregó sus cartas credenciales a un oficial y tuvo que esperar más de una hora, al pie de una poterna, antes de que le permitieran entrar en Hattusa por la puerta de los leones. Contrariamente a lo que Acha esperaba, no le llevaron a palacio sino a un edificio de piedra grisáceo. Allí le habían preparado una habitación. La única ventana estaba obstruida por barrotes de hierro. Incluso para un carácter optimista, el lugar parecía una cárcel.

Jugar con el temperamento hitita exigía destreza y suerte, mucha suerte; ¿y no habría agotado Acha la cantidad que el destino le había atribuido?

Poco antes de caer la noche, un militar con casco, vestido con una pesada armadura, le pidió que le siguiera. Esta vez tomó una calleja que llevaba a la acrópolis sobre la que se levantaba el palacio del emperador.

La hora de la verdad, si es que existía en el mundo de la diplomacia.

Un fuego ardía en la chimenea de la sala de audiencias, adornada con tapices. La emperatriz Putuhepa disfrutaba el suave calor.

—Que el embajador de Egipto se digne tomar asiento a mi lado, ante el fuego; la noche puede ser fría.

Acha se instaló en una fea silla, a respetuosa distancia.

—Aprecié mucho las cartas de la reina Nefertari —declaró la emperatriz —. Su pensamiento es luminoso, sus argumentos convincentes, sus intenciones rectas.

—¿Debo entender que el emperador acepta iniciar negociaciones?

—El emperador y yo misma esperamos proposiciones concretas.

—Soy portador de un texto concebido por Ramsés y Nefertari y redactado por el propio faraón; servirá de base para nuestras discusiones.

—Es la iniciativa que deseaba; naturalmente, el Hatti tiene exigencias.

—Estoy aquí para escucharlas, con la firme voluntad de llegar a un acuerdo.

—El calor de esas palabras es tan dulce como el de este fuego, Acha. ¿Os habéis preocupado por el recibimiento que os hemos... reservado?

—Ha sido inconveniente, ¿no es cierto?

—Hattusil cogió frío y ha permanecido algún tiempo en la cama; mis jornadas están muy cargadas, por eso he tenido que haceros esperar. Mañana mismo el emperador estará en condiciones de iniciar la discusión.

51

Todavía no había amanecido y Ramsés acudía al templo de Amón cuando, de pronto, Moisés le cerró el paso. El rey sujetó el brazo del guardia que le acompañaba.

—¡Debo hablarte, faraón!

—Sé breve.

—¿No comprendes que, hasta ahora, Yahvé se ha mostrado indulgente? ¡Si hubiera querido, tú y tu pueblo habríais sido aniquilados! Te ha respetado la vida para proclamar mejor Su omnipotencia, pues Él no tiene rival. Permite a los hebreos que salgan de Egipto, de lo contrario...

—¿De lo contrario?

—Una séptima plaga causará intolerables sufrimientos a tu país, un granizo tan violento que las víctimas serán numerosas. Cuando blanda mi bastón hacia el cielo, rugirá el trueno y brotarán los relámpagos.

—¿Ignoras que uno de los principales templos de esta ciudad está destinado a Set, señor de la Tormenta? Él es la cólera del cielo, y sabré apaciguarlo con los ritos.

—Esta vez no lo lograrás. Hombres y animales morirán.

—Apártate de mi camino.

Aquella misma tarde, el rey consultó a «los sacerdotes de la hora» que observaban el cielo, estudiaban el movimiento de los planetas y predecían el tiempo. De hecho, preveían fuertes precipitaciones que podían destruir parte de la cosecha de lino.

En cuanto los elementos se desencadenaron, Ramsés se encerró en el santuario de Set y permaneció solo frente al dios. Los ojos enrojecidos de la monumental estatua brillaban como brasas.

El rey no tenía poder para oponerse a la voluntad de Set y a la cólera de las nubes; pero comulgando con su espíritu, atenuaría sus efectos y disminuiría su duración. Seti había enseñado a su hijo como dialogar con Set y canalizar su poder destructor sin ser destruido. El faraón necesitó una energía mayor para soportar la confrontación y no ceder una pulgada de terreno a las invisibles llamas de Set, pero su empresa se vio coronada por el éxito.

El diplomático Meba temblaba de miedo. Aunque tocado con una corta peluca y vestido con un tosco manto mal cortado, temía que le reconocieran. ¿Pero quién podía identificarlo en aquella casa de cerveza del barrio de los descargadores, donde iban a beber los marineros y los manipuladores?

Amos, el barbudo calvo, se sentó ante él.

—¿Quién... Quién os envía?

—El mago. ¿Vos sois...?

—¡Nada de nombres! Entregadle esta tablilla. Contiene una información que puede interesarle.

—El mago desea que os encarguéis de Uri-Techup.

—Pero... Está en arresto domiciliario.

—Las órdenes son claras: matad a Uri-Techup. De lo contrario, os denunciaremos a Ramsés.

La duda comenzaba a instalarse entre los hebreos. Se habían infligido siete plagas en Egipto y el faraón seguía intratable. Durante la reunión del consejo de los ancianos, Moisés consiguió, sin embargo, mantener su confianza.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Provocar la octava plaga, tan terrible que los egipcios se sentirán abandonados por sus dioses.

—¿Qué será esta vez?

—Mirad al cielo, hacia el este, y lo sabréis.

—¿Saldremos por fin de Egipto?

—Sed tan resistentes como lo fui yo durante largos años y poned toda vuestra fe en Yahvé: Él nos llevará hacia la Tierra Prometida.

A medianoche, Nefertari se despertó sobresaltada.

A su lado, Ramsés dormía con un sueño apacible. La reina salió sin hacer ruido de la alcoba y dio unos pasos por la terraza. El aire estaba perfumado, la ciudad silenciosa y apacible, pero la angustia de la gran esposa real no dejaba de aumentar. La visión que la había atormentado no se desvanecía, la pesadilla seguía oprimiéndole el corazón.

Ramsés la tomó dulcemente en sus brazos.

—¿Un mal sueño, Nefertari?

—Si solo fuera eso...

—¿Qué temes?

—Un peligro procedente del este, con un temible viento.

Ramsés miró en aquella dirección.

Se concentró mucho rato, como si viera en las tinieblas. El espíritu del rey se hizo cielo y noche y se transportó al extremo de la tierra, donde nacen los vientos.

Lo que Ramsés vio era tan terrorífico que se vistió a toda prisa, despertó al personal administrativo de palacio y mandó a buscar a Ameni.

Compuesta por miles de millones de langostas, la enorme nube procedía del este, empujada por un fuerte viento. No era la primera vez que se producía semejante ataque, pero este era de terrorífica magnitud. Gracias a la intervención del faraón, los campesinos del Delta habían encendido hogueras en las que arrojaban sustancias aromáticas destinadas a alejar las langostas; en algunos cultivos se habían colocado grandes telas de vasto lino. Cuando Moisés había clamado que los insectos devorarían todos los árboles de Egipto sin que subsistiera fruto alguno, la amenaza se había extendido muy pronto por las campiñas, gracias a los mensajeros reales; y hoy se felicitaban por haber tomado enseguida las precauciones preconizadas por Ramsés.

Los daños fueron mínimos; y se recordó que la langosta era una de las formas simbólicas que adoptaba el alma del faraón para llegar hasta el cielo, en un gigantesco brinco. En pequeñas cantidades, el insecto era considerado benéfico; solo la multitud lo hacía temible.

La pareja real recorrió en carro los alrededores de la capital y se detuvo en varios pueblos que temían un nuevo asalto. Pero Ramsés y Nefertari prometieron que la plaga no tardaría en desaparecer.

Como la gran esposa real había presentido, el viento del este cesó y fue sustituido por ráfagas que arrastraron la nube de langostas hacia el mar de cañas, más allá de los cultivos.

—No estáis enfermo —le dijo a Meba el doctor Pariamakhu—, pero deberíais descansar unos días, de todos modos.

—El malestar...

—El corazón se halla en excelente estado, el hígado funciona bien. No os preocupéis, moriréis centenario.

Meba había fingido un malestar con la esperanza de que Pariamakhu le ordenara quedarse en cama varias semanas, durante las que tal vez fueran detenidos Ofir y sus cómplices.

Aquel plan infantil fallaba... Y denunciarlos era denunciarse a sí mismo.

Solo podía llevar a cabo la misión. ¿Pero cómo acercarse a Uri-Techup sin alertar a Serramanna y su guardia de élite? Su mejor arma, a fin de cuentas, era la diplomacia. Cuando se cruzó con el sardo en uno de los pasillos de palacio, Meba le abordó.

—Acha me ha hecho llegar una carta ordenándome que interrogue a Uri-Techup y obtenga sus confidencias sobre la administración hitita— declaró Meba—. Lo que Uri-Techup me diga debe permanecer en secreto; por eso debemos hablar a solas. Anotaré sus declaraciones en un papiro, lo sellaré y se lo entregaré al rey.

Serramanna pareció contrariado.

—¿Cuánto tiempo necesitaréis?

—Lo ignoro.

—¿Tenéis prisa?

—Es una misión urgente.

—Bueno... Vamos.

Uri-Techup recibió al diplomático con desconfianza, pero Meba supo desplegar encanto y convicción para domeñar al hitita. No le acució a preguntas, le felicitó por su colaboración y le aseguró que su futuro acabaría aclarándose.

Uri-Techup describió sus más hermosas batallas e hizo incluso algunas bromas.

—¿Estáis satisfecho del modo como sois tratado? —preguntó Meba.

—El alojamiento y la comida son agradables, hago ejercicio pero... echo en falta las mujeres.

—Tal vez pueda arreglármelas...

—¿De qué modo?

—Exigid un paseo por el jardín, cuando caiga la noche, para aprovechar el fresco. En el bosquecillo de tamariscos, junto a la poterna, os aguardará una mujer.

—Creo que seremos buenos amigos.

—Es mi más caro deseo, Uri-Techup.

El tiempo se hacía pesado, el cielo se oscurecía. El dios Set daba otra vez muestras de su poder. El calor asfixiante, en ausencia de viento, fue para Uri-Techup la ocasión perfecta para pedir un paseo por los jardines. Dos guardias le acompañaron y le dejaron vagar entre los arriates, pues el hitita no tenía posibilidad alguna de escapar. ¿Por qué, además, iba a intentar salir de la dorada prisión donde estaba seguro?

Oculto entre los tamariscos, Meba temblaba. Drogado por una infusión de mandrágora, fuera de sí, el diplomático había escalado el muro y se disponía a golpear.

Cuando Uri-Techup se inclinara hacia él, le cortaría la garganta con un puñal de hoja curva, robado a un oficial de infantería. Abandonaría el arma sobre el cadáver y acusarían a un clan de militares vengativos de haber fomentado una conspiración para terminar con un enemigo responsable de la muerte de numerosos egipcios.

Meba no había matado nunca y sabía que aquel acto le condenaría; pero defendería su causa ante los jueces del otro mundo explicándoles que había sido manipulado. De momento, debía pensar solo en el puñal y en la garganta de Uri-Techup.

De pronto oyó unos pasos lentos y prudentes. Su presa se acercaba, se detenía, se inclinaba.

Meba levantó el brazo para golpear, pero un violento puñetazo en el cráneo le sumió en la nada.

Serramanna levantó al diplomático agarrándole por el cuello de la túnica.

—Traidor, mediocre y estúpido... Despierta, Meba.

El hombre permaneció inerte.

—¡No hagas comedia!

La cabeza formaba un ángulo extraño con la línea del cuello. Serramanna supo que había golpeado demasiado fuerte.

52

En el marco de la indispensable investigación administrativa sobre la muerte brutal de Meba, Serramanna había tenido que someterse a un duro interrogatorio dirigido por Ameni. Incómodo, el sardo temía ser sancionado.

—Las cosas están claras —concluyó el escriba—. Sospechabas, con razón, que el diplomático Meba te había mentido y quería suprimir a Uri-Techup. Intentaste coger a Meba en flagrante delito, pero se resistió, puso tu existencia en peligro y sucumbió durante la lucha.

El ex pirata se relajó.

—Es un informe magnífico.

—Aunque esté muerto, Meba será juzgado por un tribunal. Puesto que no cabe duda alguna de su culpabilidad, su nombre será suprimido de todos los documentos oficiales. Aunque subsiste una pregunta: ¿para quién trabajaba?

—Me había dicho que actuaba por orden de Acha.

Ameni mordisqueó su pincel.

—Ordenar que eliminaran al hitita para librar a Ramsés de un personaje molesto... ¡Pero Acha no habría confiado esa tarea a un petimetre perezoso! Y, sobre todo, no se habría opuesto a la voluntad de Ramsés, para quien el derecho de asilo debe respetarse. Meba mintió una vez más. ¿Y si fuera uno de los miembros de la red de espionaje hitita implantada en nuestro territorio?

—¿No era ésta favorable a Uri-Techup?

—Hoy, el emperador se llama Hattusil. Uri-Techup no es más que un renegado. Al eliminar a su enemigo jurado, la red se ganaba la buena voluntad del nuevo dueño del Hatti.

El sardo se mesó los largos bigotes.

—Dicho de otro modo, Ofir y Chenar no solo están vivos sino que siguen instalados en Egipto.

—Chenar desapareció en Nubia, hace años que Ofir no se ha manifestado.

Serramanna apretó los puños.

—¡Tal vez el maldito mago esté muy cerca! Los testimonios referentes a su huida a Libia eran otras tantas mentiras destinadas a adormecer mi desconfianza.

—¿No ha demostrado Ofir que sabía ponerse a salvo?

—No de mí, Ameni, no de mí...

—¿Y si, por una vez, a este nos lo trajeras vivo?

Durante tres interminables días, gruesas nubes negras ocultaron el sol sobre Pi-Ramsés. Para los egipcios, los trastornos producidos por el dios Set se mezclaban con los peligros que transportaban los mensajeros de la diosa Sekhmet, anunciadores de enfermedades y desgracias.

Solo un ser podía impedir que la situación se degenerara: la gran esposa real, encarnación terrestre de la Regla eterna que el faraón alimentaba con ofrendas. Fueron momentos en los que cada cual se miró a

sí mismo y, sin complacencia, intentó rectificar sus transgresiones de la rectitud. Asumiendo los defectos y las imperfecciones de su pueblo, Nefertari se dirigió al templo de Mut, en Tebas, para depositar ofrendas al pie de las estatuas de la temible diosa Sekhmet, y para transformar así las tinieblas en luz.

En la capital, Ramsés aceptó recibir a Moisés, que clamaba que la oscuridad que envolvía la capital era la novena de las plagas infligidas por Yahvé al pueblo egipcio.

—¿Estás convencido por fin, faraón?

—No haces más que interpretar fenómenos naturales atribuyéndolos a tu dios; es tu visión de lo real y la respeto. Pero no aceptaré que siembres el desconcierto entre la población, en nombre de una religión. Esta actitud es contraria a la ley de Maat y solo puede llevar al caos y a la guerra civil.

—Las exigencias de Yahvé siguen siendo las mismas.

—Sal de Egipto con tus fieles, Moisés, y ve a orar a tu dios donde deseas.

—No es eso lo que Yahvé quiere; todo el pueblo hebreo debe partir conmigo.

—Dejarás aquí el ganado, grande y pequeño, pues en su mayor parte os fue alquilado y no os pertenece. Quienes rechazan Egipto no deben gozar de sus beneficios.

—Nuestros rebaños nos acompañarán, ni una cabeza de ganado se quedará en tu país, pues todos servirán para el culto de Yahvé. Los necesitamos para ofrecer sacrificios y holocaustos, hasta que lleguemos a la Tierra Prometida.

—¿Vas a comportarte como un ladrón?

—Solo Yahvé puede juzgarme.

—¿Qué creencia puede justificar tales excesos?

—Eres incapaz de comprenderla. Limítate a inclinarte.

—Los faraones consiguieron terminar con el fanatismo y la intolerancia, esos venenos mortales que corroen el corazón de los hombres. ¿No temes, como yo, las consecuencias de una verdad absoluta y definitiva, impuesta por hombres a otros hombres?

—Cumple la voluntad de Yahvé.

—¿Acaso tu boca solo sabe expresar amenazas e invectivas, Moisés? ¿Qué ha sido de nuestra amistad, que nos conducía por el camino del conocimiento?

—Solo el porvenir me interesa, y este porvenir es el éxodo de mi pueblo.

—Sal de este palacio, Moisés, y no vuelvas a comparecer ante mí. De lo contrario, te consideraré un rebelde y el tribunal de justicia pronunciará contra ti la sentencia aplicable a los agitadores.

Lleno de cólera, Moisés cruzó la puerta del recinto de palacio sin saludar a los cortesanos, que de buena gana habrían conversado con él, y volvió a su morada del barrio hebreo, donde le aguardaba Ofir.

Los aliados del mago le habían comunicado el fracaso y la muerte de Meba. Pero el último informe escrito del diplomático contenía datos interesantes: durante una ceremonia en el templo de Ptah, en Menfis, Meba había comprobado que Kha se había quitado las protecciones mágicas concebidas por Setaú. Ciertamente, su función de sumo sacerdote le ponía a cubierto de las fuerzas oscuras; ¿pero por qué no probaba suerte Ofir?

—¿Ha cedido Ramsés? —preguntó el mago.

—¡Nunca cederá! —repuso Moisés.

—Ramsés ignora el miedo. Esta situación no podrá resolverse mientras no recurramos a la violencia.

—Una revuelta...

—Tenemos armas.

—Los hebreos serán exterminados.

—¿Quién habla de una sedición abierta? Tenemos que utilizar la muerte, esa será la décima y última plaga que caiga sobre Egipto.

El furor de Moisés no se apaciguaba. Y, en las amenazadoras palabras de Ofir, creyó escuchar la voz de Yahvé.

—Tienes razón, Ofir; hay que golpear a Ramsés con tanta fuerza que se vea obligado a liberar a los hebreos. A medianoche, la hora de la muerte, Yahvé cruzará Egipto y los primogénitos morirán.

¡Ofir había esperado aquel instante! Por fin iba a vengarse de las derrotas que el faraón le había infligido.

—Kha es el primogénito de Ramsés, y su probable sucesor. Hasta hoy, gozaba de una protección mágica que nunca pude vencer. Pero ahora...

—La mano de Yahvé no le respetará.

—Debemos disimular —dijo Ofir—; que los hebreos confraternicen con los egipcios, como antaño, y que lo aprovechen para llevarse gran cantidad de objetos preciosos. Los necesitaremos durante el éxodo.

—Celebraremos la Pascua —anunció Moisés— y marcaremos nuestras casas de color rojo, con un ramo de hisopos humedecido con la sangre del ganado inmolado para la fiesta. La noche de la muerte, el Exterminador respetará esas moradas.

Ofir corrió a su laboratorio. Gracias al pincel arrebatado a Kha, tal vez el mago consiguiera paralizar al primogénito de Ramsés y hacerle entrar en la nada.

Los juegos de luces y sombras animaban el jardín y hacían a Nefertari más hermosa todavía. Misteriosa y sublime, moviéndose con la gracia de una diosa entre bosquecillos y flores, era la felicidad en persona. Sin embargo, cuando Ramsés besó su mano, advirtió enseguida su contrariedad.

—Moisés no ha terminado aún de amenazarnos —murmuró.

—Era mi amigo y no puedo creer que su alma sea mala.

—Yo también le estimo, pero un fuego destructor se ha apoderado de su corazón; eso es lo que temo.

Setaú se dirigió a la pareja real con aire preocupado.

—Perdonadme, acostumbro a ser directo: Kha se encuentra mal.

—¿Es grave? —preguntó Nefertari.

—Eso temo, majestad; mis remedios parecen ineficaces.

—Quieres decir que...

—No nos engañemos: es un hechizo.

Hija de Isis, la hechicera por excelencia, la gran esposa real corrió a la cabecera del primogénito de Ramsés.

Pese al dolor, el sumo sacerdote de Ptah daba pruebas de impresionante dignidad. Tendido en una cama baja, con los ojos hundidos y el rostro grisáceo, Kha respiraba con dificultades.

—Mis brazos están inertes y no puedo mover las piernas —dijo a Nefertari.

La reina posó las manos en las sienes del muchacho.

—Te daré toda mi energía —prometió—, y lucharemos juntos contra la solapada muerte. Te transmitiré toda la felicidad que la vida me ha otorgado, y no morirás.

En la capital hitita, las negociaciones avanzaban lentamente. Hattusil discutía cada artículo del proyecto de tratado que había redactado Ramsés, proponía otra formulación, batallaba con Acha y finalmente, llegaba a un compromiso cuyas palabras sopesaba una y otra vez. Putuhepa añadía observaciones y se iniciaban otras discusiones.

Acha demostraba tener una inagotable paciencia. Era consciente de que estaba participando en la elaboración de una paz de la que dependía la felicidad de todo el Próximo Oriente y buena parte de Asia.

—No olvidéis que exijo la extradición de Uri-Techup —recordó Hattusil.

—Ese será el último punto que discutamos —respondió Acha—, cuando hayamos llegado a un acuerdo sobre el conjunto del tratado.

—Notable optimismo: ¿pero estáis convencido de que el emperador del Hatti confía plenamente en vos?

—Si cayera en ese error, ¿sería emperador del Hatti?

—Suponiéndome una segunda intención, ¿no comprometéis el buen fin de las negociaciones?

—Por fuerza tenéis segundas intenciones, majestad, e intentáis obtener un tratado más favorable para el Hatti que para Egipto... Mi papel consiste en restablecer el equilibrio de los platillos de la balanza.

—Delicado juego, condenado al fracaso tal vez.

—El porvenir del mundo... Eso es lo que Ramsés me ha confiado, eso es lo que tenéis en las manos, majestad.

—Soy paciente, lúcido y tozudo, querido Acha.

—Yo también, majestad.

53

Serramanna no salía ya del cuerpo de guardia reservado a sus mercenarios. Como máximo se permitía ciertas distracciones con una moza de la más afamada casa de cerveza; pero el placer no conseguía arrancarle de su obsesión: el adversario cometería sin duda una falta, y debía permanecer alerta para aprovecharla.

La enfermedad de Kha sumía al sardo en una profunda tristeza; todo lo que se refería al rey y sus íntimos le conmovía como si se tratara de su propia familia y pataleaba, furioso, al no poder suprimir a los enemigos de Ramsés.

Uno de sus mercenarios le informó.

—Ocurren cosas extrañas entre los hebreos...

—Explícate.

—En las puertas de sus casas hay trazos de pintura roja. No sé por qué razón, pero he pensado que os interesaría saberlo.

—Has hecho bien. Tráeme a Abner con un pretexto cualquiera.

Tras haber testimoniado a favor de Moisés, el ladrillero Abner, que tendía a extorsionar a sus hermanos hebreos, no había vuelto a hacer que hablaran de él.

Con la cabeza gacha, Abner se sentía visiblemente incómodo.

—¿Has cometido algún delito? —preguntó Serramanna con voz malhumorada.

—¡Oh, no, señor! Mi existencia es tan inmaculada como la túnica blanca de un sacerdote.

—¿Por qué tiemblas entonces?

—Solo soy un miserable ladrillero, y...

—Basta ya, Abner; ¿por qué has ensuciado la puerta de tu casa con pintura roja?

—¡Fue un accidente, señor!

—Un accidente que se ha reproducido en decenas de puertas. Deja ya de tomarme por un imbécil.

El gigante sardo hizo crujir los nudillos de sus dedos, el hebreo dio un respingo.

—Es... Es una moda.

—¿Ah, sí...? ¿Y si mi moda consistiera en cortarte la nariz y las orejas?

—No tenéis derecho, el tribunal os condenaría.

—Caso de fuerza mayor: investigo el embrujamiento del hijo mayor de Ramsés y no me extrañaría en absoluto saber que estás mezclado en ello.

Los jueces demostraban una gran severidad con quienes practicaban la magia negra; Abner se arriesgaba a una grave pena.

—¡Soy inocente!

—Con tu pasado, será difícil de creer.

—No me hagáis esto, señor, tengo una familia, hijos...

—O hablas o te acuso.

Entre su seguridad y la de Moisés, Abner no vaciló mucho tiempo.

—Moisés ha lanzado un maleficio contra los primogénitos —reveló—; Yahvé los matará durante la noche del infortunio. Para que los hebreos sean respetados, era precisa una señal distintiva en sus puertas.

—Por todos los demonios del mar, ese Moisés es un monstruo.

—¿Me, me soltáis, señor?

—Hablarías, pequeña serpiente; en la cárcel estarás protegido.

Más bien satisfecho, Abner agachó la cabeza.

—¿Cuándo saldré?

—¿Cuál es la fecha fijada para esa noche del infortunio?

—Lo ignoro, pero está cerca.

Serramanna corrió a casa de Ramsés, que le recibió al finalizar su entrevista con el ministro de Agricultura. Muy afectado por la enfermedad de Kha, a quien solo la magia de Nefertari mantenía vivo, Nedjem apenas tenía fuerzas para cumplir sus funciones; pero Ramsés estaba convencido de que el servicio al país y a la comunidad de los egipcios prevalecía sobre cualquier otra consideración, aunque fuera una tragedia personal.

El sardo dio cuenta de las palabras de Abner.

—Ese hombre miente —dijo el rey—; Moisés nunca habría concebido semejante abominación.

—Abner es un cobarde y me teme; me ha dicho la verdad.

—Una sucesión de crímenes, la eliminación fría y sistemática de los primogénitos... Semejante horror solo ha podido germinar en un cerebro enfermo. Eso no ha salido de Moisés.

—Propongo desplegar las fuerzas del orden para disuadir a los asesinos de poner en marcha el proyecto.

—Que intervenga también la policía de los campos.

—Perdonadme, majestad... ¿No tendríamos que detener a Moisés?

—No ha cometido delito alguno, el tribunal le absolvería. Debo pensar en otra solución.

—Me gustaría proponeros una estrategia que os parecerá horrible, pero que podría resultar eficaz...

—¡Qué precavido eres! Habla, Serramanna.

—Hagamos saber que Kha no vivirá más de tres días.

Ante el simple enunciado de tan siniestro porvenir, Ramsés se estremeció.

—Sabía que os dolería, majestad, pero la noticia obligará, forzosamente, a los asesinos a actuar deprisa, y pienso aprovecharme de su precipitación.

El rey solo pensó unos instantes.

—Espero que tengas éxito, Serramanna.

Dolente, la hermana de Ramsés, abofeteó a su peluquera, que había tirado con excesiva fuerza de uno de los mechones de la soberbia cabellera castaña.

—¡Sal de aquí, torpe!

La peluquera desapareció llorando. La sustituyó enseguida la pedicuro.

—Quítame las pieles muertas y tíñeme de rojo las uñas... Y ten cuidado de no hacerme daño.

La pedicuro se felicitó por su gran experiencia.

—Trabajas correctamente —dijo Dolente—; te pagaré bien y te recomendaré a mis amigas.

—Gracias, princesa; pese a la tristeza general, me ofrecéis una hermosa satisfacción.

—¿Por qué hablas de tristeza?

—Mi primera cliente de la mañana, una gran dama de la corte, acaba de anunciarme la horrible nueva: el hijo mayor del rey va a morir.

—¿No es eso un simple rumor?

—Lamentablemente, no. Según el médico de palacio, Kha no vivirá más de tres días.

—Apresúrate a terminar, tengo trabajo.

Urgencia. Ese era el único caso en el que Dolente se consideraba obligada a infringir las normas de seguridad. Desdeñó maquillarse, se puso una peluca ordinaria y cubrió sus hombros con una capa oscura. Nadie la reconocería.

Dolente se mezcló con los ociosos y se dirigió hacia el barrio de los ladrilleros hebreos. Deslizándose entre un aguador y un vendedor de quesos, apartó con mano nerviosa a dos niñas que jugaban con su muñeca en medio de la calleja, empujó a un anciano que caminaba lentamente y dio cinco golpes a una pequeña puerta pintada de verde oscuro.

Se abrió chirriando.

—¿Quién sois? —preguntó un ladrillero.

—La amiga del mago.

—Entrad.

El ladrillero precedió a Dolente por una escalera que llevaba a un sótano iluminado por un candil de aceite, cuya débil luz danzaba en el rostro inquietante del mago Ofir. Sus rasgos de ave de presa, los marcados pómulos y la nariz prominente le daban un aspecto misterioso que fascinaba a la hermana de Ramsés.

Ofir estrechaba el pincel de Kha, que había cubierto con extraños signos y quemado parcialmente.

—¿Qué es eso tan urgente, Dolente?

—Kha va a morir en las próximas horas.

—¿Los médicos de palacio han renunciado a curarle?

—Pariamakhu considera que la muerte es inminente.

—Es una noticia excelente, pero que modifica un poco nuestros planes. Habéis hecho bien avisándome.

La noche del infortunio llegaría, pues, antes de lo previsto. Los primogénitos, comenzando por el hijo de Ramsés, morirían y la desesperación caería sobre Egipto. Aterrorizado por el poder y la cólera de Yahvé, el pueblo se volvería contra Ramsés. El levantamiento sería gigantesco.

Dolente se arrojó a los pies del mago.

—¿Qué va a ocurrir, Ofir?

—Ramsés será eliminado, Moisés y el verdadero Dios triunfarán.

—Nuestro sueño realizado...

—Ciertamente debemos hablar de realidad, mi querida Dolente... Que bien hicisteis perseverando.

—¿No podríamos evitar... ciertas violencias?

Ofir levantó a Dolente y puso las palmas de sus manos en las mejillas de la alta mujer morena, que languideció.

—Moisés es quien toma las decisiones, y a Moisés le inspira Yahvé; no debemos discutir sus órdenes, sean cuales sean sus consecuencias.

Una puerta se abrió con estrépito, se oyó un grito ahogado, seguido de rápidos pasos en la escalera, y el gigante sardo irrumpió en la estancia.

De un revés, Serramanna apartó a Dolente, a la que había seguido hasta el escondrijo del mago, y golpeó a este último en la cabeza. En su caída, el espía hitita no había soltado el pincel de Kha y continuaba

apretándolo en su mano. El antiguo pirata le aplastó el brazo con el pie y le obligó a abrir los dedos.

—Ofir... ¡Por fin te tengo!

54

Setaú entró en la habitación de Kha, arrojó el pincel hechizado en las losas y lo pisoteó con rabia, hasta reducirlo a minúsculos fragmentos.

Nefertari, que no había dejado de magnetizar al hijo mayor de Ramsés, dirigió una mirada de agradecimiento a Setaú.

—El maleficio ha sido destruido, majestad; Kha se curará enseguida.

Nefertari apartó las manos de la nuca del muchacho antes de derrumbarse, agotada.

Después de que el doctor Pariamakhu prescribió inofensivos reconstituyentes a la reina, Setaú le administró un verdadero remedio que devolvería a su sangre la energía desaparecida.

—La gran esposa real ha superado los límites de la fatiga —indicó a Ramsés.

—Exijo toda la verdad, Setaú.

—Ofreciendo su magia a Kha, Nefertari se ha privado de numerosos años de vida.

Ramsés permaneció a la cabecera de la reina, intentando devolverle la fuerza que emanaba de él, esa fuerza sobre la que se había edificado su reino.

Estaba dispuesto a sacrificarlo para que Nefertari viviera una larga y feliz vejez, e iluminara con su belleza al doble país. Fue necesaria toda la persuasión de Ameni para que Ramsés se ocupara de nuevo de los asuntos de Estado. El rey solo aceptó conversar con su amigo tras haber escuchado la voz apaciguadora de Nefertari, afirmando que sentía como la noche se alejaba de ella.

—Serramanna me ha hecho un largo informe —declaró Ameni—. El mago Ofir ha sido detenido y será juzgado por espionaje, magia negra, tentativa de asesinato de los miembros de la familia real y asesinato de la infeliz Lita y de su sierva. Pero no es el único culpable: Moisés es tan peligroso como él. Ofir ha hablado y ha revelado que Moisés tenía la intención de suprimir a todos los primogénitos de Egipto. Sin la intervención de Serramanna, que ha contrarrestado el monstruoso proyecto, ¿cuántas víctimas tendríamos que deplorar?

Del más viejo al más joven, del más humilde al más rico, del más hastiado al más ingenuo, todos los hebreos se quedaron pasmados. Nadie esperaba ver aparecer al faraón en persona, a la cabeza de un destacamento de soldados mandado por Serramanna. Las calles se quedaron vacías y todo el mundo se limitó a observar al monarca tras las entornadas contraventanas.

Ramsés se dirigió directamente a la vivienda de Moisés. Avisado por el rumor, éste se hallaba en el umbral, con el bastón en la mano.

—No debíamos volver a vernos, majestad.

—Será nuestra última entrevista, Moisés, no te quepa duda. ¿Por qué has intentado sembrar la muerte?

—Solo la obediencia a Yahvé me habita.

—¿No es tu dios demasiado cruel? Respeto tu fe, amigo mío, pero rechazo que sea fuente de discordia en la tierra que me legaron mis antepasados. Sal de Egipto, Moisés, abandónalo con los hebreos. Id a vivir en otra parte vuestra verdad. No eres tú quien solicita el éxodo, soy yo quien lo exige.

Vestido con un largo manto de lana roja y negra, el emperador Hattusil contemplaba su capital desde lo alto de la acrópolis en cuya cima se erguía su palacio. Su esposa, Putuhepa, le tomó tiernamente del brazo.

—Nuestro país es rudo, pero no carece de belleza. ¿Por qué sacrificarlo a un resentimiento?

—Uri-Techup debe ser castigado —afirmó el emperador.

—¿Acaso no lo ha sido ya? Imagina a ese implacable guerrero, en arresto domiciliario y en casa de su peor enemigo. ¿No ha sido herida de muerte la vanidad de Uri-Techup?

—No tengo derecho a ceder en este punto.

—Asiria no permitirá que sigamos obstinándonos en este punto; su ejército resulta cada vez más amenazador y no vacilará en atacarnos si sabe que las negociaciones de paz con Egipto han fracasado.

—Las negociaciones son secretas.

—¿Se ha vuelto ingenuo el emperador del Hatti? Los mensajeros viajan continuamente desde el Hatti hasta Egipto, y desde Egipto hasta el Hatti, y lo que era secreto ya no lo es. Si no llegamos lo antes posible a un acuerdo de no beligerancia, los asirios nos considerarán presa fácil, porque Ramsés asistiría a nuestra caída sin reaccionar.

—Los hititas sabrán defenderse.

—Desde el comienzo de tu reinado, Hattusil, tu pueblo ha cambiado mucho. Incluso los soldados aspiran a la paz. ¿Y acaso tienes tú mismo otro objetivo?

—¿No estará influyéndote Nefertari?

—Mi hermana, la reina de Egipto, comparte mis convicciones; consiguió convencer a Ramsés de que no entrara en guerra con los hititas, ¿pero seremos capaces de corresponder a sus esperanzas?

—Uri-Techup...

—Uri-Techup pertenece al pasado. Que se case con una egipcia, que se disuelva en el pueblo del faraón y que desaparezca de nuestras vidas para siempre.

—Pides demasiado.

—¿No es este mi deber de emperatriz?

—Ramsés considerará mi retroceso como un signo de debilidad.

—Ni Nefertari ni yo interpretaremos así tu magnanimidad.

—¿Dirigen las mujeres la política exterior del Hatti y de Egipto?

—¿Por qué no —respondió Putuhepa—, si conseguimos la paz?

Durante su proceso, el mago Ofir habló mucho. Alardeó de haber sido jefe de la red de espionaje hitita en Egipto y de haber atentado contra la vida de Kha; cuando describió el modo como había suprimido a la infeliz Lita y su sierva, los jurados comprendieron que Ofir no sentía remordimiento alguno y que no vacilaría en matar de nuevo, con la misma frialdad.

Dolente sollozó. Acusada de complicidad activa por Ofir, no lo desmintió en absoluto y se limitó a implorar la gracia de su hermano, el rey

de Egipto. Acusó a Chenar, cuya mala influencia la había apartado del recto camino.

Las deliberaciones fueron de corta duración. El visir pronunció la sentencia. Condenado a muerte, Ofir se ejecutaría a sí mismo con veneno; Dolente, cuyo nombre sería aniquilado y suprimido de todos los documentos oficiales, sería desterrada para siempre a Siria del Sur, donde sería empleada como obrera agrícola, puesta a disposición de un granjero para llevar a cabo las más penosas tareas. Por lo que a Chenar se refería, fue condenado a la pena capital por contumacia y su nombre caería también en el olvido.

Setaú y Loto regresaron a Abu Simbel el mismo día en que Acha volvía a Egipto. Apenas tuvieron tiempo de congratularse antes de separarse otra vez.

Acha fue recibido enseguida por la pareja real. Aunque muy fatigada, Nefertari no había abandonado su correspondencia con Putuhepa. *Matador*, el león nubio, y su cómplice *Vigilante*, el perro dorado, que seguía siendo travieso a pesar de su edad, no se separaban de la reina, como si supieran que su presencia le devolvía cierta fuerza. En cuanto podía apartarse de las exigencias de su cargo, Ramsés acudía junto a su esposa. Paseaban por los jardines de palacio y él le leía los textos de los sabios del tiempo de las pirámides; uno y otro eran cada vez más conscientes del inmenso amor que los unía, de ese amor secreto que ninguna palabra podía describir, ardiente como un cielo de estío y dulce como una puesta de sol en el Nilo.

Nefertari obligaba a Ramsés a separarse de ella, para regresar a Egipto, orientar el navío del Estado en la buena dirección y responder a las mil preguntas cotidianas que hacían ministros y altos funcionarios. Gracias a Iset la bella, a Meritamón y a Kha, que había recobrado la salud, la convalecencia de la reina estaba llena de alegría y juventud. Ella disfrutaba con las visitas del pequeño Merenptah, de notable prestancia ya, y las de Tuya, hábil en disimular su propia fatiga.

Acha se prosternó ante Nefertari.

—He echado muy en falta vuestra sabiduría y vuestra belleza, majestad.

—¿Eres portador de buenas noticias?

—Excelentes.

—¿Desea Hattusil firmar un tratado? —preguntó Ramsés suspicaz.

—Gracias a la reina de Egipto y a la emperatriz Putuhepa, el caso Uri-Techup está casi cerrado: que se quede en Egipto y se integre en nuestra sociedad. Así no habrá obstáculos para concluir un acuerdo.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Nefertari.

—¿Habremos obtenido la más hermosa de las victorias?

—Nuestro principal apoyo ha sido la emperatriz Putuhepa; el tono de las cartas de la gran esposa real conmovió su corazón. Desde el comienzo del reinado de Hattusil, los hititas temen el peligro que representa el ejército asirio y saben que nosotros, sus enemigos de ayer, seremos mañana su mejor apoyo.

—Actuemos rápidamente para aprovechar este momento de gracia —recomendó Nefertari.

—Traigo la versión del tratado de no beligerancia que Hattusil propone. Estudiémoslo con atención. En cuanto haya obtenido vuestra conformidad y la del faraón, regresaré al Hatti.

La pareja real y Acha se pusieron manos a la obra; no sin sorpresa, Ramsés comprobó que Hattusil había aceptado la mayor parte de sus condiciones.

Acha había realizado un sorprendente trabajo, sin traicionar el pensamiento del rey. Y cuando Tuya, a su vez, hubo terminado una atenta lectura, dio su aprobación.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el virrey de Nubia, cuyo carro, tirado por dos caballos y conducido por un auriga experimentado, se dirigía al palacio de Pi-Ramsés recorriendo calles ruidosas y atestadas.

—El éxodo de los hebreos —respondió el auriga—. Conducidos por su jefe, Moisés, abandonan Egipto y parten hacia su Tierra Prometida.

—¿Por qué ha aceptado el faraón esta locura?

—Ramsés los expulsa por haber perturbado el orden público.

Estupefacto, el virrey de Nubia, de visita oficial en la capital, vio a miles de hombres, mujeres y niños saliendo de Pi-Ramsés, conduciendo ante ellos sus rebaños y tirando de carretas llenas de ropa y provisiones. Algunos cantaban, otros parecían tristes. Alejarse de la tierra donde vivían una agradable existencia desesperaba a la mayoría, pero no se atrevían a oponerse a Moisés.

El virrey de Nubia fue recibido por Ameni, quien enseguida lo llevó al despacho de Ramsés.

—¿Cuál es la razón de esta visita? —interrogó el monarca.

—Tenía que avisaros lo antes posible, majestad. De modo que no he vacilado en tomar una embarcación rápida para informaros personalmente sobre los trágicos acontecimientos que han llenado de luto el territorio que está a mi cargo... ¡Han sido tan inesperados, tan brutales! Yo no podía imaginar...

—Basta ya de charla —exigió Ramsés— y dime la verdad.

El virrey de Nubia tragó saliva.

—Una revuelta, majestad. Una terrible revuelta de tribus coaligadas.

55

Chenar lo había conseguido.

Mes tras mes, había hablado y vuelto a hablar, empeñado en convencer, uno a uno, a los jefes de tribu de que se aliaran con sus congéneres para apoderarse de la principal mina de oro de Nubia. Aunque les proponía pagarles generosamente distribuyendo placas de plata, los guerreros negros se habían mostrado reticentes ante la idea de desafiar a Ramsés el Grande. ¿No era una locura oponerse al ejército egipcio que, a comienzos del reinado de Seti, había infligido tan gran derrota a unos rebeldes?

Pese a numerosos fracasos, Chenar era tozudo. Su última oportunidad de suprimir a Ramsés pasaba por atraerle a una emboscada. Para ello necesitaba obtener la ayuda de combatientes aguerridos, dispuestos a apoderarse de considerables riquezas y que no temieran enfrentarse a los soldados del faraón.

La perseverancia de Chenar se había visto recompensada. Primero cedió un jefe, luego otro, un tercero por fin, y varios más... Y habían sido necesarias nuevas conversaciones para designar al que iba a encabezar la revuelta.

La discusión había degenerado en pelea, durante la que dos jefes de clan y el mercenario cretense habían muerto. Se pusieron de acuerdo para nombrar a Chenar; aunque no fuera nubio, era el que mejor conocía a Ramsés y su ejército. Los guardias encargados de vigilar a los trabajadores de la mina opusieron muy poca resistencia a la horda desatada de guerreros negros, armados con lanzas y arcos. En pocas horas, estos se hicieron dueños del lugar y, unos días más tarde, rechazaron a las tropas llegadas de la fortaleza de Buhen para restablecer el orden.

Ante la magnitud de la revuelta, el virrey de Nubia se había visto obligado a dar cuenta de ella a Ramsés.

Chenar sabía que su hermano cometería el fatal error de ir personalmente a domeñar a los insumisos.

Colinas desiertas, islotes de granito, estrecha franja de verdor que resistía el avance del desierto, cielo de un azul absoluto recorrido por pelícanos, flamencos rosas, grullas coronadas y jabirús, palmeras de doble tronco... Esa era la admirable Nubia que Ramsés amaba y cuyo encanto actuaba siempre, a pesar de las graves preocupaciones que habían obligado al rey y a su ejército a dirigirse urgentemente al Gran Sur. Según el informe del virrey, unas tribus nómadas rebeldes se habían apoderado de la principal mina de oro. La interrupción de la producción de metal precioso tenía consecuencias catastróficas: por una parte, los orfebres necesitaban el metal precioso para adornar los templos; por otra parte, el rey lo utilizaba como regalo para sus vasallos, con el fin de mantener excelentes relaciones diplomáticas.

Aunque lamentara alejarse de Nefertari, Ramsés debía golpear rápidamente y con fuerza, y más cuando tenía la certeza, confirmada por la

intuición de la gran esposa real, de que el instigador de aquella revuelta sólo podía ser Chenar.

Su hermano mayor no había desaparecido, como habían creído, en las soledades desérticas, y se las había arreglado para sembrar disturbios. Asegurándose el dominio del oro, levantaría hordas de mercenarios, atacaría las fortalezas egipcias y se lanzaría a una insensata aventura, a la conquista de la tierra de los faraones. El odio y los celos, alimentados por sus fracasos, habían sumido a Chenar en un reino del que ya no saldría, el de la locura.

Entre Ramsés y él, todas las fibras del afecto habían sido cortadas. Ni siquiera Tuya, cuando el faraón le había confiado sus intenciones, había protestado. Aquel enfrentamiento fratricida sería el postrero.

Varios «hijos reales» se mantenían junto a Ramsés, impacientes por demostrar su valor. Con pelucas de largos mechones, camisas plisadas con mangas anchas y una falda con peto, sujetaban altivos la enseña del dios chacal, «el que abre caminos».

Cuando un gigantesco elefante les cerró el paso, los más entusiastas estuvieron a punto de huir; pero Ramsés avanzó hacia la montaña viva y no opuso resistencia cuando lo levantó con la trompa y lo posó en su nuca, entre las dos grandes orejas, que se movían a un alegre compás. ¿Cómo seguir dudando de la protección divina que beneficiaba al faraón?

Matador, el león de magnífica melena, avanzó a la derecha del elefante hacia la mina. Arqueros e infantes estaban convencidos de que el faraón destrozaría las filas enemigas a costa de un violento ataque; pero Ramsés hizo plantar las tiendas a bastante distancia del objetivo. Los cocineros se pusieron enseguida manos a la obra, se limpiaron las armas, se aguzaron las hojas y se alimentó a los asnos y los bueyes.

Un «hijo real», de veinte años de edad, osó formular una protesta.

—¿Por qué aguardamos, majestad? ¡Unos pocos nubios rebeldes son incapaces de oponerse a nuestras fuerzas!

—No conoces este país ni a sus habitantes; los nubios son temibles arqueros y combaten con inigualable furor. Si nos creemos ya vencedores, muchos hombres morirán.

—¿No es la ley de la guerra?

—Mi ley consiste en conservar el máximo de vidas posible.

—Pero... Los nubios no se rendirán.

—No con amenazas, en efecto.

—¡No vamos a negociar con esos salvajes, majestad!

—Vamos a deslumbrarlos. Es el brillo lo que da la victoria y no el brazo armado. Los nubios suelen tender emboscadas, atacar la retaguardia y coger al enemigo por la espalda. No les daremos la oportunidad de hacerlo, los dejaremos llenos de estupor.

Sí, Chenar conocía bien a Ramsés. El rey avanzaría en línea recta, tomando la única pista que llevaba a la mina. A uno y otro lado del paraje, colinas abrasadas por el sol y roquedales servirían de refugio a los arqueros nubios. Matarían a los oficiales, el ejército egipcio huiría a la desbandada y Chenar ejecutaría con sus propias manos a un Ramsés suplicante y desesperado.

Ningún soldado egipcio saldría vivo de aquella trampa.

Entonces, Chenar ataría el cadáver de Ramsés a la proa de su navío y haría una entrada triunfal en Elefantina, antes de apoderarse de Tebas, Menfis, Pi-Ramsés y todo Egipto. El pueblo se uniría a su causa y Chenar

gobernaría por fin, vengándose de todos aquellos que no habían reconocido su valor.

El hermano del rey salió de la choza de piedra, ocupada antaño por el capataz encargado de vigilar el trabajo de purificación del oro, y trepó hasta lo alto del área de lavado del mineral aurífero. Sólo el agua, corriendo por la suave pendiente del plano inclinado que llegaba a un estanque de decantación, conseguía liberar el metal precioso de su ganga. Las partículas de tierra quedaban en suspensión y el mineral, más denso y pesado, caía al fondo del estanque. Fastidiosa operación que exigía una gran paciencia. Chenar pensó en su propia existencia; cuantos años interminables había necesitado para conseguir liberarse de la magia de Ramsés, para estar en condiciones de vencerlo y afirmar su propia grandeza. Ahora que había llegado el momento de su triunfo, se sentía como ebrio.

Un vigía hizo grandes señales, unos gritos rompieron el silencio. Con plumas sujetas en sus rizadas cabelleras, los guerreros negros corrieron en todas direcciones.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Dejad ya de moveros!

Chenar bajó del promontorio y asió a un jefe de tribu que daba vueltas en redondo, aterrorizado.

—¡Cálmate, te lo ordeno! Yo soy el que manda.

El guerrero dirigió su lanza a las colinas de los alrededores y a los roquedales.

—Por todas partes... ¡Están por todas partes!

Chenar llegó al centro de la explanada, levantó los ojos y los vio.

Miles de soldados egipcios rodeaban la mina.

En la cima de la colina más alta, una decena de hombres levantaron un dosel bajo el que instalaron un trono. Tocado con la corona azul, Ramsés se sentó en él. Su león se tendió a sus pies.

Ni un solo nubio podía apartar la mirada de aquel monarca de cuarenta y dos años que, en su vigésimo año de reinado, alcanzaba el apogeo del poder. Pese a su valor, los guerreros negros comprendieron que atacarle sería suicida. La trampa que Chenar creía haber tendido se volvía contra él. Los soldados del faraón habían eliminado a los centinelas nubios y no dejaban a los insurrectos posibilidad alguna de huir.

—¡Vamos a vencer! —aulló Chenar—. ¡Todos conmigo!

Los jefes nubios se sobrepusieron. Sí, había que luchar. Uno de ellos, seguido de veinte hombres que aullaban y blandían sus lanzas, trepó por la pendiente en dirección al rey.

Una nube de flechas los derribó. Un joven combatiente, más hábil que sus compañeros, corrió en zigzag y llegó casi al pie del trono. *Matador* saltó y clavó sus garras en la cabeza del asaltante. Con el cetro de mando en la mano, Ramsés había permanecido impasible; *Matador* arañó la arena, sacudió la melena y volvió a tenderse a los pies de su dueño.

Casi todos los guerreros nubios soltaron las armas y se prosternaron, en señal de sumisión. Furioso, Chenar empezó a dar patadas a los jefes.

—¡Levantaos y combatid! ¡Ramsés no es invencible!

Como nadie le obedecía, Chenar clavó su espada en los riñones de un anciano jefe de clan, cuyas convulsiones fueron breves y violentas. Su estertor de agonía conmovió a sus pares; atónitos, se levantaron y lanzaron furiosas miradas al hermano de Ramsés.

—Nos has traicionado —dijo uno de ellos—; nos has traicionado y nos has mentido. Nadie puede vencer a Ramsés y tú nos has llenado de desgracia.

—¡Combatid, cobardes!

—Nos has mentido —repitieron a coro.

—¡Seguidme y matemos a Ramsés!

Con los ojos enloquecidos y la espada levantada, Chenar regresó al promontorio desde el que dominaba el depósito de agua y el área de lavado del oro.

—Soy el señor, el único señor de Egipto y de Nubia, soy...

Diez flechas disparadas por los jefes de clan se clavaron al mismo tiempo en su cabeza, su garganta y su pecho. Chenar cayó de espaldas en el plano inclinado y, lentamente, su cuerpo se deslizó hacia el estanque de decantación, mezclado con la ganga terrosa que una apacible corriente de agua iba purificando.

56

Ningún incidente había marcado la salida de los hebreos. Muchos egipcios deploraban la pérdida de algunos amigos y parientes que se lanzaban a una insensata aventura; por su parte, numerosos hebreos temían la dura travesía de un desierto lleno de peligros. ¿Con cuántos enemigos tendrían que enfrentarse, cuántos pueblos y tribus se opondrían al paso de los adoradores de Yahvé?

Serramanna estaba rabioso.

Antes de salir hacia Nubia, Ramsés había confiado a Ameni y al sardo la tarea de mantener el orden en la capital. Al menor disturbio provocado por los hebreos, las fuerzas de seguridad debían intervenir con rigor e inmediatamente. Puesto que el inicio del éxodo se había desarrollado tranquilamente, Serramanna no tenía motivo alguno para detener a Moisés y a Aarón.

El sardo estaba convencido de que el faraón se equivocaba al respetar al jefe de los hebreos; ni siquiera una antigua y profunda amistad justificaba semejante tolerancia. Lejos de Egipto, Moisés sería todavía capaz de hacer daño.

Por precaución, Serramanna había solicitado a una decena de mercenarios que siguieran a los hebreos y le enviaran informes regulares sobre su avance. Con gran sorpresa por su parte, el profeta no había tomado la ruta de Silé, jalonada de pozos y vigilada por el ejército egipcio, sino que había elegido una difícil pista que llevaba al mar de las cañas. De ese modo, Moisés suprimía cualquier tentación de volver atrás.

—¡Serramanna! —exclamó Ameni—; te he buscado por todas partes. ¿Vas a quedarte toda la vida contemplando la ruta del Norte?

—Ese Moisés, que tanto daño ha hecho y que se marcha indemne... No me gusta la injusticia.

—Antes de morir, Ofir nos proporcionó una última información interesante, como si quisiera destruirse por completo, al modo de un escorpión: dos jefes de tribus beduinas, Amos y Baduch, han salido de Egipto con los hebreos. Ellos fueron quienes proporcionaron armas a los fieles de Yahvé, previendo los combates que deberán librar durante el éxodo.

Serramanna se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—Esos dos bandidos deben ser considerados criminales... tengo el deber de detenerlos, como a su cómplice, Moisés.

—Es un razonamiento perfecto.

—Salgo enseguida con cincuenta carros y traeré a toda esa gente para meterlos en la cárcel.

Ramsés estrechó a Nefertari en sus brazos. La dulce de amor, apenas maquillada, perfumada como una diosa, estaba más hermosa que nunca.

—Chenar ha muerto —reveló el rey—, y la revuelta de los nubios ha terminado.

—¿Conocerá Nubia, por fin, la paz?

—Los jefes de los rebeldes han sido ejecutados por alta traición, las aldeas a las que tiranizaban han organizado festejos para celebrar su muerte. El oro robado me ha sido devuelto, he depositado una parte en Abu Simbel y otra en Karnak.

—¿Progresan las obras de Abu Simbel?

—Setaú anima los trabajos con notable vigor.

La reina no ocultó por más tiempo la importante información.

—Serramanna y una escuadra de carros se lanzaron en persecución de Moisés.

—¿Por qué motivo?

—La presencia de dos espías beduinos, a sueldo de los hititas, en las filas de los hebreos. Serramanna quiere detener a esos dos hombres y a Moisés; Ameni no se opuso a la expedición, puesto que está de acuerdo con la ley.

Ramsés imaginó a Moisés a la cabeza de su pueblo, martilleando el suelo con su bastón, abriendo camino, obligando a proseguir a los vacilantes, e implorando a Yahvé para que se manifestara por la noche en forma de columna de fuego y de día en la de una columna de nube. Ningún obstáculo le haría retroceder, ningún enemigo le asustaría.

—Acabo de recibir una larga carta de Putuhepa —añadió Nefertari—; está convencida de que tendremos éxito.

—¡Maravillosa noticia!

Ramsés había pronunciado estas palabras sin creerlo, con la mente en otra parte.

—¿Temes que Moisés muera, no es cierto?

—No deseo volver a verlo.

—Por lo que se refiere al tratado de paz, queda un punto delicado.

—¿Otra vez Uri-Techup?

—No, un problema de formulación... Hattusil no quiere reconocer que es el único responsable del clima de guerra y se queja de ser considerado como un inferior, obligado a someterse a la voluntad del faraón.

—¿Acaso no es verdad?

—El texto del tratado será hecho público, las generaciones futuras lo leerán: Hattusil se niega a quedar mal.

—¡Que el hitita se incline o que sea aniquilado!

—¿Debemos renunciar a la paz solo por unas palabras de más?

—La menor palabra cuenta.

—¿Puedo proponerle al señor de las Dos Tierras una nueva redacción?

—Que tiene en cuenta las exigencias de Hattusil, supongo.

—Que tiene en cuenta el porvenir de los pueblos que rechazan la guerra, las matanzas y la desgracia.

Ramsés besó en la frente a Nefertari.

—¿Tengo alguna posibilidad de escapar al verbo diplomático de la gran esposa real?

—Ninguna —respondió ella posando la cabeza en el hombro de Ramsés.

Moisés había montado en violenta cólera y Aarón tuvo que golpear con el bastón a algunos recalcitrantes, cansados ya del éxodo y deseosos de regresar a Egipto, donde tenían alimento a voluntad y vivían en cómodas moradas. La mayoría de los hebreos detestaba el desierto y no se acostumbraba a dormir bajo las tiendas o al aire libre; muchos comenzaban a protestar contra la dura existencia que les imponía el profeta.

Entonces se había levantado el vozarrón de Moisés, ordenando a los débiles y a los cobardes que obedecieran a Yahvé y prosiguieran su camino hacia la Tierra Prometida, fueran cuales fuesen las celadas y las pruebas. Y había proseguido la larga marcha, más allá de Silé, en un paisaje acuático y húmedo; los hebreos se hundían a veces en el barro, algunos carros volcaban, las sanguijuelas agredían a hombres y bestias.

Moisés decidió detenerse no lejos de la frontera, junto al lago Sarbonis y cerca del Mediterráneo; el lugar era considerado peligroso, pues el viento del desierto depositaba enormes cantidades de arena en ciertas superficies de agua y creaba falsas tierras que formaban «el mar de las cañas».

Nadie vivía en aquellos desolados lugares, abandonados a las borrascas y a las cóleras del mar y del cielo; incluso los pescadores los evitaban, por miedo a ser presa de las arenas movedizas.

Una mujer desmelenada se prosternó a los pies de Moisés.

—¡Vamos a morir aquí, en estas soledades!

—Te equivocas.

—¡Mira a tu alrededor! ¿Esta es tu Tierra Prometida?

—Claro que no.

—No iremos más lejos, Moisés.

—Claro que sí. En los próximos días cruzaremos la frontera e iremos a donde Yahvé nos llama.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ti?

—Porque he visto Su presencia, mujer, y Él me habló. Ve a dormir ahora; todavía nos quedan por hacer muchos esfuerzos.

Subyugada, la mujer obedeció.

—Este lugar es horrible —consideró Aarón—; estoy impaciente por reanudar el camino.

—Era necesario un largo descanso; mañana, al amanecer, Yahvé nos dará fuerzas para continuar.

—¿Nunca dudas de nuestro éxito, Moisés?

—Nunca, Aarón.

Los carros de Serramanna, acompañados por un «hijo real» que representaba a Ramsés, habían avanzado con rapidez persiguiendo a los hebreos. Cuando respiró el aire del mar, la nariz del antiguo pirata se dilató. Hizo a sus hombres una señal para que se detuvieran.

—¿Quién de vosotros conoce este lugar?

Un experimentado auriga tomó la palabra.

—El lugar está encantado. No os aconsejo que molestéis a los demonios.

—Y sin embargo, los hebreos han tomado este camino —objetó el sardo.

—Son muy libres de comportarse como insensatos... Nosotros deberíamos dar media vuelta.

A lo lejos se divisaba humo.

—El campamento de los hebreos no está muy lejos de aquí —advirtió el hijo real—; procedamos al arresto de los malhechores.

—Los fieles de Yahvé están armados —recordó Serramanna—, y son numerosos.

—Nuestros hombres saben combatir y nuestros carros nos dan ventaja. Cuando estemos a una distancia considerable lanzaremos nuestras flechas y exigiremos que nos entreguen a Moisés y a los dos jefes beduinos. Si se niegan, cargaremos.

No sin aprensión, los carros se pusieron en marcha por las tierras húmedas.

Aarón se despertó sobresaltado; Moisés ya estaba de pie, con el bastón en la mano.

—Este sordo ruido...

—Sí, es el de los carros egipcios.

—¡Vienen hacia nosotros!

—Tenemos tiempo de escapar.

Ambos beduinos, Amos y Baduch, se negaron a aventurarse por el mar de cañas, pero los hebreos, aterrorizados, aceptaron seguir a Moisés. Al caer la noche, nadie distinguía ya el agua de la franja de arena, pero Moisés avanzaba con seguridad entre el mar y el lago, conducido por el fuego que le abrasaba el alma desde la adolescencia, aquel fuego que se había convertido en el deseo de una Tierra Prometida.

Al desplegarse, los carros egipcios cometieron un error fatal. Unos se hundieron en las arenas movedizas, otros se perdieron en las marismas recorridas por invisibles corrientes; el carro del hijo real se inmovilizó en un terreno pegajoso, mientras el de Serramanna golpeaba de lleno a los dos beduinos que se habían separado de los hebreos.

Se levantó el viento del este, uniéndose al del desierto; de ese modo, el paso que tomaron los hebreos para cruzar el mar de cañas quedó seco.

Indiferente a la muerte de los dos espías, aplastados por las ruedas de su carro, Serramanna se atascó también en la arena; mientras liberaban los vehículos y reunía a sus hombres, algunos de los cuales estaban heridos, el viento cambió. Cargada de humedad, la borrasca produjo fuertes olas que cubrieron el paso.

Serramanna contempló con rabia como huía Moisés.

57

Pese a los cuidados que le prodigaba Neferet, una joven médico de excepcionales dotes, Tuya, la reina madre, se preparaba para el gran viaje. Pronto se reuniría con Seti y abandonaría un Egipto terrestre cuyo feliz porvenir estaba casi asegurado. Casi, pues el tratado de paz con los hititas aún tenía que firmarse.

Cuando Nefertari se reunió con ella en el jardín donde meditaba, Tuya percibió la emoción de la gran esposa real.

—Majestad, acabo de recibir esta carta de la emperatriz Putuhepa.

—Mis ojos están cansados, Nefertari; léela, te lo ruego.

La voz dulce y hechicera de la reina arrobó el corazón de Tuya.

A mi hermana, esposa del sol, Nefertari. Todo va bien para nuestros dos países, espero que tu salud y la de los tuyos sea floreciente. Mi hija se encuentra maravillosamente y mis caballos son magníficos; que lo mismo ocurra con tus hijos, tus caballos y el león de Ramsés el Grande. Tu servidor, Hattusil, está a los pies del faraón y se prosterna ante él.

Paz y fraternidad: esas son las palabras que deben pronunciarse, pues el dios-luz de Egipto y el dios-tormenta del Hatti desean confraternizar.

Portadores del texto del tratado, los embajadores de Egipto y del Hatti se han puesto en camino hacia Pi-Ramsés para que el faraón selle para siempre nuestra decisión común.

Que los dioses y las diosas protejan a mi hermana Nefertari.

Nefertari y Tuya se abrazaron y lloraron de alegría.

Serramanna se sentía como un insecto que la sandalia de Ramsés iba a aplastar. Con la cabeza gacha, el sardo se preparaba para ser expulsado de palacio y esa decadencia le parecía insoportable. Él, el antiguo pirata, se había acostumbrado a su existencia de hombre de orden y desfacedor de entuertos. Una fidelidad absoluta a Ramsés había dado sentido a su existencia y puesto fin a sus vagabundeos; el Egipto que pensaba desvalijar se había convertido en su patria. Él, el navegante, había tocado tierra sin sentir el deseo de zarpar de nuevo.

Serramanna agradecía a Ramsés que no le hubiera hecho sufrir una humillación ante la corte y sus subordinados; el monarca le recibía en su despacho, cara a cara:

—Majestad, cometí un error. Nadie conocía el terreno y...

—¿Qué ocurrió con los dos espías beduinos?

—Perecieron aplastados por las ruedas de mi carro.

—¿Estás seguro de que Moisés escapó de la tormenta?

—Los hebreos y él atravesaron el mar de cañas.

—Olvidémoslos, puesto que han cruzado la frontera.

—Pero... ¡Moisés os ha traicionado!

—Sigue su camino, Serramanna. Y como ya no va a turbar la armonía de las Dos Tierras, dejaremos que vaya hacia su destino. Tengo que confiarte una misión muy importante.

El sardo no creyó lo que estaba oyendo. ¿Estaba el rey perdonándole su fracaso?

—Te dirigirás a la frontera con dos regimientos de carros para recibir a la embajada hitita, de cuya protección te encargarás personalmente.

—Es una tarea... una tarea...

—Una tarea decisiva para la paz del mundo, Serramanna.

Hattusil había cedido.

Atendiendo, al mismo tiempo, a su intuición de estadista, los consejos de su esposa Putuhepa y las recomendaciones del embajador egipcio, Acha, había redactado el texto de un tratado de no beligerancia con Egipto, sin oponerse a las exigencias de Ramsés, y había elegido a dos mensajeros que se encargarían de llevar al faraón unas tablillas de plata cubiertas con la versión del acuerdo en escritura cuneiforme.

Hattusil prometía a Ramsés exponer el tratado en el templo de la diosa del Sol, en Hattusa, siempre que el soberano egipcio hiciera lo mismo en uno de los grandes santuarios de las Dos Tierras; ¿pero aceptaría Ramsés ratificar el documento sin añadir nuevas cláusulas?

De la capital hitita a la frontera egipcia, la atmósfera siguió siendo tensa. Acha era consciente de que no podría pedir más a Hattusil; si Ramsés manifestaba algún descontento, el proyecto de tratado sería letra muerta. Por lo que a los soldados hititas se refería, no ocultaban su inquietud; grupos de disidentes intentarían, probablemente, atacarles para impedir que los mensajeros de la paz llegaran a su destino. Collados, desfiladeros, bosques les parecieron otras tantas emboscadas, pero el viaje transcurrió sin incidentes.

Cuando Acha divisó a Serramanna y los carros egipcios, lanzó un largo suspiro de alivio. En adelante, viajaría tranquilo.

El sardo y el oficial superior de los carros hititas se saludaron con frialdad; el antiguo pirata habría exterminado, de buena gana, a aquellos bárbaros, pero tenía que obedecer a Ramsés y cumplir su misión.

Por primera vez, carros hititas penetraron en el Delta y corrieron por la ruta que conducía a Pi-Ramsés.

—¿Qué ocurre con la revuelta en Nubia? —preguntó Acha.

—¿Se ha hablado de ella en Hattusa? —se preocupó el sardo.

—Tranquilízate, la información fue confidencial.

—Ramsés ha restablecido la calma, Chenar fue ejecutado por sus aliados.

—¡Que la paz se establezca tanto en el Norte como en el Sur! Si Ramsés acepta el tratado que le presentarán los mensajeros hititas, se iniciará una era de prosperidad que las generaciones futuras recordarán.

—¿Por que iba a negarse?

—A causa de un detalle que no lo es... Seamos optimistas, Serramanna.

El vigésimoprimer día de la estación de invierno del vigésimoprimer año del reinado de Ramsés, Acha y los dos diplomáticos hititas fueron introducidos por Ameni en la sala de audiencias del palacio de Pi-Ramsés, cuya magnificencia los dejó estupefactos. Su grisáceo mundo guerrero era sustituido por un universo coloreado, que mezclaba refinamiento y grandiosidad.

Los mensajeros presentaron al faraón las tablillas de plata; Acha leyó la declaración preliminar.

Que un millar de divinidades, de entre los dioses y diosas del Hatti y Egipto, sean testigos de este tratado que establecen emperador del Hatti y el faraón de Egipto. Sean testigos el sol, la luna, los dioses y las diosas del cielo y de la tierra, de las montañas y de los ríos, del mar, de los vientos y de las nubes.

Estos miles de divinidades destruirían la casa, el país y los súbditos de quien no observase el tratado. En cuanto a quien lo observe, esos miles de divinidades actuarán para que sea próspero y viva feliz en su casa, con sus hijos y sus súbditos.[1]

Ante la gran esposa real, Nefertari, y la reina madre, Tuya, Ramsés aprobó esta declaración que Ameni transcribió en un papiro.

—¿Reconoce el emperador Hattusil la responsabilidad de los hititas en los actos de guerra cometidos durante los últimos años?

—Sí, majestad —respondió uno de los dos embajadores.

—¿Admite que el tratado compromete a nuestros sucesores?

—Nuestro emperador desea que el acuerdo engendre paz y fraternidad, y que sea aplicado por nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos.

—¿Qué fronteras respetaremos?

—El Orontes, una línea de fortificaciones en Siria del Sur, la ruta que separa Biblos la Egipcia de la provincia de Amurru, considerada protectorado hitita, la ruta que pasa al sur de Kadesh la Hitita y la separa del extremo septentrional del llano de la Beqaa, colocado bajo influencia egipcia. Los puertos fenicios continuarán bajo control del faraón; diplomáticos y mercaderes egipcios circularán libremente por la ruta que lleva al Hatti.

Acha contuvo el aliento.

¿Aceptaría Ramsés renunciar definitivamente a la ciudadela de Kadesh y, sobre todo, a la provincia de Amurru? Ni Seti ni su hijo habían conseguido apoderarse de la famosa plaza fuerte, a cuyos pies había obtenido Ramsés su mayor victoria, y parecía lógico que Kadesh siguiera en poder de los hititas.

Pero Amurru... Egipto había luchado mucho para conservar aquella provincia, muchos soldados habían muerto por ella. Acha temía que el faraón se mostrara intransigente.

El monarca miró a Nefertari. En los ojos de la reina leyó la respuesta.

—Aceptamos —declaró Ramsés el Grande.

Ameni seguía escribiendo, Acha se sintió lleno de júbilo.

—¿Qué más desea mi hermano el emperador Hattusil? —preguntó Ramsés.

—Un pacto definitivo de no agresión, majestad, y una alianza defensiva contra quien ataque Egipto o el Hatti.

—¿Piensa en Asiria?

—En cualquier pueblo que intente apoderarse de las tierras de Egipto o del Hatti.

—También nosotros deseamos este pacto y esta alianza; gracias a ellos, mantendremos la prosperidad y la felicidad de nuestros pueblos.

Ameni proseguía la redacción con mano segura.

[1] Texto auténtico del tratado conservado en los archivos hititas y egipcios.

—Majestad, al emperador Hattusil también le gustaría que, en nuestros países, se respete y salvaguarde la sucesión real según los ritos y las tradiciones.

—No podría ser de otro modo.

—Nuestro soberano quisiera resolver por fin el problema de la mutua extradición de fugitivos.

Acha temía este último obstáculo; un solo detalle discutido pondría en cuestión el conjunto del acuerdo.

—Exijo que las personas extraditadas sean tratadas con humanidad —declaró Ramsés—; cuando sean devueltas a su país, Egipto o el Hatti, no sufrirán castigo ni injuria, y su casa les será devuelta intacta. Además, Uri-Techup, egipcio ya, será dueño de su destino.

Habiendo recibido la conformidad de Hattusil para aceptar estas condiciones, ambos embajadores asintieron.

El tratado podía entrar en vigor.

Ameni entregaría su versión definitiva a los escribas reales, que lo copiarían en papiros de primera calidad.

—Este texto será grabado en la piedra de varios templos de Egipto —anunció Ramsés—, especialmente en el santuario de Ra, en Heliópolis, en la cara sur del ala oriental del noveno pilono de Karnak y en el lado sur de la fachada del gran templo de Abu Simbel. Así, del norte al sur, del Delta a Nubia, los egipcios sabrán que vivirán siempre en paz con los hititas, ante los ojos de las divinidades.

58

Alojados en los locales del palacio de los países extranjeros, los embajadores hititas participaron en el jolgorio general que dominaba la capital egipcia; comprobaron la inmensa popularidad de Ramsés, celebrado por todas partes en un canto que era coreado de buena gana: «Nos deslumbra como el sol, nos regenera como el agua y el viento, le amamos como el pan y las hermosas telas, pues es el padre y la madre del país entero, la luz de ambas riberas».

Nefertari invitó a los hititas a asistir a un rito que se celebraba en el templo de Hator donde escucharon la invocación al poder único que se creaba a sí mismo día tras día, llevaba a la existencia todas las formas de vida, iluminaba los rostros, hacía temblar de alegría árboles y flores. Cuando las miradas se volvieron hacia el Principio oculto en el oro del cielo, los pájaros emprendieron el vuelo en aquel feliz instante, y un camino de paz se abrió bajo los pasos de los humanos.

Del asombro al festejo, los hititas fueron invitados a un banquete durante el que probaron estofado de pichón, riñones en adobo, pierna de buey rustida, percas del Nilo, ocas asadas, lentejas, ajos y cebollas dulces, calabacines, lechugas, pepinos, guisantes, judías, compota de higos, manzanas, dátiles, sandías, quesos de cabra, yogur, redondos pasteles de miel, pan fresco, cerveza dulce, vino tinto y vino blanco. En tan excepcional ocasión, se sirvieron jarras de buen caldo del sexto día del cuarto año del reinado de Seti, y marcadas con el símbolo de Anubis, señor del desierto. Los diplomáticos se asombraron ante la abundancia y calidad de las viandas, apreciaron la belleza de la vajilla de piedra y acabaron entregándose a la alegría colectiva, cantando en egipcio alabanzas a Ramsés.

Sí, era la paz.

La capital se había dormido por fin.

Pese a lo avanzado de la hora, Nefertari escribió personalmente una larga carta a su hermana Putuhepa, para agradecerle sus esfuerzos y hablarle de las maravillosas horas que el Hatti y Egipto vivían. Cuando la reina hubo puesto su sello, Ramsés posó dulcemente las manos en sus hombros.

—¿Todavía estás trabajando?

—La jornada tiene más tareas que horas, no puede ser de otro modo, y es bueno que así sea: ¿no se lo repites tú a tus altos funcionarios? La gran esposa real no puede sustraerse a la Regla.

El perfume de fiesta de Nefertari hechizaba a Ramsés. El maestro perfumista del templo no había utilizado menos de dieciséis ingredientes, entre ellos caña olorosa, enebro, flores de retama, resina de terebinto, mirra y aromas. El maquillaje verde ponía de relieve la elegancia de los párpados y una peluca ungida con óleo de Libia subrayaba la sublime belleza del rostro.

Ramsés le quitó la peluca y deshizo la larga y ondulada cabellera de Nefertari.

—Soy feliz... ¿No hemos trabajado por el bien de nuestro pueblo?

—Tu nombre quedará asociado para siempre a ese tratado; tú has construido esta paz.

—¿Qué importa nuestra gloria comparada con la justa sucesión de los días y los ritos?

El rey hizo resbalar los tirantes del vestido de Nefertari por sus hombros y la besó en el cuello.

—¿Cómo podría definirte mi amor?

Ella se volvió y posó los labios en los suyos.

—¿Sigue siendo tiempo de discursos?

La primera carta oficial procedente del Hatti, tras la aceptación del tratado de paz, provocó un gran acceso de curiosidad en la corte de Pi-Ramsés. ¿Desearía Hattusil cambiar algún punto esencial del acuerdo?

El rey rompió el sello puesto en la tela que cubría la tablilla de madera preciosa y recorrió el texto escrito en caracteres cuneiformes.

Se dirigió enseguida a los aposentos de la reina. Nefertari estaba concluyendo la lectura del ritual para las fiestas de primavera.

—¡Extraña carta, en verdad!

—¿Algún incidente grave? —se inquietó la reina.

—No, una especie de petición de auxilio. Una princesa hitita, de imposible nombre, se encuentra mal. Según Hattusil, parece poseída por un demonio que los médicos del Hatti no consiguen expulsar de su cuerpo. Conocedor de los talentos de nuestros terapeutas, nuestro nuevo aliado me ruega que le envíe un curandero de la Casa de Vida para restablecer la salud de la princesa y permitirle tener, por fin, el hijo que desea.

—Es una noticia excelente; los vínculos entre nuestros dos países no dejarán de fortalecerse.

El rey convocó a Acha para comunicarle el contenido de la misiva de Hattusil.

El jefe de la diplomacia egipcia soltó una carcajada.

—¿Tan extravagante parece esta súplica? —se extrañó la reina.

—Tengo la sensación de que el emperador hitita demuestra una confianza realmente ilimitada en nuestra medicina. Lo que reclama es un milagro.

—¿Subestimas nuestra ciencia?

—De ningún modo, ¿pero cómo va a conseguir que una mujer, por muy princesa hitita que sea, que ya ha superado los sesenta, tenga un hijo?

Tras un franco momento de hilaridad, Ramsés dictó a Ameni una respuesta para su hermano Hattusil.

En cuanto a la princesa que sufre —por su edad sobre todo—, la conocemos. Nadie puede fabricar medicamentos que la dejen encinta. Aunque si el dios de la tormenta y el del sol lo deciden... Enviaré pues a un excelente mago y un médico competente.

Ramsés hizo que saliera inmediatamente hacia Hattusa una estatua mágica del dios curandero Khonsu, el que cruza el espacio encarnado en un creciente lunar. ¿Quién, salvo una divinidad, conseguiría, en efecto, modificar las leyes de la fisiología?

Cuando el mensaje de Nebu, el sumo sacerdote de Karnak, llegó a Pi-Ramsés, el rey decidió transferir la corte a Tebas. Con su eficacia habitual, Ameni fletó los barcos necesarios y distribuyó consignas para que el viaje se efectuase en las mejores condiciones posibles.

En el navío real se habían embarcado todos los seres queridos de Ramsés: su esposa, Nefertari, que estaba resplandeciente; su madre, Tuya, que demostraba su alegría por haber vivido suficiente tiempo para ver reinar la paz entre Egipto y el Hatti; Iset la bella, muy conmovida por participar en la gran fiesta que se preparaba; sus tres hijos, Kha, el sumo sacerdote de Menfis, Meritamón, experta en música, y el joven Merenptah, de impresionante estatura; sus fieles amigos, Ameni y Acha, gracias a quienes Ramsés había podido edificar un reino feliz; el ministro Nedjem y Serramanna, leales servidores. Solo faltaban Setaú y Loto, que partirían desde Abu Simbel y se unirían al cortejo en Tebas. Y Moisés... Moisés, que había renegado de Egipto.

En el embarcadero, el sumo sacerdote de Karnak recibió, personalmente, a la pareja real. Esta vez, Nebu era realmente muy viejo. Encorvado, moviéndose con dificultad, con la mano crispada en su bastón y la voz vacilante, sufría reumatismos deformantes; pero su mirada seguía siendo vivaz y el sentido de la autoridad no se había debilitado.

El rey y el sumo sacerdote se dieron un abrazo.

—He cumplido mi promesa, majestad; gracias al trabajo de Bakhen y sus equipos de artesanos, vuestro templo de millones de años está terminado. Las divinidades me han concedido la felicidad de contemplar la inmensa obra maestra donde residirán.

—Yo cumpliré la mía, Nebu; subiremos juntos al tejado del templo y contemplaremos el santuario, sus dependencias y el palacio.

El enorme pilono, cuya cara interna estaba decorada con escenas de la victoria de Kadesh, el primer gran patio, cuyos pilares representaban al rey como Osiris, el coloso de diecisiete metros de altura representando al rey sentado, un segundo pilono que desvelaba el ritual de la cosecha, la sala hipóstila de treinta y un metros de largo y cuarenta y uno de ancho, el santuario, cuyos relieves revelaban los misterios del culto cotidiano, el gran árbol esculpido que simbolizaba la perennidad de la institución faraónica... Esas y otras tantas maravillas pudo admirar la pareja real, llenos de felicidad.

Las fiestas de inauguración del templo de millones de años duraron varias semanas. Para Ramsés, su punto álgido iba a ser el nacimiento ritual de la capilla consagrada a su padre y a su madre; Nefertari y el monarca pronunciarían las palabras de animación, grabadas para siempre en las columnas de jeroglíficos.

Mientras el faraón acababa de vestirse en la «morada de la mañana», Ameni se presento ante él, con el rostro descompuesto.

—Tu madre... Tu madre te llama.

Ramsés corrió a los aposentos de Tuya. La viuda de Seti estaba tendida de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo y los ojos entornados. El rey se arrodilló y besó sus manos.

—¿Estás demasiado fatigada para participar en la inauguración de tu capilla?

—No es ya la fatiga lo que me abruma, sino la muerte que se acerca.

—Rechacémosla juntos.

—Ya no tengo fuerzas, Ramsés... ¿Pero por qué voy a rebelarme? Ha llegado la hora de reunirme con Seti, y para mí es uno de los momentos más felices de mi vida.

—¿Tendrás la crueldad de abandonar Egipto?

—La pareja real reina, sigue el recto camino... Sé que la próxima crecida será excelente y se respetará la justicia. Puedo partir serena, hijo

mío, gracias a la paz que tú y Nefertari habéis sabido construir y haréis duradera. Es tan hermoso un país apacible donde los niños juegan, donde los rebaños vuelven de los pastos mientras los pastores tararean una canción acompañados por la melodía de una flauta, donde los seres se respetan sabiendo que el faraón los protege... Preserva esta felicidad, Ramsés, preserva estas felicidades, y transmite la Regla a tu sucesor.

Ante la suprema prueba, Tuya no temblaba. Permanecía altiva y soberana, su impasible mirada se clavaba en la eternidad.

—Ama a Egipto con todo tu ser, Ramsés, que ningún sentimiento humano prevalezca sobre este amor, que ninguna prueba, por cruel que sea, te aparte de tus deberes de faraón.

La mano de Tuya estrechó con fuerza la de su hijo.

—Deséame, rey de Egipto, que pueda llegar al campo de las ofrendas, la campiña de las felicidades, deséame que pueda establecerme para siempre en ese maravilloso país de agua y de luz, que brille allí en compañía de nuestros antepasados y de Seti...

La voz de Tuya se apagó, en un suspiro profundo como el más allá.

59

En el Valle de las Reinas, lugar de gran belleza y perfección, la morada de eternidad de Tuya estaba muy cerca de la prevista para Nefertari. La gran esposa real y el faraón dirigieron los funerales de la viuda de Seti, cuya momia reposaría en la cámara del oro. Transformada en Osiris y en Hator, Tuya sobreviviría por medio de su cuerpo de luz, que cada día reanimaría la energía invisible, procedente de las profundidades del cielo. En la tumba se depositaron el mobiliario ritual, los vasos canopes que contenían las vísceras, telas preciosas, jarras de vino, redomas con aceites y ungüentos, alimentos momificados, los vestidos de sacerdotisa, los cetros, los atavíos, collares y joyas, las sandalias de oro y de plata y demás tesoros que convertían a Tuya en una viajera equipada para recorrer las bellas rutas del Occidente y los paisajes del otro mundo.

Ramsés intentaba recibir la desgracia y la felicidad con la misma fuerza de espíritu. Por un lado, la paz tan deseada con los hititas y la conclusión del Ramesseum, su templo de millones de años; por el otro, la desaparición de Tuya. El hijo y el hombre estaban destrozados, pero el faraón no tenía derecho a traicionar a la reina madre, tan inquebrantable que la propia muerte no parecía haber hecho presa alguna en ella. Tenía que respetar el mensaje que le había dejado: Egipto prevalecía sobre los sentimientos, sobre su gozo y su pena.

Y Ramsés se sometió a las exigencias de su función, ayudado por Nefertari. Siguió llevando el gobernalle del navío del Estado, como si Tuya estuviera presente todavía. En adelante, tendría que aprender a prescindir de sus consejos y sus intervenciones. A Nefertari le tocaba ahora asumir las tareas que realizaba Tuya; pese al valor de su esposa, Ramsés sintió que el peso se hacía abrumador.

Cada día, tras la celebración de los ritos del alba, la pareja real meditaba un buen rato en la capilla del Ramesseum dedicada a Tuya y a Seti; el rey necesitaba impregnarse de la realidad invisible que creaban las piedras vivas y los jeroglíficos animados por el verbo. Comulgando con el alma de sus predecesores, Ramsés y Nefertari se llenaban de aquella luz secreta que alimentaba su pensamiento.

Concluidos los setenta días de luto, Ameni consideró indispensable exponer a Ramsés los asuntos urgentes. Instalado en los despachos del Ramesseum con un reducido pero eficaz equipo de escribas, el secretario particular del faraón estaba en permanente contacto con Pi-Ramsés y no había perdido un solo instante del estudio de los expedientes.

—La crecida es excelente —reveló a Ramsés—, el tesoro del reino nunca ha sido tan considerable, la gestión de nuestras reservas de alimentos no tiene ningún fallo y las corporaciones de artesanos trabajan sin descanso. Por lo que a los precios se refiere, son estables y no hay peligro de inflación alguna.

—¿El oro de Nubia?

—La extracción y el aprovisionamiento son satisfactorios.

—¿Estás describiéndome un paraíso?

—De ningún modo... Pero procuramos ser dignos de Tuya y de Seti.

—¿Por qué hay en tu voz una sombra de contrariedad?

—Bueno... Acha quiere hablar contigo, pero no sabe si el momento...

—Diríase que te ha inculcado el sentido de la diplomacia; que se reúna conmigo en la biblioteca.

La biblioteca del Ramesseum sería digna de la de la Casa de Vida de Heliópolis; día tras día llegaban papiros y tablillas inscritas, cuya clasificación supervisaba el propio monarca. Sin el conocimiento de los ritos, los textos filosóficos y los archivos, era imposible gobernar bien Egipto. Elegante, vestido con ropas de lino de excepcional calidad, adornadas con coloreados flecos, Acha se extasió.

—Trabajar aquí será una bendición, majestad.

—El Ramesseum será uno de los centros vitales del reino. ¿Deseabas hablarme de un libro de sabiduría?

—Deseaba verte, sencillamente.

—Estoy bien, Acha. Nunca olvidaré a Seti y a Tuya, pero ellos dos trazaron juntos un camino que no abandonaré. ¿Nos causan problemas los hititas?

—Ninguno, majestad; Hattusil está muy satisfecho de nuestro tratado, y más después de que ha logrado meter en cintura a Asiria. El acuerdo de ayuda mutua entre Egipto y el Hatti ha hecho comprender a los militares asirios que cualquier agresión supondría una respuesta masiva e inmediata. Se están produciendo numerosos contactos comerciales con el Hatti, y puedo afirmar que la paz reinará en la región durante muchos años. ¿No es la palabra dada tan sólida como el granito?

—¿Qué te atormenta pues?

—Es por Moisés... ¿Aceptas que te hable de él?

—Te escucho.

—Mis espías no pierden de vista a los hebreos.

—¿Dónde están?

—Siguen vagando por el desierto, a pesar de las protestas, cada vez más abundantes; pero Moisés gobierna a su pueblo con mano dura. «Yahvé es un fuego devorador y un dios celoso», repite sin cesar.

—¿Conoces su destino?

—Es probable que la tierra prometida sea Canaán, pero apoderarse de ella será difícil. Los hebreos han combatido ya con la gente de Madian y con los amorritas, y actualmente ocupan el territorio de Moab. Los pueblos de la región temen a los nómadas hebreos, a quienes consideran peligrosos desvalijadores.

—Moisés no se desanimará. Si debe luchar en cien batallas, lo hará. Estoy seguro de que contempló Canaán desde lo alto del monte Negeb y vio allí un paraje chorreante de miel y aceites festivos.

—Los hebreos provocan tumultos, majestad.

—¿Qué sugieres, Acha?

—Eliminemos a Moisés. Privados de su jefe, los hebreos regresarán a Egipto, siempre que prometas no castigarlos.

—Quítate el proyecto de la cabeza. Moisés seguirá su destino.

—El amigo se alegra de tu decisión, pero el diplomático la deplora. Como yo, estás convencido de que Moisés logrará sus fines y que la llegada a su Tierra Prometida modificará el equilibrio del Próximo Oriente.

—Si Moisés no exporta su doctrina, ¿por que no podemos entendernos? La paz entre nuestros dos pueblos será un factor de equilibrio.

—Me das una buena lección de política exterior y de diplomacia.
—No, Acha; intento simplemente trazar un camino de esperanza.

En el corazón de Iset la bella, la ternura había reemplazado a la pasión. Ella, que había dado dos hijos a Ramsés, seguía sintiendo por el rey la misma admiración, pero había renunciado a conquistarle. ¿Cómo luchar contra Nefertari que, con el paso de los años, se hacía cada vez más bella y luminosa? Con la madurez, Iset la bella se había apaciguado y había aprendido a saborear la felicidad que la vida le ofrecía. Hablar con Kha de los misterios de la creación, escuchar a Merenptah, que le describía el funcionamiento de la sociedad egipcia, que él estudiaba con la seriedad de un futuro dirigente, charlar con Nefertari en los jardines de palacio, codearse con Ramsés tan a menudo como fuera posible... ¿No gozaba Iset la bella de inestimables tesoros?
—Ven —le dijo la gran esposa real—, vayamos a pasear en barca por el río.
Era verano, y la inundación había transformado Egipto en un lago inmenso, permitiendo navegar de una aldea a otra. Un sol ardiente hacía brillar las aguas fecundadoras, centenares de pájaros danzaban en el cielo.
Las dos mujeres, bajo un dosel blanco, habían untado su piel de aceite perfumado; junto a ellas, unas jarras de barro mantenían fría el agua.
—Kha se ha marchado a Menfis —precisó Iset la bella.
—¿Lo sientes?
—El hijo mayor del rey sólo se interesa por los monumentos antiguos, los símbolos y los rituales. Cuando su padre le llame a su lado para encargarse de los asuntos del Estado, ¿cómo reaccionará?
—Su inteligencia es tan grande que sabrá adaptarse.
—¿Qué pensáis de Merenptah?
—Es muy distinto de su hermano, pero bajo el muchacho aparece ya el ser excepcional.
—Vuestra hija, Meritamón, se ha convertido en una mujer maravillosa.
—Realiza mi sueño infantil: vivir en un templo y tocar música para las divinidades.
—Todo el pueblo os venera, Nefertari; su amor está a la altura del que vos le entregáis.
—¡Cómo has cambiado, Iset!
—He abandonado, los demonios de la ambición salieron de mi alma. Me siento en paz conmigo misma. Y si supierais cómo os admiro, por lo que sois, por la obra que lleváis a cabo...
—Gracias a tu ayuda, la ausencia de Tuya será más soportable. Puesto que ya estás libre de las preocupaciones de la educación, ¿aceptas trabajar a mi lado?
—No soy digna...
—Déjame decidirlo.
—Majestad...
Nefertari besó a Iset la bella en la frente. Era el estío y Egipto era una fiesta.

El palacio del Ramesseum estaba ya tan animado como el de Pi-Ramsés.
Por deseo del rey, los anexos de su templo de millones de años se imponían como centro económico principal del Alto Egipto, trabajando en simbiosis con Karnak. En la orilla oeste de Tebas, el Ramesseum

proclamaría para siempre la magnificencia del reinado de Ramsés el Grande, cuya magnitud impresionaba ya a los espíritus.

Fue Ameni quien recibió el mensaje firmado por Setaú. Conmovido hasta perder el aliento, el escriba lo dejó todo y fue en busca de Ramsés, que se encontraba en el gran estanque cercano a palacio; como cada día, durante la buena estación, el rey nadaba media hora por lo menos.

—¡Majestad, una carta procedente de Nubia!

El monarca se acercó al borde del estanque. Ameni se arrodilló y le tendió el papiro. Contenía sólo unas palabras, las que Ramsés esperaba.

60

En la proa del barco de la pareja real había una cabeza de la diosa Hator, de madera dorada, con el disco solar entre sus cuernos. La soberana de las estrellas era también señora de la navegación; su presencia vigilante garantizaba un viaje apacible hacia Abu Simbel.

Abu Simbel, cuyos dos templos dedicados a celebrar la unión de Ramsés y Nefertari ya estaban terminados. El mensaje de Setaú no era ambiguo y el encantador de serpientes no acostumbraba a presumir. En el centro del barco había una cabina de techo abombado que descansaba sobre dos columnitas con capitel en forma de papiro, detrás, y de loto, delante; unas aberturas permitían que circulara el aire. La reina, soñadora, saboreaba aquel viaje como una golosina.

Nefertari ocultaba una gran fatiga para no preocupar al rey; se levantó y se reunió con él bajo el toldo blanco tendido en la popa, entre cuatro estacas. Acostados de lado, el enorme león dormitaba con el viejo perro dorado apoyado en su lomo; sumido en un sueño reparador, *Vigilante* se sabía protegido por *Matador*.

—Abu Simbel... ¿Qué rey hizo nunca semejante ofrenda a una reina?

—¿Qué rey tuvo nunca la suerte de casarse con Nefertari?

—Demasiada felicidad, Ramsés... A veces siento cierto temor.

—Debemos compartir esa felicidad con nuestro pueblo, con todo Egipto y las generaciones que nos sucederán; por eso he deseado que la pareja real estuviera siempre presente en la piedra de Abu Simbel. No tú o yo, Nefertari, sino el faraón y la gran esposa real, de los que somos solo encarnaciones terrenales y pasajeras.

Nefertari se acurrucó contra Ramsés y contempló Nubia, salvaje y espléndida.

Apareció el acantilado de gres, dominio de la diosa Hator, enmarcando al oeste una curva del Nilo. Antaño, una lengua de leonada arena separaba dos promontorios que reclamaban la mano del arquitecto y del escultor. Y esa mano había actuado, transformando la amorosa roca en dos templos excavados en su interior y anunciados por fachadas cuyo poderío y gracia pasmaron a la reina. Ante el santuario del sur, cuatro colosos de Ramsés sentados, de veinte metros de altura; ante el del norte, colosos del faraón de pie, y caminando, enmarcaban una Nefertari de diez metros de alto.

Abu Simbel no sería ya un simple punto de orientación para los marineros, sino un lugar transfigurado donde el fuego del espíritu brillaría, inmóvil e inmutable, en el oro del desierto nubio.

En la ribera, Setaú y Loto hacían señales de bienvenida, imitados por todos los artesanos que los rodeaban. Hubo un movimiento de retroceso cuando *Matador* recorrió la pasarela para bajar a tierra, pero la alta estatura del rey disipó los temores. La fiera se mantuvo a su diestra y el viejo perro dorado a su izquierda.

Ramsés nunca había visto semejante expresión de contento en el rostro de Setaú.

—Puedes sentirte orgulloso de ti mismo —dijo el rey dando un abrazo a su amigo.

—Felicita a los arquitectos y a los escultores, no a mí; yo solo los he alentado para que crearan una obra digna de ti.

—Digna de las misteriosas potencias que residen en este templo, Setaú.

Al pie de la pasarela, Nefertari dio un paso en falso; Loto la sostuvo y advirtió que la reina era víctima de un malestar.

—Sigamos —exigió Nefertari—. Estoy bien.

—Pero, majestad...

—No estropeemos la fiesta de inauguración, Loto.

—Dispongo de un remedio que tal vez disipe vuestra fatiga.

El rugoso Setaú no sabía como comportarse ante Nefertari, cuya belleza le fascinaba; conmovido, se inclinó.

—Majestad... Quería deciros...

—Celebremos el nacimiento de Abu Simbel, Setaú; quiero que sea inolvidable.

Todos los jefes de las tribus nubias habían sido invitados a Abu Simbel para festejar la creación de los dos templos; ataviados con sus más hermosos collares y taparrabos nuevos, habían besado los pies de Ramsés y de Nefertari y entonado, luego, un canto de victoria que había ascendido hacia el cielo estrellado.

Aquella noche hubo más alimentos deliciosos que granos de arena en la orilla, más pedazos de buey asado que flores en los jardines reales, una incontable cantidad de panes y pasteles. El vino corrió como una abundante crecida, ardieron incienso y olíbano en los altares levantados al aire libre. Al igual que la paz se había instaurado en el norte con los hititas, reinaría también por mucho tiempo en el Gran Sur.

—Abu Simbel es ya el centro espiritual de Nubia y la expresión simbólica del amor que une al faraón y a la gran esposa real —confió Ramsés a Setaú—. Tú, amigo mío, convocarás aquí, regularmente, a los jefes de las tribus y los harás participar en los ritos que sacralizan esta tierra.

—Dicho de otro modo, me permites permanecer en Nubia... Loto seguirá, pues, enamorada de mí.

La suave noche de septiembre fue seguida por una semana de festejos y rituales en los que los participantes descubrieron, maravillados, el interior del gran templo. En la sala de tres naves y ocho pilares, con la estatua del rey representado como Osiris, de diez metros de altura, admiraron las escenas de la batalla de Kadesh y el encuentro del monarca con las divinidades, que le abrazaban para transmitirle mejor su energía.

El día del equinoccio de otoño, solo Ramsés y Nefertari penetraron en el santo de los santos. Con la salida del sol, la luz tomó el eje del templo y fue a iluminar el fondo del santuario donde, sentados en una banqueta de piedra, se hallaban cuatro dioses; Ra-Horus de la región luminosa, el *ka* de Ramsés, Amón el dios oculto y Ptah el constructor. Este último permanecía en la oscuridad, salvo en los dos equinoccios; aquellas dos mañanas, la claridad del levante rozaba la estatua de Ptah, cuyas palabras Ramsés escuchaba brotando de las profundidades de la roca: «Confraternizo contigo, te entrego la duración, la estabilidad y el poder; estamos unidos en el gozo del corazón, hago que tu pensamiento esté en armonía con el de los

dioses, te he elegido y hago eficaces tus palabras. Te alimento con la vida para que tú hagas vivir a los demás».

Cuando la pareja real salió del gran templo, egipcios y nubios lanzaron gritos de júbilo. Había llegado el momento de inaugurar el segundo santuario, que estaba dedicado a la reina y que llevaba el nombre de «Nefertari para la que sale el sol».

La gran esposa real ofreció flores a la diosa Hator, para que se iluminara el rostro de la soberana de las estrellas; identificándose con Sechat, la patrona de la Casa de Vida, Nefertari se dirigió a Ramsés.

—Has devuelto el vigor y el coraje a Egipto, eres su dueño; como halcón celestial, has extendido tus alas por encima de tu pueblo. Para él, eres semejante a una muralla de metal celeste que ninguna fuerza hostil puede cruzar.

—Para Nefertari he construido un templo, excavado en la pura montaña de Nubia, en hermosa piedra de gres, para siempre —repuso el rey.

La reina llevaba un vestido largo de color amarillo, un collar de turquesas y sandalias doradas; sobre su peluca azul lucía una corona compuesta de dos largos y finos cuernos de vaca que enmarcaban un sol coronado por dos altas plumas. En su mano diestra tenía la llave de vida; en la izquierda, un cetro flexible que evocaba el loto brotado de las aguas en la primera mañana del mundo.

Sobre los pilares del templo de la reina se habían dispuesto sonrientes rostros de la reina Hator y en las paredes, escenas rituales que reunían a Ramsés, Nefertari y las divinidades.

La reina se apoyó en el brazo del monarca.

—¿Qué ocurre, Nefertari?

—Estoy algo cansada...

—¿Deseas que interrumpamos el ritual?

—No, deseo descubrir contigo cada escena de este templo, leer cada uno de sus textos, participar en cada ofrenda... ¿Acaso no es la morada que has construido para mí?

La sonrisa de su esposa tranquilizó al rey. Actuó como ella deseaba y juntos animaron cada parcela del templo, hasta el naos, donde aparecía la vaca celestial, encarnación de Hator, saliendo de la roca.

Nefertari permaneció largo rato en la penumbra del santuario, como si la dulzura de la diosa pudiera disipar el frío que se insinuaba en sus venas.

—Quisiera ver de nuevo la escena de la coronación —solicitó al rey.

A uno y otro lado de la representación de la reina, cuya silueta era de una finura casi irreal, Isis y Hator magnetizaban su corona. El escultor había magnificado aquel instante en el que una mujer de este mundo entraba viva en el universo divino para dar testimonio, en la tierra, de su realidad.

—Tómame en tus brazos, Ramsés.

Nefertari estaba helada.

—Me muero, Ramsés, muero agotada, pero aquí, en tu templo, contigo, tan cerca de ti que formamos un solo ser, para siempre.

El rey la estrechó con tanta fuerza contra su pecho que creyó poder retener su vida, aquella vida que ella había entregado sin moderación a sus íntimos y a todo Egipto para permitirle escapar de los maleficios.

Ramsés vio que el rostro tranquilo y puro de la reina iba inmovilizándose y su cabeza se inclinaba lentamente. Sin rebeldía y sin temor, el aliento de Nefertari acababa de extinguirse.

Ramsés llevó en sus brazos a la gran esposa real, como una novia a la que el futuro esposo iba a hacer cruzar el umbral de su morada, para sellar

su matrimonio. Sabía que Nefertari se convertiría en una imperecedera estrella, que su madre el cielo le daría un nuevo nacimiento y ascendería en la barca del perpetuo viaje, ¿pero cómo podía esa ciencia apaciguar el insoportable dolor que le desgarraba el corazón?

Ramsés caminó hacia la puerta del templo; con el alma vacía y la mirada perdida, salió del santuario.

Vigilante, el viejo perro dorado, acababa de morir entre las patas del león, que lamía dulcemente la cabeza de su compañero para curarle de la muerte.

Ramsés sufría demasiado para llorar. En aquellos instantes su poderío y su grandeza no le eran de gran ayuda.

El faraón levantó hacia el cielo el sublime cuerpo de aquella a la que amaría por toda la eternidad, la dama de Abu Simbel, Nefertari, para quien brillaba la luz.